Traducciones

PODER Y PROPAGANDA. LAS RAZONES DE UN CICLO EXPOSITIVO SOBRE GOBIERNO Y REPRESENTACIÓN

Rafael Company (director del MuVIM)

I

El *Diccionari Normatiu Valencià* confeccionado por la Acadèmia Valenciana de la Llengua (AVL) nos dice que la propaganda es –traducimos– la «Acción sistemática ejercida sobre la opinión pública para difundir ciertas ideas o doctrinas y conseguir adeptos, o para dar a conocer algo con finalidades comerciales», e igualmente se establece como segunda acepción la siguiente: «Impresos, carteles, vídeos u otros materiales, que sirven para difundir y dar a conocer algo».[1] En estas definiciones se encuentra reflejado el carácter amfibológico que el término ha acabado asumiendo con el paso de los tiempos. En efecto, de acuerdo con la segunda acepción y el final de la primera, cualquier material de difusión puede recibir la consideración de propaganda; por el contrario, si hacemos seguidismo del inicio del primero de los enunciados, sólo hablaríamos de acción propagandística –y, claro está, de mensajes y materiales propagandísticos– cuando estuviéramos en presencia de un programa sistemático de comunicación destinado a incidir sobre la opinión de los ciudadanos y a cambiarla. Un programa, pues, destinado a persuadir: «Discurso persuasivo destinado a modificar las actitudes y la conducta de la opinión pública», es lo que –traducido del catalán– se afirma en la segunda edición del *Diccionari de la llengua catalana* de l'Institut d'Estudis Catalans.[2]

Si inquirimos sobre la etimología del término, el *Diccionari català-valencià-balear* nos recuerda que la palabra proviene –traducimos nuevamente– «del latín *propaganda*, 'que ha de propagarse', tomado concretamente de la expresión [Sacra] Congregatio de propaganda fide, 'congregación para propagar la fe'».[3] Cuando nos referimos a los orígenes de esta institución, encargada de las misiones y fundada en 1622, hablamos de un contexto marcado por la lucha entre confesiones religiosas y, como consecuencia de esto, constatamos que el término nació con una indubitada connotación de proselitismo.

Los siglos han pasado y el componente proselitista de los mecanismos propagandísticos ha podido llegar a hipertrofiar-se: de hecho, si preguntamos al común de los mortales, es posible que la palabra *propaganda* remita más que nada, para mucha gente, a la acción sistemática llevada a cabo por los grandes totalitarismos del siglo XX, obstinados en su propósito proselitista hasta el punto de utilizar el engaño y la manipulación más descarnada en sus instrumentos de comunicación política: hasta hacer posible la pura dominación sobre todos los destinatarios y, así, eliminar o minimizar al máximo la repercusión en la sociedad de los discursos alternativos.

Pero no siempre se ha llegado hasta estos extremos en el ejercicio de la voluntad persuasiva de *los de arriba*: muy a menudo, desde el poder se han emitido y se emiten mensajes que no se acompañan de mentiras flagrantes y de intenciones perversas, y que sólo se limitan a legitimar el poder gobernante –o las intenciones del insurgente– mediante la ostentación de la potencia, la fuerza, el estatus o las convicciones, a la vez que se pide el respeto, la obediencia o la devoción. Hablamos de la construcción de un consenso social a través de mecanismos propagandísticos de intensidad moderada. Incluso, muchísimas veces, cuando más seguro está de su hegemonía, el poder no ha hecho o no hace más que «mostrarse», que identificarse ante los destinatarios, que enseñar sus emblemas con la intención –a lo sumo– de reforzar el propio prestigio y reputación.

Evidentemente, pisamos un terreno lleno de matices, de gradaciones, donde a veces resulta

1 <http://www.avl.gva.es/lexicval>
2 <http://dlc.iec.cat>
3 <http://dcvb.iecat.net>

difícil juzgar si el poder sólo se nos muestra o si va más allá en sus propósitos y, si va más allá, hasta dónde. Y, como bien sabemos, las sociedades inmersas en procesos propagandísticos masivos y efectivos pueden vivir una suerte de proceso de narcotización colectiva, donde es muy difícil que se abra paso la invalidación pública del poder ejercido y de su aparato propagandístico de apoyo (repleto o no de falsificaciones en el discurso).

II

Dicho todo esto, es el momento de recoger la opinión de un destacado analista de estas cuestiones, Peter Burke. Este investigador hiló muy fino en *La fabricación de Luis XIV*[4] a la hora de valorar las visiones opuestas de los estudiosos sobre los gobernantes y sus imágenes, símbolos o representaciones, la visión *cínica* y la *inocente*:

> Desde un punto de vista comparativo, podría decirse que ambos modelos rivales hacen hincapié en determinadas percepciones al precio de excluir otras. Los cínicos son, ciertamente, reduccionistas, y se niegan a considerar el mito, el ritual y la devoción, como respuestas a una necesidad psicológica. Dan por supuesto con demasiada facilidad que las clases gobernantes del pasado eran tan cínicas como lo son ellos. Por otro lado, el modelo rival da por supuesto demasiado fácilmente que todo el mundo en una sociedad dada creía en sus mitos. No es capaz de reconocer ejemplos concretos de falsificación y manipulación. [...] Los procesos por los que las imágenes sostienen el poder son tanto más poderosos cuanto que parcialmente inconscientes. [...] Ambos modelos, por consiguiente, tienen su utilidad. Podría aducirse que también la tensión entre ellos es fructífera.

Estas reflexiones nos permitirían aseverar que las manifestaciones públicas de las ideologías y representaciones del gobernantes –sus maneras de concebir la realidad y de figurarla– tienen un correlato necesario en las posibles necesidades psicológicas, conscientes o inconscientes, de los gobernados: estos últimos serían susceptibles de sentir, interpretar y dar respuesta en sus mentes al poder de los signos involucrados en la «construcción simbólica de la autoridad» o, por expresarlo en términos vulgares, en la «venta» pública de quienes mandan.

Más todavía: estas actitudes perceptibles entre los gobernados podrían, según y cómo, detectarse en el seno de los mismos ámbitos desde donde se elaborarían y se difundirían las imágenes del poder. Paul Zanker lo ponía de relieve, con referencia al primer periodo imperial romano, en la obra *Augusto y el poder de las imágenes*:[5] frente a los que ven detrás de la forma de proceder de Augusto –en cuanto al cultivo de la imagen pública del emperador– un refinado aparato propagandístico, el proceso se demostraría como mucho más complejo, y esto porque aquellos que ostentaban el poder sucumbieron a la influencia de los símbolos que ellos mismos utilizaban.

Incluso está acreditado que en el epicentro de uno de los totalitarismos *de manual* de la primera mitad del siglo pasado, el fascismo mussoliniano, los artífices en Italia de aquella masiva intoxicación propagandística acabarían prisioneros de su creación, entregados sinceramente ante el abismo simbólico que acababan de cavar.

Se tiene que recordar que hablamos de la gran mistificación neo-romana que afirmó que los italianos eran *i romani della modernità*, y que llegó al paroxismo con la sangrienta conquista de Etiopía de mediados de los años treinta (con la consiguiente *Proclamazione dell'Impero*, o resurrección figurada del Imperio romano). Aquellos que rodearon a Benito Mussolini –considerado como un nuevo Julio César y, posteriormente, como la práctica reencarnación de Augusto– se demostrarían unos románticos incorregibles, embebidos de una especie de optimismo reparador, de una

4 San Sebastián: Nerea, 2003, 2a ed., págs. 20-21.

5 Madrid: Alianza Editorial, 2002, 1a reimpr. [1a ed. en castellano 1992].

retórica que enjuagaba las lágrimas del pasado y permitía cerrar los ojos ante las realidades no confortables del presente.[6]

III

A estas alturas del texto hemos de evitar que el lector se confunda: las exposiciones que conforman, en el MuVIM, el ciclo «Poder y propaganda» no se dedican a las imágenes forjadas por los gobernantes durante el fascismo italiano, ni a las que definieron el largo reinado de Luis XIV de Francia, ni a aquellas que acompañaron la edad de Augusto. Pero esto no tendría que decepcionar nadie: evidentemente, estas tres etapas históricas no son ni mucho menos las únicas susceptibles de ser analizadas –con frutos interesantes– desde la perspectiva de la relación entre aquellos que mandan y los mecanismos que se utilizan para representarlos y para difundir los mensajes gubernamentales: nuestro museo ha seleccionado para la ocasión periodos históricos y áreas geográficas bien variados que, muy seguramente, despertarán la atención de los ciudadanos valencianos y de los visitantes de otras procedencias.

La exposición de menores dimensiones de las programadas, la que se ubica en Sala Parpalló del MuVIM, lleva por título «Cartel cubano 1959-1989. Crónica gráfica de la historia reciente de Cuba». Se trata de una compilación iconográfica ideada por artistas muy notables que fue utilizada propagandísticamente durante treinta años por Fidel Castro y el resto de dirigentes de la revolución cubana, uno de los acontecimientos políticos paradigmáticos de la segunda mitad del siglo XX.

Hablamos de un movimiento que derrocó al gobierno militar de Fulgencio Batista –extremadamente tiránico y corrupto, y *entregado* en los Estados Unidos y a los intereses de la mafia– y que obtuvo un consenso muy perceptible en los inicios para, al poco tiempo, convertirse en objeto de dicterio entre sectores significativos del interior de Cuba y de los países occidentales. Las nuevas autoridades de la isla abrazaron finalmente el ideario comunista y se alinearon con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS: de esta manera, el proceso político y social vivido en la Cuba de Castro se convirtió, por muchos años, en emblema máximo de ideales revolucionarios de izquierda, y esto tanto en el seno de las sociedades industrializadas como en los territorios conocidos antiguamente como Tercer Mundo.

Con el trasfondo de las fuertes controversias públicas que concita la naturaleza y actuación del gobierno cubano de nuestros días, el castrismo histórico –régimen de partido único como en la actualidad– también desata pasiones muy enfrentadas: desde la *laudatio* total y enardecida hasta la denuncia y la condena más beligerantes, pasando por actitudes que se proclaman más *equidistantes*, donde se acostumbra a excusar los métodos al poner de relieve, como contraste, los logros sociales (en el contexto, como es sabido, de la América *pobre* y del acoso secreto y la hostilidad pública –el embargo– del gobierno de Washington).

IV

En cuanto a la exposición de mayores dimensiones, «Las imágenes del poder», estamos hablando, en realidad, de tres espacios muy delimitados ubicados a lo largo de Sala Alfons Roig: en el primero, «Reyes de África. Fotografías de Alfred Weidinger», ante los ojos de los visitantes aparecen monarcas africanos contemporáneos. Pero se trata de monarcas sin poder administrativo efectivo, guarecidos por estados nación republicanos que conservan las estructuras tribales tradicionales y, en su

6 «[...] per quanto il fascismo avesse sempre proclamato che la "politica è l'arte delle cose reali", e che ogni politica poggiava necessariamente su posizioni di forza, pure i suoi discepoli non erano che degli incorreggibili romantici, pronti a figurandosi un mondo di loro comodo, basato su considerazini indubbiamente propagandistiche e lontanissime dai reali rapporti tra le nazioni. [...] In fondo il fenomeno fascista era nato e si era giustificato su una speciale componente del carattere nazionale, una "fuga dalla realtà" che aveva lontanissime radici, e che si era concretata, come livello di aspirazione, nelle "radiose giornate" dell'Impero, proclamato in Roma all'atto della presa di Addis Abeba. [...] la retorica mussoliniana dell'Impero rappresentava in modo sostanzialmente perfetto la massima soddisfazione che le frustrazioni nazionali maturate negli ultimi cento anni potessero assegnare a se estesse» (Franco Bandini: *Tecnica della sconfitta. Storia dei quaranta giorni che precedettero e seguirono l'entrata dell'Italia in guerra*. Florencia: Nuova Editoriale Florence Presse, 2013, págs. 174-175).

seno, los reyes que se muestran ante la cámara de Weidinger. Sorprende, a la mirada occidental usual, una figuración del poder tan exótica, tan repleta de arquitecturas *pobres*, de pretendidas suntuosidades y, a veces, de objetos de una relevancia inesperada y contundente –seductoramente extraña–, alejados de los cánones reales europeos o, a veces, directamente inspirados en estos.

La incontestable belleza de las imágenes va emparejada, eso sí, con una sensación ligeramente inquietante, producto de una más que posible incongruencia *interna*: los reyes africanos y los recursos simbólicos autóctonos aparecen dispuestos en función de un método de creación de la realidad como la fotografía, de génesis tan occidental. En efecto, alguna especie de aculturización está presente en estas representaciones del poder cuando, a pesar de la panoplia de autenticidades que se nos dispone ante los ojos, la puesta en escena de los protagonistas es enormemente deudora de la representación tradicional del poder monárquico en Europa y de la historia occidental de la fotografía e, igualmente, hace seguidismo de las formas con que Occidente ha tratado fotográficamente los mundos que ha etiquetado como exóticos.

V

El segundo de los ámbitos de «Las imágenes del poder» no nos resulta nada exótico a nosotros, los valencianos: «Retratos del poder» se encuentra organizado en torno de efigies pintadas de reyes, reinas, regentes y dictadores del estado-nación conocido como España y, a su vera mismamente, de retratos de algunos presidentes de la Diputación de Valencia. Una mixtura, un diálogo, pues, entre el poder con mayúsculas, el formalmente monárquico la mayor parte de las veces, radicado en la ciudad de Madrid y concebido desde Castilla, y el poder periférico, provincial, no autónomo, que vertebró de manera prácticamente absoluta la organización estatal española desde los tiempos de Fernando VII hasta la institucionalización preautonómica y autonómica (hacia fines de los años setenta y los inicios de los ochenta del siglo pasado).

Entre la sucesión de retratos que nos muestran a los gobernantes y a sus correlatos periféricos, queremos destacar aquí uno del autócrata de España más conocido como el «Caudillo», obra de un creador que había encarnado lo mejor del diseño valenciano durante la Segunda República, Luis Dubón. Dubón nos legaría –con esta obra encargada desde la Diputación en 1952– una *vendetta* pictórica memorable, excepcional en grado sumo, más en el contexto de un régimen como el franquista. Una pieza pictórica construida de manera muy inteligente, actualmente muy desconocida del gran público y glosada por Michelle Vergniolle Delalle en La palabra en silencio. *Pintura y oposición bajo el franquismo*:[7] «[...] el pintor consigue ofrecer al público, bajo el pretexto del más excesivo respeto clásico, la discreta caricatura de un enano usurpador». Amador Griñó ha puesto de relieve, en la colaboración preparada para el catálogo de «Las imágenes del poder», cómo el retrato de Franco de Dubón era deudor, desde el punto de vista compositivo, del magnífico retrato del general Narváez ejecutado por el también valenciano Vicente López (conservado en el Museo de Bellas Artes de la capital valenciana y en el Palacio Real de Madrid).

Afirma Néstor Morente Martín, en su tesis doctoral sobre iconografía republicana en València,[8] que «El pintor Luis Dubón terminó sus días sin renunciar a su estilo, a su personalidad y a su republicanismo», y el MuVIM, que ya ha expuesto dubones en sus salas (como en la exposición «La modernitat republicana a València. Innovacions i pervivències en l'art figuratiu (1928-1942)») quiere ahora cerrar el círculo con la exhibición de esta obra tan corrosiva, concluida cuando faltaba muy poco para la muerte del artista.

El carácter sorprendente de esta pintura se pone más de manifiesto cuando se la compara con el retrato de Franco pintado cinco años después por José Segrelles, tan glorificador y enal-

7 Valencia: Universitat de València, 2008, págs. 42-43.

8 *El art déco en la imagen alegórica de la II República Española en Valencia: Vicente Alfaro promotor de las artes*. Valencia: Universitat de València, setiembre de 2016, pág. 444.

tecedor: la exhibición conjunta de ambas obras pretende ser uno de los hitos del ciclo expositivo «Poder y propaganda».

VI

Una última acotación sobre el espacio dominado por la pintura: en su interior hemos ubicado «Imágenes de los gobernantes en las monedas españolas: de la muerte de Fernando VII al euro». Se trata de una selección de piezas monetarias –clasificadas en doce ámbitos cronológicos– como complemento de las visiones pictóricas de monarcas y dictadores y, en un caso, como contrapunto de estas: así, una de las monedas expuestas ostenta un resello político ofensivo (una inscripción estampada), utilizado entre 1871 y 1873 contra el rey Amadeo I de Saboya por los alfonsinos, los partidarios del futuro Alfonso XII.

Como han puesto de relieve muchos estudiosos de la numismática, la producción monetaria ha sido a lo largo de los siglos, y es todavía, un instrumento privilegiado de comunicación política en general y de difusión de la imagen del poder –político– en particular. Y si en la exposición hemos querido ofrecer sólo una mínima cata, en este trabajo hacemos una reflexión con más detenimiento que hemos titulado *El poder en el bolsillo. Imágenes de los gobernantes en las monedas de España (siglos XVIII-XXI)*. Hablamos de un trabajo que se detiene muy particularmente en las fórmulas de legitimación del poder personal (real o dictatorial), como por ejemplo el recurso a la pretendida posesión de «la Gracia de Dios» (*Dei Gratia* en latín) como fuente única o compartida del ejercicio del reinado o de la dictadura, y la referencia al carácter constitucional de la monarquía o la ausencia de esta circunstancia. Los regímenes republicanos –y el del Gobierno Provisional nacido en 1868– nos abren las puertas hacia las personificaciones iconográficas en que se ha encarnado el poder proclamado como colectivo: la Hispania de orígenes romanos (con corona mural) y la matrona de cabellos sueltos, el jinete ibérico y romano de las primeras acuñaciones franquistas, etc.

Al efecto de poder llevar a cabo esta visión ampliada hemos podido contar, particularmente, con la valiosa participación de José M. de Francisco Olmos, miembro del Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid, UCM, y autor de un texto que presenta la iniciativa: «La moneda, mucho más que dinero». Igualmente hemos podido obtener la solvente colaboración de Natalia Pérez-Aínsua Méndez por cuanto hace referencia a los ejemplares de papel sellado.

VII

«La evanescencia del poder actual», el último de los espacios de «Las imágenes del poder», tiene una génesis absolutamente original, dado que los materiales fotográficos expuestos han sido seleccionados por responsables de la sección de política de algunos de los *mass media* que tienen redacción en la ciudad de Valencia. Nos referimos a medios únicamente digitales o que aparecen tanto en formato papel como en internet; por orden alfabético, *eldiario.es*, *El Mundo*, *Las Provincias*, *Levante-EMV* y *Valencia Plaza*. Cada uno de los profesionales mencionados ha escogido imágenes fotográficas que, a su entender, son representativas de la noción de poder, siempre entendiendo que desde el museo hemos pedido que se tratara de un poder bien radicado en País Valenciano, o bien con incidencia –directa o indirecta– sobre la sociedad valenciana (lo cual, bien mirado, abre verdaderamente el abanico de posibilidades). La otra orientación dada por parte de los responsables del MuVIM ha sido la cronológica: se habían de escoger fotografías datadas en tiempos posteriores a la muerte de Francisco Franco.

Los motivos que han conducido a la selección final de las piezas son explicados por los mismos periodistas en el catálogo, en un ejercicio inédito que nos honra como museo.

VIII

Esta introducción al ciclo expositivo del MuVIM «Poder y propaganda» está a punto de concluir. Y la despedida empieza con la afirmación de que nuestra contribución –dos exposiciones, cuatro ámbitos diferentes, carteles, fotografías *artísti-*

cas, retratos pictóricos (con acuñaciones monetarias), fotografías periodísticas– es, sólo, una de las muchas susceptibles de ser realizadas: al posible e inmenso dédalo de espacios geográficos cruzados con periodos históricos hay que añadir el hecho de que, centrándonos en la edad contemporánea, es muy grande el abanico de medios a través de los cuales se han podido mostrar, figurar o propagar imágenes sobre el poder de los gobernantes (o, en su caso, de los insurgentes): monedas y billetes, medallas y condecoraciones, arquitectura y arte mueble, pasquines y carteles, tarjetas postales y pegatinas, sellos de correos y efectos postales prepagados, sellos de matriz y papel timbrado, viñetas y fotografías, programas de televisión y ficciones cinematográficas y teatrales, tapices y vajillas, armas y papel pintado, encuadernaciones y tejidos de vestidos, botones de uniformes y juegos de mesa o infantiles, relojes y joyas, tapices y maderas del mobiliario, etc. Estamos en presencia, efectivamente, de un plantel temático enormemente fecundo; fecundo igualmente desde el punto de vista de las instancias museísticas. Esta apuesta de nuestro museo no es pues, a pesar de las apariencias, tan arriesgada; en un cierto sentido, con este ciclo expositivo más bien jugamos sobre seguro.

Valencia, 29 de junio de 2017

Presentación

LA MONEDA, MUCHO MÁS QUE DINERO

José María de Francisco Olmos



I. UTILIDADES ECONÓMICAS Y USOS POLÍTICOS

La moneda tal y como la hemos conocido en Occidente fue un invento que tenía por objetivo mejorar las transacciones comerciales y tributarias, así como la fiabilidad de las retribuciones públicas y de las ofrendas crematísticas realizadas a los santuarios: permitía ofrecer una cantidad de metal tasada en peso y ley –o porcentaje de metal noble en relación con el total– y garantizada y respaldada por una autoridad gubernativa. Todo ello hacía innecesario el regateo constante sobre el valor de los trozos de metal precioso, ya que se encontraba fijado en un ordenamiento legal y era garantizado por el poder político emisor. De acuerdo con la utilidad de estas características, las monedas podrían haber continuado siendo unos discos de metal que llevaran inscritos, simplemente, los números de su peso y ley y un símbolo de la autoridad emisora, lo que habría bastado para permitirles circular libremente por los mercados que las aceptaran y para seguir encarnando el patrón de valor de las mercancías y los servicios.



© Jesús Vico, S.A. (Madrid)



© Jesús Vico, S.A. (Madrid)

Ahora bien, la función económica de las monedas fue inmediatamente acompañada de la función política y representativa, ya que las autoridades se dieron cuenta de que este nuevo soporte –esta nueva forma de dinero– se iba a convertir en el mejor medio de propaganda política de los estados emisores: ya fuera de sus gobernantes, del sistema político de la comunidad, del ideario religioso (con la referencia iconográfica a las deidades y a los héroes), de los mitos fundacionales, e incluso de las fiestas, monumentos y principales productos de su economía. Todo esto ya aparece en las monedas acuñadas por los griegos y otros pueblos del área del Egeo entre los siglos VII y IV a.C.; como ejemplo de ello citaremos una pieza excepcional, la creseida de oro o de plata. Fue acuñada en Lidia, actual Turquía, por orden del famoso Creso, un rey del siglo VI a.C. cuyo nombre ha llegado hasta nosotros como sinónimo de riqueza. Este monarca tuvo que enfrentarse al poderío del imperio persa dirigido por Ciro II el Grande, y la moneda que traemos a colación parecería remitir simbólicamente a dicho conflicto: en la pieza se muestra a un león rugiente, emblema de Lidia, frente a un toro que se aproxima desde el este y que podría representar a los persas aqueménidas.

Se han propuesto diversas explicaciones de este diseño tan atractivo conformado por los prótomos (cabeza y cuartos delanteros) de dos grandes animales enfrentados, pero de ser cierta la hipótesis explicitada aquí nos encontraríamos ante toda una declaración de principios políticos, que deberían quedar claros tanto para los súbditos del rey lidio como para sus enemigos. La gran paradoja fue que –más allá de la veracidad o no de la interpretación antiaqueménida del motivo– las creseidas siguieron siendo acuñadas por los persas tras la derrota de Creso ante los ejércitos de Ciro II.

II. EL RETRATO MONETARIO

Desde el siglo IV a.C. vamos a encontrar en las monedas los retratos de los gobernantes: las acuñaciones de los sucesores de Alejandro Magno en los reinos helenísticos serán el modelo de los retratos monetarios de los emperadores romanos, de los reyes medievales y de monarcas europeos posteriores, todos ellos unidos a referencias a la divinidad protectora o de la que decían recibir el poder. De acuerdo con lo dicho puede afirmarse que las civilizaciones antiguas mediterráneas fueron conformando unos usos, específicos y prolongados en el tiempo, que hacían de la moneda un medio privilegiado de propaganda política: en aquellos tiempos, el de difusión más masiva. Aquí adjuntamos como ejemplo la imagen de un sestercio emitido a norme de Marco Aurelio, el emperador de Roma.



Con posterioridad, los reinos herederos de Roma en Occidente mostraron en las monedas al monarca gobernando por obra de «la Gracia de Dios» (en latín, D[ei]. G[ratia]). Esta fórmula de legitimación –en su forma abreviada o completa– se mantuvo de forma generalizada hasta la época de la Revolución francesa y luego fue desapareciendo paulatinamente, al compás del triunfo de las revoluciones liberales en los diferentes países. No obstante, todavía podemos encontrar hoy en día monedas donde puede leerse que el o la monarca lo es debido a «la Gracia de Dios»: hablamos de las piezas británicas, acuñadas por un estado sin constitución escrita que mantiene formalmente el sistema consuetudinario histórico, donde el monarca –en la actualidad la reina Isabel II– ostenta teóricamente sus poderes políticos tradicionales sin cortapisas (aunque la realidad institucional sea, claro está, bien distinta).





III. LOS ESCUDOS EN LAS MONEDAS

Junto al retrato del monarca, presente en las monedas –como hemos visto– desde la Edad Antigua, e igualmente junto a las inscripciones que hacían referencia a la fuente del poder o a otras cuestiones, el numerario occidental exhibe desde la Edad Media los emblemas heráldicos. Hablamos de los escudos de armas y otros elementos que han conformado y conforman un lenguaje no verbal con enorme predicamento en el pasado. Gracias a la heráldica, pues, se han mostrado ante súbditos y foráneos las dinastías que acabaron identificándose con territorios. Y gracias igualmente a la conocida como ciencia del blasón se popularizaron símbolos como las lises de Francia, las fajas de Austria, el león de doble cola de Bohemia, los leopardos de los Plantagenet de Inglaterra, las bolas de los Médici de Florencia, las quinas de Portugal, las cadenas de Navarra, los castillos y leones de Castilla y León, los palos (o «barras») de la

Corona de Aragón... Estos y otros blasones de las monarquías nos han mostrado los orígenes de las casas reales (o granducales, o ducales, o condales, etc.), las extensiones de tierra que gobernaron, las que aspiraron a gobernar y no pudieron conseguir, o a las que creían tener derecho, todo ello mediante imágenes que eran entendidas por un número ingente de personas. Aquí pueden verse las armerías de Napoléon Bonaparte como rey de Italia, y su traslación a las monedas con mayor facial del período, así como la segunda versión del escudo del II Reich, y la correspondiente inclusión en la pieza de mayor diámetro del reinado de Guillermo II (Kaiser de Alemania y rey de Prusia).





Imatge de Sodacan





© David Liuzzo

Ⅳ. LAS ORILLAS ESTE Y SUR DEL MEDITERRÁNEO

El Imperio Bizantino –romano de Oriente– se fundamentó en la unión de poderes, o cesaropapismo, concepción en que el emperador era visto como el representante de la divinidad. En las monedas se mostró de forma palpable esta manera de ejercer el poder: el emperador podía aparecer designado por Dios mismo (*manus Dei*) y siempre se le representaba como su representante y servidor. La idea de la designación divina era, lógicamente, incompatible con cualquier ley de sucesión que pretendiera *competir* con los deseos divinos; es por ello que las acuñaciones fueron utilizadas por los emperadores para proclamar y defender la sucesión dinástica, familiar: hijos, hijas, hermanas, esposas y otros familiares figurarán como los sucesores en la dignidad autocrática, e incluso se traerán a colación las imágenes de los antecesores para mostrar el derecho al gobierno que Dios habría entregado a la dinastía.



© Tonegawa Collection

En este apresurado recorrido histórico llegamos a la expansión del Islam por las latitudes orientales y meridionales del Mediterráneo. Los imperios de confesión musulmana mostraron en su numerario la primacía de la divinidad: tras las emisiones de transición de influencia bizantina y persa sasánida, las acuñaciones fueron –en su mayoría– exclusivamente epigráficas, repletas de leyendas religiosas que invitaban a la sumisión a Dios y, también, a los preceptos de la fe islámica. Las monedas se convertían así en un medio de proselitismo, con independencia de que, con posterioridad, sobre el metal acuñado apareciesen los nombres de los gobernantes que ponían en circulación las piezas. En cualquier caso estos últimos –califas, emires– siempre se proclamaban al servicio de la divinidad: es el caso del famoso Abderramán III de Córdoba, uno de cuyos dirhams reproducimos.

Ⅴ. REVOLUCIONES Y REFORMAS

Los simbolismos reseñados fueron forjados en épocas muy pretéritas, pero está fuera de toda duda la vigencia del contenido identificatorio y evocador, simbólico en definitiva, de las acuñaciones monetarias: este no sólo no ha decaído a lo largo de la Edad Contemporánea sino que sigue vigente en nuestros días por muchos motivos, ya que el uso o asunción de una moneda implica –*de facto*– aceptar su mensaje político. Al hilo de esto último es in-

teresante conocer que durante la Guerra de Independencia, entre 1808 y 1814, en España se cotizaban a más alto valor los duros de Carlos IV, que nadie rechazaba, frente a las monedas a nombre de Fernando VII o José Napoleón, y ello porque utilizar estas últimas piezas identificaba al usuario como partidario de uno u otro bando y, en consecuencia, podía costarle la vida según las circunstancias.

Recuérdese igualmente que cuando se produce la Revolución de 1868 en España lo primero que se hace es cambiar la moneda, explicando que los lemas y tipos que aparecen en ella deben mostrar siempre el sistema político y sus valores, y no recordar lo pasado. Así nacieron los nuevos tipos de la peseta, y eso mismo había ocurrido y ocurriría en el caso de otras revoluciones: la de los Países Bajos contra los Habsburgo hispanos, a finales del siglo XVI; la de Cromwell en Inglaterra, a mitad del siglo XVII; la que condujo, con la declaración independentista del 4 de julio de 1776 como texto fundador, al nacimiento de los Estados Unidos de América; la de Francia que tuvo su partida de nacimiento simbólica el 14 de julio de 1789, y su gran proclama en la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» del mismo año; las de Francia de 1830 y 1848; la de Rusia en 1917, que acabó gestando a la Unión Soviética, etc. En todas estas revoluciones siempre se consideró que era prioritario modificar los tipos y leyendas contenidos en las monedas, incorporando a las mismas –por ejemplo– el busto o la figura de la libertad o de la república, y ello con el objetivo de mostrar a la mayor brevedad posible que había cambiado el sistema político e, incluso, la conformación de la estructura de la sociedad (como en el caso de la toma del poder por los bolcheviques).



Aquí reproducimos unas alegorías clásicas de la libertad, presentes sobre sendas monedas de Francia (dos sueldos acuñados por la empresa privada Société Monneron Frères, y dos *décimes* de la I República) y de los Estados Unidos (medio dólar de plata): si se observa con atención la primera pieza francesa [←]–donde se incluye el gorro de la libertad o frigio sobre una pica– puede comprobarse la vigencia del inicial calendario revolucionario francés, con la fecha del año IV de la libertad presente en el exergo o parte inferior.

La pieza de la izquierda muestra el busto de *Marianne* (mujer tocada con el gorro de la libertad) que –con el paso del tiempo– se convertirá en la encarnación de la república en Francia y en otros lugares; finalmente, en la pieza norteamericana –a la derecha– puede leerse la palabra LIBERTY en la parte inferior del gorro frigio.





La voluntad de representar sobre las monedas las transformaciones de signo político y social ha ocurrido en España mucho más allá y acá que en 1868: puede evocarse al respecto la época de Felipe V y la Guerra de Sucesión, el Trienio Liberal durante el reinado de Fernando VII, las sucesivas etapas del Sexenio Revolucionario que concluyó en las postrimerías de 1874, la Restauración borbónica en 1875-1876, la dictadura primoriverista, la II República, el gobierno de Franco, o las piezas de la Transición y la Democracia. Todo esto lo veremos con mayor detenimiento en la segunda y tercera parte del trabajo que sigue a esta presentación.

VI. CONOCIMIENTO Y OPINIÓN

Lo expuesto hasta ahora nos reafirma en la idea –compartida por tantos– de que la moneda se convirtió en algo que va mucho más allá del valor económico, y de que, sin duda alguna, el numerario que manejamos habitualmente se nos presenta en nuestra cotidianeidad con este carácter añadido. Así pues podemos concluir que las emisiones monetarias siguen transmitiendo un mensaje verbal y no verbal, dirigido a que la población pueda ver y asumir –hacer suyos– los valores propios del régimen imperante y, por metonimia, del país en el que vive; y esto es lo que hace que los pequeños discos de metal que guardamos en nuestros bolsillos, carteras y monederos puedan

ser, a la vez, verdaderas obras de arte (en su caso) y pequeños tratados políticos (siempre), cuyo contenido deberíamos ser capaces de comprender aunque solamente fuera por el hecho de poder razonar –y en su caso manifestar– nuestro consenso o disidencia con lo que se nos transmite. Al fin y al cabo si los contenidos iconográficos, y epigráficos, de las emisiones monetarias siempre han sido decididos por las más altas instancias del estado correspondiente, conscientes como eran y son dichos responsables políticos de la importancia del medio transmisor, y de la consiguiente efectividad masiva del mensaje, parece lógico que –como ciudadanos– podamos estar en condiciones de entender las proclamas en metal acuñado y de formarnos, con conocimiento de causa, una opinión sobre las mismas.





En este sentido solamente me queda hacerme eco muy positivamente de la aparición de *El poder en el bolsillo. Imágenes de los gobernantes en las monedas de España (siglos XVIII-XXI)*, trabajo al que preceden estas líneas. El lector podrá comprobar que constituye una síntesis con voluntad divulgativa hacia públicos diversos, incluyendo aquellos sin formación numismática, sobre los mecanismos de legitimación del poder utilizados en las emisiones monetarias españolas durante, casi, los últimos trescientos años.

La redacción en cuestión –que debemos a Rafael Company– traslada al papel, con mayor arco cronológico y amplitud temática, el apartado numismático de la exposición «Las imágenes del poder» (dentro del ciclo «Poder y propaganda») del Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat, MuVIM, y no extrañará mi colaboración aquí tras haber dedicado buena parte de la vida profesional a desentrañar los mensajes lanzados, desde los gobernantes, en las acuñaciones de España y de otras latitudes. Una tarea esta última que he podido realizar acompañado de la inestimable complicidad y buen oficio de Javier de Santiago Fernández y de otros miembros del Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid.

Sirva este texto, «La moneda, mucho más que dinero», como testimonio de mi coincidencia con la realización de iniciativas tan pedagógicas como la que se dispone a llevar a término el equipo rector del mencionado museo de Valencia. Y sirva igualmente como acicate para próximas propuestas del mismo, o equivalente, tenor.

Madrid, 11 de mayo de 2017

RAFAEL COMPANY I MATEO

EL PODER EN EL BOLSILLO

Imágenes de los gobernantes en las monedas de España (s. XVIII-XXI)



UNA APROXIMACIÓN A LOS CONTENIDOS POLÍTICOS DE LAS EMISIONES MONETARIAS



Esta moneda mostró –con gran pericia artística– una visión muy edulcorada de la relación histórica entre amerindios y colonos de linaje europeo en las tierras de los actuales Estados Unidos; la mistificación de aquella sangrienta tragedia también se encuentra presente en el texto siguiente, donde se glosa la acuñación desde la perspectiva interesada, puede decirse que imperialista, de los vencedores en las guerras contra los indígenas: «The Oregon Trail commemorative [half dollar] is certainly outstanding in its draftsmanship and symbolism. The observe of Indian clad in ceremonial bonnet and dignity, standing before a map of the United States with arm outstretched toward the east in the futile posture of primitive defiance, eloquently depicts the age-old conflict between the free nomad and the tinkers and farmers who flowed across the land like a sea of tar, felling the forests and furrowing the plains, rooting more firmly than the oak and pine whose shadow they brush from the hills. On the reverse, a Conestoga wagon rolls irrevocably toward the setting sun, conquering with oxen and wheel, prevailing through numbers» (Clifford Mishler: Coins. Questions and Answers (An Official Whitman® Guidebook). Nueva York: St. Martin's Griffin, 1998, pág. 97).

Además de la consabida dimensión socioeconómica de monedas y billetes, su circulación entre la multitud ha constituido un medio de comunicación política que se puede definir con adjetivos de naturaleza muy próxima: masivo, general, omnipresente. Apelativos que, a poco que meditamos, nos remiten a los procesos de nacionalización vividos por las sociedades. Es cierto que, dado el debate existente sobre cuándo se produjo la aparición de las naciones, deberíamos poner entre comillas el término nacionalización cuando nos referimos a tiempos anteriores a los de la Edad Contemporánea.[1] Sin embargo, más allá de estas precauciones lógicas, podemos formarnos fácilmente una idea acerca de lo que estamos tratando: nos referimos al papel jugado por las emisiones monetarias en la conformación de la dimensión política de las sociedades, es decir, en la percepción pública de las manifestaciones del poder y, por tanto, de las capacidades de los gobernantes o de los insurgentes para construir consensos, o no, a su alrededor. Nos referimos a consensos «nacionales», o a consensos nacionales sin comillas, según sea el caso, y todo mediante métodos de diversa naturaleza (desde *la epifanía* al uso o la pose de la seducción, al interés oculto y a la manipulación desmesurada.



Quizá estamos ante el diseño más significativo, desde el punto de vista político, de los que aparecieron sobre las monedas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, con anterioridad a las emisiones conmemorativas. En este rublo de plata fechado en 1924 se hace patente el deseo de construir la nueva sociedad bajo la guía, o paternalismo, de la fuerte –musculada– clase obrera y, por tanto, del partido comunista que era su *intérprete*. La escena está presidida por el Sol que lanza poderosos rayos en las primeras horas del día, una imagen típicamente ilustrada, *aufklärer*, e incluye fábricas y la figuración de un robusto campesino acompañado de cultivos y con una hoz en la

1 «En las ciencias sociales persiste una dicotomía esencial, trasunto de la propia dualidad existente en las definiciones históricas de nación desde comienzos del siglo XIX (objetiva u orgánico-historicista, y voluntarista): por un lado autores y teorías *modernistas*, que suponen que los nacionalistas construyen o inventan la nación de acuerdo con sus intereses y circunstancias y, por otro lado, autores y teorías *primordialistas*, que suponen que las naciones son colectivos definidos étnicamente, con existencia objetiva, que preceden al nacionalismo, con más o menos matices entre los extremos (Smith, 1986). Aquí optamos por un enfoque relativamente mixto, [...]» (Xosé M. Núñez Seixas: *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*. Madrid: Síntesis, 1998, pág. 11).

mano izquierda. Este personaje es, *nolens volens*, arrastrado hacia la conciencia y hermandad de clase y –debemos suponerlo– hacia la felicidad futura por el obrero que le pone la mano en el hombro, y ambos protagonistas muestran en sus rostros rasgos étnicos eslavos: la URSS era, a la hora de la verdad, Rusia ampliada.

Por cuanto hace referencia al papel moneda, aunque en 1697 el Banco de Inglaterra ya incorporaba en sus billetes un medallón con la efigie de Britania, lo cierto es que la inclusión de símbolos –iconográficos y epigráficos– del poder político en este instrumento económico fue un proceso lento. Mucho más lento, con seguridad, que el que se había dado en el caso de las monedas metálicas –nacidas en el siglo VII a. C. en el occidente del Asia Menor y en las islas del Egeo oriental. Y una constatación más que *da ventaja* a las piezas de metal en el tema que tratamos: el uso masivo del papel moneda como instrumento de pago no se hizo realidad hasta las décadas finales del siglo XIX. Sea como fuere, en este escrito apartaremos los billetes y nos centraremos en las emisiones contantes y sonantes.[2]

2 He aquí una reciente aproximación, bien sintética, a los orígenes y las utilidades del fenómeno monetario (recordemos que si bien todas las monedas son dinero, más allá de las monedas ha habido y hay muchos otros elementos igualmente considerados como tal): «La moneda, entendida como pieza de metal con forma de disco, hizo su aparición hacia el 600 a.C., en el reino de Lidia o en alguna de las ciudades griegas de Asia Menor para permitir a estas ciudades-estado hacer y recibir pagos en metálico: tanto para pagar a sus mercenarios y empleados, como para cobrar los tributos. La moneda servía además como reserva de bienes, facilitando tanto la acumulación de riqueza como la cuantificación de las ofrendas depositadas en los santuarios de las ciudades griegas en un momento de intenso desarrollo del comercio marítimo. La moneda adquirió muy pronto también una función económica, sirviendo como patrón de medida para calcular el coste de las cosas. La aparición de la moneda permitió abandonar el trueque y otras viejas formas de dinero premonetal, como los espetones o asadores de hierro utilizados hasta esas fechas en Grecia. Desde entonces, la moneda ha funcionado ante todo como un medio de intercambio que facilita las transacciones comerciales y permite la adquisición de bienes y servicios» (Antonio Bellido y Fernando Pérez Rodríguez-Aragón: «El poder de la imagen en las monedas romanas», en *Numismática romana en Valladolid. Arqueología, libro y antiguo coleccionismo* [catálogo de la exposición homónima celebrada en el Museo de Valladolid]. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2011, págs. 13-26; cita en la pág. 13).

Estas acuñaciones pueden ser –en primer lugar– las monedas con valor facial menor que, realizadas en metales no nobles o, antiguamente, también en plata, eran y son usadas cotidianamente por las personas con menos posibles (aunque tales emisiones no han dejado de ser utilizadas también, ocasionalmente, por el resto de miembros de la sociedad).



En la actualidad –y desde la mitad del siglo XIX– en los Estados Unidos la moneda más pequeña tiene el valor de un centavo de dólar (*one cent*). Fabricado con diversas composiciones metálicas a lo largo del tiempo (nunca, sin embargo, en oro o en plata), el centavo –popularmente *penny*– ha sido una moneda muy presente en las vidas de los norteamericanos humildes; el centavo e, igualmente, la pieza de cinco centavos, o *nickel*, llamada así en clara alusión al metal con que ha sido mayormente acuñada. Durante 1907, año de emisión de la pieza de la imagen, quizás muchas personas pobres miraron con atención el rostro de la libertad que ornaba el anverso de este centavo de bronce. Se trataba de una cabeza femenina tocada con plumas propias de los indios; una libertad –lo dice a la altura de la frente– *autoctonizada* sólo supuestamente, porque el rostro delata más bien rasgos étnicos europeos que no amerindios, ciertamente. En el país de las guerras contra las *tribus* y de la instauración del sistema de reservas, algunos encontraron como lo más normal del mundo que la diosa nacional –*Liberty*– pareciera india. Que solo lo pareciera, eso sí.

Monedas contantes y sonantes han sido igualmente, en tiempos antiguos, o muy antiguos, las acuñaciones de oro –pequeñas o grandes– y las piezas de plata de relevantes dimensiones que, fundamentalmente, servían a las necesidades de quienes constituían los estamentos sociales más favorecidos y de los mercaderes de mayor relevancia.



Una corona de plata –*crown*– fechada en 1887, durante el muy celebrado 50 aniversario de la entronización de la reina Victoria de Inglaterra. Se trata de la moneda más grande y pesada de todas las piezas británicas de aquellos tiempos, equivalente bien a 60 peniques, bien a 5 chelines, o bien a la cuarta parte de la libra

esterlina (que entonces se acuñaba en oro). Una moneda, pues, para ricos o suficientemente acomodados. Por lo que respecta al motivo, uno de los más espectaculares en la historia del numerario europeo, representa al patrón inglés, San Jorge, a caballo, desvestido a la griega y matando al dragón. El diseño fue primeramente acuñado a fines de la segunda década del siglo XIX: el autor era un italiano, Benedetto Pistrucci, muy diestro en la estética neoclásica. Y parece lógica la suposición de que el dragón fuera una alusión, velada, al enemigo acabado entonces de batir por los ejércitos del Reino Unido, el «abominable» Bonaparte. Una alusión muy velada, *of course*.



Este es uno de los carteles británicos más famosos de la Primera Guerra Mundial: *Presta tus cinco chelines a tu país y aplasta a los alemanes*. Formaba parte de una de las campañas públicas de recaudación de contribuciones privadas para hacer frente al esfuerzo bélico y recordar que sin dinero no se ganaría aquella guerra. El autor fue D. D. Fry, y la impresión se hizo a iniciativa del Parliamentary War Savings Committee radicado en Londres. La hipertrofiada moneda de 5 chelines lleva la fecha de la realización del cartel, 1915 (la última *crown* con este diseño de San Jorge matando al dragón se había acuñado en 1902), y el uso de la especie monetaria en esta escena satírica acredita la conciencia popular de encontrarse ante una enorme, y *poderosa*, pieza. Si la hipótesis antinapoleónica sobre el diseño original de inicios del XIX fuera cierta, el uso de la moneda en este contexto antialemán no haría más que seguir una tradición (solo que ahora con la fobia bien explicitada). La imagen procede de la Library of Congress, en Washington D.C.: <http://www.loc.gov/pictures/item/2003675229>

Respecto a la existencia de una doble circulación monetaria *de facto*, Elena García Guerra –en el libro *Las alteraciones monetarias en Europa durante la Edad Moderna*[3]– afirma lo siguiente: «El oro [y, convendría añadir, las monedas de plata más grandes] era exclusivo de príncipes, de grandes comerciantes o de la iglesia; la plata estaba destinada a las transacciones ordinarias, mientras que el cobre, en el nivel más bajo, se consideraba la moneda «negra» del pueblo y de los pobres» (pág. 24). Y continúa:

> Prácticamente las dos «monedas» es decir, la pequeña y la gruesa, más que formar elementos diferentes de un único y orgánico sistema monetario, enseguida se constituyeron en dos distintos, cada uno con su propia y distinta área de circulación ya fuera geográfica, social o de negocios. Aun insistiendo en esta idea, el lenguaje corriente de aquel tiempo subrayó ya esta neta distinción denominando «moneda pequeña» a la fabricada con aleación o sólo de cobre y «moneda gruesa» a la fabricada con oro o plata (págs. 24-25).

Pero con independencia de la mayor o menor transversalidad de la circulación de las especies monetarias entre los diferentes sectores sociales, lo cierto es que se tratara de piezas de oro, de plata *grande*, de plata *pequeña* o de metales no nobles, fueron monedas fabricadas masivamente, adscritas al que *de iure* era un solo marco general de circulación (un solo mercado), y que afluían de manera habitualmente constante hacia la vida económica. Por todo ello, los mensajes grabados en las acuñaciones podían ser los más difundidos de entre todos los puestos en circulación –por la autoridad, o por quien quería hacerse con la autoridad– en un espacio geográfico y social determinado. Y, si hablamos en términos cualitativos, la circulación monetaria constituía un eficaz medio de comunicación política de perfiles propagandísticos.

Nuevamente recurrimos a Elena García Guerra a la hora de adentrarnos en estas utilidades *añadidas* de la moneda:

> De todas formas, el orgullo de hacer circular dentro y fuera de los confines de los estados piezas de metal noble que propagaban la imagen y divisa de los gobernantes, compensaba con creces la pérdida de la acuñación. En una época en la que faltaban medios de comunicación social, pasando de mano en mano y moviéndose en el espacio y en el tiempo –pues señalamos que ejemplares viejos de hacía decenios todavía circulaban junto a nuevas piezas recién acuñadas–, las monedas representaban el medio más eficaz a disposición de los soberanos para hacerse conocer y admirar (pág. 26).

3 Arco Libros, 2000.

Naturalmente debemos hacer entrar en juego aquí un factor determinante para el éxito de esta propaganda: la capacidad de lectura, de entendimiento o decodificación, de los destinatarios del mensaje en cuestión. En primer lugar, y en realación a la lectura estricta –la de los escritos grabados en las piezas monetarias– esta podía ser accesible a los analfabetos tanto como la de los materiales impresos o la de las inscripciones públicas: gracias a la ayuda exterior. E igualmente podría decirse de la lectura en sentido amplio (la *literacy*), la de los contenidos icónicos (incluyendo los símbolos) y, especialmente, la de aquellas imágenes que no hubieran tenido la repercusión o conseguido la popularidad de los emblemas consagrados.

Vamos a ejemplificar lo que decimos con una moneda de la Revolución francesa –fabricada con el metal de campanas fundidas y realizada en estilo neoclásico– donde encontramos una iconografía muy diferente de aquella que aparecía en Francia en las acuñaciones anteriores, del tiempo del absolutismo monárquico, repletas de coronas reales, flores de lis y, conviene tenerlo en cuenta, inscripciones religiosas cristianas.



Moneda de dos sueldos emitida en 1792 a nombre de quien, desde septiembre de 1791, era el rey constitucional de los franceses: Luis XVI. El motivo iconográfico principal es un *fasces* o haz de varas, que conforma un cilindro atado con cintas y atravesado por una pica o lanza. Esta figura testificaba la admiración de los dirigentes franceses del momento por la Roma antigua, en cuyo régimen político pretendían encontrar inspiración y ejemplo imperecedero. Se debe recordar que los *fasces* –llevados por los lictores romanos u oficiales públicos que escoltaban a los magistrados (particularmente cónsules y pretores)– habían sido el símbolo físico del poder de quienes gobernaban cerca del Tíber después de ser elegidos por el «pueblo». Aquí, además, el haz está coronado por otro emblema de orígenes antiguos, el conocido como gorro frigio o de la libertad, identificado con *el pileus* presente en el proceso de liberación de esclavos en Roma. En la leyenda, LA NATION LA LOI LE ROI, el rey aparecía nombrado en último lugar –esto era extremadamente significativo– después de la nación (la nación francesa, depositaria única de la soberanía) y la ley (destacadamente la de mayor rango, o Constitución, emanada de la nación a través de sus representantes). Nación y ley a las que el monarca debió jurar fidelidad el 14 de septiembre de 1791, en ocasión de la aceptación de la Constitución, e incluso antes. El autor del diseño fue Augustin Dupré, amigo y *alter ego* en el arte de diseñar monedas y medallas de Jacques-Louis David, el célebre pintor del neoclasicismo. Y una última acotación: mientras que en el anverso de esta pieza aparecía el busto del rey con la fecha cristiana, en la parte inferior de la imagen puede leerse una fecha del primer calendario revolucionario, el de la libertad, que empezaba a contar el 14 de julio de 1789 (día de la toma violenta de la Bastilla e inicio simbólico de la Revolución francesa).

Si bien no puede decirse que haya desaparecido el papel socializador de los mensajes contenidos en el soporte del dinero físico, tampoco puede negarse que la incidencia –cualitativa y cuantitativa– de las monedas en la construcción de la imagen del poder se ha visto muy reducida. En todo caso, esta decadencia no es exclusiva del fenómeno monetario y ha sucedido en paralelo a la sufrida por otros medios, plenamente vigentes hace siglos, que no han podido mantener su antigua relevancia frente a los cambios tecnológicos y sociales. De la misma manera, podemos matizar el rol social de los mensajes contenidos en las monedas para determinados momentos del pasado: así, si hablamos de la Edad Antigua, es sabido que los procesos de monetización no avanzaron con la misma rapidez y profundidad en los diferentes territorios; pero además, en el caso de sociedades clásicas perceptiblemente monetizadas como la romana, también se plantean muchas e interesantes dudas, por ejemplo, sobre la verdadera penetración social del «discurso en imágenes» de las acuñaciones del final de la república.

Contrariamente a las situaciones que acabamos de exponer nos encontramos con casos –como el de la Francia de finales del siglo XIX– donde el protagonismo del mensaje político de las monedas era indudable y, además, todo eso tenía lugar entre controversias avivadas desde los periódicos, que daban fe (con un concurso activo) de la trascendencia social del debate. El exponente de aquella *guerra de monedas* en Francia fue *la Semeuse*, la sembradora, diseñada en estilo modernista –*art nouveau*– por el artista Oscar Roty y que figuró sobre las piezas de 50 cénti-

mos, 1 franco y 2 francos acuñadas en plata entre 1897/1898 y 1920.



En un paisaje agrícola iluminado por el Sol de primera hora (como en los grabados de la época de la Ilustración), Marianne, la personificación de la República Francesa y/o de la libertad –figurada con vestiduras de sabor helenístico y cubierta con el gorro frigio o de la libertad– fecunda la tierra de simiente y, metafóricamente, siembra Francia de las luces de la Razón, las *Lumières*: una bellísima síntesis visual del ideario del estado republicano, laicista y progresista que se instaló en el poder durante el final del siglo XIX y el inicio del XX, avanzado el decurso de una III República que había empezado su historia en manos de los conservadores. El carácter propagandístico de este magnífico diseño no pasó desapercibido para nadie: ni para sus adeptos, ni para los defensores de la visión más tradicionalista de la nación francesa, que lo juzgaran duramente incluso en términos de moralidad –*inmoralidad*– sexual: «[...] elle sème le désordre, l'ivraie, la graine de mensonge et d'immoralité».



La Semeuse no sólo ocupó las monedas de plata francesas durante dos décadas: también apareció sobre sellos de correos (véase la esquina superior izquierda de la imagen) y fue reproducida sobre múltiples soportes físicos, incluyendo las entonces muy utilizadas tarjetas postales (ver otras imágenes de *la Semeuse* en el apéndice 0). Este motivo monetario resucitó en el inicio de la Quinta República Francesa y pervive en piezas del sistema euro emitidas por Francia.

Después de todo lo que se ha dicho se hace muy evidente que, cuando una moneda se emite, los decisores no solamente deben pensar suficientemente bien con qué composición metálica, formato y técnica de emisión van a lanzarla al público, con qué valor de cambio (dado que hablamos de dinero que se integra en el torrente circulatorio), o con qué lenguajes estéticos; también deben meditar, y mucho, con qué mensajes y códigos simbólicos hay que ornar la acuñación. Y todo esto independientemente de cualquier consideración sobre la efectividad propagandística realmente pretendida o conseguida porque, como mínimo, estamos ante un *signum principis* o un *signum rei publicæ*: «[...] Vederi nella loro temática l'affermazione perentoria che le monete sono *signum principi*s, come lo gia notato. Se le monete una propaganda fanno, è questa».[4] Decididamente, las monedas son la patria para quienes las emiten. Y, evidentemente también, las monedas son la patria para quienes las utilizan.



Un año antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, el reino de Prusia –el elemento nuclear del II Reich alemán– emitía esta moneda en conmemoración del centenario de la Batalla de las Naciones, o de Leipzig, de 1813: *Völkerschlacht bei Leipzig*, en alemán. La celebración monetaria del descalabro de la Francia napoleónica frente a la coalición de Prusia, Austria, Rusia, etc. mereció este diseño tan expresivo: el águila, animal totémico germánico, aparecía figurada a punto de acabar con el reptil dispuesto a dar el mordisco venenoso, letal. Sin saber mucho de política internacional de la era del imperialismo, quien mirara esta moneda de tres marcos de plata –y conociera un poco de historia de Europa– podía hacerse la idea de que los gobernantes de Alemania no mantenían entonces ningún idilio con Francia. Y el atentado de Sarajevo lo acabaría de confirmar al poco tiempo.

Pero no nos deberíamos hacer demasiadas ilusiones: más a menudo de lo que hubiera sido deseable, el estudio de las razones por las que se ha escogido un tipo determinado en detrimento de otro –hablamos de motivos y/o inscripciones, claro– no ha ocupado un lugar central en las investigaciones numismáticas, por más que parezca normal considerar esta cuestión como nodal. Por ello hacemos nuestras las palabras de unos autorizados especialistas en moneda islámica cuando dijeron que «las monedas son

4 Gian Guido Belloni: *La moneta romana. Società, política cultura*. Roma: Carocci, 2002, pág. 123.

también en sí mismas un hecho histórico. Esto es, no sólo un documento portador de unos datos explícitos, sino un objeto propio de una sociedad determinada, donde se manifiestan las ideas y valores de esa sociedad».[5] Y por eso se explican tan bien palabras incisivas como estas de François de Callataÿ, donde se pugna para que el estudio numismático se entrelace profundamente con la narración histórica: «Il appartient dès lors au spécialiste des monnaies de ne jamais oublier le lien avec l'histoire, sans quoi ses travaux ne seront pas lus, [...]».[6]

De cualquier manera esta necesidad de vinculación entre las investigaciones numismáticas y los estudios históricos tiene, también, otra cara: la existencia de una deuda contraída por los historiadores con las aportaciones de la numismática. O, dicho en las comedidas expresiones del mismo autor, «[...] et [il appartient] à l'historien généraliste, c'est à dire le plus souvent un historien des sources littéraires, de prendre la mesure renouvelée des apports de la numismatique».[7] Y es que, además de las emisiones al uso, siempre útiles en el sentido en que hablamos, en ocasiones ocurre que una moneda particularmente bien meditada concentra en su diámetro mucha información, y de *calidad*: la pieza en cuestión informa, y forma, sobre el clima ideológico de un determinado período histórico, hasta el punto de lanzar figuradamente páginas y páginas de documentos escritos hacia los ojos de quien la observa. Es el caso de una moneda acuñada bajo el gobierno de alguien que –a despecho de filias prosocialistas anteriores– había llegado al poder como un político nacionalista de extrema derecha, fundador de un movimiento político de masas que se había bautizado como *fascismo*.



La ideología de la Italia fascista se recogió de manera sintética en esta moneda de 20 liras de plata. Fue acuñada en el año que hacía seis de la marcha de Benito Mussolini sobre la ciudad de Roma y la subsiguiente aceptación, por parte del rey Víctor Manuel III, de la dictadura de los camisas negras. Justamente, una de las características de esta pieza –y de otras de la etapa– es que hace referencia indirecta a la llegada al poder de los fascistas: junto a la datación según el calendario cristiano, 1927, a la izquierda de la imagen puede leerse –en cifras romanas– que la acuñación se realizó el año VI, año seis de la Era Fascista o calendario que contaba tomando como inicio el nombramiento de Mussolini como jefe del gobierno. Como ha recordado José Mª de Francisco al hablar de las «dataciones alternativas» de los regímenes totalitarios,

«En este contexto de consolidación del régimen totalitario fascista se produce la publicación de la circular de 25 de diciembre de 1926, por la cual se ordena que se añada a la datación tradicional de todos los documentos públicos y privados, incluso de la correspondencia, una cifra en número romano que indicará el año de la "era fascista", cuyo comienzo oficial sería el 29 de octubre de 1922, fecha del ascenso al poder de Mussolini y los fascistas. Esta normativa debía entrar en vigor a partir del 29 de octubre de 1927, inicio del año VI de la Era Fascista (E.F.)».[8]

El autor de la pieza fue uno de los más célebres artífices italianos del arte de grabar medallas y monedas, Giuseppe Romagnoli, que supo combinar magistralmente imágenes de la Roma antigua y de la Italia unida por la dinastía de los Saboya. En primer lugar, a la izquierda del diseño encontramos un lictor desnudo, clásico, como un doríforo romano apoyado en un *fasces*, o haz de varas con un hacha muy verosímil desde la perspectiva arqueológica (el antiguo haz –*fascio littorio* en italiano– fue abrazado como símbolo «parlante» por los *fascisti* mussolinianos). El lictor hace un saludo brazo en alto, que recuerda al de la Roma antigua y, desde la irrupción de los fascistas, al de la nueva Italia: los antiguos romanos habían resucitado en la mente de Mussolini (y de muchos otros) y eran propuestos como modelo vital y político de los italianos, que debían pasar a ser *i romani della modernità*. Delante del lictor vemos a Italia sedente, rotunda y clásica, portadora de la antorcha de la libertad que, presuntamente, reinaría en el país. Bajo el brazo izquierdo de la matrona itálica

5 Miguel Vega Martín, Salvador Peña Martín y Manuel C. Hería García: *El mensaje de las monedas almohades. Numismática, traducción y pensamiento islámico*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, págs. 224-225.

6 François de Callataÿ: *La monnaie grecque*. París: Ellipses, 2001, pág. 40.

7 *Ibid*.

8 «Los calendarios propios de los regímenes totalitarios en el período de entreguerras. La doble datación en la documentación oficial del "bando nacional" durante la guerra civil española (1936-1939)», *Revista General de Información y Documentación*, 19. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009, págs. 265-295; cita en la pág. 273.

aparece la cruz blanca sobre fondo rojo de los Saboya, la dinastía que había institucionalizado Italia gracias a las guerras de independencia del *Risorgimento* y a la conquista de Roma de manos del Papa. Así pues un diálogo a través de los siglos, como pretendía ser el estado mussoliniano: la fusión de la Roma eterna, e imperial, con la Italia nacionalista, irredentista con vocación colonialista y, por lo tanto, también imperial. Fusión hecha carne en el régimen de *il Duce*, un dictador con pose muy arrogante que se vio a sí mismo como un nuevo Julio César y que, más tarde, se transformaría en una especie de Augusto renacido. Todo eso en un disco metálico de pocos centímetros de diámetro.



Detalle de una *pagella scolastica* o cartilla de notas –utilizada durante el curso escolar 1927-1928– con el escudo de los Saboya flanqueado por dos *fasci littori* con hachas. Este diseño es muy semejante al que sería declarado emblema pequeño de la Italia fascista en abril de 1929, el escudo oficial más utilizado desde entonces hasta la caída de Mussolini en 1943.

Una penúltima aclaración: en las páginas precedentes no hemos traído a colación ninguna moneda con retrato de gobernante o escudo de armas porque estarán presentes –con creces– en este trabajo. En efecto, la mayoría de las piezas que analizaremos en las próximas dos partes ostentan bien el busto de un o una monarca, bien el retrato de un dictador; y las armerías reales o estatales también son protagonistas principales de la recopilación de monedas que hemos escogido aquí. Además, en la presentación de José María de Francisco Olmos que precede a nuestras líneas, «La moneda, mucho más que dinero», ya se ha hecho referencia suficiente a la presencia de este tipo de motivos sobre el numerario.

Queremos acabar esta suerte de introducción de la mano del autor de la cita que abre estas mismas páginas, justamente el recién mencionado José María de Francisco Olmos. Este autor empezó uno de sus artículos, «Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)»[9], con una serie de afirmaciones incontestables –contundentes, sintetizadoras– sobre la relación entre la moneda y el poder que trascritas en este trabajo constituyen, sin duda, una buena invitación a continuar leyendo las páginas que siguen:

> Los tipos y leyendas monetarias son siempre el reflejo de la concepción del poder que tiene el emisor, de la legitimidad que quiere transmitir a sus súbditos y a los otros estados, de la soberanía que ejerce o de territorios que desea reivindicar. Todo ello dentro del marco de un documento económico que se convierte en el mejor portavoz de los ideales del poder. En una moneda los tipos y leyendas están relacionados con la figura de quien ejerce el poder, su heráldica (grande o resumida), los lugares sobre los que ejerce la soberanía, la representación del reino, su legitimidad etc. y en el caso del período que estudiamos los acontecimientos políticos y económicos que marcan estos casi dos siglos de la Historia de España, ya que por definición los tipos de una moneda sólo se cambian porque se desea informar de un cambio político (acceso de un nuevo soberano al trono) o bien de una modificación de la paridad y cambio de la moneda, siendo de este modo distinguibles para los usuarios las piezas viejas y nuevas. De los problemas y reformas económicas se tratará en otros capítulos de estas Jornadas, nosotros nos centraremos en la intencionalidad política de los tipos y leyendas monetarias de este período.

9 En Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, págs. 177-234.

En nuestro caso no tenemos unas jornadas a las que remitir para hablar de los problemas y las reformas de la economía: nos conformamos con haber intentado que, al acabar *El poder en el bolsillo*, los lectores se interroguen al respecto de las intenciones –políticas– de quienes han llenado de contenidos los discos metálicos que se guardan en la cartera o en el monedero, o que se contemplan en las colecciones privadas y en los museos. Ninguna moneda es *inocente*, en efecto; pero también es muy cierto que ningún analista de las monedas lo es (como hemos visto por lo que respecta al medio dólar conmemorativo que abre este apartado del libro): al fin y al cabo hablamos sobre el poder.

PARTE II

IMÁGENES DEL PODER REAL EN LAS MONEDAS ESPAÑOLAS

Del Antiguo Régimen al destronamiento de Isabel II

1. LOS BORBONES ESPAÑOLES ENTRE LOS TIPOS MONETARIOS DE 1728 Y LOS DE 1772

Si algo caracterizaba al Antiguo Régimen, por cuanto se refiere al ejercicio del poder real, era el hecho de que las monarquías se reclamaban de derecho divino. Hablar de monarquías en los tiempos de la Edad Moderna –incluyendo por tanto el siglo XVIII en su mayor parte– implicaba referirse a la gran mayoría de países de Europa y, atendiendo a la existencia de extensas dominaciones coloniales, suponía igualmente hacer referencia a la casi totalidad del mundo gobernado por occidentales: en efecto, hasta la eclosión revolucionaria de los Estados Unidos de América y de Francia a finales del siglo XVIII o Siglo de las Luces, los territorios constituidos en repúblicas eran muy pocos: las Provincias Unidas, es decir, Holanda y las otras tierras que habían conseguido y visto reconocida la independencia –respecto de los Habsburgo hispánicos– entre finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII; la confederación suiza, o helvética, con su particular organización en cantones; la república Serenísima, es decir, Venecia; Génova; la efímera experiencia de la Córcega de Pasquale Paoli; alguna ciudad libre en el seno del Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana...

1.1 Las monarquías de derecho divino

Si nos fijamos en el caso concreto de la España borbónica y su constelación de posesiones ultramarinas, es conocido que el imperio hispánico era gobernado por reyes católicos de religión –la «Monarquía Católica», se decía–, y absolutos por lo que se refiere al ejercicio del poder. Se afirmaba entonces que la fuente de este poder absoluto era el único dios de los cristianos y, en consecuencia, la monarquía española se consideraba a sí misma de derecho divino: los reyes que tenían la corte en Madrid lo eran por «la Gracia de Dios». Como tantos otros monarcas en Europa, por otra parte. En la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII, mientras reinaba Luis XV, que también se reclamaba amparado por el derecho divino, un diccionario daba luz sobre lo que era eso de proclamarse rey *par la grâce de Dieu*:

> PAR LA GRACE DE DIEU, est la formule qui sert de commencement aux Lettres Royaux, pour faire voir que nos Rois ne tiennent leur sceptre & leur pouvoir que de Dieu seul, & qu'ils ne reconnoissent aucun supérieur sur la terre ; en sorte même qu'ils disputent cette qualité à tous autres Princes qui ne sont pas souverains, soit qu'ils rélevent d'eux en fiefs, ou de quelqu'autre Souverain.[1]

El redactor dejaba meridianamente claro que los reyes, y solamente ellos –en el diccionario se hablaba de los monarcas de Francia, pero las conclusiones eran claramente extrapolables– recibían el cetro y el poder solamente de manos de Dios y, en consecuencia, no podían reconocer ningún poder superior sobre la Tierra (habría que añadir que salvo el vicario de Cristo, el Papa de Roma, según para quien).



Luis XV, rey de Francia (1730), de Hyacinthe Rigaud –en catalán, Jacint Rigau-Ros i Serra (Palacio de Versalles). Este pintor nacido en Perpiñán –en vísperas del Tratado de los Pirineos– es universalmente famoso por un magnífico retrato de Luis XIV que se conserva en París, en el Musée du Louvre: la obra se convirtió en el paradigma de la representación pictórica barroca del poder monárquico y, aún más, en uno de los modelos de referencia del retrato de aparato que haría fortuna durante siglos. Si es cierto que el retrato de Luis XV aquí representado no ha adquirido, ni de lejos, la relevancia de la pintura anteriormente comentada, no lo es menos que –con el uso de formas grandilocuentes y una evidentísima pericia técnica– muestra perfectamen-

1 Claude-Joseph de Ferrière: *Dictionnaire de droit et de pratique. Nouvelle édition, revue, corrigée & augmentée*, *Tome second*. París: Veuve Brunet, 1769, pág.. 283*b*.

te *la grandeur* de un monarca francés investido de poder absoluto y supuestamente impregnado de «la Gracia de Dios». Casi incontables, por cierto, las flores de lis que siembran los rincones iluminados del cuadro.

De acuerdo con lo que se acaba de decir, es lógico suponer que esta legitimación divina –ultraterrena, pues– del poder de las regias personas debería estar presente no sólo en los encabezamientos de los documentos oficiales, sino también sobre las monedas de las monarquías en cuestión. España incluida.





Esta moneda [↖] –amparada por ordenaciones legales de junio y septiembre de 1728, pero acuñada por primera vez en 1732– incluye toda la larga titulación real del primero de los Borbones españoles en el anverso (o *cara*). Lo hace gracias a la utilización de abreviaturas, hasta cinco, entre las que se incluyen las letras «D» y «G»; es en estos signos donde la pieza nos habla de la legitimación por «la Gracia de Dios», *Dei Gratia* en latín: «PHILIP[US] · V · D[EI] · G[RATIA] · HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX», o lo que es el mismo, Felipe V, por la Gracia de Dios, rey de las Españas y las Indias; si se prefiere, Felipe V rey de las Españas y las Indias por la Gracia de Dios. Esta leyenda figuró en muchas monedas del mismo monarca antes y después de 1728, cuando se dispuso que el busto real apareciera sobre las piezas de oro [↗].

1.2 Un escudo borbónico demasiado simplificado

Sin embargo, a diferencia de muchas otras monedas españolas o de otras partes del mundo, en el caso de los 8 reales empezados a acuñar en 1732, la leyenda alusiva al monarca no iba acompañada del retrato real, del perfil del soberano utilizado –tantísimas veces a lo largo de los siglos, desde la antigüedad grecorromana– como imagen paradigmática del poder; de quien ejerce el poder, para ser exactos. No obstante, haciendo seguidismo de una inveterada tradición en el numerario de Castilla y León, la inscripción no aparece sola sino acompañada de un elemento que quiere sustituir al papel del busto áulico: un escudo de armas coronado, uno de los más famosos de la historia. Se trata del escudo *reducido*, *resumido*, *abreviado*, *pequeño* o *simplificado*, emblema heráldico de los reyes de España de la dinastía Borbón, que aparece cargado solamente del cuarterado de Castilla y León, la granada –por el reino homónimo de Granada– en la punta y el escusón central con las tres flores de lis. Este abanico tan reducido de armerías remite, de manera evidente, a una de las consecuencias simbólicas de la victoria felipista en la Guerra de Sucesión (con la consiguiente abolición de los fueros de Valencia y Aragón y de las Constituciones de Cataluña): el arrinconamiento del emblema de las «cuatro barras» en las pocas monedas que aún se emitirían en los, o para los, países la Corona de Aragón (salvo una de tiempos de Fernando VI que después veremos), así como la posterior ausencia de este blasón en buena parte de las emisiones generales de la monarquía. *Justo derecho de la conquista*, Felipe V *dixit*, y Castilla y León como centro gravitacional de periferias.



Felipe V (1720), de José Amorós (Museu de l'Almodí, Xàtiva). El retrato del rey vencedor en la batalla de Almansa (1707) permanece cabeza abajo desde que fuera colocado así –al inicio de los años sesenta del siglo pasado– por el entonces conservador del museo municipal setabense, Carles Sarthou. Las razones de un proceder tan excepcional hay que buscarlas al inicio del siglo XVIII: durante la Guerra de Sucesión la ciudad de Xàtiva había abrazado la causa del archiduque Carlos de Austria –Carlos III de Habsburgo para los valencianos, los catalanes, los aragoneses, etc.– y, en consecuencia, la capital de la comarca de la Costera opuso una fuerte resistencia a las tropas de Felipe de Anjou. La victoria final felipista fue acompañada de una grandísima represión que incluyó el incendio posterior de la ciudad y el cambio de nombre: *Nueva Colonia de San Phelipe*, una alusión casi podríamos decir que sarcástica al rey que había dispuesto el castigo. Los habitantes que permanecieron en Xàtiva –desde entonces conocidos por el apelativo de

socarrats como consecuencia de aquel incendio provocado– guardaron el recuerdo de la fechoría borbónica y la inquina hacia el primer rey de España que lucía en el escudo las flores de lis. Girar el retrato cabeza abajo fue la expresión de un sentimiento ciudadano multisecular y, además, un atentado simbólico espectacular a las retóricas del poder real.

Al hablar del escudo *resumido* nos referimos a unas armerías que figurarían con continuidad sobre emisiones monetarias hispanas (incluyendo las hispanoamericanas) des del reinado de Felipe V hasta el fin del de Isabel II. El mismo emblema pero flanqueado de las columnas de Hércules –símbolo de la expansión atlántica de España y, por extensión del significado, de las tierras americanas– haría su aparición sobre las acuñaciones algo más tarde: en 1772, por orden de Carlos III de Borbón, pero entonces solo sobre las monedas de la monarquía española producidas en las cecas –casas de moneda– americanas. De hecho, en las posesiones ultramarinas este tipo monetario continuaría vigente hasta la extinción del poder español y, por tanto, hasta el nacimiento de los nuevos países independientes. Por lo que respecta a la península, el Trienio Liberal trasladaría el modelo con columnas a algunas de las acuñaciones de plata realizadas entre 1821 y 1823, e Isabel II haría lo mismo entre 1850 y 1868, año de su derrocamiento.

Concluido el Sexenio Revolucionario y a raíz de un decreto firmado por Antonio Cánovas del Castillo en enero de 1875, el escudo *reducido* borbónico retomaría carta de naturaleza jurídica en España y sus posesiones también en el campo numismático: las 5 pesetas o duro de plata de Alfonso XII, fechadas en 1875 y 1876, lo llevarían en el reverso (o *cruz* de la moneda), con columnas. Pero la peseta y las 25 pesetas de 1876 ya mostrarían las armerías con «barras» y cadenas (la presencia de estos dos elementos es lo que distingue, fundamentalmente, al antiguo escudo borbónico del que ahora es el oficial del reino de España) [↗].

Los carlistas también pondrían solamente el escudo del cuarterado de Castilla y León con la granada y las flores de lis, sin columnas, en sus escasas emisiones monetarias. Pero la última aparición del escudo *reducido* borbónico sobre las acuñaciones se daría en la segunda mitad del reinado de Alfonso XII, entre 1880 y 1885 aunque solamente en las piezas emitidas para las Filipinas: dos valores con columnas y dos sin ellas. En cualquier caso, este emblema –que en puridad no era el escudo *nacional* de la España a caballo de los siglos XIX y XX– estaría presente durante el reinado de Alfonso XIII en varios usos ajenos a los campos de la numismática. Lo haría en una coexistencia –a veces nebulosa– fundamentada en la costumbre, y a menudo con hechos contradictorios como el añadido al escudo estatal de elementos claramente pertenecientes al emblema personal del soberano (destacando el Toisón de Oro y el manto), y ello también en contextos de uso donde se requeriría la desnudez estricta de las armerías *nacionales* [↘].





1.3 La monarquía pretendidamente universal

Ya hemos aclarado, al inicio de este apartado, la naturaleza del poder que ejercían los monarcas españoles de la casa de Borbón durante el Antiguo Régimen: absoluto y de derecho divino. Pero ¿hasta dónde llegaba, territorialmente hablando, este poder real? La información nos la puede proveer la Constitución de 1812 cuando menciona, en el artículo décimo, las latitudes donde eran soberanos los reyes de España en aquel momento:

> El territorio español comprende en la Península con sus posesiones e islas adyacentes, Aragón, Asturias, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Cataluña, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, León, Molina, Murcia, Navarra, Provincias Vascongadas, Sevilla y Valencia, las islas Baleares y las Canarias

con las demás posesiones de África. En la América septentrional, Nueva España, con la Nueva Galicia y península del Yucatán, Guatemala, provincias internas de Occidente, isla de Cuba, con las dos Floridas, la parte española de Santo Domingo, y la isla de Puerto Rico, con las demás adyacentes a éstas y el Continente en uno y otro mar. En la América meridional, la Nueva Granada, Venezuela, el Perú, Chile, provincias del Río de la Plata, y todas las islas adyacentes en el mar Pacífico y en el Atlántico. En el Asia, las islas Filipinas y las que dependen de su gobierno.



Una larguísima relación, en efecto. Pero frente al registro escrito y minucioso, apropiado para la obra del legislador de 1812, la monarquía española había encontrado, en los inicios de la década de los treinta del siglo XVIII [↑], la manera de resumir visualmente tan prolija enumeración. Una imagen, quizá, siempre ha valido más que mil palabras. Y una imagen del poder, aún más. Lo que se ve en la moneda anterior es lo que se dice, sí: la corona española se asienta –gobierna unitariamente– sobre los dos hemisferios terráqueos (figurados como globos o *mundos* en realidad). O, sin mistificaciones exageradas y retóricas, el rey de España ostenta la soberanía sobre una porción nada despreciable del Viejo y del Nuevo Mundo, aquí apoyados ambos en una masa terrosa sobre aguas: «las dos columnas coronadas con el plus ultra, bañándolas unas ondas de mar y entre ellas dos mundos unidos por una corona que los ciñe» (auto LXI. 1728/IX/8).

Esta dominación a Occidente y a Oriente la refuerza la leyenda latina «VTRAQUE VNUM» o, en alguna emisión, «VTRA QUE VNUM»: uno y otro [mundo] son uno, palabras sacadas de la vulgata latina, concretamente de la Carta a los Efesios de Pablo de Tarso (2,14: «[...] qui fecit utraque unum [...]»). Decididamente, estamos ante la presencia de una inteligentísima alegoría (o emblema barroco) conformada a mayor gloria de un poder personal que –mediante el derramamiento *ad hominem* de la gracia divina, es decir, de la elección del Altísimo y el consiguiente apoyo y ayuda celestial– se pretendía de alcance universal.

La figuración de los hemisferios (o globos) no había faltado en el numerario de los Habsburgo españoles: en 1684 se había acuñado –en Nápoles– un *ducato* o piastra de plata a nombre de Carlos II que exhibía las esferas en el reverso, con un cetro y una corona de gran tamaño en el centro y una leyenda tan grandilocuente, o más, que la de los 8 reales: «· VNVS · NON · SVFFICIT ·», en una filacteria (otro emblema barroco en toda regla). La presencia de los dos hemisferios tampoco estaría ausente en otras monedas de Felipe V de Borbón y de Fernando VI, si bien no en especímenes tan áulicos, sino en piezas de cobre de 4 maravedís, de 2 y de 1, producidas en cecas castellanas y, como muestra de la uniformización castellanizadora de inicios del siglo XVIII, también acuñadas en Zaragoza, Barcelona y Valencia. En el reverso de estas monedas –emitidas entre 1718 y 1720 y, dos décadas más tarde, entre 1739 y 1746– un león coronado (con la testa girada hacia atrás) porta una espada en la pata delantera derecha y un cetro en la izquierda, ambos elementos apoyados sobre sendos globos (los hemisferios). La inscripción que acompaña este motivo que figura representar a la España imperial es «VTRUMQ[UE] · VIRT[UTE] · PROTEGO», protejo ambos [mundos] con la virtud.



Más allá de precedentes o de emisiones coetáneas, es bien cierto que los 8 reales de los globos (o hemisferios o *mundos*) bajo corona se acuñaron, con ligeros cambios en el diseño, en diversas cecas de los virreinatos americanos durante cuarenta años, desde 1732/1733 hasta 1772. En consecuencia, llevaron en el anverso las titulaciones reales de Felipe V, de su hijo Fernando VI y de otro de sus hijos, Carlos III de Borbón. No

existen monedas de este tipo a nombre del hijo mayor de Felipe V, Luis I, dado que murió prematuramente en 1724, al poco de iniciar el reinado por abdicación de su padre.



La familia de Felipe V (1743), de Louis-Michel van Loo (Museo del Prado, Madrid). Una obra de excelente factura y de conseguida magnificencia barroca, con algún detalle particularmente significativo desde la perspectiva política: la corona se encuentra sobre una almohada cerca de Isabel de Farnesio, la segunda mujer de Felipe, y no junto al mismo rey. Éste –sentado y mirando hacia su mujer– tiene a la izquierda al que en 1746 pasará a ser monarca bajo el nombre de Fernando VI. El futuro Carlos III –entonces Carlos VII de Nápoles y Carlos V de Sicilia– es el alto personaje masculino que ocupa, de pie, el margen derecho de la pintura. Como ha resumido José Luis Sancho en «Retratos de familia de los Borbones 1700-1801» (en A*rte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*. Madrid: CSIC, 2008, pág. 123-138; cita en la pág. 131), «La composición toda expresa el triunfo de su política [de Isabel de Farnesio], pues ha conseguido hacer a dos hijos soberanos en Italia, otra princesa heredera de Portugal, un príncipe de la Iglesia; y está a punto de enlazar a las otras dos hijas en Francia y en Saboya. [...] En realidad, salvo las infantas aún por casar, todos están colocados geográficamente de oeste a este, como en un viaje imaginario de Lisboa a Nápoles pasando por Parma. En conjunto el cuadro ofrece una imagen perfecta de las ambiciones dinásticas que Felipe e Isabel, monarcas prolíficos de manera bien manifiesta, estaban forjando [...]».

para adentrarse, mínimamente, en la trascendencia de las piezas de ocho reales desde la perspectiva de la historia económica, véase el apéndice I

1.4 El numerario navarro y los primeros borbones de España

Navarra ocupaba un lugar particular en el conjunto de la monarquía borbónica española: haberse puesto del lado del vencedor en la Guerra de Sucesión, Felipe de Anjou, le permitía conservar un autogobierno que había pasado a la historia en el caso de la corona «de las cuatro barras» (exceptuando el Valle de Arán). Entre los rasgos definitorios de la Navarra de la Edad Moderna se encontraba la capacidad de emitir moneda: el numerario de este reino foral llegó a la cima con Felipe VI (IV de Castilla, III en la Corona de Aragón), pero en época de Carlos V –II de Castilla, II en la Corona de Aragón– en el territorio navarro ya sólo se habían puesto en circulación valores de facial muy bajo. De acuerdo con la tradición, y la ley, en las piezas emitidas en Pamplona nada más debía figurar el título real navarro (y no el general español) y, en consecuencia, el numeral del monarca debía corresponder al propio de Navarra y no al que se utilizaba en Castilla.

José María de Francisco Olmos ha resumido las cambiantes circunstancias de las acuñaciones navarras en época borbónica en el artículo «Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)»[2]. Aquí recogemos las líneas dedicadas a los reinados de Felipe VII, Fernando II, Carlos VI y Carlos VII (en Castilla, Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV):

> Durante el reinado de Felipe V se produjo un cambio importante en la tipología de las piezas navarras, ya que el monarca decidió mantener su numeral castellano y el título de Hispaniarum Rex, en contra de la tradición y las normas navarras que especificaban el uso del numeral navarro (en este caso sería Felipe VII) y el título regio propio de este reino de forma única, pero tene-

2 En Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, págs. 177-234; cita en las págs. 187-188.

mos que recordar la problemática del reino navarro, donde Luis XIV de Francia era el legítimo heredero de la Casa de Foix-Albret y en sus documentos y monedas aparecía como rey de Francia y de Navarra, tal vez por eso Felipe V no quiso «problemas» con su abuelo y único aliado.

Esta novedad se mantuvo durante el reinado de Fernando VI, que quiso volver a la legalidad tradicional y acuñó moneda de forma indistinta con los numerales castellano y navarro (Fernando II) aunque manteniendo siempre el título de Hispaniarum Rex.

Solo durante el reinado de Carlos III (VI de Navarra), volvió a usarse el título tradicional de Rex Navarre de forma única, lo mismo que con Carlos IV (VII de Navarra).[3]

Las acuñaciones carolinas serán tratadas en el punto posterior. Aquí vamos a reproducir dos piezas: una del reinado de Felipe y otra del de Fernando. En el caso del primero mostramos la pieza más pequeña de las emitidas, el cornado o medio maravedí, con el ordinal castellano, V; con respecto a Fernando incluimos las imágenes del maravedí con el ordinal navarro, II. En ambos casos el anverso lo ocupa el monograma con el nombre real, y el reverso el escudo de las cadenas coronado.





Fernando VI de España (s/d), de Louis-Michel van Loo (Embajada de España en Buenos Aires, en depósito del Museo del Prado). Este personaje llegó a ser rey de España –y de Navarra, como Fernando II– porque su hermano mayor –Luis I– falleció súbitamente en 1724, a los pocos meses de ser entronizado: entonces Felipe V –padre de Luis, de Fernando y, también, del futuro Carlos III de Borbón– hizo marcha atrás de la abdicación realizada el mismo año y nombró a Fernando como sucesor (como correspondía según la edad de los distintos hijos). En el manto rojo se observan castillos y leones dorados, así como flores de lis, en referencia a la heráldica real española del momento.

1.5 Una moneda para el príncipe de Cataluña

La tendencia centralizadora definitoria de la nueva dinastía en lo que concierne a la Corona de Aragón –tan destacada también por lo que respecta al numerario– se rompió de manera inopinada en una emisión de ardites para Cataluña: después de dos décadas sin monedas producidas en, o para, la Corona de Aragón, Fernando aparecerá en los mencionados ardites de cobre como príncipe de Cataluña por «la Gracia de Dios» (proceder que tenía un solo precedente: los ensayos realizados para Luis XIII de Francia durante la *Guerra dels Segadors*). Igualmente, los ardites de este *princeps Cataloniæ* llegaron a incluir un escudo de las «cuatro barras» como emblema heráldico. José María de Francisco Olmos, lo narra con acierto en el mencionado artículo «Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)» (págs. 223-224):

> Entre estas acuñaciones específicas del Principado hay que citar las que se hicieron en época de Fernando VI, debido a la gran escasez de moneda menuda existente, ya que todavía se seguían utilizando piezas en el comercio de incluso el siglo XVII. [...] Estas piezas (datadas en 1754 y 1755) muestran como tipo principal de anverso las armas reales resumidas (las de Castilla [y León]), y sólo en el reverso aparece una referencia epigráfica y heráldica a Cataluña, ambas problemáticas. La

3 Durante años se mencionó la existencia de acuñaciones a nombre de Felipe V con la titulación real navarra, pero tal numerario no se habría emitido nunca (Miguel Ibáñez Ártica *et allí*: *La colección de útiles de acuñación del Gobierno de Navarra*. Pamplona: Gobierno de Navarra / Institución Príncipe de Viana, 2003, pág. 230-231).



leyenda nos muestra una titulación [«PRINCEPS CATALON(IÆ)]»] nunca empleada hasta entonces (salvo en unas acuñaciones francesas de Luis XIII realizadas en París durante la Guerra del Segadors), ya que los anteriores soberanos habían utilizado siempre el título de Conde de Barcelona, que era quien tenía el derecho de acuñación, dado que ese derecho había desaparecido con la Nueva Planta el monarca era libre de acuñar con otra titulación, en este caso la de Príncipe de Cataluña, tal vez expresamente usada para dejar claro que estas piezas no tenían nada que ver con las acuñadas con anterioridad.

Se debería añadir únicamente que en ninguna parte de la moneda se ven referencias al título real español y que, en tiempos de Fernando VI, algo parecido no se llegó a dar –como ya hemos visto– ni en el reino de Navarra, donde estaban vigentes los ordenamientos forales a diferencia de los países de la Corona de Aragón.





Sobre el escudo del reverso de estas piezas, ha hablado también José María de Francisco Olmos con conocimiento de causa (pág. 224):

> Del mismo modo llama la atención la heráldica utilizada, el decreto decía que se pondría en ellas [una *Cruz aquartelada* con] las *armas de Cataluña*, pero lo que se colocó fue un escudo cuartelado con cinco Barras y la Cruz de Sobrarbe (de tradición únicamente aragonesa), que llevó a que la Real Audiencia de Cataluña expresara su desacuerdo con este diseño (30 de agosto de 1755), en el escrito se decía que las armas de Cataluña eran cuatro barras de gules en campo de oro, no cinco, como aparecía en la moneda; y que [...] *encontraba no ser la cruz de la estampa de la moneda la de las armas de Barcelona (la cruz de San Jorge), porque esta era de figura ordinaria e igual siendo aquella pate y con la punta inferior aguda siendo semejante a la de Sobrarb*e. Probablemente por esta protesta se terminó la acuñación de estas piezas cambiando el tipo, ya que las datadas en el año 1756 llevan un reverso distinto, esta vez sí con las armas tradicionales de Cataluña, las cuatro Barras, ocupando todo el reverso.

Casi seguro que en la Audiencia de Cataluña confundieron la cruz de Sobrarbe con la cruz de Íñigo Arista (primer rey de Pamplona), considerada tradicionalmente –e infundadamente– como señal heráldico del antiguo Aragón. Un emblema este, por cierto, que los valencianos ven a menudo porque se encuentra representado, en blanco sobre azul, en el mantelete del yelmo del actual escudo de la Generalitat (valenciana). Sea como fuere, este episodio resulta casi inverosímil en días de absolutismo borbónico: al hecho de no encontrar ninguna inscripción en las piezas que remita a España –el cuarterado de castillos y leones es incluido como «las Armas de Castilla y León»– debemos añadir la queja catalana y la revisión final del diseño de estas piezas acuñadas en el ingenio segoviano.

2. LOS BORBONES ESPAÑOLES DESDE LA REFORMA MONETARIA DE 1772 A LA GUERRA CONTRA NAPOLEÓN

2.1 Leyendas de los reversos áureos

Como ya se ha dicho, en 1772 concluyeron las emisiones de las piezas de ocho reales con la composición –imperialista en grado máximo, pero extraordinariamente eficaz desde el punto de vista de la comunicación política– de los hemisferios, o globos (*mundos*), bajo la corona española. Desde entonces, monedas con nuevos tipos iban a ser acuñadas en la península y en las Américas de acuerdo con las previsiones de dos pragmáticas fechadas el 5 de mayo de 1772, por cuanto se refiere a los maravedís de cobre, y el 29 del mismo mes por lo que respecta a las acuñaciones en plata y en oro. Las piezas de oro –expresadas en escudos, y con retrato real desde 1728– [↓] ya habían empezado a modificar su estampa en 1760, cuando las grandes armerías de Carlos III de Borbón aparecieron por primera vez en el reverso, y se acompañaron de una frase paradigmática de la manera de entender y administrar aquella monarquía: «IN UTRO[QUE] FELIX AUSPICE DEO», la proclamación de que el monarca se encontraba bajo la protección de Dios y que reinaba feliz en ambos hemisferios [↓].







Carlos III de España (*ca*. 1765), de Anton Raphael Mengs (Museo del Prado, Madrid). Retrato de aparato pero *contenido*, como corresponde a la querencia clasicista de este pintor de fama europea nacido en Bohemia. La obra está resuelta de manera brillante y rememora, en algunos aspectos formales, retratos de Felipe IV de Castilla –III en la Corona de Aragón– de la mano de Diego Velázquez. Como en el retrato de Fernando VI debido a Louis-Michel van Loo, en el manto rojo con forro de armiños, aquí plegado en la parte inferior derecha del cuadro, se observan castillos, leones y flores de lis en color oro, emblemas de la heráldica real española *resumida*. El impulso reformista de Carlos III de Borbón se inscribió en la tendencia europea del absolutismo –o despotismo– ilustrado, si bien no estaríamos frente a un rey particularmente amante de la letra impresa (no se trata, en ningún caso, de una versión peninsular de Federico II de Prusia). A pesar de la falta de resultados de muchas de las políticas entonces puestas en marcha, el reinado de Carlos III ha destilado en la percepción colectiva castellana una imagen positiva, más aún en contraste con la atribuida a la etapa de su hijo Carlos IV. Además, la obra carolina de transformación –en el urbanismo y en la dimensión monumental– de la ciudad donde se asentaba la corte le hizo merecedor de la definición de *mejor alcalde de Madrid*. En la Corona de Aragón la figura de Carlos III de Borbón ha sido tradicionalmente asociada a la respuesta, nula, dada al conocido como *Memorial de Agravios* de 1760; a la generalización de la enseñanza en castellano y, por tanto, al consiguiente destierro oficial de la lengua propia en este campo; y, finalmente, a la promulgación del reglamento que permitió la apertura de puertos de Cataluña (Tortosa y Barcelona), el País Valenciano (Alicante) y las Baleares (Palma de Mallorca) al libre comercio con América.

Con anterioridad a aquella inscripción, tan pletórica, que hacía referencia a los dos *mundos*, los Borbones de España habían incorporado dos leyendas más sobre las piezas de oro, ambas con trasfondo religioso:

> Las leyendas del reverso de estas piezas [de Felipe V] tienen un claro sentido religioso, muy presente en las monedas desde la época medieval. El lema dispuesto dice INITIUM SAPIENTIÆ TIMOR DOMINI (el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría [salmo 111.10]). Se mantuvo hasta el reinado de Fernando VI, cuando fue cambiado por otro que pretende una exaltación de la Monarquía NOMINA MAGNA SEQUOR (Sigo a los grandes nombres). Es



una leyenda que vincula al rey con sus predecesores y muestra su intención de seguir los pasos de los grandes monarcas que le habían antecedido en el trono.[1]

2.2 El escudo borbónico más completo

Hemos mencionado las grandes armerías de Carlos III de Borbón y hemos visto un ejemplo de su presencia sobre el numerario del rey. La longevidad de este escudo real borbónico fue muy grande; tanto que fue utilizado en las monedas hasta los tiempos de Isabel II y, en el resto de soportes, hasta el fin del reinado de Alfonso XIII. Más aún: en 1937, iniciada la Guerra Civil, llegó a lucirlo un billete de una peseta puesto en circulación por el gobierno franquista en Burgos.

Las grandes armerías de Carlos III de Borbó constituían una clara mutación del escudo grande que había sido utilizado por parte de Felipe V, de Luis I, de Fernando VI y del mismo Carlos al inicio del reinado. A continuación adjuntamos estos dos emblemas heráldicos (el conformado en tiempos de Felipe V y el rehecho por Carlos III de Borbón, este último con más particiones):



En un primer golpe de vista, las personas poco o nada versadas en heráldica encontrarán estos escudos mayormente indescifrables. Vamos a intentar hacerlos accesibles:

–miremos la parte superior izquierda del de Felipe V y la parte central del de Carlos III: allá se encuentran sendas muestras del escudo *resumido* de los castillos, los leones, la granada y las flores de lis, solo que en el de Felipe el escusón borbónico no está en medio del cuartelado castellano-leonés;

–movamos ahora los ojos hacia la parte superior derecha del de Felipe y hacia la parte superior izquierda del de Carlos; ahí están las «cuatro barras» y, al lado, las «cuatro barras» con dos águilas negras: este último es el emblema de Sicilia (las águilas son las de los Hohenstaufen, linaje al que perteneció Federico I Barbarroja);

–en el de Felipe V fijémonos a izquierda y derecha del escudete borbónico; en el de Carlos hagámoslo con respecto a la parte superior derecha: encontramos Austria (fajas de color rojo-blanco-rojo, como en la actualidad) y Borgoña moderna (el sembrado de flores de lis y la bordura de blanco y rojo, a cuadraditos);

–en penúltimo lugar miremos las partes inferiores de los dos escudos; son idénticas: de izquierda a derecha, Borgoña antigua, Flandes, Tirol y Brabante.

–finalmente solamente hemos de dirigir la mirada al escudo de Carlos III, a ambos lados del escudo *reducido*; aquí se encuentran los dos únicos elementos que no estaban presentes en tiempos de Felipe V: las flores de lis azules sobre amarillo de los Farnesio de Parma (linaje de la madre de Carlos), y las bolas rojas –y una azul arriba, con el emblema real de Francia– de los Medici (por el Gran Ducado de Toscana).

Evidentemente, buena parte de los blasones de un escudo y de otro eran armerías «de pretensión», que no indicaban un dominio efectivo sobre los territorios representados. Como afirma Javier de Santiago en «Imagen del poder en la moneda moderna» (pág. 121):

> [...] hay que observar el mantenimiento en la mitad inferior del escudo de las armas de los territorios europeos perdidos en la paz de Utrecht. Con la conservación del escudo de los Austrias, Felipe V reivindicaba su legítimo derecho a la herencia de Carlos II y su no aceptación de lo pactado en Utrecht.

1 Javier de Santiago Fernández: «La imagen del poder en la moneda moderna», en Javier de Santiago Fernández y Mª Teresa Muñoz Serrulla (dirs.): *Moneda, escritura y poder. Comunicación, publicidad y memoria*. Madrid: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Nacional / Grupo de Investigación NUMISDOC, 2016, págs. 97-128; cita en la pág. 122.

Es algo que coincide con la política exterior emprendida a partir de 1714, cuyo denominador común es el esfuerzo por modificar las consecuencias diplomáticas de la guerra de Sucesión; es lo que se ha llamado la política exterior revisionista.[2]



Sea como fuere, hemos hecho una descripción de los escudos muy alejada de la forma tradicional de blasonar y, por lo tanto, de la manera como los hubiera descompuesto un experto en heráldica. Lo hemos hecho así porque en nuestros días, francamente, estos escudos son materia arcana para la inmensa mayoría de la gente; en su tiempo se hicieron para que tuvieran lecturas políticas que los dirigentes –en la península y fuera de ella– estaban en condiciones de interpretar: así, en el primero de los grandes escudos borbónicos destaca poderosamente ver las flores de lis en el centro de todo; esta incorporación de 1700 era una excelente forma de decir a todo el mundo que «ya no había Pirineos», que la monarquía española de Felipe V, y de sus sucesores, y la realeza francesa estaban enlazadas por siempre jamás.[3]

En cuanto al escudo de Carlos III de Borbón, resulta muy significativo que todas las armerías se organicen alrededor del *escudo resumido*, que ocupa el centro del emblema [↙]; aquella era una forma espléndida de dejar muy claro simbólicamente lo que era muy evidente políticamente: que desde la victoria borbónica en la Guerra de Sucesión, sino antes *de facto*, la monarquía que radicaba en Madrid tenía un núcleo, un territorio *esencial*, y que este hecho convertía en papel mojado el antiguo equilibrio institucional entre Castilla y León, de una parte, y la Corona de Aragón, de otra. Este «igualitarismo» primigenio se reflejaba en el recuartelado heráldico ostentado por los Reyes Católicos: Castilla y León / Aragón y Sicilia / Aragón y Sicilia / Castilla y León (con Granada en la punta desde 1492) [↘].[4]





Otro de los puntos álgidos del *centralismo* heráldico en aquellos tiempos lo encontramos en el reverso de las piezas de cobre, donde una

2 En Javier de Santiago Fernández y Mª Teresa Muñoz Serrulla (dirs.): Moneda, *Escritura y Poder. Comunicación, Publicidad y Memoria*. Madrid: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Nacional / Grupo de Investigación NUMISDOC, 2016, págs. 97-128.

3 No vamos a detenernos particularmente en la presencia sobre las monedas españolas de la Orden del Toisón de Oro y, ocasionalmente, de la orden francesa del Espíritu Santo; José Mª de Francisco Olmos –en «La Orden del Espíritu Santo en las onzas de Felipe V», *Hidalguía* 46 (267). Madrid: Instituto Salazar y Castro, 1998, págs. 169-192– ha recordado que «Felipe V la colocó [la orden del Espíritu Santo] en sus onzas desde el inicio de su reinado, acompañando a la del Toisón de Oro, propia de la Monarquía Hispánica desde su vinculación a la Casa de Borgoña, y máxima condecoración que el rey podía conceder. En un primer momento se mantuvieron los collares de ambas órdenes separados y rodeando el escudo grande de la Monarquía, pero luego se dejó únicamente el collar del Toisón, colocando sobre el vellocino únicamente la cruz del Espíritu Santo, permaneciendo este modelo hasta la reforma monetaria de Carlos III» (págs. 170-171).

4 «Primeramente que la yntitulaçion en las cartas patentes de justiçia e en los pregones e en la moneda e en los sellos sea comun a ambos los dichos señores rey e reyna seyendo presentes o absentes, pero quel nombre del dicho señor rey aya de preçeder, e las armas de Castilla e de Leon preçedan a las de Siçilia e Aragon»: apartado de la Concordia de Segovia acordada, en 1475, para el reinado en Castilla de Fernando e Isabel. El texto aparece transcito por José María de Francisco Olmos en la pág. 132 de «Europa en las grandes armas de los reyes de España» (*Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 30. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2013, págs. 129-156), y este autor recuerda acto seguido que «Lo cual se cumplió a rajatabla, como podemos ver en las monedas, sellos de plomo, de placa, etc..., que eran privativos de la Corona de Castilla, pero llama más la atención que Fernando aceptara esta ordenación heráldica también en sus territorios patrimoniales, tal vez consciente del mayor poder demográfico, económico y militar de Castilla, o bien porque él se consideraba el representante y pariente mayor de su dinastía y tenía en mente formar un único conjunto territorial [...]».



composición muy decorativa no acogía ningún emblema distinto a los del escudo *reducido*: ni tan siquiera aparecía la granada, como ya había sucedido en otras acuñaciones borbónicas como el ardite de Fernando VI.

2.3 Retratos sin laureles y retratos con laureles

Dejemos de momento la heráldica. Una de las novedades que las pragmáticas de 1772 introducen en las emisiones hispánicas es el traslado a plata y cobre de una característica que ya definía las acuñaciones de oro: la presencia sistemática del busto real en el anverso. He aquí lo que se decía sobre el retrato presente en el *vellón* (cobre): «[...] por el un lado mí Real busto sobre la izquierda desnudo, con la inscripción CAROLUS III D. G. HISP. REX, el año que se labre, la divisa de la Casa de Moneda de Segovia en que se ha de acuñar y el número que debe señalar el valor de cada pieza: conviene a saber, ocho, quatro, dos o un maravedí respectivamente».



A partir de entonces, muy pocas han sido las monedas españolas en las que ha faltado el retrato del gobernante, el elemento que antes hemos definido como la «imagen paradigmática del poder; de quien ejerce el poder» (recordemos: en las monedas, desde la antigüedad grecorromana). En cualquier caso, si hablamos de imágenes del poder y de representaciones de reyes, lo más interesante del marco legal de 1772 es la distinción que se establece –al hablar de las acuñaciones de plata– entre, de una parte las cecas americanas y, de la otra, las cecas peninsulares en cuanto respecta a las características del busto real. He aquí, en primer lugar, lo que se prevé para las monedas acuñadas en la península ibérica: «[...] llevará mí Real busto desnudo, cono



una especie de manto Real, y alrededor las letras siguientes, CAROLUS III D[EI]. G. y debaxo el año, como en las demás monedas».

Y aquí recogemos lo que se quiere que figure en las piezas del Nuevo Mundo: «[...] tendrá en el amberso mí Real Busto, vestido a la heroica con clámide [o capa militar antigua] y [corona de] laurel, y alrededor esta inscripcion CAROL. III. DEI GRATIA debaxo el año en que se labre». La directriz de Carlos III fue matizada con el añadido de una pieza de armadura, «guardabrazo u hombrera –normalmente de cuero».[5]



Cuando Carlos IV llegó al tono la transformación obedeció al lógico cambio del ordinal y del retrato real.





José María de Francisco Olmos ha resumido la dicotomía tipológica península *vs*. Amèrica en la pág. 203 de «Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)»: «Obsérvese la diferencia de tipología, en la plata peninsular el rey "civil" y en la indiana el rey "militar", a la heroica o a la romana [...]». Y Javier de Santiago –en «Imagen del poder en la moneda moderna», pág. 125– describe con acierto ambas indumentarias (o *presentaciones* del rey):

5 Ramón María Serrera: «La introducción de la "moneda de busto" en España e Indias: la real pragmática de 29 de mayo de 1772», *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LXXI, N.º III, 2015, págs. 1973-1990; cita en la pág. 1988.

> En la plata americana el rey es representado a la romana, con corona de laurel, coraza y manto. La exaltación regia es evidente. El rey es figura clave del Despotismo Ilustrado; el soberano encarnaba en la teoría y en la práctica todo el poder del Estado, hasta llegar a confundirse lo uno con lo otro. [...] En la plata peninsular el monarca pierde su carácter militar y se representa cubierto con un manto. La exaltación propagandística le presenta ahora como un rey gobernante, como un rey filósofo que ampara las ideas ilustradas y como un rey padre, dispuesto a atender a todos sus súbditos. No parece casual que el modelo de rey militar y triunfante figure en la moneda destinada al comercio exterior, pues esa sería la imagen que se recibiría en otros estados.

En el numerario europeo coetáneo no escaseaban los retratos de monarcas con laureles en la cabeza, y con mantos civiles o con indumentaria militar coetánea; incluso, con posado más o menos romano. Igualmente, un mismo rey podía aparecer sobre los diferentes valores de sus monedas con uno u otro traje indistintamente, o con el busto completamente desnudo. Pero la distinción rotunda en función de la ubicación de las cecas a ambos lados del océano Atlántico, algo así, en aquellos tiempos sólo quedaba al alcance de Portugal o España, y Portugal no lo hizo.



El fantasma de un dólar o la sorpresa de los banqueros (*ca*. 1808) de William Charles. Célebre caricatura de Stephen Girard, comerciante y financiero de Filadelfia aquí nombrado «Stephen Graspall, Banker & Shaver». El mercader aparece detrás de un mostrador –con una ranura– mientras mira deslumbrado la aparición de una pieza de 8 reales a nombre de Carlos IV, fechada en 1806 y, por lo que el texto del dibujo acredita, una especie monetaria muy escasa en aquel contexto: «Surely my eyes do not deceive me -- It certainly must be a Dollar! -- I declare I have not seen such a thing since I sold the last I had in my Vaults at 18 per Cent Premium -- If thou art a real Dollar do drop in my till and let me hear thee Chink -- As I have been sued for payment of part of my notes in Specie I must collect some to pay them for quietness sake or the game would be up at once». Detrás del mostrador se encuentra el rótulo del negocio, donde se puede leer «Paper Wholesale and Retail. NB No foreign Bank notes taken on Deposit except such as are about 5 per cent above par». La imagen procede de la Library of Congress (a Washington DC): <https://www.loc.gov/item/2002708983>

Volvemos por un momento al retrato de Carlos IV, que aquí hemos observado en unas monedas y en su copia fidedigna en el marco de una caricatura: podemos contrastar estas imágenes numismáticas con las obras de Goya y de otros pintores que han conformado nuestra idea sobre la apariencia de aquel monarca.



La familia de Carlos IV (1800-1801), de Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). Ciertamente no estamos frente a la pintura *grandiosa* que quizá esperaban los reyes de España (sobre todo teniendo en cuenta que Louis-Michel van Loo había conseguido, unas seis dècadas antes, enaltecer a la monarquía radicada en Madrid de forma tan notoria). Pero parece que la familia real no quedó descontenta con el resultado. Con independencia de eso la obra ha suscitado de siempre todo tipo de comentarios: se dice que, en una visita al Museo del Prado, Pierre-Auguste Renoir dijo que «El rey parece un tabernero, y la reina parece una hostalera... o algo un poco peor, pero ¡qué diamantes le pintó Goya!». *E si non è vero, è ben trobato*. Goya nos mira desde la penumbra.



El rey Carlos IV de España (*ca*. 1789), de José Vergara (Museu de Belles Arts, València). Este pintor pasó a ser un conspicuo representante del academicismo en las tierras valencianas y, en consecuencia, pinturas como esta ya no tienen la grandilocuencia que había caracterizado tantos retratos barrocos, y eso a pesar de la riqueza de los tejidos representados.

2.4 Las razones públicas y ocultas del cambio de numerario

No podemos olvidar, sin embargo, que más allá de los aspectos sobre los que estamos incidiendo, la moneda lo es porque tiene una dimensión económica, porque al fin y al cabo estamos

hablando de dinero. Y, por lo que se refiere a las disposiciones de 1772, no solamente se trataba de recoger la diversidad de las vestimentas de los retratados o la presencia, o no, de coronas de laurel en la cabeza. En efecto, al lanzar a la calle el numerario *de busto* también se pretendía recoger toda la moneda defectuosa y macuquina (labrada manualmente) y, tan importante al menos como eso, reducir la ley o porcentaje de metal noble puro:

> Desde el punto de vista intrínseco, las emisiones monetarias del reinado de Carlos III se caracterizaron por las ordenanzas secretas dictadas por el monarca y que estaban destinadas a rebajar la ley tanto de la moneda de oro como de la de plata. La primera de estas ordenanzas, del 18 de marzo de 1771, [...].[6]

Manuel Vilaplana desgranó el proceso en dos páginas de una obra que sigue siendo imprescindible, *Historia del real de a ocho*:[7]

> [...] el principal motivo para extinguir la moneda entonces circulante era el poner la nueva a la misma ley de las monedas extranjeras, pero manteniendo la nueva con el mismo valor; haciendo, pues, lo que las otras naciones, que publican en sus ordenanzas más ley de la que realmente tienen en sus monedas; de esta manera, al no haber diferencia, no se exportaría. [...]
>
> Sorprende el secreto de esta medida. El rey estaba legitimado para ordenar una disminución de la ley con el fin de adecuar el valor de su moneda al de las extranjeras e, incluso, para tratar de evitar la saca de moneda al reducir los posibles beneficios.
>
> En fin, era una práctica normal que no justificaba tanto secreto que, además, no podría ser, como no lo fue, indefinido.

El 25 de febrero de 1786, casi dos años antes de la muerte de Carlos III de Borbón, la directriz sobre la nueva merma en el contenido del metal fino de las piezas de oro y de plata –otra vez secreta– no vendría envuelta en ningún cambio del diseño. Y con Carlos IV en el trono no se encuentra documentada ninguna *fechoría* en este sentido. En cualquier caso Javier de Santiago Fernández –en «Legislación y reforma monetaria en la España borbónica» (pág. 413)[8]– ha retratado los secretismos carolinos con bastante dureza verbal:

> Esta afirmación explícita no era otra cosa que una falsedad que pretendía esconder lo que no puede ser calificado como otra cosa que fraude o falsificación de Estado. Poco antes, el 18 de marzo de 1771, Carlos III, a través de los virreyes, había enviado a los superintendentes de las cecas un documento secreto ordenando reducir el fino de las monedas. Este hecho constituyó una imposición fiscal sobre la acuñación de moneda. El propósito de modernización y mejora técnica del numerario tenía como trasfondo una política devaluatoria encubierta.
>
> El secretismo, de nuevo, fue la nota característica de la orden de 25 defebrero de 1786, que reducía la ley del oro y la plata sin alterar su peso. Parece que las ganancias derivadas de ambas medidas devaluatorias estuvieron destinadas a financiar la costosa tarea de modernización de la moneda que se había emprendido, a pesar de que el Monarca había prometido asumir los costes de tal operación. Con ello, quienes realmente financiaron la mejora técnica fueron los usuarios de la moneda.

6 Mª Teresa Muñoz Serrulla: *La moneda castellana en los reinos de Indias durante la Edad Moderna*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia · UNED, 2015, pág. 103. En la misma página de esta obra, en las notas 95 y 94 concretamente se encuentran las transcripciones de las pragmáticas de Carlos III de Borbón que hemos citado más arriba.

7 Murcia: Universidad de Murcia, 1997, págs. 174-175.

8 En Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, págs. 403-436.

2.5 Escudos sin columnas y escudos con columnas

Volvamos ahora a la dimensión política para poner de relieve que, como no podía ser de otra manera, las reglamentaciones de 1772 sobre las nuevas monedas hablaban, igualmente, de los reversos. Y, como en el caso de los anversos, en la plata también se distinguía entre la península y América. En el caso de la España europea, «[...] el reverso de esta tendrá el escudo de mis Armas, igual al de la moneda de plata de Indias, pero sin columnas [...] y en la circunferencia del reverso se continuaría la inscripción del amberso (*sic*) con las letras que digan HISPANIARUM REX» [↙].





Para las monedas de plata labradas en el Nuevo Mundo, «[...] en el reverso se pondrán las Armas principales de mi Real escudo, timbradas de la Corona Real y a sus lados las dos columnas con una faxa que lleve el lema Plus Ultra, [...] y en la circunferencia del reverso se concluirá la inscripción del amberso, con estas letras HISPAN. ET INDIAR. REX» [↗].

A diferencia del tipo con los hemisferios o *mundos*, en las monedas hispanoamericanas acuñadas según las previsiones de 1772 la leyenda completa abarca anverso y reverso: «CAROLUS · III · DEI · GRATIA / HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX» o «CAROLUS · IIII · DEI · GRATIA / HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX» (a veces con el ordinal escrito «IV»). También a diferencia del numerario con los globos, en la estampa introducida por Carlos III las columnas de Hércules no aparecen coronadas, la filacteria adquiere mucho vuelo y el pilar se estiliza.

2.6 El emblema columnario

Estos últimos son, sin embargo, detalles menores o casi. Lo que importaba de todas todas era la significación de este emblema del poder real español en un tiempo y en unas latitudes en que –como debe suponerse– la comunicación política disponía de un número limitado de medios a través de los cuales expresarse. Queremos cerrar este apartado con algunas consideraciones finales sobre el emblema en cuestión, y a tal efecto recuperamos la redacción contenida en un reciente artículo:[9]

> El emblema de las dos columnas —vinculadas al periplo del décimo trabajo del semidiós Hércules [es decir, robar el ganado de Gerión]– fue distintivo de la Monarquía Hispánica desde tiempos del reinado de Carlos de Gante, y en particular fue relacionado con las posesiones americanas de los Habsburgo, los Borbones y los Bonaparte (en este último caso por cuanto José I también se proclamaba teóricamente rey de las Indias). Además, a partir de 1868, las columnas acompañadas del lema «Plus Ultra» —con aguas en la base o sin ellas, con coronas o sin ellas— han formado parte de todas las versiones de las armerías estatales españolas (el llamado escudo nacional): desde el Gobierno Provisional surgido de la Revolución Gloriosa hasta nuestros días, cuando España se proclama monarquía parlamentaria (con organización autonómica). Originalmente el emblema columnario, empresa de cuño humanista sugerida por el milanés Luigi Marliano, hacía referencia al dinamismo del joven Carlos, detentador de tantas herencias en la península ibérica y en la Europa continental e insular, bene-

9 Rafael Company i Mateo: «Nación e imperio en la cartofilatelia del régimen franquista. Mapas, planos y globos terráqueos en los sellos de "la España una" y sus colonias», en Guillermo Navarro Oltra (ed.): *Autorretratos del Estado (II). El sello postal del franquismo*, 2a ed. (Cuenca / Santander: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha / Editorial de la Universidad de Cantabria, 2015, págs. 148-178; cita en la pág. 163).

ficiario de conquistas en ultramar y pujante señor de un nuevo conjunto dinástico; sin embargo, el atractivo y clásico motivo pronto remitió a la circunstancia de dejar atrás las míticas columnas donde se acababa el mundo de los antiguos (en el mar adyacente al Estrecho de Gibraltar) y, consiguientemente, al hecho de traspasar hacia poniente los límites geográficos establecidos, desafiando al entonces temido «mar tenebroso». Así pues la divisa «Plus Ultra», o «más allá» de las columnas, *Plus Oultre* en francés (la primera lengua de Carlos), rememoraba la recompensa que había propiciado Cristóbal Colón con su osadía: la aparición ante los ojos ibéricos de las Indias, el Nuevo Mundo o América.[10]



Las columnas de Hércules (1550), de la serie de *Los trabajos de Hércules*, obra del alemán Heinrich Aldegrever o Aldegraf (Metropolitan Museum de Nueva York; regalo de Felix M. Warburg y su familia en 1941). De acuerdo con el relato mítico, el semidiós habría construido dos columnas en el Estrecho de Gibraltar en conmemoración de su paso por el lugar.

El monograma del grabador figura en la esquina inferior izquierda e imita, tanto como le es posible, al que lucía Albrecht Dürer en sus creaciones. Aquí una letra «A» característica –inicial de Aldegrever– cobija una letra «G» (se debe suponer que relacionada con la segunda parte del apellido); en el caso de Durero la letra «A» correspondía al nombre propio y la cobijada –la «D»– al apellido.

2.7 El numerario navarro y los últimos borbones antes de la guerra contra Napoleón

Con referencia a Navarra, en 1768 el rey Carlos III de Borbón reintrodujo sobre las monedas la titulación real privativa y el uso en exclusiva del ordinal correspondiente. Así las piezas acuñadas a su nombre en la ciudad de Pamplona ostentaron, amén de las cadenas, el monograma de Carlos VI.



Y la única emisión de su sucesor también hizo lo mismo y, por tanto, el monograma se debía interpretar como propio de Carlos VII.



Carlos III cazador (1786-1788), de Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). Este monarca reintroduciría en el numerario navarro prácticas antiguas, amparadas por la tradición foral, como la presencia exclusiva sobre las piezas de la titulación real de Navarra y del ordinal privativo.

10 Rafael Company i Mateo: «Nación e imperio en la cartofilatelia del régimen franquista. Mapas, planos y globos terráqueos en los sellos de "la España una" y sus colonias», en Guillermo Navarro Oltra (ed.): Autorretratos del Estado (II). El sello postal del franquismo, 2a ed. (Cuenca / Santander: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha / Editorial de la Universidad de Cantabria, 2015, págs.148-178; cita en la pág. 163).

3. EL REINADO DE JOSÉ BONAPARTE (1808-1813) Y LA CATALUÑA NAPOLEÓNICA (1808-1814)

En octubre de 1807 la España de Carlos IV y de Manuel Godoy, y la Francia de Napoleón Bonaparte firmaron una convención secreta que la historia conoce como Tratado de Fontainebleau. El objeto principal del acuerdo era la desmembración de Portugal, aliado tradicional de los británicos, es decir, aliado del gran enemigo de los planes napoleónicos y, al mismo tiempo, gran enemigo del imperio hispánico. Fruto de aquella alianza no sólo se permitió el paso de los ejércitos franceses a través de la península para proceder a la invasión de Portugal, sino también el establecimiento de un numeroso contingente de soldados napoleónicos en las tierras de España, a disposición en definitiva de las ambiciones del emperador de Francia.

3.1 Abdicaciones, entronizaciones y guerras

En aquel contexto explosivo que incluía algún acto de fuerza de las tropas francesas, el heredero del trono español, Fernando, consiguió la abdicación de su padre después del motín de Aranjuez. Esta revuelta de marzo de 1808 tenía en el punto de mira a Manuel Godoy, al mismo rey Carlos y al conjunto de políticas llevadas a cabo por ambos personajes y, en el medio de ambos, la reina María Luisa. A pesar de que Fernando VII empezó a reinar, las intrigas de Napoleón y de su *alter ego* en España, Joaquín Murat, así como las ambiciones del nuevo rey y del rey desposeído, propiciaron la convocatoria en Bayona de una reunión que pasaría a ser casi folletinesca. A corto plazo, el resultado final del encuentro fue que los dos reyes en conflicto abdicaron y que Napoleón quedó como *depositario* de la corona española. A medio plazo, la consecuencia de las abdicaciones de Bayona sería la entronización de José Bonaparte, hermano del emperador francés, como rey de España.



Retrato del rey José I (*ca*. 1809), de Joseph-Bernard Flaugier, en catalán, Josep Bernat Flaugier (Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, Barcelona). En las tierras de España la figura de José Bonaparte ha padecido –a efectos prácticos– un proceso de *damnatio memoriæ*, como correspondería a un miembro de la dinastía que puso en riesgo la continuidad de la casa real finalmente victoriosa. Atendiendo a la existencia de una leyenda negra en torno a la figura de este monarca, que era presentado como alcohólico merecedor del apodo de *Pepe Botella* y, pues, de la caricatura más encarnizada, sorprende la existencia de iconografía áulica como esta, salvada de las venganzas de los antinapoleónicos.

Con el trasfondo de alzamientos antifranceses durante el proceso de las abdicaciones (como el trágico y celebérrimo del 2 de mayo de 1808, en Madrid), la oposición al nuevo monarca se consolidó y se transformó rápidamente en armada, cristalizando durante años una sangrienta guerra que incluyó la llamada «guerra de guerrillas». El propósito común de aquella revolución –en lenguaje de la época– era el retorno de Fernando VII (por ello conocido como *el Deseado*), que estaba retenido o prisionero en Francia, para garantizar la independencia de España respeto de los designios napoleónicos y los intereses imperiales. Como es obvio, el conflicto español se enmarcó en el conjunto de guerras que la Francia napoleónica mantenía entonces en muchas de las tierras de Europa. Cabe recordar finalmente en este punto que, en aquella dialéctica, no faltaría en España la presencia de los acusados con el epíteto de afrancesados, aquellos que vieron la dinastía Bonaparte como susceptible de hacer las reformas ilustradas, o más allá de ilustradas, que los Borbones no habían abordado nunca con la intensidad suficiente o –simplemente– habían impedido. La existencia de partidarios de los regímenes encabezados por los parientes de Na-

poleón –los napoleónidas– no sería, sin embargo, una característica específicamente española.



El emperador Napoleón en su estudio de las Tullerías (1812), de Jacques-Louis David (National Gallery of Art, Washington DC). Junto al Napoleón guerrero, y al emperador ensoberbecido, encontramos al Napoleón legislador, capaz de hurtarle horas al sueño (es lo que indica el cirio casi consumido de esta pintura), inspirador de uno de los monumentos jurídicos de Occidente: el –por otra parte patriarcalista– *Code civil des Français*. Jacques-Louis David había sido revolucionario jacobino (recordamos el espectacularmente cristológico *La muerte de Marat*) y casi pagó con la vida la complicidad con los artífices del Terror. Pero el más glorificado de los pintores neoclásicos encontró una nueva existencia, política y artística, a la sombra de Napoleón: algunos de las más imponentes iconos del período bonapartista se deben al genio de David.

3.2 Un reinado constitucional que no lo parecía

El reinado josefino tiene un texto de referencia: la Constitución de Bayona, o Estatuto de Bayona, que sus adversarios podían retratar como cobijado por los fusiles napoleónicos. En el art. 4º de este documento –en la realidad, una «Carta otorgada», querida por Napoleón y destinada a enmarcar el reinado de José I en España, y los de los previstos sucesores del linaje Bonaparte– se establecía que

> En todos los edictos, leyes y reglamentos, los títulos del Rey de las Españas serán: D. N..., *POR LA GRACIA DE DIOS Y POR LA CONSTITUCIÓN DEL ESTADO, REY DE LAS ESPAÑAS Y DE LAS INDIAS*.

Esta explicitación del carácter constitucional de la monarquía nunca tuvo traslación a las monedas, que mantuvieron además la lengua latina: «IOSEPH[US] · NAPO[OLEON] · DEI · GRATIA / HISPANIARUM ET IND[IARUM] · REX» es lo que aparecía en las piezas de plata, por ejemplo.[1] En 1772 esta titulación –con la referencia explícita a las Indias– era la prevista para figurar sobre las acuñaciones de plata de las cecas americanas, pero en el ámbito peninsular tal leyenda ya se había utilizado con anterioridad: en el Ingenio de Segovia, en tiempos de Felipe II de Castilla; en Madrid, durante el reinado de Felipe V.[2] En cuanto al mantenimiento de la legitimación divina sobre las monedas, José Bonaparte es el único de los napoleónidas que hizo uso de ella.[3]





En las piezas de oro de José I se mantuvo el collar del Toisón de Oro y la leyenda inaugurada en tiempos de Carlos III de Borbón: «IN UTRO-Q[UE] FELIX AUSPICE DEO». Como afirma José Mª de Francisco, «[...] las monedas del rey José son sin duda las más tradicionalistas de todas las realizadas por los gobernantes Bonaparte en Europa, no mostrando ninguno de los signos propios de los nuevos regímenes políticos salidos de la Revolución».[4]

1 Los sellos reales del papel timbrado josefino –de los ejemplares conservados– llevan la titulación en castellano: «JOSE NAP[OLEON]. I. P[OR]. L[A]. G[RACIA]. DE DIOS REY DE ESPAÑA Y DE L[AS]. IND[IAS].» y «JOSE NAP[OLEON]. I. P[OR]. L[A]. G[RACIA]. DE DIOS REY DE L[AS]. ESP[AÑAS]. Y DE L[AS]. IND[IAS].».

2 En la América borbónica, contrariamente, se habían acuñado piezas sin la mención explícita del título de las Indias: tanto en el Virreinato de Nueva Granada como en el Virreinato del Perú.

3 *Vid*. Jean de Mey y Bernard Poindessault: *Répertoire des monnaies napoléonides*. Brusselas / París, 1971, y José Mª de Francisco Olmos: «Las acuñaciones de los Napoleónidas. Imagen de una Nueva Europa (1803-1815)», *Documenta & Instrumenta*, Vol 5. Madrid, 2007, págs. 157-192.

4 En «La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra», *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, págs. 215-264; cita en la pág. 227.

3.3 Un busto romano y un escudo casi totalmente territorial

La continuidad con las previsiones de 1772 también se va a romper en lo referente a las características del retrato: ningún manto, sólo un busto desnudo; en la plata el rey aparecerá con peinado a la manera consular romana, tal y como se había utilizado por parte de Napoleón sobre emisiones francesas. En las monedas de cobre el retrato sería como en las de plata y, en el oro, una pieza aparecería con las mismas características y dos estarían ornadas por un busto con cinta, es decir, con diadema de tradición helenística. Por lo que se refiere al escudo también encontramos un ruptura, especialmente significativa desde la perspectiva ideológica: no es sólo que hayan desaparecido las flores de lis que Luis XIV había incrustado en ocasión de la entronización de su nieto Felipe V. No es sólo eso: en el nuevo escudo también encontramos que aparecen con cierto pie de igualdad, juntamente al castillo y al león situados en la parte superior, las «cuatro barras» de la Corona de Aragón, las cadenas de Navarra, la granada de Granada y –en representación de las Indias– los dos globos y las columnas de Hércules. Unas armerías que explican la monarquía española en tanto que agregación prácticamente «igualitaria» de territorios, sin la impuesta centralidad castellanoleonesa con origen en Almansa, el 25 de abril de 1707, y en Barcelona, el 11 de septiembre de 1714. Eso sí: el nuevo escudo incluye la inevitable omnipresencia de Napoleón, que se hace visible mediante un águila en el centro de todo, en el espacio oval antiguamente destinado a las lises borbónicas.



3.4 El águila de Júpiter, la España «igualitaria» y la España centrada en Castilla

En efecto, en medio del escudo de José Napoleón encontramos el emblema jupiterino que el emperador había escogido en 1804: la majestuosa águila napoleónica del escusón lleva entre las garras una representación del trueno de Zeus o Júpiter. Quizá para que nadie tuviera dudas acerca de la naturaleza y posibilidades del poder imperial y, se debe suponer, de quien lo ostentaba por delegación: el Bonaparte destinado a regir España con la aquiescencia del hermano todopoderoso.

Así pues un escudo explica el centro del otro. Y el escudo de José Napoleón pasó a ser una especie de prefiguración de escudos posteriores de España: de aquellos que se querían inclusivos de todos los territorios. Sobre la génesis de este emblema seguimos la redacción contenida en la pág. 211 de un artículo seminal de Faustino Menéndez-Pidal de Navascués: «El escudo de España»:[5]

> En la asamblea de notables españoles celebrada en Bayona de Francia en julio de 1808 don Juan Antonio Llorente, el conocido secretario y detractor de la Inquisición, leyó un largo discurso sobre las armas que habría de adoptar José I al titularse rey de España y de las Indias. Recomienda dos modelos. Uno, preferentemente, que prescindía de todos los emblemas heráldicos antiguos y consistía en las dos columnas y los dos mundos en campo de gules, bajo un jefe de azul cargado de un sol, con la intención manifestada de borrar y olvidar la distinción de los antiguos reinos y regiones de España entre sí y aun de la metrópoli con las tierras ultramarinas, cuyas diferencias perturban el presente. En segundo lugar, proponía un cuartelado de Castilla, León, Aragón y Navarra, entado en punta de las Indias (los hemisferios y las columnas) y cargado de un escudete con el águila napoleónica. Con estos antecedentes, resulta aún más significativo que José Bonaparte eligiese –aunque algo modificado– el modelo que proponía Llorente en segundo lugar.

5 En Faustino Menéndez-Pidal de Navascués, Hugo O'Donnell y Duque de Estrada y Hugo y Begoña Lolo Herranz: *Símbolos de España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales y Políticos, 2000, págs. 15-225.

Finalmente, el blasonamiento oficial del escudo bonapartista español se efectuó en los siguientes términos:



> Las armas de la Corona en adelante constarán de un escudo dividido en seis cuarteles: el primero de los cuales será el de Castilla, el segundo el de León, el tercero el de [la Corona de] Aragón, el cuarto el de Navarra, el quinto el de Granada, y el sexto el de Indias, representado este según la antigua costumbre por los dos globos y dos columnas; y en el centro de todos estos cuarteles se sobrepondrá por escudete el Águila, que distingue a nuestra Imperial y Real Familia.

Frente a todo eso, en las piezas menores de plata –la plata llamada provincial– se mantuvieron los diseños tradicionales borbónicos con castillos, leones y la granada, con la excepción, como era del todo lógico, de las flores de lis, que se sustituyeron por el águila: una especie de escudo *reducido* bonapartista, incoherente con el método de conformación, fundamentalmente territorial, de las nuevas armerías del rey José y, por tanto, con su significado «igualitarista» [↙].





El reverso de la moneda de 8 meravedís [↖] –única pieza acuñada en cobre con el busto de José (por cierto, sin el título de las Indias, como en 1772)– también permaneció, salvo por el escusón, igual que en tiempos de Carlos III y de Carlos IV: con los castillos y los leones.

3.5 Un poder sin nombre y sin rostro en la Cataluña napoleónica

Un último *excursus* sobre los tiempos de José Bonaparte: en la Barcelona en manos napoleónicas se emitieron unas monedas en pesetas (y en quartos) –fechadas entre 1808 y 1814– que se ornaban con el escudo de la ciudad (las cruces de San Jorge y las «cuatro barras») y con la leyenda «EN BARCELONA».





Estas piezas no contenían ninguna referencia al poder emisor: ni a José Napoleón ni, después de la anexión de Cataluña al imperio francés en 1812, a Napoleón Bonaparte. Esta circunstancia –tan extraña– se ha intentado explicar mediante varias hipótesis, una de las cuales contempla la posibilidad de que el emperador Napoleón ya vislumbrara, en el momento de la invasión, la futura incorporación de las tierras catalanas a Francia. En este caso las autoridades bonapartistas habrían decidido, en 1808, ningunear simbólicamente al en teoría soberano, José I.[6] Sea como fuere hablamos del primer numerario en el que aparecieron escritas las palabras «PESETA» (1809) y «PESETAS» (1808).

En Girona (entonces oficialmente Gerona), Lleida (entonces oficialmente Lérida) y Tarragona la referencia a las pesetas se hizo, en 1809,

6 Para adentrarse en la controversia mencionada *vid*. E. Gozo: *La moneda catalana de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Cymys, 1977 (2ª ed.; 1ª ed. 1974), págs. 34-37 y 68-75; José Mª de Francisco: «La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra», *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, págs. 215-264: págs. 229-233; y Albert Estrada-Rius: «Les emissions de la Casa de Moneda de Bracelona sota l'ocupació francesa», en Albert Estada-Rius (dir.): *Monedes en lluita. Catalunya a la Europa napoleònica*. Barcelona: Museo Nacional de Arte de Cataluña · MNAC, 2008, págs. 61-71: pág. 63 (traducción en las págs. 171*a*-175*a*: 172*b*).

mediante abreviaturas: «5 P» o «5 PS». Durante la guerra contra Napoleón también aparecieron las primeras monedas con indicación del valor en duros: en la capital gerundense («UN DURO»), en 1809 pero con fecha de 1808, y en Tortosa («DURO»), en 1810.



Napoleón en su trono imperial (1806), de Jean Auguste Dominique Ingres (Musée de l'Armée, París). La gloria de los emperadores romanos, la de Carlomagno y la de los antiguos reyes de Francia parece empapar de suave luz esta figura augusta, el *summum* –quizá– de la grandilocuencia en la figuración del poder personal sobre una obra pictórica. Militar victorioso en las guerras revolucionarias y, por ello, general muy popular entre el pueblo; primer cónsul de la República francesa mediante un golpe de estado y, más tarde, cónsul vitalicio; emperador auto-coronado de la República francesa –cargo que ostentaba cuando la pintura se realizó– y, posteriormente, emperador del Imperio francés, Napoleón Bonaparte acumula en esta representación todo tipo de símbolos áulicos, entrelazados en una nueva sintaxis: la que se puso al servicio de su gloria personal e intransferible. Es la victoria imborrable de un corso llegado de joven a París.

BANDO POR EL CUAL SE RESTABLECE EN LA CIUDAD DE BARCELONA LA ANTIGUA CASA DE MONEDA ARA ACUÑAR LA DE ORO, PLATA Y COBRE.

21-VIII-1808

Entre los diferentes medios que se han adoptado para el bien de estos vecinos, en una época en que, parado el curso de las manufacturas y estancado enteramente el comercio, han quedado sin ocupación y sumergidos en la miseria los oficiales y operarios de las artes y fábricas, y ha trascendido aun á los dueños ó gefes de los obradores, y las personas hacendadas se hallan imposibilitadas, por varias causas, del cobro de sus rentas; ha sido uno el restablecer en esta ciudad el acuño de moneda provincial, con lo qual se aumente un tanto el numerario en el país, que se halla exausto de él despues de una larga escaséz que ha ido consumiendo sus caudales, y se remedie la necesidad de aquellos individuos que conserven algunas alajas de metal, y no pueden subvenirse con su producto por no encontrar quien se las compre, ó por pagárseles meramente á un precio tan ínfimo que remedia poco su necesidad, y les acrecienta su pena el abandono que han de hacer de ellas. Para llevarlo á efecto, se formó una junta que, baxo las reglas que se la indicaron, pusiese en órden quanto era menester para la verificacion de una idea tan benéfica; y examinado maduramente lo que ha hecho presente la junta, se ha determinado, que desde el dia veinte y siete del corriente, quede abierto el curso de la casa fábrica de moneda, que en virtud de lo referido se establece en esta ciudad, para acuñarse en ella monedas provinciales de oro, plata y cobre.

Las de oro que se acuñarán, serán doblones de á dos escudos ó cuatro duros cada uno [«20 PESETAS», en la moneda], y piezas ó escudos de dos duros [nunca acuñadas], conformes exactamente en quanto al peso, quilates, y tamaño ó magnitud, á los acuñados últimamente en Madrid [«80 / R ·», en las monedas].

De plata se acuñarán pesos duros [«5 PESETAS», en la moneda], medios duros [«2 ½ PESETAS», en la moneda], pesetas y medias pesetas, y se seguirá también en estas monedas la propia regla de que, así en el peso y quilates, como el tamaño, serán iguales respectivamente a los acuñados últimamente en Madrid [«20 / R ·», «10 / R ·» & «4 / R·» en la moneda].

De cobre se harán piezas de quatro y de dos quartos, de quarto y de ochavo.

Las monedas de oro y de plata, serán con cordon al canto, y las de cobre sin él.

El sello ó marca de todas las dichas monedas serán las armas de esta ciudad con un ligero adorno, que será diferente en cada especie de moneda.

En el reverso contendrá cada moneda, en el centro la expresion de su valor, y en la orla el año de su acuño, y el lugar de él, que es esta ciudad.

Todas las dichas monedas tendrán su libre curso en esta Provincia [de Catalunya] por el respectivo valor que estará notado en ellas, así solas ó de por sí, como promiscuamente con las demás corrientes en ella, sin diferencia ni preferencia alguna de unas á otras.

Y para que todo lo sobredicho tenga su puntual cumplimiento y señaladamente el ser reconocidas, tratadas y admitidas por verdaderas monedas las que en virtud de la providencia expresada se acuñen en dicha casa con las circunstancias expresadas; conferida la materia en junta general de veinte del corriente presidida por S. E. el Excelentísimo Señor Capitán General, y compuesta del Real Acuerdo, Caballero Intendente, ayuntamiento y junta de moneda, se manada publicar y fixar el presente bando. Dado en Barcelona á veinte y uno de agosto de mil ochocientos y ocho. = El Conde de Ezpeleta. = *Visto*. = Don Joseph María Vaca de Guzman, Sub-Decano de la Real Audiencia. = Miguel de Prats y Vilalba, Secretario del Real Acuerdo*.

*Josef Salat: *Tratado de las monedas labradas en el Principado de Cataluña con instrumentos justificativos*, Tomo I. Barcelona: Antonio Brusi, 1818, págs. 40-41 del «Apéndice de Documentos».

4. FERNANDO VII Y EL DRAMA DE ESPAÑA Y DE LA AMÉRICA HISPANA (1808-1833)

4.0 Una introducción a las etapas del reinado

El reinado de Fernando VII –el rey por el que perdieron la vida multitudes en toda España– es de una extraordinaria complejidad por lo que se refiere a la iconografía monetaria y a las leyendas presentes en las acuñaciones. En plena guerra contra Napoleón (y José) aparecerán representaciones del poder inéditas, consecuencia de las circunstancias excepcionales, a veces de las necesidades más imperiosas en un contexto tan trasegador.



Los fusilamientos del tres de mayo (1814), de Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). Una de las pinturas más famosas de la historia del arte, ha trascendido en mucho al hecho concreto que rememora: esta dramática composición ha pasado a ser paradigma de la denuncia de la guerra y la represión. Destaca particularmente el personaje central de actitud cristológica y vestido con una camisa blanca alegórica de la pureza. Igualmente, el lienzo resulta muy impactante cuando se analizan las actitudes o posiciones de los diferentes grupos humanos, incluyendo los cadáveres sangrantes y la anónima *máquina de matar* conformada por los soldados napoleónicos. Estos últimos son, precisamente, los que se encuentran al lado del farol, de la claridad: una posible referencia al hecho trágico de que la Francia revolucionaria –foco de la libertad para tantas personas a las postrimerías del Siglo de las Luces– hubiera llegado a adquirir la forma de un aparato de dominación cruel e insensible cuando era el caso.

Para evitar a que pereciera durante un bombardeo franquista, *Los fusilamientos del tres de mayo* fue evacuado de Madrid a Valencia en el transcurso de la Guerra Civil. Durante el trayecto el cuadro sufrió un accidente y los desperfectos causados motivaron, ya en aquel tiempo y años después, la realización de restauraciones.

Con posterioridad a la guerra, la historia de Fernando como rey está conformada por tres ciclos históricos y, por tanto, por al menos tres posibilidades de manifestar la legitimación del poder real y su alcance:

–la primera etapa fue el sexenio de victoria absolutista, que arrasó con la labor coronada por la Constitución de 1812 y, consiguientemente, arrinconó al primer liberalismo;

–la segunda etapa fue definida por el trienio de esperanza liberal que moriría a manos de casi cien mil soldados franceses. Estos –enviados por Luis XVIII, hermano del decapitado Luis XVI– se proclamarían hijos de San Luis y restauradores del monarca absoluto;

–la tercera y última etapa, la década que se ha llegado a bautizar como ominosa, fue la de la venganza contra el liberalismo demonizado; entonces sería ajusticiada la granadina Mariana Pineda –autora del bordado de una bandera con las palabras libertad, igualdad y ley– y caería ejecutado en Valencia el maestro de Russafa Gaietà Ripoll, víctima de la Junta de Fe de la diócesis valentina –los métodos de la Inquisición pero con otro nombre– que le había acusado de herejía con gran escándalo de Europa.

En el inicio de este tercer acto, el mismo rey condenaría a muerte –secretamente– al valenciano Gabriel Ciscar, insigne marino y uno de los presentes en la conferencia de París donde se había instituido el sistema métrico decimal. Y, por tres veces, miembro de la Regencia de España. Uno de los franceses venidos a restaurar el absolutismo salvaría a Ciscar en un barco y lo llevaría a Gibraltar, donde los británicos lo protegerían de la estulticia del monarca.



Retrato de Fernando VII con manto real (1815), de Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). El artífice de la pintura pasó los últimos años de su vida exiliado en Burdeos, mientras Fernando VII ejercía de monarca absoluto en España: un contraste de biografías que *retrata*, y muy bien, al gobernante también conocido como el *rey felón*.

Acto seguido aportamos una selección de acuñaciones, emitidas por las autoridades generales y por los responsables de varios territorios ibéricos, donde estas revoluciones e involuciones alrededor de la legitimación de Fernando VII quedan acreditadas sobre el metal acuñado. No nos detendremos en las piezas de necesidad, catalanas y mallorquinas, donde la titulación del monarca se expresa de manera muy parca (probablemente en atención a las circunstancias del momento y las consiguientes dificultades técnicas): en estas monedas solamente se menciona al rey mediante la abreviatura del nombre y el ordinal, sin ningún título: con las letras «FER / VII» o «FER» y «VII» realizadas con punzones simples (y con ligeras variaciones). También hemos excluido las, muy numerosas, emisiones realistas de América que se apartaron del modelo oficial ultramarino. Contrariamente, en estas páginas hemos otorgado un especial relieve a las monedas acuñadas en Pamplona: hemos reproducido una selección que permite recorrer los avatares que condujeron del Antiguo Régimen foral al liberalismo unitarista isabelino, pasando por el Trienio Liberal (también de querencia unitarista) y por la restauración absolutista (*foralista* en los hechos).

4.1 La guerra contra Napoleón y el sexenio absolutista (1808-1820)

Las primeras monedas fernandinas que veremos se emitieron en Sevilla y en Valencia mientras las capitales andaluza y valenciana permanecieron en manos de los leales a Fernando VII, es decir, de los opositores a Napoleón y a su hermano. El rey *deseado* aparece retratado en ellas según las directrices de 1772 por lo que respecta a las cecas peninsulares: cono «una especie de manto Real», sin corona de laurel (el busto sevillano [↙] es conocido como *el Séneca*, y el retrato valenciano fue obra del grabador Manuel Peleguer Tossar). En los reversos se repite igualmente lo que había sido norma en tiempos de Carlos III y Carlos IV: el escudo *resumido* y el final de la titulación real (sin referencia explícita a las Indias, a diferencia de las monedas de José I).









La tercera de las monedas aquí tratadas fue producida en la Cataluña no ocupada por los franceses y en 1810 (la emisión continuaría hasta 1814). En el reverso de la pieza figura un escudo de cuatro palos, coronado, y la inscripción en latín «PRINCIP[ATUS] · CATHAL[ONIÆ]·», es decir, principado de Cataluña: a diferencia de la efímera emisión en que Fernando VI se proclamaba príncipe de Cataluña, en esta moneda la titulación real es solo española, y la referencia catalana es exclusivamente territorial o, en el lenguaje de la época, *provincial* [↙].





En el anverso de la moneda aparece [↖] el cuarterado de castillos y leones, la granada y las flores de lis, con la leyenda, también en latín, «FERDIN[ANDUS] · VII · HISP[ANIARUM]·REX» (o, menos probablemente, HISP[ANIÆ]·REX), sin ninguna mención a «la Gracia de Dios»: Fernando VII rey de las Españas (o de España) sin la divinidad de por medio. Esta inscripción es bastante sorprendente por su carácter rupturista con una tradición que había estado presente durante siglos.

Un año antes, en 1809, en las capitales gerundense y leridana se habían emitido piezas de 5 pesetas durante el asedio de los franceses; acuñaciones, por tanto, obsidionales. Pero estas monedas habían ido *más lejos* que la emisión anteriormente tratada por lo que respecta a la modernidad del lenguaje político: en las ciudades amenazadas habían escrito España y no Españas, y lo habían hecho en castellano y no en latín. La pieza de *Gerona* proclamaba «FERNANDO · VII REY · DE · ESPAÑA» e incluía un busto del monarca de apariencia aún más clásica, más romana que la prevista en las ordenanzas de 1772 para las Indias, obra del orfebre nacido en Génova Lluís Desoy .





En el caso de *Lérida* la inscripción únicamente variaba en la ubicación de los puntos decorativos –«FERNANDO . VII · REY . DE · ESPAÑA»– pero la calidad artística de la acuñación leridana fue mucho peor que en la capital gerundense.





Estas monedas dan fe de los momentos fundacionales del nacionalismo español (también presente en aquella Cataluña) y, en estos momentos, son piezas de una gran rareza.[1]





Anverso y reverso de la celebérrima medalla propagandística, debida a las manos del grabador Félix Sagau y Dalmau de Galcerán y a la iniciativa de dos particulares (Ramón Roblejo Lozano y Ciriaco González Carvajal), conmemorativa de la promulgación de la Constitución de 1812 en Cádiz.

La doble legitimación del poder del rey que se encuentra en el anverso –«[...] POR LA G[RACIA]·DE DIOS Y LA CONST[ITUCION]·DE LA MON[ARQUIA]· [...]»– no aparecerá reflejada sobre las monedas españolas, con una fórmula equivalente, hasta el Trienio Liberal (con ocasión del restablecimiento del texto constitucional, derogado por Fernando VII al volver a la península). Esta ausencia no se producirá en los emblemas reales del papel sellado de Fernando VII del año 1813 y, parcialmente, de 1814: «FERD[INANDUS]. VII. D[EI]. G[RATIA]. ET CONST[ITUTIONE]. MONARCH[IÆ]. HISP[ANIARUM]. REX».

He aquí como describió el reverso de esta verdadera obra de arte neoclásica Marina Cano Cuesta en el año 2015 (*Catálogo de medallas españolas*. Madrid: Museo Nacional del Prado, pág. 238*b*): «Sobre un acantilado, las alegorías de España y América, personificadas en dos guerreros con sus atributos, se estrechan la mano y sostienen el libro de la Constitución apoyado sobre dos globos terráqueos. En el libro, la inscripción CONSTI / TUCI- / ON / POLITI / CA // DE LA / MONAR- / QUIA / ESPAÑO / LA. Junto al primero, un león echado a sus pies y dos pilares con el

1 Muy recientemente, Joan-Lluís Marfany ha escrito lo siguiente al respecto de la forja del nacionalismo español durante la guerra contra Napoleón y del posterior nacimiento del nacionalismo catalán (traducimos del catalán): «[...] porque es entonces cuando empieza a tomar forma de manera decisiva una burguesía en Cataluña y porque, en estrecha relación con este proceso, aparece también un nuevo sentimiento de identidad colectiva española que ya no depende de la relación con el monarca común, sino con el territorio mismo, en su (cuando menos aparente) intemporalidad, y que erige esta colectividad en sujeto de la historia y fuente de legitimidad del poder político. [...] Lo que hay que plantearse es en qué momento, cómo y por qué un sector de la intelectualidad catalana –que habrá que delimitar en sus orígenes y su composición– dejó de reconocerse en la identidad española, o quizá de reconocerse totalmente o suficientemente, cómo evolucionó esta crisis y cómo se extendió a otros sectores de la sociedad. Dicho más brevemente, cómo fue debilitándose y resquebrajándose el nacionalismo español y cómo empezó a fraguarse un nacionalismo catalán. [...]» (*Nacionalisme espanyol i catalanitat. Cap a una revisió de la Renaixença*. Barcelona: Edicions 62, 2017, pág.16 y págs. 17-18) .

lema PLUS ULT, y al lado del segundo y en el suelo, una cornucopia ["cargada de monedas"]. En lo alto una estrella resplandeciente ["simbolizando la inmortalidad"] y a lo lejos un navío ["que simbolizará el medio de comunicación de ambos hemisferios"]. En el campo, a la izquierda, F· SAGAU· F[ECIT]·» (los enunciados entre comillas inglesas provienen de la descripción, en 1812, del proyecto de la medalla [*vid*. pág. 238 de la citada obra de Marina Cano]. En el texto original aparece escrito «emisferios»)

Muchísimo más comunes son las monedas de 12 dineros que la ceca de Cataluña emitió en 1812 a nombre del rey Fernando (las Baleares no llegarían a ser ocupadas por los franceses durante la guerra). La presencia de la pieza en esta selección obedece, fundamentalmente, a la inédita titulación real que –dividida entre anverso y reverso– acababa con una referencia directa a las Baleares (*Balearium*, o sea, «de las Baleares»). Este proceder debe sorprender y mucho porque desde la Edad Media se utilizó la expresión *Maioricarum* (es decir, de las Mallorcas) a la hora de expresar el dominio real sobre el archipiélago. Sea como fuere la palabra *Balearium* figura inmediatamente después de la abreviatura que significa *Hispaniarum* (de las Españas), a la manera en que las emisiones ultramarinas hacían con la palabra *Indiarum* (de las Indias): «FERDIN[ANDUS] · VII · DEI · GRATIA / HISP[ANIARUM] · ET BALEARIUM · REX».



Por lo demás el reverso resulta igualmente sugestivo: el escudo no va timbrado con corona real cerrada (con diademas) sino con una abierta, y, además en el blasón se recupera un diseño monetario de las dos primeras décadas del siglo XVIII con una cruz latina patada o paté –con los brazos más estrechos en el centro y ensanchados a los extremos– que sobrepasa el campo del escudo en la parte inferior y en los laterales y tiene orígenes medievales.[2]

Antes de referirnos a la próxima de las piezas seleccionadas –en este recorrido por los primeros años de Fernando VII– debemos dejar constancia de unas piezas de plata, con valor de 4 reales de vellón, que llevan marca de la ceca de Barcelona, están datadas en 1812 e incorporan el busto de Fernando VII en el anverso («FERDIN · VII · DEI · GRATIA») y el escudo coronado de castillos y leones, flores de lis y granada en el reverso. Pero este reverso está escrito, a diferencia del anverso, en castellano («REY DE LAS ESPAÑAS», como se hará una decena de años después, en tiempos del Trienio Liberal), lo que constituye un proceder excepcional e inexplicable. E. Goig analizaba estas extrañas monedas en *La moneda catalana de la Guerra de la Independencia*[3] y apostaba por la falsedad: «Lo que de todo lo contemplado parece que puede afirmarse con seguridad es que se trata de una acuñación falsa» (pág. 63).[4]

La séptima de las piezas aquí reproducidas fue acuñada en el Virreinato del Perú, siguiendo el contenido de la pragmática de 1772. Como en América ningún territorio hispánico abrazó la causa de Bonaparte, eso supuso que las monedas coetáneas a la guerra, así como las producidas en los años sucesivos, bien fueron emitidas en defensa de Fernando VII, bien se pusieron en circulación en favor de los poderes locales insurgentes y,

2 «Es la primera vez que tenemos esta denominación en la historia monetaria hispana, ya que el título oficial del reino es Mallorca no Baleares, y en el reverso se usa la cruz larga de Mallorca típica de las monedas mallorquinas medievales, que sirve para cuartelar el escudo tradicional de castillos y leones usado por los Borbones, sin duda el modelo de estas monedas realizadas a nombre de Fernando VII fueron las piezas de tresetas que en los primeros años 20 del siglo XVIII acuñaron los reyes Felipe V y Luis I en el período 1722-1724 y para circular en las islas» (José Mª de Francisco Olmos: «La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra», *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, págs. 215-264; cita en la pág. 236).

3 Barcelona: Cymys, 1977 (2ª ed.; 1ª ed. 1974), págs. 53 y 59-63.

4 En el catálogo de X. Calicó *Numismática española. Catálogo general con precios de todas las monedas españolas acuñadas desde los Reyes Católicos hasta Juan Carlos I* –Barcelona: Aureo & Calicó, 2008– se da por auténtico (reproducido dentro del apartado de la ceca de Barcelona) el valor de 4 reales de 1812 con marca B (pág. 721).

en su caso, de los nuevos países. En estos últimos casos hablamos del proceso independentista de más de tres lustros de duración que –conducido mayormente por criollos, es decir, por población de linaje español– convertiría el antiguo dominio borbónico en un mosaico de repúblicas soberanas y, en buena parte, mal avenidas. Esta pieza, en todo caso, la emitieron autoridades que permanecían fieles al rey Fernando, y en el año de la Constitución de Cádiz.



Se debe poner de relieve que, entre la ocupación napoleónica de buena parte de las tierras peninsulares, la circulación de monedas con el retrato del rey *deseado* –y realizadas con buen arte– constituía un motivo de acicate y de esperanza para los partícipes del bando fernandino. El autor de las matrices del modelo común, Félix Sagau, habría contribuido así «a alentar el entusiasmo de los pueblos al ver circular un signo público de la autoridad de su legítimo monarca».[5]

El reverso monetario que se reproduce a continuación pertenece igualmente al campo que permaneció leal a la monarquía española y, además, complementa a la anterior pieza en el sentido de mostrar el cumplimiento de las directrices de 1772 –muy mencionadas aquí– en un reverso acuñado ya bien avanzado el siglo XIX (en el anverso había desaparecido el guardabrazo que había ornado el busto de Carlos III y Carlos IV en las monedas de plata de las Indias). La pieza fue acuñada en Lima, en el virreinato del Perú, y data de 1816, cuando la guerra peninsular ya había acabado y no podía vislumbrarse la batalla de Ayacucho (1824), el último gran enfrentamiento militar entre la insurgencia independentista y las tropas decididas a preservar el imperio español.



El descalabro borbónico en aquel campo de muerte fue la constatación del fin: los 8 reales a nombre de Fernando VII se acuñaron por última vez en las Indias –en Potosí, concretamente– con fecha de 1825. Es cierto que a lo largo del resto del siglo aún podría hablarse de una América gobernada por España, pero sólo con referencia a Cuba, Puerto Rico y, durante unos años solamente, al territorio dominicano. En 1898 llegó el réquiem, cuando los Estados Unidos decidieron por dónde empezarían a convertirse en potencia mundial.



Un ejemplo de las pinturas de castas existentes en los virreinatos españoles en América. Esta obra anónima del siglo XVII se encuentra en el Museo Nacional del Virreinato (Tepotzotlán, México). Evidentemente no nos encontramos ante una taxonomía *inocente* de cuño ilustrado, amparada en una curiosidad científica de ética más o menos dudosa: estas pinturas tenían un papel social, porque las diferencias en la apariencia física fundamentadas en el nacimiento –es decir, en el componente etnológico, biológico, heredado– tenían una relevancia importante en sociedades nada igualitarias como las de la América hispánica de entonces. Un imperio de castas, el español, estratificado étnicamente para poder ejercer la dominación sobre los considerados inferiores; estratificado, al otro lado, para garantizar el ejercicio de los privilegios por parte de los definidos como superiores. Y por el centro, alguna que otra casta a medio camino.

Serían españoles nacidos en los virreinatos, ubicados en la cima de la supuesta pirámide étnica del Nuevo Mundo hispano, los principales inductores de la destrucción de aquel imperio.

La moneda siguiente pone de relieve que el absolutismo real podía llegar a ser permisivo, si quería. Fue acuñado en un territorio de donde era rey Fernando VII, pero esta expresión no aparece en la pieza en cuestión; igualmente, la emisión se hizo porque un rey de España no lo impidió, pero ese topónimo no figura en la leyenda de la moneda.

5 Citado por Marina Cano Cuesta: *Catálogo de medallas españolas*. Madrid: Museo Nacional del Prado, 2005, pág. 235.





Este «FERDIN[ANDUS] · III · D[EI] · G[RATIA] · NAVARRÆ · REX» (Fernando III rey de Navarra por la Gracia de Dios) es Fernando VII, solo que en Navarra no era sino Fernando III, expresión esta de una manifestación de autogobierno –la ostentación de los numerales reales propios de cada territorio– de la que habían sido privados sistemáticamente en Aragón, Valencia, las Baleares y el principado de Cataluña (ya lo hemos avanzado antes). Los navarros, los alaveses, los guipuzcoanos y los vizcaínos, así como los habitantes del Valle de Aran habían permanecido fieles a Felipe V durante la Guerra de Sucesión y, por lo tanto, no se promulgó ningún decreto de Nueva Planta que hiciera trizas el autogobierno del reino de Navarra (así pues, no hubo ninguna aplicación del *justo derecho de la conquista*). El derecho de acuñación de moneda era uno de los más preciados signos externos de la posesión de poder y los navarros –a pesar de algunas interferencias de Madrid, contrafueros y dificultades de otro carácter– pudieron hacer uso del mismo. Y junto al hecho de la preservación de emisiones monetarias privativas se debe poner de relieve, particularmente, el hecho de que éstas fueran monedas diferentes también en cuanto al diseño: en el reverso de estas piezas, el escudo con las cadenas de Navarra llevaba acolada –flotaba por encima de– una cruz de ocho puntas pomeadas (con esferas en los extremos), y una corona real rematando el conjunto. La inscripción de alrededor era la misma que figuraba en acuñaciones de monarcas carolingios, allá por el siglo IX: «CHRISTIANA RELIGIO». No hace falta traducir. No hace falta preguntar tampoco por el escudo borbónico español o por los castillos y los leones: no los hay.



CUADERNO
DE LAS
LEYES Y AGRAVIOS
REPARADOS Á SUPLICACION DE LOS TRES ESTADOS
DEL
REINO DE NAVARRA,
EN SUS CORTES GENERALES, CELEBRADAS EN LA CIUDAD DE Pamplona los años 1817 y 1818 por la Magestad del Señor Rey DON FERNANDO III de Navarra, y VII de Castilla nuestro Señor.
Y EN SU REAL NOMBRE,
POR EL EXCMO. SEÑOR CONDE DE EZPELETA DE BEIRE, Capitan General de los Reales Egércitos, Virey y Capitan General del Reino de Navarra, sus fronteras y comarcas.
CON ACUERDO
DE LOS DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO DEL MISMO REINO de Navarra que asistieron con él en dichas Cortes.

De órden de la Ilustrísima Diputación del Reino de Navarra.
PAMPLONA.
IMPRENTA DE LONGAS AÑO 1819.
Con las licencias necesarias.

El título de este volumen de 1819 constituye un cuidadoso resumen de las características de un régimen foral en el contexto del sistema absolutista fernandino, y pone de relieve el paralelismo existente entre el caso navarro y el desaparecido ordenamiento foral valenciano (y, por extensión según y cómo, de los otros países de la Corona de Aragón). En efecto se habla de leyes y de *agravios*, es decir, de fueros y de contrafueros; de los tres estados del reino de Navarra (militar, eclesiástico y de las universidades o buenas villas), equivalentes a los tres brazos del reino de Valencia (militar, eclesiástico y real, este último conformado por las ciudades valencianas adscritas directamente a la corona); se habla de cortes generales regnícolas como las existentes en su momento en la Valencia foral; aparece la titulación real navarra con el ordinal privativo, en contraste con la castellana, del mismo modo que en Valencia hasta los inicios del siglo XVIII; finalmente aparece la figura del virrey, bien presente en Valencia durante los siglos XVI y XVII. También se dice que la impresión del libro se hace *De órden de la Ilustrísma Diputación del Reino de Navarra*, institución equivalente a la *Diputació del General* o *Generalitat* del reino valenciano. En efecto, nos encontramos ante un título que es el compendio de un ordenamiento jurídico: *Cuaderno de las leyes y agravios reparados á suplicacion de los tres Estados del Reino de Navarra, en sus Cortes Generales, celebradas en la ciudad de Pamplona los años 1817 y 1818 por la Magestad Real del Señor Rey don Fernando III de Navarra, y VII de Castilla nuestro Señor. Y en su Real Nombre por el Exmo. Señor Conde de Ezpeleta de Beire, Capitán General de sus Reales Egércitos, Virey y Capitan General del Reino de Navarra, sus fronteras y comarcas* [...].

[La imagen la debemos a la gentileza de Subastas Appolo (de Pamplona)]

El recorrido previo a la instalación en el poder de los liberales entre 1820 y 1823 concluye con unas humildes piezas de cobre, destinadas a la circulación general, que siguen haciendo efectivas las disposiciones básicas de 1772 con excepción –en una de ellas– del uso de los laureles en la cabeza, no previstos por Carlos III de Borbón. La titulación real aparece completa en los anversos, sin mención de las Indias: «FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX». Los

reversos incluyen un motivo que ya hemos visto antes acuñado en tiempo del mismo Carlos III: dos castillos, dos leones, tres flores de lis y una figura central en forma de cruz *sui generis*, de brazos barrocos flordelisados. Este último elemento fue definido por la pragmática de 1772 como «cruz llamada del Infante Don Pelayo» en una atribución dudosa dado que el único Pelayo de renombre considerado entonces debía ser el rey asturiano del siglo VIII. En realidad, en la disposición legal no se hablaba del escusón con las flores de lis: «los dos castillos y dos leones de mis Armas». Y alrededor del conjunto aparecía una corona de laureles –«rodeados de un laurel».



4.2 El Trienio Liberal (1820-1823)

La misma pieza humilde que acabamos de ver proclamar los principios de la legitimación divina del poder se transformará –con la introducción, durante el Trienio Liberal, de referencias a la Constitución de 1812 nuevamente vigente– en un alegato del ideario del liberalismo. Como consecuencia de un decreto de las Cortes de mayo de 1821, el retrato del rey aparecerá sobre las monedas nada idealizado, humano en definitiva (de hecho es conocido, popularmente, como *el cabezón*): «2 °. El anverso para toda clase de moneda será el Real busto de M. sin [corona de] laurel, según se usaba en la moneda de la Península en los anteriores reinados, como también sin paño ni otro objeto que pueda alterar el carácter del original». Y en las monedas también se indicará que el reinado se fundamentaba, teóricamente, en una doble fuente de legitimidad: la tradicional, en tanto que se mantenía la referencia a «la Gracia de Dios» (lo cual hace que califiquemos de moderados los planteamientos de aquellos liberales españoles), y la legitimación que derivaba de haber jurado el ordenamiento constitucional aprobado en Cádiz durante la guerra contra los franceses (un texto aquel que se situaba, todo sea dicho, lejos de la radicalidad de contenidos que le atribuían los absolutistas). La nueva leyenda era prolija y, a pesar del uso de abreviaturas, no cabía en el anverso de las piezas expresadas en maravedís: «FERNANDO 7º POR LA G[RACIA] · DE DIOS Y LA CONST[ITUCION] · / REY DE LAS ESPAÑAS» (con el ordinal real en números arábigos y no en romanos). Como consecuencia de la invasión del reverso por la parte final de la inscripción, los laureles previstos en 1772 se eliminaron («la orla», por tanto, desapareció): de acuerdo con el mencionado decreto, «6°. El del cobre permanecerá también según existe, con sólo la supresión de la orla, que es indispensable para la colocación de la nueva inscripción».



Corresponde ahora detenerse en las razones por las cuales las leyendas de estas monedas –y de todas las españolas posteriores a 1833– no están escritas en latín sino en castellano. Empezaremos aclarando que mientras los liberales gobernaron por primera vez en España (1820-1823), la práctica totalidad de las piezas puestas en circulación en América a nombre de Fernando VII ostentaron los tipos del absolutismo y, con estos, la sola legitimación divina del poder y las leyendas en latín. Pero contrariamente a esta praxis, las monedas acuñadas con tipos propios del Trienio

Liberal, es decir, donde se mencionaba la doble legitimación, mostraban sus inscripciones en castellano (también en las Filipinas). Existen, sin embargo, dos excepciones a la norma: una acuñación hecha en Navarra en 1823 que preservaba la lengua latina (como después veremos), y una pieza de 2 reales de 1822 donde se hacía lo mismo en San Juan de Pasto (en la actual Colombia). Esta última moneda no incorpora el título de las Indias –«FERD[I]N[AN]D[US] · 7 · D[EI] · G[RATIA] · ET · CONST[ITUTIONE]· / HISPANIAR[UM] · REX»– y es la única emitida en toda la América hispana con la doble legitimación propia del Trienio Liberal; esta emisión de Pasto –con marca de ceca «P»– se atribuía tradicionalmente a la ceca de Popayán (también «P», e igualmente en la Colombia de nuestros días).





Como se ha dicho, a partir de 1833 la lengua castellana fue la única presente en los especímenes monetarios españoles, si exceptuamos las pocas piezas del pretendiente carlista Carlos V: así Isabel II, entronizada con el apoyo de los liberales y, posteriormente, monarca constitucional, únicamente emitió monedas con leyendas en castellano. Y esta tradición ha perdurado hasta nuestros días con poquísimas *sorpresas*, siempre localizadas sobre piezas sin circulación real; como contraste, recordar que en el Reino Unido el latín continúa siendo el idioma en que se expresan las titulaciones reales en todas las monedas.

La extinción del latín –la lengua áulica tradicional del Occidente europeo– en el numerario de España tuvo lugar, según se desprende de lo expuesto, gracias a la afirmación en el poder del liberalismo y del nacionalismo español, inseparables uno de otro en aquel tiempo, y la opción de aquellos por la castellana como lengua nacional.

Esta *ideación* del castellano como idioma común y alto –su condición de «artefacto político construido discursivamente» y, en todo caso, la selección como única lengua con que proclamar la autoridad personal o colectiva en las acuñaciones españolas– encontraba su paralelismo en Francia: la Francia revolucionaria había apartado al latín de las monedas por siempre jamás, y el nacionalismo francés había aseverado rotundo –si era el caso con vehemencia lingüicida hacia los idiomas diferentes del francés– que solo la lengua francesa era la nacional en el país que se quería indivisible.[6]



Este grabado formaba parte de la edición de lujo de la Constitución de 1812 que en 1822 fue impresa, repleta de imágenes, por José María de Santiago, «Grabador de Cámara y R[ea]l. Estampilla de S. M.». El compendio iconográfico contenido en esta obra es desbordante: Fernando VII hace honor a su titulación durante el Trienio Liberal y señala las dos fuentes de legitimación del poder real: Dios, representado por el triángulo del que emanan rayos, y la Constitución de 1812, depositada sobre un pilar con las armas reales (coronadas y entre columnas, pero sin las flores de lis). Sobre la cabeza del rey dos amorcillos alados se disponen a coronarlo con laureles y a obsequiarlo con flores. Como testigo de la escena un genio desnudo y alado –con la llama sobre la cabeza– sostiene el texto constitucional y muestra al monarca una especie de cáliz. Además, el genio pone el pie derecho sobre la cabeza de un exótico guerrero que yace sobre el suelo, tocado con turbante y armado con espada, ubicado cerca de un cetro abandonado. El rey tiene a sus espaldas el trono y a derecha e izquierda un león (figuración de la España peninsular) con un globo terráqueo, y un cocodrilo (en representación de las Indias). A los pies del monarca encontramos el caduceo (emblema del comercio

6 La consideración del castellano como «a discursively constructed political artifact» se ha extraído de la pág. 18 del ensayo de José del Valle «Language, politics and history: an introductory essay», introducción a una obra colectiva editada por el mismo autor: *A Political History of Spanish. The Making of a Language* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013, págs. 3-20). Hay edición en castellano: José del Valle: «Lenguaje, política e historia. Ensayo introductorio», en José del Valle (ed.): *Historia política del español. La creación de una lengua*. Madrid: Aluvión, 2016, págs. 3-23.

vinculado a la figura del dios Hermes o Mercurio) y una cornucopia o cuerno de la abundancia, elementos que realizan una clara alusión al previsible beneficio y progreso que debe reportar la Constitución a la vida económica. La parte inferior también incluye un mensaje simbólico de calado: haciendo virtud de las necesidades de la simetría, el autor incorporó en el diseño los dos castillos y los dos leones de las armerías reales *resumidas* (no así las flores de lis), las columnas con el lema «Plus Ultra» y los dos globos o hemisferios, además de una especie de bodegón emblemático central, con corona, laureles de la victoria, cetro y balanza de la justicia. La gran sorpresa la encontramos sobre las columnas y los castillos: sendos *fasces* o haces de lictor, antiguo emblema de la autoridad en la Roma clásica, que en esta ocasión incorporan unas hachas. Los haces de lictores se hicieron increíblemente populares durante la Revolución francesa (acompañados generalmente de picas y gorros frigios), pero el hecho de que aquí contemplemos la versión con hacha indicaría –presumiblemente– otra posible fuente.

He aquí otro tipo monetario del Trienio Liberal –con *cabezón* en el anverso– que acredita el uso prácticamente exclusivo del castellano sobre las acuñaciones del momento. En este caso, además, como estas piezas fueron el resultado de reacuñar –reaprovechar– monedas francesas de plata de medio escudo, o tres libras, hubo que añadir sobre el reverso información complementaria que también aparece escrita en castellano: la expresión «RESELLADO».





El próximo espécimen monetario es el último de los que, adscritos a la circulación general y acuñados por las autoridades del Trienio, analizaremos en estas páginas: en el anverso de la pieza aparece asimismo el cabezón de Fernando VII y en el reverso se hace realidad una de las previsiones del decreto de mayo de 1821: «1º. El tipo de la moneda será uniforme en la Península y Ultramar en el oro y la plata nacional. / 4º. El reverso [...] de la plata nacional de la Península se uniformará al que actualmente sirve en Ultramar, por lo cual se añadirán las columnas que se ven en aquel». Cuando el decreto habla de plata nacional está remitiendo a las monedas más grandes de plata: la pieza 20 reales «de vellón» (equivalentes a 8 reales) y la de 10 reales «de vellón» (equivalentes a 4 reales).





Estas piezas son las primeras acuñadas en la península Ibérica donde las columnas de Hércules aparecen acoladas al escudo real, es decir, flanqueándolo.

Veamos ahora la excepción navarra a la casi absoluta castellanización lingüística de las especies monetarias constitucionalistas. La pieza se fabricó –con metal procedente de cañones– mientras Pamplona era asediada por los absolutistas, y traducía a la lengua latina la inscripción –toda en el anverso– impulsada por el gobierno liberal en las emisiones generales: «FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · ET C[ONSTITUTIONE]· HISP[ANIARUM] · REX». Pero es el latín, precisamente, el único rasgo del numerario tradicional navarro que no fue borrado por el Trienio Liberal en esta acuñación (por otra parte tan poco cuidada, con una composición metalífera inapropiada):

–el monarca –aunque ornado con laureles tradicionales– ya no se titulaba rey de Navarra sino de España. Los gestores de la Constitución de 1812 entendían invalidada la titulación anterior porque, con el ordenamiento constitucional vigente, Navarra era un *antiguo* reino, no un reino; el único reino con todas las de la ley era –ya– España y el territorio navarro no era sino una provincia (con privilegios, eso sí);

–así, lógicamente, el rey no llevaba el ordinal correspondiente a la dignidad real navarra, el III, sino el VII;

–se añadía la referencia a la Constitución (de 1812) como fuente de legitimación del poder, frente

a la anterior referencia única a «la Gracia de Dios»;

–ya no se trataba de una pieza con valor facial privativo navarro, sino de una de 8 maravedís, según la disposición de 1772; y, finalmente,

–el reverso con simbología propia del reino de Navarra, que se había mantenido hasta el año1820 en las monedas emitidas en Pamplona, se cambiaba por el previsto en 1772 para la circulación general (donde se ven los laureles y la supuesta cruz del infante Pelayo, con castillos, leones y flores de lis).





El antepenúltimo ejemplo de numerario del Trienio Liberal que aportamos fue acuñado para la provincia de Barcelona («PROVINC[IA] · DE BARCELONA») en 1823, y fueron las armerías de la provincia barcelonesa –cruces de San Jorge, «barras», corona y murciélago (*ratpenat* o *rata pinyada*), y ramas de laurel– las que ornaron la emisión en los reversos.



En estas monedas, un caso excepcional en toda la historia monetaria española, la titulación del rey Fernando VII prescindía de la referencia a «la Gracia de Dios» pero también del propio topónimo: «FERNAN[DO] · 7°. REY CONSTITUCIONAL». Nada más.



Concluimos la selección de monedas del Trienio haciendo referencia a una práctica relacionada, parcialmente, con la que señalábamos en la pieza anterior. Se trata de la incorporación sólo fragmentaria de la titulación real: dado que en determinadas emisiones el reverso se encontraba ocupado por un motivo específico, y atendiendo igualmente a que en el anverso no se utilizaran demasiadas abreviaturas, solo figuraba la referencia a Fernando 7° por la Gracia de Dios y la Constitución, sin ningún mención –pues– a su condición de rey de las Españas. Eso se dio en dos ocasiones; la primera, en una moneda puesta en circulación en Palma de Mallorca en 1823, 5 pesetas de plata. En este caso el reverso lo ocupaba el topónimo del archipiélago del que forma parte la isla mallorquina, «YSLAS BALEARES», en dos líneas y rodeado de una corona de laurel. En la *cara* de la pieza podía leerse «FERN[ANDO]· 7° P[OR]· LA G[RACIA]· D[E]· DIOS Y LA CONST[ITUCION]·» (con alguna variante), y el escudo alrededor del cual gira la leyenda es el cuartelado de Palma de Mallorca: las «cuatro barras» y el castillo sobre olas con una palmera encima.





La segunda pieza es mucho más significativa políticamente. De hecho es, probablemente, la más significativa de todo el período y no, precisamente, por contar con la leyenda incompleta del anverso donde se retrata al poder.



El gran interés político de la moneda en cuestión se encuentra, realmente, en el reverso, donde figura un emblema heráldico y una inscripción. Estos elementos no constituyen la imagen del poder, que figura en la pieza mediante el grabado del busto del rey y su titulación, sino que conforman una especie de documento *proclama* en metal.

Hablamos de una moneda obsidional, es decir, de una acuñación de emergencia –motivada por la falta de numerario– que se realiza en el seno de un recinto urbano asediado en el transcurso de operaciones militares. En este caso, nos referimos al sitio de la ciudad de Valencia por los aliados de las tropas francesas del duque de Angulema, en el contexto de la invasión de España por los «Cien mil hijos de San Luis», iniciativa promovida por la Santa Alianza de potencias absolutistas europeas. El Trienio Liberal estaba a punto de ser barrido del gobierno y las autoridades de la capital valenciana opusieron resistencia a los reaccionarios; de paso dejaron uno de los testimonios retóricos más impactantes de la historia monetaria mundial. No es sólo que acreditaran fehacientemente el asedio (cosa nada extraordinaria en este tipo de emisiones); la gran originalidad de la pieza radica en la manera –propagandística, radicalmente moderna desde la perspectiva ideológica y política– como denominaron a los sitiadores: «VAL[ENCIA]. SITIADA POR LOS ENEMIGOS DE LA LIBERTAD». Tras la victoria de estos últimos en su recorrido por la península, las inscripciones de las monedas se modificarían para acreditar públicamente que el rey Fernando disponía de otro tipo de poder. Con ello, esta moneda valenciana pasaría a ser obsoleta tanto con referencia al reverso como por su anverso.



En medio de este reverso memorable campean las armerías de la capital valenciana con las históricas «cuatro barras»: el *cairó* o cuadrado puesto en punta, cargado de los cuatro palos rojos en campo amarillo (dorado), timbrado por corona y un murciélago –*ratpenat*, en este caso pequeñísimo– y flanqueado por dos «L». Estas letras fueron incorporadas al emblema urbano durante la Edad Moderna en memoria, y lógicamente reivindicación, de hechos de tiempos medievales: la resistencia de Valencia –urbe leal al rey de la Corona de Aragón Pedro el Ceremonioso– a dos asedios de tropas castellanas. Valencia, por tanto, ciudad dos veces leal y, en 1823, leal también a la libertad tal y como la entendían los defensores del Trienio Liberal. En castellano, como puede nuevamente comprobarse.



Luís Antonio de Francia recibió de su tío, Luis XVI, el título de duque de Angulema. Era hijo de quien sería –entre 1824 y 1830– último rey de Francia de la dinastía borbónica, el ultra-reaccionario Carlos X, con lo cual este militar pasó a ser delfín de Francia durante aquellos años. El duque de Angulema tuvo un protagonismo importante en la historia española porque comandó las fuerzas enviadas –por la coalición de potencias absolutistas– a *liberar* a Fernando VII de su condición de monarca constitucional. Así lo refería el beneficiario máximo de aquella exitosa aventura militar francesa:

> Mi augusto y amado Primo el Duque de Angulema al frente de un ejército valiente, vencedor en todos mis dominios, me ha sacado de la esclavitud en que gemia, restituyéndome á mis amados vasallos, fieles y constantes.

Cuando Luís Antonio de Francia murió en 1836, sus partidarios le reconocían como rey con el nombre de Luis XIX, pero en París reinaba Luís Felipe de Orleans, fruto de la revolución liberal, burguesa, de julio de 1830.

4.3 La Década Ominosa (1823-1833)

La restauración del absolutismo en 1823 tuvo un efecto inmediato, como era de esperar, en las fórmulas de expresión del poder real, con el retorno de la única legitimación del monarca por «la Gracia de Dios» y, también, con la reanudación del uso de la lengua latina. Sobre esto último existe alguna excepción: hablamos de una pieza de 5 pesetas emitida en Mallorca en 1823 –continuadora de la mencionada más arriba con el topónimo «YSLAS BALEARES»– donde la titulación hace referencia a Fernando como rey absoluto(«FERN[ANDO]. 7º P[OR]. L[A]. G[RACIA]. D[E]. DIOS REY D[E]. ESPAÑ[A]. E YND[IAS].»,, con algunas variedades mínimas según las piezas)





Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga (1888), de Antoni Gisbert (Museo del Prado, Madrid). La obra fue encargada, durante la regencia de María Cristina de Habsburgo, por una administración liberal. El dramático episodio representado tuvo lugar el 11 de diciembre de 1831, durante los últimos años de la ominosa década fernandina: el pronunciamiento liberal del general José María de Torrijos había fracasado pocos días antes a causa de una traición, y el militar y 48 insurrectos más fueron fusilados sin juicio. El absolutismo de Fernando VII moriría matando.

La obra es una de las más emblemáticas, en España, del género de pintura de historia. Y es innegable que tiene resonancias de *Los fusilamientos del tres de mayo* (1814), de Francisco de Goya.

Contrariamente a la pieza que se acaba de mostrar, las próximas monedas acreditan el retorno generalizado del latín a las acuñaciones durante la Década Ominosa. Se trata de piezas de cobre donde la titulación real vuelve a aparecer completa en el anverso –«FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX»; el reverso de estos especímenes de 8 maravedís vuelve a incluir la corona de laureles rodeando a los castillos, los leones y las flores de lis de la supuesta cruz *del Infante Don Pelayo*. Como se hace patente al mirar los anversos, el retrato real pudo conservarse desnudo, sin laureles, en las acuñaciones posteriores al Trienio Liberal, pero entre 1823 y el año de la muerte del monarca, 1833, fue mucho más habitual en las monedas la presencia de retratos laureados y muy idealizados, glorificadores del monarca.



Haremos ahora referencia a las posesiones americanas durante el período final de Fernando VII: las últimas monedas ultramarinas acuñadas a nombre del rey español llevaron los tipos tradicionales del absolutismo y las fechas de 1824 (en Lima y en Cuzco), 1825 (en Potosí) y –parece– 1826 (en El Callao, formalmente Lima, en una pieza de 2 reales).



El apartado de la Década Ominosa no puede cerrarse sin volver a Navarra: ¿de qué manera se transformaron las acuñaciones del viejo reino al ser restaurado Fernando como monarca absoluto en España? Las autoridades forales navarras procedieron a acuñar nuevamente de acuerdo con la tipología anterior al Trienio (donde la inscripción del reverso rezaba «CHRISTIANA RELIGIO») y, posteriormente, crearon un tipo nuevo, con la titulación real tradicional dividida entre *cara* y *cruz*, con abreviaturas sólo en la referencia a «la Gracia de Dios» («FERDINANDUS III · D[EI] · G[RATIA] · / NAVARRÆ · REX»). El escudo de las cadenas aparecía, coronado, en el reverso de las que serían las últimas monedas navarras con motivos privativos (*vid*. pág. siguiente).



Una última acotación: en las pequeñísimas piezas de medio maravedí de 1832 –cuadradas– el anverso solamente incorporaba la titulación real completa (en tres líneas y mediante cinco abreviaturas) mientras que el reverso exhibía el escudo coronado. Así pues, *cara* epigráfica, *cruz* iconográfica.

Manuel Sanchis Guarner: La ciudad de Valencia. Síntesis de Historia y de Geografía urbana. València: Ajuntament de València / Generalitat Valenciana · Conselleria de Cultura, Educació i Ciència / Consell Valencià de Cultura, 1999, traducción al castellano de Roc Filella, 1ª edición en español, p. 431-434. [1ª ed. 1972.]

«La guerra civil había estallado ya en gran parte de España, donde los absolutistas dominaban amplias zonas.

Ya en 1821 se habían sublevado los absolutistas en Orihuela, y durante bastante tiempo la sierra de Crevillente fue la base de operaciones de Jaime Alfonso, llamado "el Barbut", mítico bandolero feroz y generoso, convertido en guerrillero realista, que llegó a otorgarse el título de "general de la Fe".

Al día siguiente de la muerte de Elío, llegó a Valencia el antiguo guerrillero valenciano y ex fraile Ascensio Nebot con tropas de la Milicia Nacional de Madrid, que fueron recibidas triunfalmente. La gente ponía laureles en sus fusiles en recuerdo de su victoria el 7 de julio contra la Guardia Real. Nebot venía a combatir a las partidas facciosas de Rafael tempere, natural de Elche, y a otros guerrilleros del País, que desde junio de 1822 campaban por las sierras del Maestrazgo.

Con los montañeses, siempre hostiles al liberalismo de las ciudades y villas del litoral, y con otros elementos rurales partidarios de la sociedad estamental y descontentos de la política anticlerical de los constitucionalistas, Sempere consiguió organizar una poderosa guerrilla, que puso a las órdenes de la Regencia absolutista establecida en la Seu d'Urgell el 15 de agosto de aquel año.

Sempere, que se había apoderado del castillo de Sagunto, que se le entregó sin disparar un tiro gracias a una traición, pudo asediar el 27 de marzo de 1823 la ciudad de Valencia, y ocupó varios de sus arrabales. Pero el 29 de aquel mes tuvo que huir ante la llegada de una columna de tropas liberales de Castellón y Tarragona.

Sin embargo, el 8 de abril Sempere, provisto ya de mucha artillería, volvió a poner sitio a Valencia, a la que bombardeó duramente. A pesar de lo endeble de la muralla, la ciudad resistió con decisión, dirigida eficientemente por el general Barón de Andilla. Ante la penuria económica, con la plata recogida –principalmente de los conventos– se acuñaon monedas obsidionales en la Ceca d ela calle del Mar, con la inscripción "Valencia sitiada por los enemigos de la Libertad. 1823"rodeando las cuatro barras del escudo de la ciudad; en la otra cara figuraba el busto de Fernando VII. La llegada del general López ballesteros con el ejército de Aragón obligó a Sempere a levantar el sitio de Valencia el 1 de mayo.

La desbaratada España constitucional tenía la hostilidad de la Santa Alianza de las monarquías europeas antirrevolucionarias, reorganizadas después de la caída de Napoleón. En virtud de la decisión tomada en Verona de intervenir contra los constitucionalistas españoles –cuyo ejemplo perturbador se había propagado a Nápoles y al Piamonte–, el duque de Angulema invadió España el 7 de abril de 1823 al frente de un poderoso ejército francés, "los 100.000 hijos de San Luis".

El ejército regular español no fue capaz de reaccionar, pues los franceses eran recibidos, esta vez, como libertadores por gran parte de la población, hostil o desengañada de la experiencia liberal. El 23 de mayo el duque de Angulema entraba en Madrid, que prefería mucho más la ordenada ocupación de los franceses que las violencias de la de los guerrilleros realistas.

Las tropas españolas gubernamentales del general López Ballesteros, en retirada frente a los franceses, consiguieron provisiones de la casi exhausta Valencia, gracias a las gestiones del regidor Luis Lamarca. Los batallones de los voluntarios liberales valencianos de la Milicia Nacional, temerosos de la venganza de los absolutistas, prefirieron incorporarse a la desmoralizada columna del Ejército regular, cuando el general López Ballesteros abandonó la ciudad de Valencia el 11 de junio, siguiendo la táctica de evitar el contacto con los franceses.

La década reaccionaria

Durante el segundo sitio de Valencia, Sempere, ya general absolutista, constituyó el 25 de abril en Burjassot, donde tenía su puesto de mando, una Junta Superior Gubernativa del Reino de Valencia, con militares, clérigos y aristócratas, fugitivos de la ciudad.

Esta Junta se puso en contacto con el duque de Angulema, jefe de las fuerzas francesas de ocupación de España. Una columna de este ejército comandada por el Conde de Molitor, después de haberse apoderado de Aragón, penetró en el Reino de Valencia, donde tampoco encontró resistencia, y en cuya capital entró el 13 de junio de 1823. Mientras los franceses de Molitor entraban en la ciudad por la puerta dels Serrans, las tropas de Sempere lo hacían por el portal Nou o de Sant Josep; ambas columnas fueron aclamadas como libertadores por los amantes del orden público. [...]

Con Sempere llegó a Valencia la Junta absolutista de Burjassot, que se hizo cargo de la ciudad. Se nombró un nuevo ayuntamiento, con el brigadier Fernando Pascual como corregidor, y se constituyeron los tribunales de Purificaciones y de Seguridad pública, que enseguida emprendieron una represión a ultranza. [...]

Sin embargo, la Junta Superior Gubernativa tuvo que disolverse el 29 de julio, porque la Regencia absolutista de Madrid envió a Valencia para ejercer la autoridad al brigadier Luis María Andriani, el mismo que había defendido en 1813 el castillo de Sagunto contra Suchet. El mando militar de los Reinos de Valencia y Murcia se encargó al general francés De Saint-Marc Dostel.

Los liberales valencianos de la Milicia Nacional que salieron de la ciudad con el ejército regular de López Ballesteros, se distinguieron en la defensa de Alicante y Cartagena contra los franceses, pero al final regresaron vencidos y cautivos a la ciudad de Valencia a mediados de noviembre de 1823, ante la consternación de los vecinos y las lamentaciones de sus familiares. [...]».

5. EL REINADO FRACASADO DE ISABEL II (1833-1868)

Fernando VII murió, en el año 1833, como rey absoluto y convencido de poseer el trono por obra de «la Gracia de Dios». Entonces su única hija tenía tres años y devino reina con el nombre de Isabel II (y su retrato ornó las monedas); la viuda de Fernando y madre de la niña, María Cristina de Borbón, se convirtió en regente o «Reina Gobernadora». Pero el hermano del rey fallecido –Carlos María Isidro, que sus partidarios conocerían como Carlos V, y que era todavía más absolutista que Fernando VII– protagonizó una insurrección armada con la intención de conseguir el poder e impedir el paso a las reformas liberales, con lo cual empezó la primera guerra carlista.

En aquel contexto, los liberales –partidarios de la monarquía constitucional– apoyaron a Isabel y a la regente. Evidentemente, el absolutismo férreo de Carlos María Isidro no podía ser abrazado en ningún caso por la causa liberal, y ante la disyuntiva se optó por la solución donde se divisaba un terreno de juego más favorable (ya en la etapa final del reinado fernandino se decretó una amplia amnistía para liberales exiliados).



La reina niña Isabel II de España (*ca.* 1835), de Carlos Luis de Ribera (Museo del Romanticismo, Madrid, en depósito del Museo de Prado). El reinado de Isabel II empezaba, con tres años de edad, entre la pared de una madre con intereses a veces inconfesables y la espada de un hombre capaz de declarar una guerra contra su propia sobrinita. Una niña obligada, desde muy pequeña, a ser la pieza más decorativa de la representación del poder en España.

5.1 Los tres primeros años de una reina niña y una regente

Durante los tres primeros años del nuevo reinado no se aprobó ninguna constitución para España ni se aplicó la de 1812. Los vientos de cambio liberal consiguieron, eso sí, la promulgación de una «Carta otorgada», el Estatuto Real de 1834. En ausencia de texto constitucional en vigor, las monedas de la etapa inicial del periodo isabelino muestran la titulación de carácter tradicional. Así, en el cobre, a caballo del anverso y del reverso, se puede leer: «ISABEL 2ª POR LA GRACIA DE DIOS / REYNA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS».





Según todo el que ya se ha dicho al respecto de la cuestión lingüística, el hecho de que las inscripciones de estas piezas estén en castellano y no en latín tendría que verse como un rasgo liberal, o de complicidad con los planteamientos del liberalismo: no es un hecho baladí que, cuando a finales de la Década Ominosa se dulcificó la actitud hacia una parte de los liberales, se acuñara una pieza de 20 reales (o *quinzets*), con leyendas en lengua castellana: «FERNANDO 7º POR LA G[RACIA] · DE DIOS / REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS». Finalmente esta moneda «prototipo» de 1833 –que prefiguraba las inscripciones de anversos y reversos de la primera época isabelina e introducía el collar del Toisón de Oro en las monedas de plata peninsulares– no sería emitida para la circulación ordinaria.

En el canto de la pieza, por cierto, ya figuraba el lema que aparecería grabado en monedas preconstitucionales de Isabel II: «DIOS ES EL REY DE LOS REYES».



5.2 Isabel II y la regente María Cristina bajo la Constitución de 1812

En el verano de 1836 se produjeron una serie de insurrecciones militares de carácter liberal que culminaron en el conocido como «motín de los sargentos de la Granja», en Segovia: este destacamento de la guardia real obligó a María Cristina de Borbón a restablecer la vigencia de la Constitución de 1812.



María Cristina de Borbón-Dos Sicilias (1830) de Vicente López (Museo de Prado). Reina consorte de Fernando VII y regente de España entre los años 1833 y 1840, murió en el exilio en 1878, mientras en España reinaba su nieto Alfonso XII. Personaje enormemente controvertido, intrigó para dominar el reinado de su hija y se vio inmersa en muchos negocios, entre los cuales el del comercio de esclavos.

He aquí dos emisiones realizadas para el principado de Cataluña en el contexto del éxito de aquellas revueltas y de la temprana instauración del régimen liberal en tiempo de la nueva reina. Las piezas de cobre –la popular *calderilla catalana*– se acuñaron hasta 1848; los anversos ostentaban la leyenda «ISABEL 2ª REYNA CONST[ITUCIONAL]. DE LAS E[SPAÑAS].» [↙] y en los reversos lucían las «cuatro barras» coronadas rodeadas de la inscripción «PRINCIP[ADO]. DE CATALUÑA», también en castellano [↓].



Sobre la presencia del emblema heráldico tradicional catalán y el título de principado de Cataluña en las monedas del siglo XIX, Xavier Sanahuja i Anguera ha conjeturado, en «Les emissions locals d'emergència (1808-1809) i les de la Seca del Principat de Catalunya (1809-1814)» (pág. 79), que dichas acuñaciones puestas en circulación entre 1810 y 1855 constituían –junto a la lengua catalana, es decir, junto al mantenimiento y cultivo del idioma propio en el seno de la sociedad– los únicos, o uno de los pocos, referentes de catalanidad en aquellos tiempos, previos a la *Renaixença* literaria y muy anteriores al catalanismo político.[1] Pero igualmente, y al mismo tiempo, el uso en el anverso de estas piezas del *escudo resumido* de la realeza española y la presencia –desde 1836, en anverso y reverso– de la lengua castellana, habrían contribuido al asentamiento de la conciencia de españolidad, nacional, que se construía entonces en Cataluña y en toda España con el influjo inicial del liberalismo.

En cuanto a las piezas de plata –efímeras: sólo se acuñaron en 1836 y en 1837– se lee «ISABEL 2ª REYNA CONST[ITUCIONAL]. DE LAS ESP[AÑAS].». Como en tiempo del Trienio Liberal los ordinales aparecen en cifras arábigas y no en romanas.

1 En Albert Estada-Rius (dir.): *Monedes en lluita. Catalunya a l'Europa napoleònica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2008, págs. 73-81 (traducción en las págs. 175*a*-178*b*, cita en la pág. 178*a*).



El hecho de que esta acuñación fuera una pieza metrológicamente equivalente a las de circulación general, pero con valor facial privativo y motivos exclusivamente catalanes, habría provocado cierto malestar político en la capital del estado, así como dificultades a los responsables de la emisión: sorprendentemente, el título de la monarca no iba acompañado de su retrato o de las armerías *resumidas*, sino de un escudo catalán con las «cuatro barras». Como consecuencia de todo ello y por decisión superior, en las acuñaciones de la ciudad condal no se volverían a ver signos de autonomismo *avant la lettre*, y las piezas de este módulo fabricadas en Barcelona ya mostrarían –solamente– los diseños que eran gratos a los dirigentes radicados en Madrid, o sea, los tipos considerados «generales»: así, el valor de la moneda nunca volvería a expresarse en pesetas sino en la forma equivalente, 4 reales («de vellón»), y la iconografía no se alejaría jamás de los motivos y las leyendas que se utilizaban en las otras cecas de España, es decir, el consabido retrato de la reina en el anverso y el escudo real español *resumido* –sin las «barras», pues– al dorso.[2] Lo mismo ocurriría con las otras monedas barcelonesas de plata, con las de cobre metrológicamente no privativas e, igualmente, con las de oro (si bien aquí se utilizaron las segundas grandes armerías borbónicas).



En todo caso, estas monedas de plata *polémicas* mostraban la palabra «PESETA» por segunda vez en la historia (después de las emisiones barcelonesas de tiempos napoleónicos), pero a esta notoriedad numismática hay que añadir la histórica: como sea que se utilizaron en muy buena parte para retribuir a soldados enrolados en la defensa de la causa isabelina o cristina (que cobraban una peseta al día), los carlistas bautizaron al campo antagonista con el apelativo de «peseteros», y de aquí deriva el carácter peyorativo de la expresión.

Igualmente es muy interesante saber que con posterioridad a estas monedas de cobre y plata, en ninguna de las emisiones de los –pocos– monarcas españoles sometidos a una Constitución se ha vuelto a afirmar que la magistratura correspondiente es, simple y llanamente, la de «rey constitucional», sin referencia alguna a «la Gracia de Dios» que haya complementado o matizado la aseveración.

5.3. Contra Isabel II (y el liberalismo): la primera guerra carlista (1833-1840)

En cuanto al campo carlista, el hermano del rey difunto conseguiría acuñar en Berga, Cataluña, entre 1838 y 1840, con leyendas en latín («CAROLUS V D[EI] · G[RATIA] · HISPANIÆ REX» en la pieza más grande de cobre). Además, durante sólo diez días de 1837, se emitieron piezas carlistas en Segovia, en ocasión de una incursión militar realizada con éxito.





Los insurrectos modificaron tanto el retrato de Fernando VII de los 8 maravedís, añadiéndole el bigote característico del pretendiente, como

2 Marta Campo, Albert Estrada-Rius y Maria Clua i Mercadal: *Guia numismàtica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2004, pág. 188. En palabras casi contemporáneas a los hechos, «Pocas pesetas de estas se fabricaron, pues luego se sintió la necesidad de igualar este cuño con el de la Moneda Nacional á fin de no acuñar de dos clases en un mismo Estado: mucho mas cuando el valor, peso y ley son iguales. Asi lo observaron personas de elevada posicion, estrañando no ver estampado el busto de S. M. en ellas. Esto dió motivo á variar el grabado de las pesetas, tomándolo igual á las que se acuñan en las demas casas de moneda de España, y desde aquella época se ha seguido el tipo que representa el número siguiente con la sola diferencia del año» (Francisco Paradaltas y Pintó: *Tratado de monedas. Sistema monetario y proyectos para su reforma*. Barcelona: Imprenta de Tomás Gaspar, 1847, pág. 114).

la inscripción del anverso: «CAROLUS · V D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX». El reverso de la pieza se mantuvo anepigráfico, como se preveía en 1772 (*vid*. pág. sig.). Glenn S. Murray, en *La historia del Real Ingenio de la Moneda de Segovia y el proyecto para su rehabilitación*,[3] recuerda que la transformación del retrato real y la inclusión de la leyenda correspondiente al pretendiente fue «fruto de haber forzado la colaboración del grabador jubilado de la fábrica, en su casa particular». El mismo autor concluye la glosa de esta pieza con las aportaciones siguientes:

> En otras dos ocasiones ante el inminente regreso de las tropas, y para evitar otra emisión carlista, los operarios desmontaron los volantes y los llevaron a Madrid con los cuños. Según explicó el superintendente respecto a los carlistas: el «único aliciente que les podría atraer a Segovia» es el «gusto y gloria que tendrían en ver circular, como ya intentaron, la moneda de su supuesto rey».



Carlos María Isidro de Borbón (s/d), de Vicente López (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid). La maestría pictórica de López nos dejó el testimonio de cómo fue uno de los personajes más significativos de la vida política española del siglo XIX: la querella carlista partiría en dos a la dinastía borbónica en España y protagonizaría tres conflictos bélicos, el primero de ellos bajo la dirección del personaje retratado.

5.4 Isabel II bajo las constituciones de 1837 y 1845: del final de la regencia de María Cristina al destronamiento

Al poco de los hechos revolucionarios de 1836, la propuesta reforma de la Constitución de 1812 condujo a la promulgación de la Constitución de 1837, de tono más moderado. Y en 1845 entró en vigor una Carta Magna más moderada todavía (la Constitución de 1856, de orientación más progresista que la anterior, fue aprobada pero nunca promulgada).

A partir del año 1836, en las acuñaciones generales isabelinas se aprecia un cambio de leyenda al objeto de acoger referencias al ordenamiento constitucional, fuese este el de 1812, el de 1837 o el de 1845: «ISABEL 2ª POR LA G[RACIA] · DE DIOS Y LA CONST[ITUCION] · / REYNA DE LAS ESPAÑAS». Con este proceder, las monedas daban cuenta de cómo –por inspiración liberal– se había transformado la legitimación del poder de la monarca (declarada mayor de edad a los 13 años, en 1843, después de tres años de regencia del general Baldomero Espartero).





En las monedas de 20 (y 10) reales de plata, a partir de 1837 (y 1840), la leyenda del canto fue «LEY PATRIA REY», en substitución de la anterior «DIOS ES EL REY DE LOS REYES»: la nueva inscripción recordaba mucho la presente en los reversos de las monedas de Luis XVI como monarca (constitucional) de los franceses: «LA NATION LA LOI LE ROI». El lema *Ley Patria Rey* se perpetuaría en los cantos de diversas monedas isabelinas hasta la expulsión del trono en 1868.

En cuanto a Navarra, 1837 fue el año de la última emisión realizada en Pamplona, si bien sin ningún rasgo específico navarro (ni siquiera el mantenimiento de la lengua latina). Se trata de 8 maravedís que siguen el modelo de los realizados en el resto de cecas españolas activas: con el correspondiente signo identificativo de la casa de la moneda y la inscripción en lengua castellana (a caballo de anverso y reverso); esto daba cumplimiento a la orden de octubre de 1836, que establecía la uniformización de los tipos monetarios en toda España.

3 Segovia: Fundación Real Ingenio de la Moneda de Segovia, 2006, pág. 37.

En el caso de las piezas pamploneses de 1837 –fabricadas por las autoridades isabelinas asediadas por los carlistas– la técnica no fue la acuñación sino la fundición, y los resultados se nos aparecen enormemente descuidados. La forja definitiva del estado liberal condenaba al olvido al numerario navarro, ciertamente, pero además lo hacía con una emisión fea sin matices y, a veces, casi ilegible. En cuanto a las leyendas de este canto del cisne de la ceca de Pamplona, encontramos dos tipos: «ISABEL 2ª POR LA G[RACIA]. DE DIOS Y LA CONST[ITUCION]. / REYNA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS» (con la leyenda del reverso que ornaba a las piezas «preconstitucionales»), e «ISABEL 2ª POR LA G[RACIA]. DE DIOS Y LA CONST[ITUCION]. / REYNA DE LAS ESPAÑAS» (ya con el reverso usual entonces).







La reina Isabel II –todavía una niña que no llegaba a siete años– señala en esta escena la Constitución de 1837, depositada sobre una columna donde se encuentra la corona real, el cetro y el collar de la orden del Toisón de Oro. El león de España custodia el altar constitucional y monárquico, mientras un simio lo contempla todo con un ademán apesadumbrado. La figura alada de la Fama hace sonar sus trompetas.

Este grabado fue incluido en la edición de la Constitución de 1837 editada en Madrid, en el mismo año, por la Imprenta Nacional. A los pies del óvalo decorado figuraba esta leyenda: «PROMULGADA EN 18 DE JUNIO DE 1837, / SIENDO GOBERNADORA DEL REINO, / EN NOMBRE DE ISABEL II., / su augusta madre / DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON / RESTAURADORA DE LA LIBERTAD ESPAÑOLA.».

[La imagen la debemos de a la gentileza de Susana Bardón (de la firma Delirium Books, de Madrid).]

En relación a la vertiente heráldica de las acuñaciones monetarias isabelinas se debe recordar, en primer lugar, el mantenimiento –durante la mayor parte del reinado– de las grandes armerías de Carlos III de Borbón en las acuñaciones de oro. Esta característica no es nada sorprendente porque, con la excepción de las pequeñas piezas de ½ escudo, las monedas áureas de Carlos IV y Fernando VII también exhibieron el citado gran escudo.







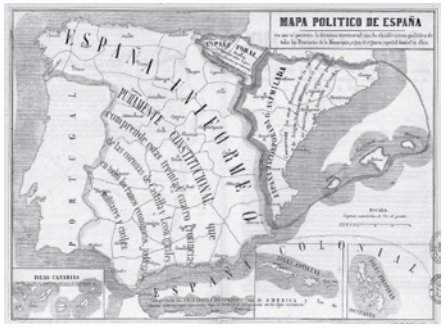


En segundo lugar, debe decirse que las piezas de plata más grandes mostraron escudos *resumidos* rodeados del Toisón de Oro hasta 1850 (de acuerdo con el «prototipo» de los últimos 20 reales de Fernando VII) [↙], y que ese mismo año las columnas de Hércules volverían a figurar sobre emisiones peninsulares [↘] (después de un paréntesis de 27 años).





Era la segunda vez que esta ejecutoría aparecía en la historia del numerario hispano.



«MAPA POLITICO DE ESPAÑA en que se presenta la division territorial con la clasificacion política de todas las Provincias de la Monarquia, segun el régimen especial domin[an]te en ellas.», presente en el primer volumen de *Cartografía hispano-científica, o sea, Los mapas españoles, en que se representa á España bajo todas sus diferentes fases*, de Francisco Jorge Torres Villegas (Madrid: Imprenta de D. José María Alonso, 1ª ed., e Imprenta de D. Ramón Ballone, 2ª ed.; 1852, 1ª ed., y 1857, 2ª ed.). La imagen procede del ejemplar de la segunda edición conservado en la Biblioteca Regional de Madrid. He aquí los comentarios añadidos por el autor a los varios grupos de provincias o posesiones:

«ESPAÑA UNIFORME Ó PURAMENTE CONSTITUCIONAL, que comprende estas treinta y cuatro Provincias de las coronas de Castilla y Leon iguales en todos los ramos economicos, judiciales, militares y civiles.

ESPAÑA FORAL, comprende estas 4 provincias esentas o forales que conservan su regimen especial diferente del de las demas.

ESPAÑA INCORPORADA Ó ASIMILADA. Comprende las once Provincias de la corona de Aragon, todavia diferentes en el modo de contribuir y en algunos puntos del derecho privado.

ESPAÑA COLONIAL. Comprende posesiones de AFRICA, las de AMERICA y las de OCEANIA regidas todas por leyes especiales bajo la autoridad omnimoda de los Gefes militares.

ISLAS CANARIAS. Las Islas Canarias son consideradas como parte del reino con todas las ventajas de las provincias peninsulares y no como colonia.».





La reina Isabel II de España y su hija Isabel (1852), de Franz Xaver Winterhalter (Palacio Real de Madrid). En la tradición de la representación barroca o neo-barroca del poder, la apariencia y la opulencia lo eran todo. Pero debajo de los terciopelos, las sedas y las piedras preciosas se escondía, a veces, un matrimonio de conveniencia con una persona odiada que, además, no se sentía atraída sexualmente por quien ocupaba el trono. Detrás de la figuración de la majestad real estaban subyacentes, a menudo, las pocas dotes para reinar, así como las camarillas de la corte interesadas –de manera espuria– en influir sobre el destino de la monarquía. Más allá de las columnas

En vísperas de la revuelta de la flota –en Cádiz– que inició la Revolución Gloriosa de 1868, España había cambiado su unidad monetaria por el escudo [↗], pero las acuñaciones de Isabel seguían hablando de las mismas cosas, con las mismas fórmulas retóricas, que décadas antes: por la Gracia de Dios y la Constitución (finalmente la de 1845). Al poco la vida de la monarca sufriría una sacudida: le esperaba el exilio y el recuerdo punzante de la corte y del país, donde las luchas entre liberales moderados, liberales progresistas y carlistas habían marcado, a veces de manera sangrienta, la existencia de millones de personas. La reina «de los tristes destinos» moriría en París.

marmóreas que pretendían acreditar la solidez de la institución, o escondidos detrás los pesados cortinajes de colores y texturas de lujo, también podrían descubrirse hijos ilegítimos desde la óptica conservadora y católica tradicional que, por razón de estado, llegarían a reinar. Todo esto, claro está, siempre por la Gracia de Dios y, en ocasiones, por la Constitución.

La primera acuñación monetaria de la Revolución Gloriosa –realizada en octubre de 1868, probablemente– parecía más una medallita para el recuerdo que no una pieza destinada a la circulación, y esto a pesar de la presencia del valor facial (25 milésimas de escudo). La única imagen contenida en esta moneda conmemorativa era una visión –rodeada de una guirnalda circular de laurel, con círculos pequeños– del emblema heráldico de la ciudad de Segovia: una porción del acueducto a la altura de la plaza del Azoguejo y, encima, una pequeña cabeza humana que podría hacer referencia a la expresión «cabeza de Extremadura», ligada en esta capital castellana. Así pues, el motivo de la pieza no tenía ninguna significación revolucionaria, sino que sólo hablaba del lugar de fabricación: el Ingenio segoviano, la casa de moneda que sería cerrada poco después de esta emisión. Las leyendas de la moneda sí eran políticas: por una cara, «SOBERANIA NACIONAL»; por la otra, «ESPAÑA LIBRE» y, dentro de una corona de roble y en tres líneas, «29 DE / SETIEMBRE / 1868», fecha de la victoria del alzamiento en Madrid (el día siguiente a la batalla del puente de Alcolea, resuelta favorablemente para los revolucionarios).









Izquierda: fotografía de la reina Isabel II de España en 1860. Posible obra de Jean Laurent. Derecha: *Joan Prim i Prats, marqués de los Castillejos* (1870), de Luis de Madrazo (Palacio del Senado, Madrid). El texto siguiente está extraído de la proclama de la Revolución Gloriosa, redactada por Adelardo Pérez de Ayala la noche del 19 de septiembre de 1868 y firmada por los principales militares insurrectos, incluyendo a Prim, quién añadió el grito final:

«Que cada uno repase en su memoria, y todos acudiréis a las armas. / Hollada la ley fundamental, convertida siempre antes en celada que en defensa del ciudadano; corrompido el sufragio por la amenaza de soborno; dependiente la seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable voluntad de cualquiera de las autoridades; [...] pasto la Administración y la Hacienda de la inmoralidad y del agio [la especulación]; tiranizada la enseñanza; muda la prensa; y solo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas, del nuevo negocio, de la nueva real orden dada encaminada a defraudar al Tesoro público; [...] tal es la España de hoy. Españoles, ¿quién la aborrece tanto que se atreva a exclamar: "Así ha de ser siempre"? / No, no será. Ya basta de escándalos. [...] ¡Viva España con honra!».

PARTE III

IMÁGENES DEL PODER PERSONAL Y COLECTIVO EN LAS MONEDAS ESPAÑOLAS

Del Sexenio Revolucionario al euro

Se debe hacer notar que entre el último año del reinado de Isabel II, 1868, y 1982, la gran mayoría de las monedas españolas llevó la fecha de acuñación, de la fabricación efectiva, en el interior de unas pequeñas estrellas de seis puntas –«✶»– situadas en cualquier lugar del anverso o del reverso de la pieza y, más generalmente, junto al año directamente visible.



El hecho de que el número de puntas de las estrellas sea seis nos dice que la radicación de la ceca –o casa de la moneda– donde se ha procedido a la acuñación es la ciudad de Madrid (aunque, en alguna ocasión, la fábrica monetaria de la capital de España ha constado sólo a efectos formales y, así pues, la emisión ha sido encargada realmente a otra ceca).

A veces, la fecha presente en las estrellas no cambiaba a pesar de haber llegado un nuevo año, y esto se debe tener en cuenta en algunas emisiones. En cualquier caso, dicho todo esto, nos queda formular una pregunta: en estas monedas con pequeñas estrellas, ¿qué significan las cifras grandes y más visibles? La respuesta exige algunos matices: en ocasiones –al inicio de la fabricación– pueden coincidir las dos fechas y, entonces, la grande también puede indicar el año de acuñación. En todo caso, el año escrito en cifras más visibles remitiría a la fecha de publicación de la disposición legal que ampara la emisión.



Al respecto de la doble datación de las monedas españolas, Manuel Vilaplana en *Historia del real de a ocho* (pág. 296-297)[1]– afirmaba que «No se ha encontrado documento que explique esta innovación. Quizá se pretendía dificultar la falsificación. Ahora bien, creemos que esa repetición [de la fecha] debió sugerir la idea de mantener la fecha del anverso como indicativa de la emisión y de variar las de las estrellas de acuerdo con la fecha de acuñación. Los hechos parecen demostrarlo así».

1 Murcia: Universidad de Murcia, 1997.

1. EL SEXENIO REVOLUCIONARIO (1868-1874)

1.1 El Gobierno Provisional y el Poder Ejecutivo (1868-1870)

Iniciamos este recorrido por el poder monárquico, dictatorial y colectivo («nacional») en las monedas españolas, desde el Sexenio Revolucionario hasta nuestros días, con un espécimen donde se representa con habilidad extrema –desde la perspectiva artística pero también ideológica– la comunidad imaginada nacional española (incluyendo la pulsión irredentista existente en el seno de la misma).



Cuando el diseño de esta pieza de 5 pesetas o duro de plata –y del resto de valores argénteos que ostentan los años 1869 y 1870 en cifras grandes– nació en la cabeza de su artífice, Luis Marchionni, acontecía el inicio del exi-

lio de Isabel II, destronada en septiembre de 1868. El Gobierno Provisional había convocado por aquellos tiempos un concurso para el diseño de las monedas españolas, que quedaría desierto en el caso de la plata, pero aún no se había forjado la Constitución de 1869 y, por lo tanto, no se sabía si el régimen futuro sería monárquico o republicano. Esta sería una de las razones por las que la figura femenina presente en el anverso de esta moneda –España– lleva una corona mural, emblema visto como políticamente neutral (a pesar de que la previsión de las autoridades había sido que llevara «diadema en la cabeza»). La otra razón de la presencia de este elemento sería la tradición de figurarlo sobre la cabeza de España en algunas representaciones artísticas.

La corona mural se había escogido previamente como timbre del nuevo escudo nacional y, consiguientemente, apareció a los reversos –de carácter exclusivamente heráldico– de las acuñaciones de plata del Gobierno Provisional: 1, 2 y 5 pesetas, 50 céntimos y, igualmente, la pieza de 20 céntimos destinada a coleccionistas. La corona conformada por torres y muros había sido avalada por un informe de la Academia de la Historia confeccionado en 1868. El mismo documento había establecido –de manera lógica si pensamos que en España se vivía entonces un momento revolucionario contrario a la dinastía borbónica– que las armerías nacionales no reproducirían ningún escudo personal y, en consecuencia, se circunscribirían a la fusión de cinco símbolos considerados territoriales: el de Castilla, el de León, el de los países de la Corona de Aragón, el de Navarra y el de Granada, con el conjunto flanqueado por las columnas de Hércules.



Pasados unos meses desde que Marchionni elaboró estos diseños del reverso y del anverso, en el momento en que la moneda fue puesta en circulación en 1870, los dirigentes y el pueblo ya sabían que la más alta magistratura del estado sería ocupada por un rey, pero el nuevo monarca sería elegido por el parlamento. En cualquier caso, nunca hasta entonces se había acuñado en España una moneda donde la ausencia del retrato real fuera acompañada del protagonismo del colectivo de ciudadanos. Es decir: hasta entonces, en España no había habido una moneda tan «nacional» ni, igualmente, tan nacionalista. Como se decía en el decreto de aprobación de la peseta como nueva unidad monetaria, el 19 de octubre de 1868,

> [...] no habiendo hoy en España más poder que la Nación, ni otro origen de Autoridad que la voluntad nacional, la moneda sólo debe ofrecer a la vista la figura de la patria, y el escudo de las armas de España, que simbolizan nuestra gloriosa historia hasta el momento de constituirse la unidad política bajo los Reyes Católicos; borrando para siempre de ese escudo las lises borbónicas y cualquier otro signo o emblema de carácter patrimonial o de persona determinada.

Entonces no puede sorprender, así pues, que el canto de esta moneda exhibiera el lema «SOBERANIA NACIONAL».

En atención al contenido iconográfico del anverso, o *cara*, la pieza se conocía popularmente en Valencia como el *duro de la mà al cul*, y en la España castellanoparlante también fue identificada con expresiones de tipo irónico, como «el tío sentao» o la misma de «el duro de la mano en el culo». Pero el diseño distaba mucho de ser anecdótico en algún grado: seguía, en lo fundamental, las directrices del *Informe dado al gobierno provisional sobre el escudo de armas y atributos de la moneda*, redactado por la Academia de la Historia –en concreto, por Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Cayetano Rosell, Eduardo Saavedra y Salustiano de Olózaga– y datado en Madrid el 6 de noviembre de 1868. Como ya hemos avanzado y parece evidente gracias a la presencia de la palabra «ESPAÑA» –topónimo que aparecía entonces por primera vez, solo y en singular, en un disco monetario–, la figura femenina es la encarnación de toda

España, representada como una matrona con una rama de olivo en la mano derecha, en tanto que emblema de la paz. El motivo está inspirado en la alegoría de Hispania, que apareció sobre algunas monedas del emperador romano Adriano: en áureos que, como su nombre indica, estaban hechos de oro, en denarios de plata y en sestercios y ases de bronce.



Reverso de un denario romano acuñado entre los años 133 y 138 d.C., en tiempo –pues– del emperador de origen hispano Adriano. La pieza muestra la alegoría de Hispania, el territorio entonces conformado por dos provincias imperiales, la *Tarraconensis* y la *Lusitania*, y una senatorial, la *Bætica*.

Como ocurría en las acuñaciones del siglo II, la figura de Marchionni aparece apoyada en rocas, que debemos identificar como los Pirineos; la gran novedad respecto de los tiempos romanos es que a los pies de la matrona se encuentra una visión realista del Peñón de Gibraltar visto desde la bahía de Algeciras (en dirección norte-sur), lo que implica que la parte más prominente de las rocas queda, en la moneda, a la izquierda del espectador.

Como es sabido, la recuperación de *la Roca* de manos británicas ha sido y es nodal en el ideario del nacionalismo español. Y es en este contexto ideológico que debe interpretarse el hecho de que, en enero de 1869, las autoridades de la dirección general del Tesoro público pidieran que en el anverso de las monedas de plata apareciera el área del Estrecho: «“ España”, representada por una matrona recostada en los Pirineos, rodeada del Océano, con los pies en el Estrecho de Gibraltar [...]».

Según todo esto estaríamos ante una síntesis entre, de una parte, la fidelidad a la herencia cultural del antiguo mundo romano –también en atención al estilo neoclásico que impregna la realización– y, de otra, la explícita reivindicación nacionalista, irredentista española, contemporánea y plenamente política.



Plano de Gibraltar (1799), de Jean Denis Barbier du Bocage (Bibliothèque nationale de France, París).

El tipo de la matrona apoyada en los Pirineos es –quizá– la cima de las aportaciones, en el campo de la numismática, de la España de la contemporaneidad (e, igualmente, un hito del arte monetario en general). Sea como fuere, en los años del régimen sucesor de Isabel II vieron la luz otros dos diseños dentro del nuevo sistema de la peseta. Los podemos calificar de *hermanos* y mediatizados por la voluntad de representación del área del Estrecho: de una parte, el que figuraba en el anverso de la moneda de 100 pesetas de oro de 1870, una emisión que, finalmente, no fue puesta en circulación; de la otra parte, el correspondiente a las monedas de bronce. En este último caso la matrona se representaría sentada, y se trataría de una composición que sí aparecería sobre piezas fabricadas masivamente: sobre emisiones de 1, 2, 5 y 10 céntimos.



Las piezas de 10 céntimos como la de la imagen –y como las que se sucedieron en España a nombre del rey Alfonso XII, que luego traeremos a colación– fueron conocidas en Valencia con el nombre de *xavos*, o *xavos negres*. En castellano recibieron la denominación de «perra gorda» en atención a la presencia, solamente en el reverso de estas monedas del Gobierno Provisional, de un león de apariencia no demasiado convencional –alzado sobre las patas traseras y con la cabeza girada hacia la espalda– susceptible de llegar a ser caricaturizado como una perra (o confundido con este animal cuando la pieza se desgastaba por el uso). El león en cuestión sujetaba un escudo de España, también bastante original: oval y sin ningún tipo de timbre. (*vid*. pág. siguiente)



Volvamos al anverso de estos 10 céntimos: a diferencia de las 5 pesetas de plata y del resto de valores en este metal del Gobierno Provisional, la matrona sentada no lleva en la cabeza una corona mural sino una diadema: es sólo en este aspecto donde el diseño se acerca más al modelo romano del emperador Adriano.

Evidentemente debemos concluir que la figura –que muestra una elaboradísima vestimenta clásica, llena de pliegues grecorromanos– se sienta sobre los Pirineos, pero el paisaje natural es del todo diferente al figurado en la plata y no rememora en nada al Peñón de Gibraltar: a la derecha de las montañas se divisa una porción de litoral y un faro que, tal vez, deberíamos interpretar como el ubicado en el *Cap de Creus*, el hito marítimo de separación entre Cataluña y la «Cataluña del Norte» (el Rosellón y parte de la Cerdaña), o entre los estados español y francés; este faro fue inaugurado en 1853.

Se ha de conocer que en la propuesta de Lluís Plañiol –el artista que ganó el concurso convocado al efecto pero que, finalmente, vio como su proyecto era retocado muchísimo por Luis Marchionni– la matrona sentada miraba a la izquierda y la perspectiva elegida permitía ubicar con naturalidad el Peñón de Gibraltar (hablamos siempre de imágenes *comprimidas*, resumen en grado máximo de la geografía ibérica).

Una última observación sobre la pieza de 10 céntimos, pero no menor: en la parte superior del anverso la inscripción nos informa que la moneda pesa «DIEZ gramos», pero no vemos ni el topónimo del estado emisor –ninguna referencia a España, pues– ni el nombre de la autoridad en cuyo nombre se hace la acuñación. En el reverso las leyendas tampoco aportan nada en este aspecto: «CIEN PIEZAS EN KILOG · » y «DIEZ CENTIMOS». Se trata de una anomalía absoluta, inexplicable, aparentemente sin precedentes en las acuñaciones del mismo tenor en Europa o en América: las monedas sirven, entre otras cosas, para presentar a gobernantes y países ante el mundo, para dar cuenta al planeta –o al entorno territorial– del poder que ejercen las autoridades y de la existencia de la correspondiente comunidad humana, y esto sucede desde hace siglos y siglos.

Pero lo anterior no es una anomalía única en el contexto de la España posterior a la Revolución Gloriosa de 1868: sobre el anverso de la primera moneda de una peseta emitida por el Gobierno Provisional, en 1869, la leyenda que acompaña a la matrona recostada de Marchionni solamente dice «GOBIERNO PROVISIONAL», inscripción que pide a gritos la pregunta «¿gobierno provisional, de dónde?».



Un proceder tan *desaconsejable* no se había dado en Italia dos décadas antes, en 1848, cuando –en pleno *Risorgimento*– las autoridades lombardas partidarias de la unificación mostraron sobre las monedas de plata y de oro la inscripción «GOVERNO PROVVISORIO DI LOMBARDIA». *Qui habet aures audiendi, audia*t.



5 liras emitidas en la capital de Lombardía tras el alzamiento armado conocido como le *cinque Giornate di Milano*, del 18 al 22 de marzo de 1848: la victoria de aquellos días frente a los austriacos permitió tanto la instauración de un gobierno insurrecto, partidario de la unidad de Italia, como el inicio de la «primera guerra de la independencia italiana», con la participación de los piamonteses en apoyo de los lombardos. Este episodio del *Risorgimento* acabó el 5 de agosto de 1848, cuando los Habsburgo recuperaron el dominio de Milán.

Para más información sobre el anverso con la matrona apoyada, véase el apéndice II, donde se incluyen referencias al pequeño conejo que –ausente de la moneda de 5 pesetas y de la mayoría de las otras piezas en plata del Gobierno Provisional– figuró sobre el anverso de la peseta de 1869 que no incorporaba el topónimo de España. Para informaciones complementarias sobre los anversos de las 100 pesetas de 1870 y de las acuñaciones de bronce con esta fecha, véase el apéndice III

1.2 Amadeo I (1870-1873)

Con posterioridad a la Revolución Gloriosa de 1868, que consiguió el destronamiento de Isabel II de Borbón, los nuevos gobernantes promulgaron la Constitución de 1869. En este texto se establecía que España era una monarquía, pero el primer rey debía ser escogido por las Cortes. El general Joan Prim fue finalmente el gran valedor para que Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel II de Italia, se convirtiera en 1871 en el nuevo rey constitucional, pero el militar era asesinado antes de que el soberano llegara a Madrid.

El general Prim en la guerra de África (1865), de Francesc Sans i Cabot (Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, Barcelona).



El magnicidio de Prim y las adversidades que tachonaron el nuevo reinado –inestabilidad política, oposición de las élites económicas, animosidad de los nobles y de la Iglesia Católica (en este último caso debido a la anexión de Roma por parte del reino de Italia), ausencia de apoyo popular, agitaciones borbónicas y republicanas, insurrección de los carlistas, guerra en Cuba, etc.– supusieron finalmente la abdicación de Amadeo y la subsiguiente proclamación de la I República en 1873.

A pesar del carácter constitucional de la monarquía instaurada en 1869, este extremo nunca llegó a ponerse de relieve sobre las acuñaciones de Amadeo, donde tampoco aparecía el título real completo, «Amadeo I, por la Gracia de Dios y la Voluntad Nacional, Rey de España», coincidente –en cuanto a la fórmula de legitimación– con la titulación imperial que había usado Napoleón III de Francia.[2] Así pues en aquellas monedas sólo se leería «AMADEO I REY DE ESPAÑA» rodeando al retrato real del anverso, motivo que volvía a las acuñaciones después del paréntesis del Gobierno Provisional. En el canto de los duros de Amadeo podía leerse «JUSTICIA Y LIBERTAD».



Por cierto, aquellas monedas eran las primeras en lucir la titulación de «REY DE ESPAÑA» en singular, en castellano y sin el añadido «Y DE LAS INDIAS» o «E YND[IAS].», desde las emisiones de monedas de 5 pesetas realizadas en 1809 en Girona y Lleida, a nombre de Fernando VII, en el contexto de la lucha contra Napoleón.

José María de Francisco Olmos ha puesto de relieve –respecto al título ostentado por Amadeo– como,

> Sorprende que el monarca mantenga el tradicional título de Rey de España, y no el de rey de los españoles, que hubiera sido más acorde con los principios de la Revolución [Gloriosa de 1868] y hubiera seguido el modelo de lo ya comentado en otras monarquías democráticas cuyo monarca había sido elegido por el pueblo, tales como el de

2 José María de Francisco Olmos: «La Monarquía Democrática en España: Amadeo I de Saboya», en José María de Francisco Olmos, María Jesús Cava Mesa y Amadeo-Martín Rey y Cabieses, *Amadeo de Saboya. Homenaje a un rey desconocido*. Madrid: Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2012, págs. 11-236; cita en la pág. 99 y nota 81.

rey de los franceses, rey de los belgas, empreador de los franceses, rey de los helenos, zar de los búlgaros.[3]

El único motiuvo iconográfico presente en el reverso de los duros de Amadeo fue un emblema heráldico: el escudo de las 5 pesetas del Gobierno Provisional pero timbrado con corona real y donde se había añadido, en el medio, el escusón de los Saboya (una cruz blanca en fondo rojo).



1.3 Los enemigos borbónicos de Amadeo I

La leyenda del siguiente anverso de una moneda de 5 pesetas (o duro) de plata del efímero reinado de Amadeo I incorpora un resello político, propagandístico a la contra y de carácter insultante, después del término «rey»: «AMADEO I REY **MEMO** DE ESPAÑA».

De entre los múltiples enemigos políticos de Amadeo, la responsabilidad de esta manipulación –que se habría realizado coetáneamente al reinado, entre 1871 y 1873– correspondería a los alfonsinos o partidarios de la entronización de Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II y futuro Alfonso XII. Como ha explicado Javier de Santiago Fernández en un libro absolutamente fundamental, *La peseta. 130 años de la historia de España*,[4] «Este tipo de piezas muestran perfectamente el modo de actuar de los alfonsinos, grupo con recursos económicos, según permite entrever la cuidada ejecución del resello, pero que inicialmente actuó en la sombra; no en vano su candidato tenía tan solo 14 años por lo que les interesaba ir minando poco a poco el régimen [amadeísta], fomentando el descontento, en espera de tener a Don Alfonso perfectamente preparado para ocupar el Trono».



«El entusiasmo, inmenso; la multitud, indescriptible », caricatura del rey Amadeo I por José Luis Pellicer en la revista satírica *Gil Blas* (4-VIII-1872).



El uso de los resellos de carácter político sobre las monedas no es excepcional, y si bien los utilizados contra Amadeo I fueron cruelmente irónicos e irrespetuosos con la figura del monarca, en muchos otros casos –realizados con anterioridad y posterioridad al reinado del de Saboya– encontramos mensajes sin este tipo de tono tan *hiriente*: a modo de ejemplo, «F° / 7 », en defensa de Fernando VII de España y contra la presencia en el trono de José Bonaparte, «MAURA / NO», contra el político español de este apellido, «OBRERO / NO / VOTES» o «C. N. T. / Obreros / NO VOTAR / F. A. I.», los cuatro en España; «SEDAN», sobre las piezas de Napoleón III de Francia, en recuerdo de la derrota militar homónima; «VOTES / FOR / WOMEN», en defensa del sufragio femenino, o «R[EAL] I[RISH] R[EPUBLICAN] A[RMY]», en latitudes británicas; «U[LSTER] V[OLUNTEER] F[ORCE]», sobre monedas irlandesas, etc.





3 *Ibid*, pág. 108 nota 84.
4 Madrid: Castellum, 2000, pág. 41.

1.4 La Primera República Española y la Revolución Cantonal (1873-1874)

La Primera República –proclamada a raíz de la abdicación de Amadeo I– no llegó a emitir monedas con tipos específicos: durante esos dos años continuaron acuñándose piezas con los motivos de Amadeo I, del Gobierno Provisional e incluso de Isabel II.

Aunque la Academia de la Historia y la Academia de Bellas Artes elaboraron un informe conjunto proponiendo un nuevo numerario para España, la poca duración del régimen republicano habría evitado su implementación. En referencia al anverso de las nuevas monedas la propuesta era de este tenor:



> La otra federación, la federación política, no puede significarse sino en la imagen de la Nación, que como dueña de sí misma, ocupa en el anverso el sitio destinado antes al busto del príncipe. Para la moneda de 1868 se había propuesto ya una figura de la España, de cuerpo entero, en actitud reposada, como convenía á un tiempo de tregua, ó suspensión en la marcha política del país. Razones varias obligan hoy á mudar ese tipo, y entre ellas es la principal la necesidad de que el cambio de tiempo se refleje en el cambio de alegorías. Tan inútil como inventar un nuevo escudo sería querer producir con el buril una imagen de España fuera de todo antecedente histórico ó consuetudinario, pues sin un libreto que la explicara, es seguro que nadie entendería el pensamiento del artista. Un modelo apropiado sólo puede buscarse donde el primero, en la Numismática antigua, y si de allí se sacó el de España próspera y civilizada del tiempo de Adriano, podremos sacar también el de la Nación, que ya unificada en sus naturales límites, es la primera que se alza indignada y potente contra la tiranía insensata del último Cesar, y merece después del triunfo ver perpetuada su memoria en los bronces[, en los denarios] y en los áureos de Galba, aclamado como libertador del mundo romano. La cabeza de la *Hispania* aparece en esos cuños dotada de juvenil atractivo, tocada airosamente con una corona de sus propios cabellos retorcidos y una sencilla laurea, acompañada por un lado de dos dardos y un escudo, por otro de dos granadas espigas. Más rígidamente clásica se podría buscar otra cabeza en griegos modelos; no más graciosa ni directamente alusiva á las circunstancias.

En los sellos de correos del régimen republicano sí apareció una alegoría femenina nacional propia: matrona sedente acompañada de un escudo oval de España, con una rama de olivo en la mano derecha y un alto cetro en la izquierda, y en la cabeza unos laureles al modo de diadema (no una corona mural) [↙].





Esta figura era una modificación, en toda regla, de la alegoría que ornó el sello [↑] primero del papel timbrado entre los años 1844 a 1854, ambos inclusive.[5]

Además, en los efectos postales prepagados conocidos como enteros postales el régimen re-

5 «[...] una dama sedente que gira hacia su izquierda, apoya su brazo sobre una media columna y sostiene un cetro que se remeta con una flor de lis en su mano izquierda, mientras en la diestra levanta una corona de laurel. El cabello suelto en su parte inferior, recogido en la superior, se halla separado por una corona con remates triangulares. En un segundo plano, se ubica un león, del que sólo separecia la cabeza. // Cetro, laurel, corona y león son los atributos que integran esta iconografía. El cetro y la corona se corresponden con algunas representaciones de la diosa Hera o Juno, [...]»: Natalia Pérez-Aínsua Méndez: *De sellos, heráldica y alegorías: el papel sellado en España*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2014, pág. 109.

publicano incorporó bustos femeninos con gorro frigio, originalmente un símbolo de la libertad convertido en emblema republicano que, en 1873, había sido desaconsejado explícitamente en el informe de las academias:



> Por otra parte, aunque no existiera ese error, propagado por los jacobinos de Paris al aceptar como enseña el birrete de los presidiarios amnistiados de 1790, un Gobierno que desee conducir á la República por las vías de la justicia, del orden y del progreso, debe apartar de sus sellos un símbolo que despierta tristes memorias de terror y de luto, y puede alentar esperanzas de desorden y de total extravío. Aun en su forma apropiada y clásica, como en siniestro vaticinio, aparece el gorro del liberto en las medallas de Bruto en medio de dos puñales y con la fecha cruenta de los Idus de Marzo debajo. Y finalmente, ¿es acaso la libertad romana la que aclaman y defienden los pueblos modernos? ¿Es la libertad concedida por generoso patrono que regala al siervo los arreos del ciudadano, ó la del hombre libre que reconoce su derecho y su deber por un acto de su voluntad propia? Debe, pues, ser proscrita esa insignia, falsa si á lo antiguo se mira, inconveniente si se atiende á lo moderno.

En cuanto a las previsiones del pronunciamiento conjunto de la Academia de la Historia y de la Academia de Bellas Artes respecto a los reversos de las acuñaciones monetarias, he aquí como tendría que haber sido el escudo destinado a ornarlos, es decir, las armerías republicanas de España:

> Lo que debe variarse en el reverso es el timbre [del escudo de Castilla, León, la Corona de Aragón, Navarra y Granada]. No existiendo ya el inconveniente que expuso la Academia de la Historia, ninguno mejor que la corona cívica, que lejos de denotar dominación ni desigualdad de ningún género, ni traer con sus hojas dolorosos recuerdos de sangrientas batallas ó desesperados asaltos, representa de una manera translaticia la conservación de la República y la salvación del Estado, significada frecuentemente en los romanos troqueles con la leyenda *ob cives servatos*, que dentro de su círculo ostentaba. Algo difícil podrá ser acomodarla armónicamente en el sitio que la vista del vulgo está habituada á ver ocupado por real diadema; pero el obstáculo no es de gran monta, y sabrá sin duda vencerlo el artista que se encargue de la obra.

En ocasión de la Revolución Cantonal subsiguiente a la proclamación de la república democrática federal sí se acuñaron monedas, pero éstas no estaban ornadas con ninguna imagen; tampoco hacían referencia al poder federal al que los insurrectos decían servir, ni al organismo concreto que tomó la decisión de ponerlas en circulación: ocurrió en la ciudad y base naval de Cartagena en ocasión de la proclamación unilateral del cantón murciano, durante la prolongada resistencia al asedio mantenido por las autoridades radicadas en Madrid. Además del valor facial, en aquellas piezas obsidionales se leía «REVOLUCION - CANTONAL» y «CARTAGENA SITIADA POR LOS CENTRALISTAS» / «SETIEMBRE - 1873».





La revolución se extendió por muchos de los territorios españoles, incluyendo una multitud de municipios valencianos (que abrazaron los cantones de Orihuela, Torrevieja, Alicante, Alcoy, Valencia y Castellón), pero con toda seguridad el

cantonalismo tuvo en Cartagena el episodio más dramático y, evidentemente, más conocido.[6] En cualquier caso ese movimiento no incluía –a pesar de algunas acusaciones interesadas y de lo que pudiera parecer en atención a determinadas actuaciones– verdaderas tentaciones separatistas: pretendía organizar la naciente república *desde abajo*, mediante la federación de cantones de alcance territorial igual o inferior al de las provincias.

6 «Los cartageneros, dirigidos por Antoñete Gálvez, [...] como parte de su estrategia decidieron acuñar moneda propia, para ello utilizaron la maquinaria de los talleres de calderería de la Maestranza de Artillería del Arsenal de la Marina, y se amnistió a todos los falsarios que cumplían condena en su penal con la condición de cooperar en la elaboración de los cuños y la fabricación de las piezas. // Este dato lo recoge Benito Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales*, en concreto en las primeras páginas del titulado "De Cartagena a Sagunto", donde informa que los cantonales habían acuñado unos duros cuya ley superaba en una peseta a la de los duros del Gobierno central, y elogiaba la perfección de su cuño diciendo que "lo habían hecho los buenos chicos que en presidio sufrían condena por monederos falsos, ... que tales artífices fueron maestros antes de ser delincuentes, que en la prisión afinaron su ingenio, y que la Libertad les habilitó para servir a la República con diligente honradez", y también añade que antes de la emisión de estas monedas se pagaban los servicios con cachos de plata que luego se canjearon por los flamantes y bien pronto acreditados duros de Cartagena» (José María de Francisco Olmos: «La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)» en Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid, 2008, págs. 121-192; cita en las págs. 147-148 // nota 26 de la pág. 148).

2. LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA, LA CONSTITUCIÓN DE 1876 Y LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA (1874-1931)

2.1 Alfonso XII antes de la Constitución de 1876

A finales de diciembre de 1874, el general Arsenio Martínez Campos encabezaba un pronunciamiento militar, de orientación conservadora, en Sagunto. Como consecuencia del éxito de este golpe de estado –uno de los numerosos, de todo signo, que llenan el siglo XIX hispano– la dinastía de los Borbones volvía al trono de España y el príncipe Alfonso –hijo de la reina expulsada hacía unos años, Isabel II– se convertía en monarca con el nombre de Alfonso XII. Se abría así la Restauración borbónica y se cerraba el periodo conocido como Sexenio Revolucionario, comenzado en 1868 con la Revolución Gloriosa, el exilio de dicha reina y la instauración de un Gobierno Provisional.



En este anverso de una moneda de 5 pesetas de plata, o duro, acuñada en 1875, la única titulación que aparece es la de «ALFONSO XII REY DE ESPAÑA», de manera equivalente a la inscripción presente en las emisiones de 1871 de Amadeo de Saboya, el rey finalmente elegido según las previsiones de la Constitución de 1869. Cuando esta pieza alfonsina se acuñó aún no se había promulgado la constitución del régimen. En el canto de la moneda se mantuvo el lema presente sobre los duros de Amadeo: «JUSTICIA Y LIBERTAD».

Pero la ausencia de constitución no impidió que, inmediatamente después de tomar el poder en Madrid, los alfonsinos devolvieran las armerías borbónicas a la oficialidad:

> La Restauración política de la Monarquía en la figura del hijo de la reina Isabel tenía necesariamente que recuperar símbolos del pasado. La importancia de los signos a la hora de difundir el nuevo orden entre la población se manifiesta en la rapidez con la que se toman decisiones al respecto. Así, un Real Decreto de 6 de enero de 1875 establece que «la corona real y el escudo de armas de la monarquía española, en la forma y con los emblemas –incluido el escusón con las flores de lis de la Casa de Borbón– que tuvo hasta el 29 de septiembre de 1868, se restablecerán desde la fecha del presente decreto en las banderas y estandartes del Ejército y la Armada, así como en la moneda, en los sellos y documentos oficiales y en todos los casos anteriormente sancionados por ley o costumbre» (Javier de Santiago Fernández: *La peseta. 130 años de la historia de España*, pág. 49).









Las dos piezas que vemos inmediatamente arriba muestran igualmente el escudo *reducido* que la Restauración borbónica devolvió a la vida pública sin dilación. Pero las hemos incorporado en esta recopilación porque nos permiten introducir, con imágenes de referencia, un fenómeno muy importante en la historia monetaria: la falsi-

ficación, actividad que amenazaría –y espolearía como consecuencia– el orden económico legalmente instituido.[1] En primer lugar, tenemos que hacer referencia a la actividad de los delincuentes individuales o agrupados en bandas o mafias –la falsificación más conocida de todos–, realizada con el único objetivo de extraer beneficios al conseguir engañar a los usuarios y, también, a las autoridades monetarias y económicas. Pero –siguiendo una vía argumental de Albert Estrada-Rius– tenemos que referirnos igualmente a otro tipo de falsificadores: a los que, a lo largo de la historia, y titulares del poder público o agentes del mismo en materia monetaria, han abusado y han pervertido su posición de garantes del sistema y han intervenido de diversas maneras en la manipulación ilegal y fraudulenta de la moneda propia o foránea.[2]

Cuando los poderes públicos falsifican la moneda de su competencia solamente persiguen un beneficio económico fraudulento; cuando la moneda falsificada es ajena también pueden intervenir en el asunto causas políticas, en un contexto bélico o no. De cualquier modo, el éxito social de una falsificación de moneda no ha estado en función de si la iniciativa ha sido privada o pública, sino de la verosimilitud de la copia respecto al original, del grado de credibilidad de la imitación al ser contrastada con la apariencia de las piezas acuñadas –o, en el caso de los billetes, impresos– oficialmente con todas las garantías.

A pesar de las amenazas de severas penas de prisión o de condenas a muerte, desde los inicios del numerario se ha falsificado todo y en todo lugar, y así en varios países y momentos históricos esta actividad fraudulenta ha podido afectar, incluso, a piezas metálicas y billetes de muy poco valor y de circulación geográficamente muy limitada. Contrariamente, otros malhechores preferirían los faciales altos (y si fuera factible, de las monedas más internacionales y/o codiciadas), que les asegurarían mayores beneficios con un menor número de especímenes puestos en circulación y, en consecuencia, un riesgo más reducido y una menor inversión en tiempo y gastos de fabricación.[3]

En cuanto a la Restauración borbónica (con los reinados constitucionales de Alfonso XII y Alfonso XIII como corolario), disponemos de referencias históricas –y de muchos ejemplares accesibles en los negocios de numismática y en los museos y colecciones privadas– que nos hablan de la enorme magnitud del fenómeno falsificador durante aquellas décadas: dado que el precio de la plata como metal llegó a ser muy inferior al valor facial, o de curso legal reseñado sobre las monedas, no sólo llegaron a utilizarse metales no nobles en las falsificaciones de las piezas y, particularmente, de los duros –llamados popularmente «alicantinos», como en la moneda de 5 pesetas hecha con calamina reproducida en la página anterior (abajo izquierda, en la columna derecha)–, sino que aparecieron en el torrente circulatorio monedas fabricadas con plata (como la que aparece a su derecha): hablamos en estos últimos casos de los duros «sevillanos» que –finalmente– llegaron a ser permutados oficialmente por monedas originales sin descuento para los poseedores.[4]

Para concluir este punto, decir que en ambas fotografías se observan golpes en el canto de las piezas: dada la gran cantidad de falsificaciones –en todo tipo de metales– de las monedas de 5 pesetas y de otros valores, fue costumbre habitual

1 Particularmente clarificadora al respecto la «Introducció» de Albert Estrada-Rius en *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, págs. 8-11 (traducción en las págs. 117*a*-119*b*).

2 En Albert Estrada-Rius: «Els reis falsaris medievals i la fabricació de moneda frudulenta», pág. 50, en Albert Estarda-Rius (dir.): *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, págs. 50-55 (traducción en las págs. 134*a*-136*c*).

3 Ha sido el caso, durante las últimas décadas, de la falsificación de los billetes de 100 dólares de los Estados Unidos, una de les actividades ilegales más extendidas por el planeta.

4 Una síntesis reciente sobre los «duros alicantinos» y los «duros sevillanos» en las págs. 96-97 del artículo de Julio Torres Lázaro «La falsificació de la moneda metàl·lica a l'edat contemporània», en Albert Estarda-Rius (dir.): *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, págs. 94-101 (traducción en las págs. 151*a*-154*a*).

hacerlas saltar sobre los mostradores de las tiendas, contra el suelo o en otro tipo de superficies, y ello con el objetivo de que tintinearan y, entonces, distinguir por el sonido qué acuñaciones eran de plata y cuáles no. El reiterado ejercicio de hacer saltar los duros provocó, lógicamente, la existencia de muchos golpes en los cantos, además de los acaecidos como consecuencia de las caídas accidentales. En otros casos, sobre las monedas sospechosas de ser falsas se observan huellas de las pruebas realizadas con el fin de averiguar la autenticidad: golpes con punzones o similares, cortes con cizalla, recortes, limaduras, etc. Finalmente, cuando la moneda falsa era retirada de la circulación podía ser alterada, por parte de los servidores de las autoridades monetarias, mediante la laminación o la incorporación de signos delatores de la condición de prueba de crimen: grandes cruces incisas, resellos con la indicación de la falsedad, agujeros, papeles adheridos, etc.

2.2 Contra Alfonso XII (y los regímenes anteriores): el pretendiente Carlos VII

Las guerras carlistas fueron insurrecciones protagonizadas por pretendientes borbónicos absolutistas, así pues, enfrentados al liberalismo, entre los años 1833-1840, 1846-1849 y 1872-1876. Llegado el caso, los autoproclamados reyes carlistas señorearían numerosos territorios de España, incluyendo algunas regiones valencianas: el 20 de agosto de 1874 Carlos VII llegó a crear la Real Diputación del Reino de Valencia (y a la sombra de este ente administrativo se emitió un sello de correos privativo).



Sello de correos de medio real emitido el 1 de setiembre de 1874 a nombre de Carlos VII en la localidad valenciana de Vistabella (grabado por Juan Vilás, tiene unas dimensiones de 25 x 21 mm). Se observa la estilización de la flor de lis a derecha e izquierda del retrato.

El lema de los reyes carlistas era «Dios Patria Rey», expresión que evidentemente no es la misma que se encontraba presente en el canto de las monedas «constitucionales» de Isabel II: «Ley Patria Rey», una formulación propia del ideario liberal (moderado).

El programa político del pretendiente Carlos VII incluía la defensa de los fueros en Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, y –según se ha visto en cuanto a la institución de una diputación para el reino valenciano y, también, a la creación de sendas diputaciones para el principado catalán y el reino aragonés (las tres vigentes entre 1874 y 1875)– el monarca mantenía una voluntad descentralizadora y respetuosa de las fronteras tradicionales de los territorios de la Corona de Aragón. Además, la retórica del pretendiente –agasajadora y paternalista– pretendía *reparar* los efectos del desencuentro de catalanes, aragoneses y valencianos con la dinastía borbónica a principios del siglo XVIII; como ejemplo de lo que se acaba de decir he aquí un extracto del *Manifiesto a los pueblos de la Corona de Aragón* del 16 de julio de 1872:

> [...] Amante de la descentralización, según consigné en mi Carta-Manifiesto de 30 de junio de 1869, hoy os digo pública y solemnemente:
>
> Intrépidos catalanes, aragoneses y valencianos: Hace un siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las Franquicias de la Patria.
>
> Lo que él os quitó como Rey, yo como Rey os lo devuelvo; que si fuisteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sois ahora de su legítimo descendiente.
>
> Yo os devuelvo vuestros fueros, porque soy el mantenedor de todas las justicias, y para hacerlo, los años no transcurren en vano, os llamaré, y de común acuerdo podremos adaptarlos a las exigencias de nuestros tiempos.
>
> Y España sabrá, una vez más, que en la bandera donde está inscrito Dios, Patria y Rey están escritas todas las legítimas libertades.

La oposición armada carlista terminó en 1876, con la derrota. Además de sellos de correos (el ya mencionado valenciano y otros), el dominio de Carlos VII sobre parte del Estado también dejó para el recuerdo piezas monetarias.



El pretendiente Carlos VII (en medio, con barba pero sin boina) entre oficiales y tropa del ejército carlista. La fotografía se habría tomado, tal vez, cerca de Tolosa entre 1873 y 1875, durante la última conflagración carlista. El autor de la instantánea podría ser Félix Tournachon (Nadar), y la imagen se habría utilizado posteriormente en postales de propaganda.



La imagen de esta moneda es políticamente muy significativa. Una de las primeras cosas que debe llamarnos la atención en este anverso es que la leyenda –que rodea totalmente el retrato barbado del pretendiente, «CARLOS VII P[OR]. L[A]. GRACIA DE DIOS REY DE LAS ESPAÑAS»– es muy antitética a la de los anteriores duros de Amadeo I y de Alfonso XII, y ello porque el rey Carlos aparece legitimado por la «Gracia de Dios», por designio divino, como un monarca del Antiguo Régimen. La flor de lis de la parte inferior indica el linaje borbónico del retratado y, además, el topónimo del país aparece en plural: una traducción al castellano de las titulaciones en latín utilizadas anteriormente por los monarcas de las casas de Habsburgo y Borbón, «HISPANIARUM REX», bien lejos de la parca denominación del Estado-nación, «ESPAÑA».

Como es fácilmente observable en esta moneda carlista, a diferencia de los retratos de Amadeo I y de Alfonso XII en las 5 pesetas de 1871 y 1875-1876, respectivamente, el retrato de Carlos VII está *coronado*: ciertamente no lleva una corona real, ni una cinta a modo de diadema, pero exhibe una corona de laurel –símbolo asociado a la noción de victoria– alrededor de la cabeza. El busto laureado había estado presente en las monedas de muchos gobernantes de la antigüedad clásica y de siglos posteriores, también en la monarquía hispánica: de hecho, la madre de Alfonso XII –Isabel II– lució corona de laurel en una parte no precisamente menor de sus piezas monetarias.

Para más información sobre los elementos utilizados para coronar cabezas en las monedas, véase el Apéndice IV, y sobre la controversia existente acerca del lugar de fabricación de la pieza que tratamos –y de la hermana de 5 céntimos– ver el Apéndice V

En una obra de referencia dirigida por Rafael Feria[5] se insiste sobre la alta calidad del retrato, y el posible origen de esta perfección formal: «Ciertamente parece que el "estilo" del retrato del pretendiente [...], así como el escudo del reverso, se aproximan mucho a los que aparecen en las monedas del rey Leopoldo II de los belgas, acuñadas, evidentemente, en la Real Casa de la Moneda de Bruselas».

En el reverso encontramos el escudo dinástico, borbónico, del cuarteado de Castilla y León, Granada y Borbón, coronado y sobre laureles, es decir, el célebre *resumido* que aquí se convierte en emblema de la pretendida legitimidad del aspirante al trono. También volvemos a encontrar la flor de lis separada, y dos monogramas con las «C» y los «7» de su título real en fusión bajo una corona real, así como una margarita, esta última una



5 *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, pág. 64.

alusión a Margarita de Borbón-Parma, la bondadosa mujer de Carlos en aquellos tiempos. Una galantería inédita en las acuñaciones monetarias.[6]

2.3 Alfonso XII bajo la Constitución de 1876

Con posterioridad a la promulgación de la Constitución de junio de 1876 –inspirada por Antonio Cánovas del Castillo– las monedas de Alfonso XII cambiaron el título real: a partir de una Real Orden de agosto de 1876, en el anverso de las piezas figuraría la leyenda «ALFONSO XII POR LA G[RACIA]· DE DIOS» y en el reverso (o *cruz*) «REY CONST[ITUCIONA]L. DE ESPAÑA».





La referencia a la «Gracia de Dios» –como fuente de legitimación del poder– vinculaba a las monedas alfonsinas con las de las monarquías de derecho divino de toda Europa (y del pretendiente carlista que emitió la pieza presente en el punto anterior), pero en estas piezas acuñadas en Madrid la fórmula tradicional se hacía compatible con la afirmación explícita del carácter constitucional del régimen. Miguel Martorell, en *Historia de la peseta. La España contemporánea a través de su moneda*,[7] lo ha sintetizado muy ajustadamente con la frase «[...] las leyendas de la moneda proclamaron la doble naturaleza de la monarquía restaurada».

Como se ha visto en la segunda parte de este trabajo, el proceder alfonsino tenía precedentes parecidos en las monedas de España: durante el Trienio Liberal, y a lo largo de la mayor parte del reinado de Isabel II, las acuñaciones habían mostrado fórmulas equivalentes –de redacción más clara, incluso– para recoger la doble legitimación del poder: «FERNANDO 7º POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONSTITUCION / REY DE LAS ESPAÑAS» i «ISABEL 2ª POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONSTITUCION / REINA DE LAS ESPAÑAS», con las abreviaturas correspondientes cuando era el caso.

Al efecto de entender el significado político de la presencia de la doble legitimidad en las monedas alfonsinas –de Alfonso XII desde 1876 y de Alfonso XIII hasta la dictadura de Primo de Rivera– podemos consultar un texto de Javier de Santiago Fernández contenido en el libro *La peseta. 130 años de la historia de España* (pág. 50):

> La leyenda es significativa respecto al nuevo orden político sobre el que se iba a apoyar el edificio de la Restauración. El poder del Rey proviene de la gracia de Dios y de la Constitución [de 1876]. Combina de esta manera la tradición monárquica, la herencia borbónica que le permite asumir el Trono, y la regulación de su poder por el texto legislativo redactado por Cánovas. Son el Rey y las Cortes las dos instituciones fundamentales del sistema. En la Constitución se especifica que la soberanía es compartida: la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey, y es éste quien ordena formar gobierno, con independencia de las mayorías parlamentarias. Es una leyenda que exalta la figura del Monarca y muestra bien a las claras que la esencia de su poder no procede de decisión parlamentaria. La Corona es contemplada como una de las claves del sistema, como una «institución de fe», según la definió el mismo Cánovas. Es la monarquía constitucional prometida por Alfonso XII en [el manifiesto de] Sandhurst.

Para acceder a información sobre los inicios en Francia de la doble legitimidad del poder real, véase el Apéndice VI].

6 Con el apelativo de «margaritas» fueron conocidas las mujeres que formaban parte del sector carlista, o requeté, del bando sublevado de la Guerra Civil española.

7 Barcelona: Planeta, 2001, pág. 92.

Unas informaciones más sobre las acuñaciones de Alfonso XII. En primer lugar, sobre los más que notorios cambios en los retratos, como en el caso de su madre: en efecto, la cara del monarca iría transformándose en los anversos de las monedas al compás de las emisiones: desde la primera, conformada solamente por el duro de 1875 y 1876 que muestra un rey muy joven (moneda ya reproducida en este trabajo), hasta el inicio de las últimas acuñaciones, en 1881 (1880 en el caso de las acuñaciones para las islas Filipinas), cuando el personaje aparece con unas muy pobladas patillas que prácticamente enlazan con el bigote (a la moda de la época, como una especie de barba afeitada por la barbilla y el cuello).



En cuanto al reverso de la pieza anterior, el escudo debe resultar familiar, a la fuerza, a las personas que habitan en el territorio del Reino de España: fue instituido en 1875 y, con algunas diferencias menores (en particular la ausencia de sendas coronas sobre las columnas de Hércules, y de aguas bajo las mismas), se trata básicamente del mismo emblema que actualmente es el escudo oficial del Estado (establecido en el año 1981).





Izquierda: sello de devolución –para el uso interno en la administración de correos y no en el franqueo habitual– emitido el 25 de setiembre de 1875. Gabino Rodríguez fue el autor del diseño de este espécimen. Derecha: versión oficial del escudo actual de España.

Un simple vistazo nos permite distinguir que el escudo estricto está dividido en cuatro partes principales, además de contar con un elemento apuntado en la parte inferior y un óvalo en el centro. Las cuatro partes más grandes contienen los siguientes emblemas históricos:

–arriba, a la izquierda del espectador, un castillo amarillo (dorado) sobre fondo rojo, símbolo del reino de Castilla;

–arriba también, pero a la derecha, un león de púrpura (entre rosa y morado) sobre fondo blanco (plata), emblema del reino de León;

–bajo, a la izquierda, cuatro palos amarillos (dorados) en fondo rojo, originalmente el *senyal* propio de los monarcas de la Corona de Aragón y, con el tiempo, el blasón común de varios territorios: el reino aragonés, el reino de Valencia, el reino de Mallorca y el condado de Barcelona, este último devenido el principado de Cataluña;

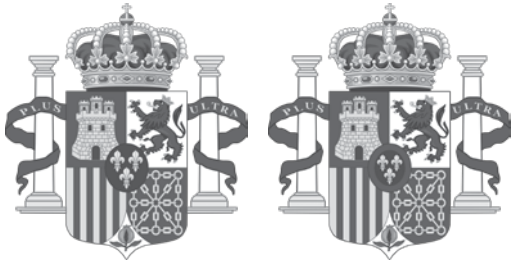
–bajo a la derecha, unas cadenas amarillas (doradas) sobre fondo rojo, cargadas en medio con una esmeralda (verde, lógicamente), en representación del reino de Navarra o, para ser estrictos, de las cinco merindades de la Alta Navarra.

El elemento situado en la punta es una fruta, la granada, en sus colores naturales: se trata de un «blasón parlante» en referencia al antiguo reino homónimo, Granada.

Por último, el elemento elíptico central representa a la dinastía borbónica, arraigada en España desde los inicios del siglo XVIII: la presencia de este emblema en el escudo real español se debe a la obstinación de Luis XIV de Francia, que –ya se ha dicho en la parte anterior– impuso esta con-

dición en el transcurso de las deliberaciones que condujeron a la entronización de Felipe V.

En la moneda sólo se figuran tres flores de lis amarillas (doradas), dispuestas dos arriba y una abajo y sobre fondo azul. Pero este blasón es, verdaderamente, el de Francia: como en la península no vino a reinar un rey francés sino un personaje de la familia real gálica –Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV– en este duro de Alfonso XIII debería de haber habido una bordura de color rojo rodeando las flores de lis. Con ello –lo que en términos heráldicos se conoce como brisura– se informaría de que el escusón (o escudete oval) representa a alguien que es «de la sangre de Francia», *issu de France*: concretamente de la rama conocida como Borbón-Anjou.



Izquierda: versión en las monedas del escudo usado en el reino de España entre 1875 y 1931. Derecha: versión completamente correcta del mismo escudo, con la bordura roja del escusón central. En el modelo oficial del escudo actual de España podemos observar dicha bordura roja.

Para más consideraciones sobre el escudo vigente en la actualidad, véase el Apéndice VII

La penúltima información que aportaremos en este punto es la relativa al canto de las monedas: en las grandes piezas de plata acuñadas en nombre de Alfonso XII desde 1877 se sustituyó la leyenda política del canto – «JUSTICIA y LIBERTAD» en los duros de 1875 y 1876– por una sucesión de 27 flores de lis separadas en tres grupos de nueve. Evidentemente el hecho de incorporar el emblema dinástico por antonomasia del rey es, también, una opción política. En cualquier caso, en el canto de las monedas de 50 centavos de peso acuñadas en Madrid –fechadas entre 1880 y 1885– pero destinadas a circular por las islas Filipinas, nos aguarda la sorpresa: allí aparecen tres flores de lis y el lema «LEY PATRIA REY», exactamente el mismo que, también en el canto, había adornado acuñaciones de Isabel II como monarca constitucional entre 1837 y 1868.



Pero estas piezas contienen otra característica excepcional en el marco de las acuñaciones constitucionales alfonsinas: la presencia en el reverso de la moneda del escudo cuartelado sin las «barras» de la Corona de Aragón ni las cadenas navarras. Como durante todo el reinado de Isabel II –en España y en las Filipinas– y sobre las monedas de 5 pesetas de 1875 y 1876.



Alfonso XII visitando a los enfermos de cólera de Aranjuez (1887), de José Bermudo Mateos (Museo de Historia de Madrid). La pintura recrea uno de los hechos de Alfonso XII más apreciados por la población: el desplazamiento del rey –en 1885 y sin el consentimiento de Antonio Cánovas del Castillo– hacia Aranjuez, con el propósito de visitar a las víctimas de una gravísima epidemia de cólera y poner instalaciones del palacio real de la localidad a disposición de los enfermos.

2.4 Alfonso XIII bajo la Constitución de 1876

Hasta que Alfonso XIII no juró la Constitución, en 1902, la regencia de España fue ejercida por su madre, María Cristina de Habsburgo, pero este hecho no se vio reflejado en las acuñaciones mo-

netarias: en el anverso de las piezas sólo apareció el hijo póstumo de Alfonso XII, rey desde el mismo momento de su nacimiento en 1886.

El retrato del rey-niño fue cambiando en las monedas a medida que se hacía mayor; se ha rememorado con buen aparato fotográfico en la obra dirigida por Rafael Feria *La peseta. Historia de una época* (págs. 65-68)[8]: fue figurado como bebé con pelo muy pegado al cráneo (el tipo «pelón»), como niño con pelo rizado (el tipo «bucles») o con un tupé (el tipo justamente conocido como «tupé»), además de la variante de este último tipo para las emisiones destinadas a Puerto Rico y Filipinas, o tipo «rizos», y quizá el tipo propio de la moneda de 100 pesetas en oro de 1897, «en la que Alfonso XIII parece tener algo más de edad» (pág. 66). Terminada la regencia de su madre, el retrato monetario de Alfonso XIII continuó metamorfoseándose según el rey entraba en la edad adulta: el tipo «cadete» (con el cuello adornado del uniforme de capitán general), el tipo «prusiano» o posterior a la boda (con el mismo cuello militar) y, finalmente, el retrato «adulto» utilizado durante la Dictadura primoriverista.

Las tres primeras monedas reproducidas a continuación recogen el primer retrato de Alfons XIII sobre las monedas, el tipo «pelón»: si bien la representación de reyes-niños no ha faltado en la historia de las acuñaciones monetarias, sí es excepcional que el monarca figurado sobre las piezas sea un bebé tan y tan pequeño. En cuanto a las imágenes advertir que mientras la superior corresponde a una moneda auténtica, de 900 milèsimes de plata, el espécimen 1FA es una buena falsificación también realizada en metal noble y, así pues, adscrita al grupo de copias fraudulentas que fueron conocidas como duros «sevillanos». La pieza 1FB también es fraudulenta y de plata: en este caso la falsificación es fácilmente detectable porque la moneda incluye una franja de color rojizo oscuro que delata un batido irregular de los metales presentes en la fundición –plata y cobre, como mínimo– realizada por los falsarios. El ejemplar 2 es una prueba no adoptada que muestra en el anverso un retrato de transición entre el «pelón» y el «bucles» (3).

1



1FA



1FB

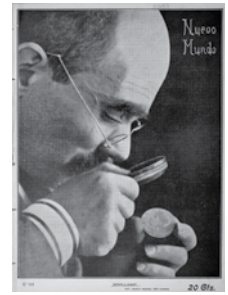


2



3





La preocupación institucional y del gran público era coincidente: la falsificación de la principal pieza de plata del sistema monetario español –el duro de 5 pesetas– había adquirido proporciones enormes: en 1908 comenzó la recogida de los duros «sevillanos» (fabricados en muchas ciudades españolas), pero los plazos para proceder al cambio de las monedas falsas por las legales tuvieron que ser ampliados: más allá de diciembre de 1909, fecha prevista en inicio para la conclusión de la operación. Como señala Javier de Santiago Fernández en *La peseta. 130 años en la historia de España* (pág. 62), «Para facilitar la labor de los funcionarios del Banco se realizó y difundió un detallado informe dando los datos necesarios para distinguir el numerario falso del auténtico». Esta portada de la revista *Nuevo Mundo* de agosto de 1908 acredita la importancia –social y económica– de la mencionada iniciativa de permuta; en el interior del número, «El canje de los duros sevillanos» desgranaba aspectos del operativo.

8 Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002.

Tanto si era producto de la falsificación monetaria a caballo de los siglos XIX y XX, como si era consecuencia de la acuñación gubernamental, el torrente circulatorio estaba inundado de retratos reales: al respecto existía una previsión de la Constitución de 1876, la que juró Alfonso XIII a los 16 años. En efecto, en el artículo 54 del texto se establecía que «Corresponde además, al Rey: [...] Sexto. Cuidar de la acuñación de la moneda, en la que se pondrá su busto y número». Esta disposición seguía la recogida en el art. 171 de la Constitución de 1812, donde ya se preveía que «Además de la prerrogativa que compete al Rey de sancionar las leyes y promulgarlas, le correspondería como principales las facultadas siguientes: / Undécima. Cuidar de la fabricación de la moneda, en la que se pondrá su busto y su número». Pero la constitución gaditana no inspiró solamente a la de 1876: la previsión de que sobre las monedas aparecería el nombre y el busto del monarca había figurado igualmente en el art. 47.7 de la Constitución de 1837, en el 45.7 de la Constitución de 1845, en el art. 52.6 de la Constitución no promulgada de 1856 y, como último ejemplo antes de la Restauración, en el art. 73.6 de la Constitución de 1869 –la que conduciría a la entronización de Amadeo de Saboya.



Alfonso XIII y Doña María Cristina, reina regente (1898), de Luis Álvarez Catalá (Palacio del Senado, Madrid): «Recrea un espacio palaciego ilusorio, donde no falta ninguno de los símbolos más característicos del retrato de corte, del retrato áulico, herencia todavía del "retrato de aparato" barroco: trono, cortinón-dosel, escudo regio, corona, cetro y los elementos arquitectónicos como la columna y la balaustrada. Delante dispone las dos figuras regias en pie [...], acertando a captar la timidez del niño agobiado por su responsabilidad, mientras Doña María Cristina, reflejando todavía la tristeza de su situación, le protege con un gesto de madre y Regente a la vez» (Jesús Gutiérrez Burón, en *El Arte en el Senado*. Madrid, 1999, pág. 208).

El retrato presente en la siguiente moneda de 5 pesetas de plata, o duro, fechada en 1899, corresponde al tipo «tupé». La pieza ostenta la misma titulación real que usó Alfonso XII, como





monarca constitucional, con el lógico cambio del ordinal: «ALFONSO XIII POR LA G[RACIA]· DE DIOS» en el anverso y, por detrás, «REY CONST[ITUCIONA]L. DE ESPAÑA». En el canto no parecía ninguna leyenda: sólo 27 flores de lis, como en los duros de Alfonso XII desde 1877 y en los anteriores a nombre de Alfonso XIII.

Unas breves palabras sobre las dos piezas de un peso que –con las características metrológicas de las monedas de 5 pesetas de Alfonso XIII y con el mismo escudo que adornaba a las mismas– se acuñaron en Madrid para Puerto Rico (con fecha de 1895) y para las Islas Filipinas (con fecha de 1897): como en el reverso de estas monedas aparecen las denominaciones de los respectivos territorios, en el anverso se utilizaban seis abreviaturas para poder incorporar completamente el título real alrededor del retrato del monarca (como se ha dicho, del tipo «rizos»): «ALFONSO XIII P[OR]. L[A]. G[RACIA]. D[E]. D[IOS]. REY C[ONSTITUCIONAL]. DE ESPAÑA».

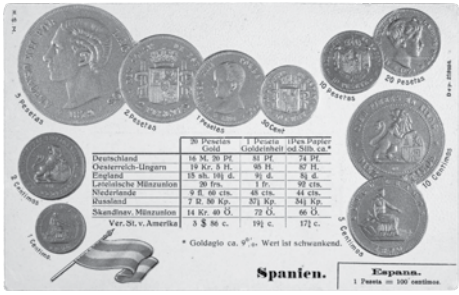


Las últimas acuñaciones de Alfonso XIII que lucieron el título de monarca constitucional aparecieron datadas entre 1910 y 1913: las monedas posteriores de este reinado ya corresponden al periodo de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera.





No queremos terminar este punto sin recordar la existencia de unas tarjetas postales gofradas que –a caballo de los siglos XIX y XX– recogieron el numerario de los diferentes países con estampaciones en seco cubiertas de tinta dorada, plateada o bronceada (de acuerdo, claro, con la composición metálica de las monedas reproducidas). Entre los estados que aparecieron sobre estas tarjetas –editadas en varias lenguas– se encontraba España. He aquí una de las versiones escritas en alemán de la tarjeta dedicada al reino español, adornada con una *aproximación* a la bandera mercante de aquellos tiempos y donde aparecen las equivalencias de alguno de los valores monetarios españoles con las especies de las potencias económicas del momento: el marco de Alemania; la corona de Austria y Hungría; la libra esterlina de Gran Bretaña, dividida en 20 chelines o 240 peniques; las monedas de la Unión Monetaria Latina (el franco de Francia, la lira de Italia, el franco de Bélgica, el franco de Suiza, la dracma de Grecia y, por extensión, las monedas de otros países que sin ser miembros seguían las directrices monetarias); el florín, o *gulden*, del reino de los Países Bajos; el rublo de Rusia; las monedas de la Unión Monetaria Escandinava (la corona de Dinamarca, la de Suecia y la de Noruega); y el dólar de los Estados Unidos de América.



Estas tarjetas contribuyeron a la difusión por una gran cantidad de lugares de los tipos monetarios de muchos territorios del planeta, con lo que los retratos de los monarcas, los escudos de armas y otros motivos proporcionaron a los usuarios información sobre quien ostentaba el poder en las latitudes correspondientes.

2.5 Alfonso XIII durante la Dictadura primoriverista y la 'Dictablanda' (1923-1931)

El pronunciamiento del general Miguel Primo de Rivera obtuvo la aquiescencia del rey Alfonso XIII y, en consecuencia, en España se instauró una dictadura militar en septiembre de 1923: a pesar de los intentos iniciales de acomodar retóricamente la nueva situación, desde entonces la Constitución de 1876 dejó de estar vigente en el territorio español. En esta moneda de 50 céntimos (o 2 *quinzets*) de plata, de 1926, la leyenda utilizada fue «ALFONSO XIII REY DE ESPAÑA», lógicamente sin referencias al carácter constitucional de la monarquía e, igualmente, sin ninguna mención de la pretendida legitimación divina (como en tiempos de Amadeo I y del primer periodo de Alfonso XII).

Este retrato [↓] fue el último de los de Alfonso XIII que apareció sobre una moneda, y fue realizado «con un estilo modernista muy "velado"», como afirma José María Aledón en *Historia de la Peseta*.[9] Las otras dos piezas acuñadas durante la Dictadura (de 25 céntimos, o un *quinzet*, de 1925 –con un galeón– y 1927–con un martillo, flores y espigas) no utilizaron ningún busto real: al fin y al cabo, si la Constitución de 1876 no regía entonces, tampoco estaba vigente en España el artículo 54° del texto jurado por el rey, donde se preveía la figuración del monarca sobre los discos monetarios.[10]





9 Madrid / Valencia: Real Casa de la Moneda · Fábrica Nacional de Moneda y Timbre / Dobler Difusiones, 2002, pág. 58.

10 Por lo que respecta a las coronas que timbraban el escudo del reverso de esta moneda y aparecían, igualmente, en el reverso de la pieza de 25 céntimos de 1925 y en el anverso del mismo valor de 1927, se ha de considerar que el aspecto que presentan es, solamente, consecuencia de la libertad creativa de los artistas, que mostraron tres florones y no los cinco de rigor, y pusieron dos diademas en vez de las ocho correspondientes a la corona real (visibles cinco). Como en tiempos de los Habsburgo.



El rey Alfonso XIII –a la izquierda– y el ex dictador Miguel Primo de Rivera en marzo de 1930. El general –diabético– había abandonado el poder el 30 de enero anterior, y moriría el 16 de marzo. Lejanos quedaban entonces los tiempos en que, en la proclama del golpe de estado de 1923, Primo de Rivera afirmaba: «Este movimiento es de hombres: el que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar, los días buenos que para la Patria preparamos. Españoles: ¡Viva España y viva el Rey!».

[Fotografía donada a Wikipedia Commons por el Deutsches Bundesarchiv, el archivo federal alemán]

3. LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA (1931-1939)

3.1 La II República durante los bienios reformista y contrarreformista

Hemos visto en ocasión de las 5 pesetas del Gobierno Provisional, de 1870, hasta qué punto una pieza monetaria puede constituir la negación, clara y total, del poder personal y la consiguiente afirmación del colectivo. Lo mismo –pero sin carga nacionalista aparente (salvo la exclusividad del castellano en las inscripciones) y, específicamente, sin ninguna connotación irredentista– ocurrió cuando la Segunda República Española elaboró sus acuñaciones con figuras alegóricas, la mayor parte de ellas influidas precisamente por los diseños de las matronas de Luis Marchionni de seis décadas atrás. Al proceder así, las acuñaciones monetarias de las autoridades del periodo 1931-1939 fueron plenamente coherentes con la tradición republicana por antonomasia en Europa, la francesa: no poner sobre las monedas la efigie de los gobernantes y, contrariamente, hacer uso de una alegoría mayormente femenina para personificar a la libertad, al régimen republicano y, en su caso, a la misma comunidad nacional.[1]

La II República fue proclamada en España –el 14 de abril de 1931– mediante un proceso revolucionario alimentado por una enorme ilusión colectiva: en las grandes ciudades, las candidaturas que pretendían la caída de la monarquía habían vencido en las elecciones municipales celebradas dos días antes y, finalmente, la marea no fue contenible. A los pocos meses se celebraban elecciones a Cortes constituyentes: con este procedimiento, la forma de estado republicana se asentaba en España junto con las formas democráticas al uso, y se promulgaría una Constitución en diciembre del mismo año.



Portada del ejemplar manuscrito a pluma de la Constitución republicana de 1931. Se conserva en el Congreso, en Madrid.

Pero la efervescencia ideológica y simbólica de aquellos tiempos no encontró un correlato en las acuñaciones monetarias: aquel poder republicano emitió tarde y emitió con poca variedad. Como han escrito los autores de la *Guia numismàtica* del Museu Nacional d'Art de Catalunya, el Gobierno de la República estaba centrado en problemas de carácter económico y político tales como la fuga de capitales o la crisis que se arrastraba como consecuencia del *crack* de los mercados internacionales de 1929, con lo que se justificaría que el ejecutivo no emprendiese medidas serias de renovación de la moneda metálica hasta el año 1933. Los mismos autores ponen de relieve que cabe destacar este hecho por su excepcionalidad, y ello dado que en la historia de España (y, puede añadirse, en la de Francia, Alemania, Italia, etc.), uno de los primeros actos de soberanía en la implantación de regímenes nuevos había sido la emisión de moneda con los símbolos propios, aquellos que justamente permitían proclamar iconográficamente el cambio de régimen. En cambio, las primeras monedas republicanas no empezaron a circular hasta 1934.[2]

1 Durante la vigencia de los regímenes republicanos franceses esta ejecutoria solo ha sido vulnerada una vez: durante la Segunda República, cuando –en 1852– el busto del presidente Luis Napoleón Bonaparte ocupó algunos anversos (era la época en la que el sobrino de Napoleón estaba a punto de convertirse en el emperador Napoleón III de Francia, sucesor en la dignidad imperial de su famosísimo pariente).

2 Marta Campo, Albert Estrada-Rius y Maria Clua i Mercadal: *Guia numismàtica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2004, págs. 206-207.

Los tipos monetarios que, finalmente, acuñaron las autoridades centrales de la Segunda República fueron seis, de los cuales cinco se adornaban con alegorías femeninas (con cuatro diseños diferentes). Todas estas monedas incorporaban la leyenda «REPUBLICA ESPAÑOLA», y sólo dos estaban en circularon antes de la Guerra Civil. En la primera pieza –los 25 céntimos de cuproníquel de 1934– se contemplaba una matrona de medio cuerpo, mirando hacia la derecha, que sostenía una rama de olivo –símbolo de la paz, a la altura de los ojos– con la mano derecha; la alegoría llevaba el peinado suelto y rizado en la nuca, y los rasgos faciales, y físicos en general, eran tan marcados que destilaban un cierto aire andrógino.



La otra pieza de estos años –diseñada en tiempos del bienio reformista pero ya puesta en circulación durante el bienio contrarreformista– era la peseta de plata, fechada en 1933 (1934 en las estrellas), donde la matrona era de cuerpo entero, miraba a la izquierda, estaba sentada sobre un bloque pétreo prácticamente cúbico y también sostenía una rama de olivo entre los dedos de la mano derecha. Nuevamente los rasgos faciales estaban tratados con cierta dureza, y los físicos en general incluso mostraban alguna herencia miguelangelesca. El peinado de la figura era, más o menos, como el presente sobre la moneda de 25 cèntims.





Este fotomontaje –de título «III. Siglo XX: Amor financiero», tercero de la serie *Amor en la historia*– fue realizado por Josep Renau y apareció incluido en el nº 149 de *Estudios. Revista Ecléctica* (Valencia, enero de 1936). Como puede observarse en la imagen el concepto de dinero no se encarna –no se simboliza– en pesetas de plata de la república, o en billetes de banco, sino mediante los duros de plata puestos en circulación a finales del siglo XIX, como los de Amadeo I y Alfonso XIII (del tipo «pelón» y, también, del tipo «bucles»).

3.2 La II República durante la guerra civil

Después de la sublevación castrense y civil contra el gobierno del Frente Popular (en los días 17 y 18 de julio de 1936), y tras el fracaso parcial de este golpe de estado o pronunciamiento, la II República dejó de señorear sobre buena parte del territorio y tuvo que hacer frente –durante tres años– a la ofensiva bélica de los sublevados. Estos serían comandados bien pronto por el general Francisco Franco, quien tendría como principales aliados políticos y militares a la Alemania hitleriana y a la Italia mussoliniana.

El proceso –uno de los más dramáticos y sangrientos del Período de Entreguerras, con persecuciones religiosas, represiones políticas durísimas y a menudo letales (contra los «quintacolumnistas» y los enemigos declarados), y terribles bombardeos sobre la población civil– ha pasado a la historia como la Guerra Civil española, y su complejidad implica tener que referirse también a hechos como la existencia de numerosas fracturas ideológicas en el campo republicano, alguna de ellas susceptible de conducir incluso a conflictos internos armados. En la España franquista la disidencia de los propios sería eliminada –rápidamente y desde la cumbre– sin contemplaciones, como en la actuación contra los falangistas que se oponían a la neutralización política de su partido fascista.

En aquel contexto bélico que supuso el asedio al ejecutivo republicano –y, inmediatamente, su peregrinaje por el territorio– las autoridades monetarias (con Juan Negrín, el ministro de Hacienda, detrás) pusieron en circulación los otros especímenes adornados de alegorías femeninas, tres en total, fechados en 1937: empezamos con los 50 céntimos de cobre para decir, solamente, que en el anverso se retomó el diseño de la peseta de plata. Contrariamente, los 5 céntimos de hierro aportaban una novedad iconográfica muy remarcable: incluían un gorro frigio en la figuración del busto alegórico, de apariencia muy francesa [↗].

La presencia del busto con gorro frigio fue escasísima igualmente en los sellos de correos



de la II República: sólo encontramos una serie con este elemento, de abril de 1938. En los billetes emitidos por la autoridad central también hubo que esperar mucho, hasta 1937, para contemplar dos especímenes con igual iconografía, puestos en circulación al inicio del año siguiente. Por último, al margen de emisiones locales de billetes y de las monedas del consejo municipal de Ibi, en el País Valenciano, el busto femenino tocado de gorro frigio también apareció en las acuñaciones del gobierno autónomo vasco, y será en el correspondiente punto donde incidiremos al respecto de este emblema de la libertad y, según y cómo, de la república.



República (1931), de Teodoro Andreu (Col·lecció Joan Gavara Prior). El pintor huyó en esta obra de cualquier idealización simbólica a la hora de representar el nuevo orden de abril de 1931, y la belleza de una mujer moderna –la valenciana Carmen Viadel Haro, entonces con 20 años de edad– que nos mira franca y sin complejos fue más que suficiente: una chica con el pelo corto, vestida de diario pero tocada con el gorro frigio, o de la libertad, y con la bandera republicana española (con leyenda bordada) al hombro. No debe pasar desapercibido el rico –y bien trabajado artesanalmente– aderezo tradicional de valenciana, donde se advierte el escudo de la ciudad de Valencia en la *joia*, a la altura del pecho.

Durante el franquismo la obra permaneció escondida, claveteada del revés, en el fondo de un armario propiedad de la hija del artista.



República Española (1932) de Ricardo Boix. Una de las esculturas art-déco más elegantes y representativas de las tendencias artísticas aperturistas del periodo republicano. La obra permaneció escondida, en tiempos del franquismo, en un armario situado en el pasillo de la casa del artista.

En el recorrido por las alegorías femeninas presentes en las monedas republicanas debemos referirnos, finalmente, a la peseta de latón de 1937,



donde sólo se veía la cabeza de la matrona –también con cabellos sueltos, ondulados en la nuca, pero con rasgos más dulcificados que en las emisiones de 1934– mirando a la izquierda.

Adentrándonos en la peseta de 1937 (que tenía el mismo peso y diámetro que la peseta de plata), lo primero que hay que poner de relieve es que, a raíz del asedio de Madrid por las tropas franquistas, y durante la presencia del gobierno republicano en la ciudad de Valencia, la fábrica de moneda se trasladó a las tierras valencianas: Castellón y Aspe. Concretamente, esta moneda –de la que existen pruebas fechadas en 1935 y elaboradas en Madrid– fue acuñada en una finca cercana a la ciudad de Castellón de la Plana (la conocida como la Factoría C), en medio de circunstancias lógicamente precarias como corresponde a un conflicto de las dimensiones e intensidad de aquel: José María Aledón –en *Historia de la Peseta* (pág. 62)– ha escrito que «Los problemas que supuso esta precipitada medida de emergencia y la precariedad de medios, falta de metales, etc., de esta segunda etapa de la República, se reflejó en las monedas, que a medida que avanzaba la guerra fueron bajando en calidad y cantidad». Durante los tiempos del traslado a Castellón, la ciudad de Valencia –*capital* provisional de la II República– sufría duros bombardeos de la aviación de la Italia fascista, estado que apoyaba a Franco como ya se ha dicho.



Bombardeos mussolinianos, del año 1937, sobre la Estación del Norte de la ciudad de Valencia y sobre el adyacente barrio de Russafa.

La imagen es un fragmento de una fotografía conservada en el Ufficio Storico dell'Aeronautica Militare, Roma.

A pesar de las deficiencias técnicas en la acuñación de la peseta de 1937 (de «las pesetas de Valencia», como se conocían en castellano), nos encontramos en presencia de una de las emisiones más populares de la historia de España, estilísticamente moderna en los tiempos de su concepción y capaz de destilar un apelativo específico como fue el de «rubia». Javier de Santiago Fernández lo ha explicado en *La peseta. 130 años de la historia de España* (pág. 78):

> El empleo de la nueva aleación dio una coloración muy peculiar a esta moneda, con un tono amarillento, que condujo al tan popular apelativo de "rubia", referido a la dama del anverso y por extensión a la Peseta. Curiosamente es una denominación que ha continuado siendo utilizada en el lenguaje popular para referirse a las pesetas posteriores, que ya no llevaban una mujer, sino la cabeza de Franco, hecho quizá motivado por el color del cobre utilizado en su fabricación.

Dos últimas apreciaciones, o consideraciones, sobre esta pieza tan emblemática y sobre las otras que hemos descrito en los dos apartados sobre la Segunda República. La primera, que en atención a que el reverso de la peseta de 1937 incluía una ramita y una hoja de viña y un racimo de uva, se llegó a decir que era «la perdición de los hombres»: en una misma moneda, el dinero, una mujer (rubia) y el vino, tres elementos supuestamente capaces de llevar hacia el abismo a los varones heterosexuales *al uso* de aquellos años...

La segunda consideración es que, a diferencia de la antigua matrona de Luis Marchionni –que, recordemos, se apoyaba en los Pirineos y se extendía hasta Gibraltar– y de muchas representaciones republicanas anteriores y coetáneas a la «rubia», en las monedas de la Segunda República las cabezas de las matronas no estaban cubiertas por la corona mural. Este elemento heráldico había sido escogido para timbrar el escudo de España en 1868, en tiempos del Gobierno Provisional, ya que –como se ha dicho antes– era considerado un elemento «neutral» que no tomaba opción en la controversia entre monarquía y república.

Pero en 1873, en ausencia de una simbología que representara propiamente a la Primera República, es decir, dada la incomparecencia de nuevas armerías estatales oficialmente adoptadas, el escudo de 1868 volvió a ponerse en circulación en España.



Emblema heráldico presente en un papel sellado para el año 1875, pero fabricado en 1874.

A pesar de la asepsia de los orígenes, la corona mural se convertiría en las latitudes de la mayor parte de la Península Ibérica en un emblema republicano, y ello hasta el punto de que el Gobierno Provisional de la Segunda República estableció, el 27 de abril de 1931, que en el centro de la banda amarilla de la nueva bandera tricolor «figurará el Escudo de España, adaptándose a lo que figura en el reverso de las monedas de cinco pesetas acuñadas por el Gobierno Provisional en 1869 y 1870».

Como afirma José María de Francisco Olmos en «La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)» (pág. 168),[3] aquella era «la primera vez que España tenía un escudo único para el Estado y todas sus instituciones», a diferencia de la multiplicación de diseños heráldicos que habían poblado el panorama institucional desde el inicio de 1875.

La remisión de 1931 a una antigua acuñación monetaria era muy original, ciertamente, en el blasonamiento de los escudos oficiales de los países.[4] Por cierto que, frente a los modelos de finales del

3 En Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2008, págs. 121-192.

4 «[...] una curiosa manera "numismática" de indicar a los organismos del Estado y los ciudadanos las características del nuevo símbolo nacional», en Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, pág. 79).



siglo XIX, durante la Segunda República no hubo un criterio absoluto sobre la corona del león del escudo: en ocasiones no traía ninguna –como en el reverso de la peseta de 1934–, y en ocasiones sí.



Placa metálica exterior de colegio (58,5 x 46,5 cm), fechada durante la Segunda República española, con la indicación de la entidad titular y el carácter del centro docente: Ministerio de Instrucción Pública · Escuela Nacional Graduada de Niñas. En este caso el león del escudo lleva corona en la cabeza.

[Colección Domènech Soler.]

3.3 El gobierno autónomo de Euzkadi

El artículo 11º de la Constitución de la Segunda República establecía que «Si una o varias provincias limítrofes, con características históricas, culturales y económicas, comunes, acordarán organizarse en región autónoma para formar un núcleo político administrativo, dentro del Estado español, presentarán su Estatuto [...]». Usando esta previsión, Cataluña se convirtió en autónoma en 1932 y el País Vasco vio aprobado su Estatuto en octubre de 1936, ya comenzada la Guerra Civil. Aunque el texto no atribuía a la autonomía vasca ninguna competencia sobre la moneda, las circunstancias del conflicto condujeron a la acuñación de piezas a nombre del ejecutivo vasco. El decreto está fechado el 23 de febrero de 1937, y fue publicado el 17 de marzo siguiente en el *Diario Oficial del País Vasco / Euzkadi'ko Agintaritzaren Egunerokoa*:

> En los últimos tiempos se ha notado en el territorio en que ejerce autoridad el Gobierno de Euzkadi, escasez de moneda fraccionaria, que ha producido entorpecimientos en las transacciones comerciales.
>
> Para evitarlos, el Gobierno de Euzkadi ha preparado la emisión de monedas de níquel de una y dos pesetas [...].

Por lo que respecta a la apariencia del anverso de las monedas, en la disposición legal solamente se especificaba que debía figurar la inscripción «GOBIERNO DE EUZKADI», lo que sucedió efectivamente. Pero el resultado de la acuñación fue muy significativa desde la perspectiva iconográfica, y ello atendiendo a que los dos valores mostraron un busto femenino cubierto por el gorro de la libertad o frigio.



Se trata de un motivo no demasiado esperable, a priori, viniendo de un gobierno que –a pesar de la presencia de miembros del Frente Popular– contaba con mayoría y clara hegemonía de militantes del Partido Nacionalista Vasco, formación del centro-derecha católico aliada de la causa republicana gracias, fundamentalmente, a la promesa finalmente cumplida de autogobierno. Evidentemente, la imagen de este anverso –tan propio de la tradición republicana francesa, y tan distante de los iconos del nacionalismo vasco– podría haber sido elegida por las mismas autoridades centrales republicanas: es eso lo que pasó casi contemporáneamente con el anverso los 5 céntimos de hierro del mismo año 1937, fabricados en el País Valenciano, y que contaban con un busto con gorro de la libertad o frigio (como ya hemos visto en el punto anterior).

El contexto de la emisión de moneda metálica de Euskadi era la prohibición, muy poco antes y por parte del ministro de Hacienda de la República, Juan Negrín, de una especie de papel moneda vasco conformado por la emisión de talones del Banco de España en Bilbao.

Es cierto que aquellas pesetas de níquel parecían más bien propias de un país independiente por la ausencia de referencias explícitas a la República Española, o a España, pero lo bien constatable es que las acuñaciones de una y dos pesetas del Gobierno de Euskadi no utilizaron la lengua vasca en la leyenda, ni se incorporó el escudo del ejecutivo autónomo sobre el reverso de las dos monedas, por ejemplo (cosa que sí se había hecho en el anverso del papel moneda) [→].



Por más que el artículo 1º del Estatuto de Autonomía del País Vasco de 1936 estableciera que «Con arreglo a la Constitución de la República y al presente Estatuto Álava, Guipúzcoa, y Vizcaya se constituyente en región autónoma, dentro del Estado español, adoptando la denominación de "País Vasco"», el escudo utilizado por el Gobierno de Euzkadi / Euzko Jaurlaritza incluía no sólo los emblemas alavés, vizcaíno y guipuzcoano sino también las cadenas navarras (abajo a la derecha, en el cuarto cuartel).

Es el momento de adentrarnos en el elemento nodal de la alegoría presente sobre estas monedas vascas: el gorro frigio de color rojo, o de la libertad. Si bien es considerado a menudo como un símbolo solamente republicano, esta visión debe ser matizada porque el emblema fue utilizado exclusivamente, durante siglos, como símbolo señero de la libertad. Por ejemplo, en el transcurso de la Revolución francesa estuvo también presente, y mucho, antes de la proclamación de la república en septiembre de 1792; tanto es así que podemos verlo entre los elementos de una famosa pintura sobre la no menos celebérrima declaración de derechos confeccionada por la Asamblea Nacional francesa en agosto de 1789.



La Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano (1789), de Jean-Jacques-François Le Barbier (Musée Carnavalet, París).

También lo podemos ver en una disposición equivalente en la moneda de dos sueldos constitucionales de 1792 –emitida a nombre de Luis XVI como rey (constitucional) de los franceses– que figura en la primera parte de este trabajo. Pero siendo todo esto cierto, es innegable que en muchas representaciones la cabeza, o cuerpo femenino, tocado con el gorro de la libertad se ha acompañado –en Francia y fuera de ella– de la denominación del régimen republicano del territorio, y este hecho ha favorecido la identificación o fusión simbólica entre, de una parte, el gorro frigio y el busto o la imagen completa de la libertad y, por otro, la figuración de la república como forma de estado.

Para las razones de la asimilación entre los términos gorro frigio y gorro de la libertad, véase el Apéndice VIII

Una última acotación sobre las acuñaciones de Euskadi, más allá de los simbolismos del gorro frigio: del mismo modo que acontecía en las monedas de Luis Marchionni (de 1869 y 1870) y en las emitidas por las autoridades generales de la Segunda República, en el caso de las piezas vascas nos encontramos ante especímenes monetarios donde no figura ninguna representación del poder personal y, consecuentemente, se opta por una alegoría –femenina– que remite a la colectividad; vasca, en este caso.

Durante la Guerra Civil, la Generalitat de Catalunya –junto con el gobierno vasco, la única institución de autogobierno territorial establecida según las previsiones de la Constitución de 1931– no acuñó monedas metálicas, pero sí emitió papel moneda.

4.1 La dictadura de Franco antes de la Ley de Sucesión de 1947

El general Francisco Franco –un militar africanista, con gran experiencia en el campo de batalla en Marruecos y en la represión de focos revolucionarios (en Asturias, en 1934)– se mostró dudoso sobre si apoyar la sublevación que tenía que derribar al gobierno del Frente Popular. Finalmente no sólo participó en el «Alzamiento» de julio de 1936 sino que –muerto accidentalmente el general José Sanjurjo– se convirtió en el máximo dirigente de la rebelión entre los días finales de septiembre del mismo año y el 1 de octubre (la posterior muerte, hemos de creer que también accidental, del general Emilio Mola contribuyó aún más a la consolidación del poder personal del «Generalísimo»). Si bien en principio el golpe de estado parecía respetar la forma estatal republicana, la insurrección convertida en guerra supuso la creación de un nuevo régimen que se quería totalitario, y que iría aniquilando a la Segunda República al compás de las campañas militares: había nacido el Estado Español construido en torno a la figura de Franco y de su poder prácticamente omnímodo.

Una de las fórmulas utilizadas para la visualización de este naciente poder –heredado de nadie– fue la incorporación del busto del dictador en los sellos de correos, como solían hacer los reyes que se transmitían la herencia dinástica de generación en generación: la efigie de quien también sería conocido como el «Caudillo» se incorporó a los valores postales españoles por una Orden de finales de abril de 1939, sólo cuatro semanas después de haber terminado la Guerra Civil. Diferentemente, sin embargo, la presencia de Franco en los anversos de las monedas no llegaría hasta nueve años más tarde.



Uno de los valores de la serie de sellos de correos con el retrato del general Franco emitida en 1939.

Durante este largo periodo se pusieron en circulación dos motivos monetarios que –en ausencia del retrato del máximo gobernante– han sido interpretados como alegorías del conjunto de la comunidad nacional española y, dada la naturaleza jerarquizada y militarizada del régimen, como plasmación de una especie de poder colectivo en abstracto, que evidentemente nunca podría ejercerse mediante los mecanismos democráticos de participación política (nada que ver, pues, con la intención de las alegorías del Gobierno Provisional o de la Segunda República).

El primer diseño glorificador de esta suerte de poder compartido tan *sui generis* apareció en 1938, en plena guerra, sobre el anverso de una pieza de 25 céntimos fechada en 1937; además de una representación de lo que se supone es la salida del Sol (el amanecer de la patria), la moneda incorporaba una versión no oficial y bastante dinámica del yugo y las flechas, el emblema del partido único del régimen, Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). También incorporaba el topónimo del país –«ESPAÑA»– y dos leyendas ideológicas: «VNA · GRANDE · LIBRE», el lema del estado franquista, y «II AÑO TRIVNFAL», proclama propagandística cuya cifra iría aumentado hasta la victoria final del 1 de abril de 1939. En contraste con la modernidad de esta composición, la tipografía era de estilo medieval (*vid*. pág. siguiente).



Por las armas. La patria, el pan y la justicia (1937-1939), de Juan Cabanas (Arxiu General i Fotogràfic de la Diputació de València · Carteles b65/4)





En el reverso de esta moneda aparecían los laureles de la victoria y un escudo de España, utilizado en billetes franquistas –de 5 y 10 pesetas– datados en Burgos en 1936, que no tendría continuidad: el cuartelado del Gobierno Provisional y de la Primera y Segunda República pero timbrado de corona real abierta, de estilo medieval.

La acuñación de estos 25 céntimos daba fe de las excelentes relaciones entre Franco y el dictador alemán Adolf Hitler: la fabricación de las piezas se había producido en Viena y Berndorf, en *Ostmark*, la nueva denominación de la antigua Austria, territorio que hacía muy poco había sido integrado en el III Reich nacionalsocialista.[1]

La segunda de las piezas que tenemos que tratar en este apartado es antitética a la anterior en muchos sentidos: la producción se hizo en España y la guerra ya había terminado; el motivo principal del anverso no era un imagotipo político moderno sino la resurrección de un diseño casi bimilenario (con posibles orígenes remotos hasta dos siglos y pico más atrás todavía); el topónimo no iba acompañado de lemas militantes. En resumen, la tradición se había impuesto a la parcial modernidad, y el franquismo encarnaba más que bien a la «España eterna». Javier de Santiago Fernández (en *La peseta. 130 años de la historia de España*, pág. 98) describe con solvencia la acuñación (en realidad, dos valores –5 y 10 céntimos– amparados en un decreto inicial de mayo de 1940, emitidos con las fechas de 1940, 1941, 1945 y 1953, y acuñados desde 1941 hasta 1957 y 1960, respectivamente):

> Los tipos de estas monedas [...] portan en el anverso un jinete lancero cabalgando a la drcha., inspirado en el tipo de las monedas hispano-romanas de Osca, según menciona el decreto de 11 de febrero de 1941. Ese anverso no es otra cosa que una adaptación del tipo más característico de las monedas emitidas por las ciudades ibéricas en los primeros tiempos de la dominación romana en la Península, iconografía que la rebautizada (antigua Bolscan ibérica) ciudad de Osca había continuado. La copia es total, tanto en la posición del jinete como en el casco con penacho que le cubre la cabeza y en el faldellín y coraza que porta. El nombre del Estado, ESPAÑA, se coloca en idéntica posición al letrero realizado en caracteres ibéricos, o ya latinos en el caso de Osca, que servía en la Antigüedad para identificar el topónimo de la ciudad emisora de la moneda.

Así pues, una moneda franquista escrita en castellano estaba inspirada directamente en una ibero-romana escrita en latín, y ésta derivaba de una multitud de piezas más antiguas con inscripciones en alfabeto ibérico (*vid*. pág. siguiente). Pero las monedas del jinete ibérico quizá hubieran podido tener el origen lejano en la Sicilia griega, concretamente en Siracusa, de tomar como modelo acuñaciones –del siglo III a. de C.– emitidas después de la victoria sobre los mamertinos del tirano Hierón II (que moriría nonagenario).[2]

Evidentemente nos encontramos ante una elección ideológica meditada, tomada en el contexto de la pretendida refundación de España a manos de aquellos que habían vencido a las fuerzas consideradas la encarnación de la anti-España. En esta moneda, y en su hermana pequeña, la nueva España franquista se manifiesta expresamente arraigada a la historia antigua, a «la tradi-

1 El yugo y las flechas aparecieron juntos, imbricados a la manera falangista, en otras monedas del franquismo, pero siempre en contextos heráldicos: al lado del gran «1» de la peseta del uno (de 1944) y en el extremo inferior del reverso de la pieza de 50 céntimos que homenajeaba a la marina española.

2 Sobre las hipótesis acerca de los orígenes de las monedas del jinete ibérico, ver: Manuel Gozalbes Fernández de Palencia: «Jinetes sin escudo. Las representaciones ecuestres en la Citerior», *Nvmisma*, nº 250, 2006, p. 295-317 <http://www.tesorillo.com/articulos/mgoz/jinetes.htm>.

ción milenaria hispana» y «a las raíces ancestrales del pueblo español», según interpreta de Santiago (pág. 99). Al fin y al cabo, en el discurso histórico divulgado desde Madrid podían convivir, sin mayores problemas, las glorificaciones del suicidio colectivo de la prorromana Sagunto y del suicidio colectivo de la antirromana Numancia: en puridad, estas filias habrían sido antagónicas de no ponerse por medio el apriorismo ideológico, pero eran conciliadas a beneficio de inventario de un nacionalismo español muy esencialista y primordialista, capaz de destilar que prorromanos y antirromanos serían «españoles» igualmente honorables. Sería por ello que en 1941 se escogió resucitar no una «moneda con jinete» cualquiera, sino una bien híbrida: el reverso del as de Augusto de Huesca (acuñado hasta el 14 d. de C.), donde confluían la tradición indígena con la entrega a los frutos de la romanización. Tipología ancestral, de una parte, pero lengua latina de la otra. La conciliación histórica sobre un reverso augusteo: la pretérita península plural encuadrada y dotada de sentido –*unificada*– por Roma.[3]







Unos últimos detalles, no menores, sobre esta emisión apasionante con partida de nacimiento entre 1940 y 1941: el primero, que en la fecha, la cifra «1» está escrita de manera que recuerda al número romano «I»; el segundo, que en la plasmación en aluminio la vestimenta del jinete fue ligeramente retocada respecto del original, como si se le hubieran añadido rasgos de romanidad; el último detalle, que cuando escogieron un jinete armado, al ataque con lanza, a la vez desestimaron un buen número de monedas que mostraban jinetes no belicosos. Pero, ¿quién de los gobernantes españoles del momento quería parecer no belicoso? Nadie: aquellos militares y civiles habían ganado una guerra de tres años y, si Hitler acababa dando a Franco Gibraltar y un imperio en África, España podría lanzarse a la conflagración continental. El fracaso de la entrevista de Hendaya –de octubre de 1940– no iba a ser, evidentemente, la última palabra entre los dos dictadores.[4]



Una última aportación sobre las primeras acuñaciones franquistas: el reverso de estas monedas de aluminio ya incorporaba el escudo recuartelado privativo del régimen dictatorial, construido tomando como base: *a*) las armerías de los Reyes Católicos, con el águila de San Juan vinculada a Isabel I de Castilla; *b*) las columnas de Hércules del escudo de Carlos de Gante, rey de las Españas y emperador del Sacro Imperio; y *c*) el blasón de las cadenas de Navarra, ausente en el recuartelado de Isabel y Fernando.

3 En España les invasiones históricas son juzgadas por los creadores de opinión de una manera muy diferente: según la latitud de procedencia de aquellos que desembarcan y su actitud, final, hacia el cristianismo.

4 Se puede comparar el proceder de les autoridades monetarias españolas de los años cuarenta del siglo pasado con un hecho acontecido cinco décadas más tarde: en el año de 1991 la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre –la FNMT radicada en Madrid– comenzó la comercialización de la tercera serie de acuñaciones especiales dedicada a Barcelona '92, los juegos de la XXV Olimpiada a celebrar en la capital de Catalunya en 1992; en el reverso de una de les piezas de plata con valor facial de 2.000 pesetas se encontraba un jinete ibérico, realmente, pero no atacando con lanza sino llevando una palma en la mano derecha (siguiendo una tipología muy utilizada en un buen puñado de cecas de la antigua *Hispania Citerior*, incluyendo algunas ubicadas en territorio de la actual Catalunya y del País Valenciano de nuestros días). Evidentemente, de haber incorporado el jinete belicoso en aquel reverso, la iniciativa hubiera estado muy poco en consonancia con el pacífico espíritu olímpico.

El nuevo conjunto heráldico era, evidentemente, coherente con el discurso del régimen sobre el pasado histórico: la España que tenía que inspirar a la dictadura de Franco era aquella considerada como más gloriosa, la de las postrimerías del XV y la del XVI, es decir, la protagonista de hechos como por ejemplo: *a*) la conquista del emirato de Granada, acontecimiento militar entendido como el final de la «Reconquista»; *b*) el «Descubrimiento», conquista y cristianización de América, así como los grandes viajes ultramarinos subsiguientes; y *c*) la forja de un Imperio enfrentado a protestantes (los príncipes luteranos alemanes) y musulmanes (los otomanos), ambos enemigos de la fe católica. La presencia en el nuevo escudo del yugo y las flechas –elementos del blasón de los Reyes Católicos en cuanto que divisa galante de los dos monarcas– permitía incluir una referencia al símbolo falangista que, justamente, se había conformado mediante la fusión de aquellos dos emblemas históricos.

Para la exposición de motivos de 1938, que contextualizó al escudo franquista, y para el blasonamiento de éste, véase el Apéndice IX

4.2 la dictadura de Franco después de la Ley de Sucesión de 1947

En las leyes monetarias de 1946 y 1947 se dispuso la aparición de Franco sobre las monedas de España, y si bien la primera normativa nunca se llevó a efecto, la segunda sí: estaba fechada con posterioridad a la promulgación de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado de julio de 1947.

En esta ley de sucesión, una de las consideradas «fundamentales» del franquismo, se afirmaba que «la Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los ejércitos, don Francisco Franco», y parte de esta larga titulación –propia de la retórica oficial de la dictadura– se plasmaría sobre las acuñaciones poniendo a Dios por el medio: «FRANCISCO FRANCO CAUDILLO DE ESPAÑA POR LA G[RACIA]. DE DIOS», como se acredita en esta pieza de 5 pesetas, o duro de níquel, acuñada al poco de decidirse que el retrato del «Generalísimo» aparecería en las monedas. El busto de esta emisión fue diseñado inicialmente por un escultor tan consagrado como el valenciano Mariano Benlliure, si bien la propuesta sufrió una adaptación de carácter técnico. El retrato resultante se mantuvo sin cambios hasta 1966 porque, como se ha dicho con un punto de ironía, «Francisco Franco parecía no envejecer».[5]





Como en el caso de las piezas reales alfonsinas (y de los pretendientes carlistas), la referencia a la «Gracia de Dios» vinculaba a las monedas de la dictadura franquista con las de las monarquías de derecho divino del Antiguo Régimen. Pero, a diferencia de las piezas de la Restauración borbónica y de manera equivalente al proceder carlista, en el caso de Franco la fórmula tradicionalista era la única utilizada y se mantendría hasta las postrimerías del régimen: mírese sino esta moneda de 100 pesetas, o 20 duros de plata, puesta en circulación cuando el dictador ya era anciano, en los tiempos de la Ley Orgánica del Estado.





5 Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, pág. 70.

Este segundo retrato monetario de Franco –donde se producía «la constatación gráfica de la senectud acelerada del General»–[6] se debía a las manos de Juan de Ávalos, famoso por las esculturas colosales del Valle de los Caídos o por obras como el mausoleo de alabastro de los amantes de Teruel. La moneda llevaba en el canto la divisa del régimen franquista con el *desideratum* hacia España: «UNA GRANDE LIBRE» (palabras igualmente presentes alrededor del cuello del águila del escudo oficial).

Javier de Santiago Fernández (en *La peseta. 130 años de la historia de España*, pág. 103) ha podido poner de relieve que la utilización de la fórmula «POR LA G[RACIA]. DE DIOS» en las monedas de Franco es «[...] un modo de autolegitimarse, a falta de una tradición dinástica o de una Constitución. Al mismo tiempo, esa emanación divina de su poder ha de relacionarse con el espíritu de la Cruzada, defensa del Catolicismo y apoyo explícito de la jerarquía católica al Régimen». Además (págs. 102-103),

> [...] el empleo del término «CAUDILLO» tiene unas claras connotaciones. No tiene carácter institucional, ni es oficial; es Franco quien se autoproclama «Caudillo» del pueblo español, por lo cual dicho título toma un carácter carismático y absolutamente personal. Sus antecedentes probablemente sean medievales, pues es en esa época cuando nacen en la Península los reyes-caudillos que, ante la invasión musulmana, aúnan las fuerzas del reino y se convierten en líderes providenciales que salvan al pueblo en una situación de peligro. El paralelismo con la época objeto de estudio es claro; mediante tal apelativo, Franco trata de transmitir la idea de guía, protector y salvador del pueblo español, con un claro carácter paternalista, ante los peligros representados por el Marxismo.



Fotografía del dictador español Francisco Franco en una edición, de 1969, dedicada a la España de entonces por la revista argentina *Siete días Ilustrados*. El aspecto físico del personaje es prácticamente coincidente con el reflejado por el escultor Juan de Ávalos en 1966, en ocasión de la ultimación del anverso de la pieza de cien pesetas de plata (excepto que la piel situada debajo de la barbilla de Franco aparece más estirada en la moneda que no en la fotografía).

A modo de comparación entre, por una parte, la dictadura franquista y, por otra, el proceder de otros dictadores europeos de extrema derecha que ayudaron particularmente a Franco durante la Guerra Civil, recordaremos que el retrato del *Führer* Adolf Hitler –jefe del estado en Alemania desde 1934– figuró en muchas ocasiones en los sellos de correos alemanes, pero ni una vez sobre las piezas monetarias del país (espacio reservado al presidente muerto, Paul von Hindenburg, en las monedas de 2 y 5 Reichsmark). En cuanto a Benito Mussolini, a pesar de que este personaje se convirtió en dictador italiano, nunca fue jefe de estado (lo era el rey Víctor Manuel III): así, en Italia no se acuñaron monedas con el busto de Mussolini, si bien sí se emitieron algunos sellos conmemorativos con la figura del *Duce*. Cuando, bien avanzada la Segunda Guerra Mundial, se proclamó la República Social Italiana con Mussolini como jefe de estado, en este efímero estado-títere –en manos de los nazis– los sellos no recogieron el busto del personaje (y, además, no se llegaron a acuñar monedas).

Con referencia al uso de las armerías franquistas en las acuñaciones del régimen hay que recordar que, con anterioridad a la Ley de Sucesión de 1947, el escudo «del águila» estuvo presente sobre las piezas de 5 y 10 céntimos de aluminio–ya tratadas– y también sobre la peseta llamada del uno (de cobre y aluminio, datada en 1944). Durante los años en que las monedas portaron, normalmente, la efigie del dictador el blasón del franquismo también fue, prácticamente, omnipresente en el numerario: el águila figuró en la peseta de cobre y aluminio (acuñada entre

6 Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, pág. 70.

1948 y 1975), en la pieza de 2,50 pesetas también de cobre y aluminio (1954-1971) y en el gran duro de níquel (1949-1952), pero igualmente en el duro pequeño (o 5 pesetas de cuproníquel, 1958-1975), en la pieza de 5 duros (o 25 pesetas, también del mismo metal, 1958-1975) y en la de 10 duros (o 50 pesetas de cuproníquel, 1958-1975). En estos tres últimos casos el escudo del reverso



mostraba la versión abreviada –también conocida como «burocrática», sin recuartelado– de las armerías, con los emblemas de Castilla, León, la Corona de Aragón, Navarra y Granada figurados solamente una vez.

Evidentemente la versión «burocrática» del escudo de la dictadura retomaba el cuartelado del Gobierno Provisional y de la Segunda República, excepción hecha del tipo de corona, del águila de San Juan y del yugo y las flechas. Castilla ostenta en este blasón el lugar de prelación y León ocupa el segundo lugar honorífico de la composición heráldica, y así sucesivamente: la Corona de Aragón, Navarra y, en quinto lugar, Granada. En cuanto a la apariencia estética de este reverso no puede dudarse de que estamos en presencia de una concepción moderna para la época, con un magnífico diseño alejado de cánones tradicionalistas.

5.2 Juan Carlos I antes de la Constitución de 1978

En 1969 Franco nombraba a Juan Carlos de Borbón y Borbón sucesor como jefe del estado, con lo cual aparecía en escena el título de «Príncipe de España». La sucesión se haría efectiva a la muerte del dictador –formalmente el «Caudillo»– y el príncipe se convertiría en rey de España en noviembre de 1975.

En las monedas del nuevo monarca la leyenda no incluiría la referencia a la «Gracia de Dios» (un aspecto muy significativo políticamente, dado el uso extensivo que el franquismo había hecho de esta fórmula legitimadora), y en el anverso sólo se leería «JUAN CARLOS I REY DE ESPAÑA». Este acto ponía –*nolens volens*– las monedas en línea con lo que había sido norma durante los reinados de Amadeo I, de Alfonso XII con anterioridad a la Constitución de 1876 y de Alfonso XIII con posterioridad a la instauración de la dictadura de Primo de Rivera.



Cuando los diseños de las primeras acuñaciones juancarlinas se hicieron públicos, no sólo no pasó desapercibida la ausencia de referencia a la «Gracia de Dios», tan presente sobre las piezas franquistas: también se puso de relieve entonces que, mientras Franco miraba en las monedas hacia la derecha, el rey lo hacía hacia la izquierda, y alguien quiso ver una especie de mensaje político críptico en el cambio de orientación del retrato. Pero la veracidad de esta especulación no se acreditó nunca.

En cualquier caso, si la leyenda de todas las primeras monedas juancarlinas ya se alejaba perceptiblemente de la etapa franquista, no pasaba lo mismo si hablamos de algunos de los reversos escogidos: la continuidad formal del nuevo reinado con el régimen anterior tenía, en cuanto a la vertiente monetaria, la máxima expresión iconográfica en la presencia del escudo franquista en los reversos de las monedas de una peseta y de cien pesetas, o 20 duros. Igual continuidad sucedía con la leyenda presente sobre los cantos de las piezas de 25, 50 y 100 pesetas, que conservaron la divisa franquista «UNA GRANDE LIBRE» (en el caso de las monedas de 25 y 50 permaneció hasta 1982; en las de 100 pesetas hasta 1980, fecha de la última emisión con este formato).



Para la exposición de motivos de 1938, que contextualizó al escudo franquista, y para el blasonamiento de éste, véase el Apéndice IX

5.2 Juan Carlos I después de la Constitución de 1978

La aprobación de la Constitución de diciembre de 1978 no significó ningún cambio en la formulación de la leyenda de las monedas. La nueva Carta Magna española estableció que el título del monarca era el de «Rey de España», además de preverse que el jefe del estado podía utilizar los otros títulos que corresponden a la Corona.

Aquí reproducimos el anverso de una pieza de 100 pesetas acuñada en 1980 para anunciar la celebración del campeonato mundial de fútbol de 1982. La leyenda del canto sigue siendo,



como se ha anunciado antes, «UNA GRANDE LIBRE», y el anverso no incorpora ninguna alusión a que el poder del monarca español está limitado constitucionalmente (solamente dice «JUAN CARLOS I REY DE ESPAÑA»). Así pues, las dos inscripciones mencionadas podrían hacer pensar que se trata de una de las primeras piezas del reinado, previas a la vigencia de la Constitución de 1978.

Al año siguiente de acuñada esta moneda de 100 pesetas, el escudo estatal franquista dejaba de ser oficial y se aprobaba el que permanece en vigor en España, pero la peseta conmemorativa de España '82 –el mundial de fútbol– ostentaría «el águila», es decir, la herencia iconográfica del régimen anterior y, por ello, la secuela de la legitimidad franquista del rey, hasta la emisión con estrella «82».



La proposición de ley en favor del cambio en el escudo estatal –ultimada originalmente por el Grupo Socialista– había entrado en el Congreso de los Diputados el 23 de noviembre de 1979, se había aceptado a trámite el 27 de febrero de 1980 (con el apoyo del Grupo Centrista) y se haría realidad tan tarde como en octubre de 1981, más de siete meses después del desenlace del golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

Para la respuesta del jefe del grupo centrista, en el pleno de febrero de 1980, a la propuesta socialista de cambio del escudo estatal, véase el Apéndice X. Para acceder a las leyendas políticas presentes sobre los cantos de las monedas, véase el Apéndice XI

Las primeras monedas donde apareció el nuevo escudo fueron la peseta «blanca», de aluminio, y la pieza de 100 pesetas de 1982: esta última fue muy popular e incluyó reversos conmemorativos sin las armerías estatales. La última vez que el actual escudo de España fue grabado sobre una moneda de 100 pesetas fue en el año 2000.



Al margen de los avatares políticos y parlamentarios del escudo estatal, encontramos otro blasón relacionado con la legitimidad franquista de la monarquía instaurada en 1975. En efecto, como rey de España, Juan Carlos ha sido poseedor de un escudo privativo que tiene sus orígenes en 1971, y que apareció sobre los reversos de las monedas de 5 y 50 pesetas acuñadas desde 1976: el diseño permaneció en uso hasta 1989 en las caso de las 5 pesetas, o duro, y hasta 1984 en el de las 50 pesetas, o 10 duros, y volvió a incorporarse entre 1998 y 2000 en las nuevas monedas –de dimensiones reducidas y forma particular– de 50 pesetas.





El escudo real que comentamos –que también ha aparecido sobre sellos de correos y ha formado parte de los diseños de tres billetes del Banco de España– es prácticamente idéntico al que Juan Carlos exhibió como «príncipe de España» salvo el tipo de corona: como príncipe este timbre llevaba cuatro diademas con perlas (visibles tres), y como rey ha llevado ocho (visibles cinco). El proyecto del escudo estaba preparándose desde el otoño de 1970 y recogió las sugerencias manifestadas a Juan Carlos por el militar e historiador Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela.[1]

1 Faustino Menéndez-Pidal de Navascués: «El escudo de España», a Faustino Menéndez-Pidal de Navascués, Hugo O'Donnell y Duque de Estrada y Hugo i Begoña Lolo Herranz: *Símbolos de España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales y Políticos, 2000, págs.15-225; referencia en la pág. 220.

En la descripción que se hacía en el BOE del emblema principesco –Decreto de 22-IV-1971, BOE de 26-IV-1971– se decía que:

> Como símbolos del Movimiento Nacional lleva acolada al escudo la cruz roja de Borgoña y, a diestra y siniestra de la punta del mismo, el yugo, de gules, en su posición natural con cintas de lo mismo, y el haz de cinco flechas, de gules, con puntas hacia abajo y cintas de la mismo.



Estandarte de Juan Carlos de Borbón y Borbón como «Príncipe de España».

Estos símbolos «del Movimiento Nacional» –la cruz borgoñona hecha suya por los carlistas, o requetés, y el yugo y las flechas tan estimados por los falangistas– han acompañado a Juan Carlos I durante todo su reinado y no han desaparecido tampoco del escudo, el estandarte y el guión de quien ahora es el rey *emérito*.

Eso sí: en la descripción del blasón posterior a la entronización como monarca –Decreto de 21-I-1977, en el BOE del 1-VII-1977– se prescindió de toda referencia explícita al «Movimiento». Desde aquel momento los controvertidos elementos aparecían –y aparecen– en el escudo real juancarlino, sin una línea argumental o explicación oficial que lo razone.



Estandarte de Juan Carlos I como monarca de España, con el escudo que aparecería en monedas de 5 y 50 pesetas. Por lo que respecta al collar que rodea el blasón, el Toisón de Oro, este no había figurado en una moneda española desde 1904.

Sobre la presencia de la cruz de Borgoña y del yugo y las flechas en el escudo real juancarlino, Javier de Santiago Fernández –*La peseta. 130 años de la historia de España*, pág. 113– daba la versión que calificaremos como «políticamente correcta»: «Se le añaden como ornamentos exteriores la cruz de San Andrés (o bastones de Borgoña), signo heráldico muy vinculado al ejército desde la época de los Austrias [...], y el tradicional yugo y flechas, en lo que quiere ser un homenaje a la unidad de España conseguida por el matrimonio de los Reyes Católicos, según certificó en su día un informe de la Real Academia de la Historia, desvinculando dichos signos de cualquier otra interpretación política». Esta es, evidentemente, una relectura de símbolos que –en 1971– todo el mundo sabía en atención a qué estaban en el lugar que estaban, empezando por el mismo príncipe Juan Carlos. Con el contenido del mencionado informe se pretendería, pues, elaborar una argumentación *pro domo* de la monarquía.

5.3 Juan Carlos I antes y después del euro



La pieza que abre este punto fue acuñada originalmente en 1987 para celebrar el 25 aniversario del matrimonio de los reyes de España. La aceptación del módulo por parte de los usuarios y la decisión de las autoridades monetarias de conservar el motivo del anverso permitieron, contra todo pronóstico, que un diseño inicialmente conmemorativo permaneciera en uso casi quince años, hasta la sustitución de la peseta por el euro. Se trata en todo caso de una composición que no pone tan claramente de relieve, como podría esperarse, la condición real de los esposos retratados: así, en la moneda no se lee en ningún momento «REYES DE ESPAÑA» o alguna expresión equivalente.

Con ello se estaría incidiendo fundamentalmente en la dimensión humana de los personajes, presentados simplemente como «JUAN CARLOS I Y SOFÍA», con una leyenda donde lo único que delata el carácter real es el ordinal ubicado detrás del nombre de Juan Carlos. Estamos ante

un diseño relevante de la numismática española (con precedentes en la historia de la medalla), que pretendería acreditar la voluntad de la institución monárquica –voluntad siempre proclamada desde 1975– de *acercarse* a los ciudadanos: los reyes serían dibujados en esta emisión casi como una pareja *normal*, casi como un matrimonio *más* que celebra sus bodas de plata.

Ahora bien: ¿cómo sabe el usuario de estas piezas que tiene entre manos un recordatorio de aquel enlace? la respuesta se encuentra en el canto de la moneda, donde junto con coronas aparecen anillos de boda entrelazados.

El hecho de que la cabeza de Doña Sofía esté dispuesta en segundo plano, cubierta parcialmente por el busto de Juan Carlos, acreditaría el carácter de monarca consorte que le correspondía a la reina –sin funciones constitucionales previstas, salvo en el caso de la regencia– y explicitaría la preeminencia de su marido, el rey.

Un último aspecto a retener: la aparición de un matrimonio real sobre piezas monetarias ha sido excepcional en las latitudes ibéricas (diferentemente al caso de los sellos de correos). De hecho, hay que retroceder a las monedas de oro emitidas a nombre de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los Reyes Católicos, o de Carlos I y su madre Juana, donde aparecían los retratos enfrentados de cada pareja de monarcas en cuestión, o a 1898, cuando los bustos de los reyes Carlos I y Amelia de Portugal fueron figurados sobre algunas monedas de plata conmemorativas del 400 aniversario del viaje ultramarino de Vasco de Gama (el navegante que, en 1498, enlazó el occidente de Europa con la India después de rebasar el cabo de Buena Esperanza). En estas piezas portuguesas el doble retrato real también concedía la preeminencia al rey –Carlos en este caso– en detrimento de su consorte, pero los monarcas aparecían vestidos de reyes y no como en la pieza de 500 pesetas españolas (o 100 duros), donde sólo encontramos las cabezas desnudas de Juan Carlos I y Sofia.

Pero el capítulo de las excepcionalidades en la numismática contemporánea española no acaba en este anverso de la moneda de 500 pesetas. En efecto, la de 200 pesetas acuñada por primera vez en 1990 constituye un verdadero hito: «[...] en estas piezas el anverso es de nuevo novedoso al colocar [...] los bustos del Rey y el Heredero, para mostrar la idea de la continuidad monárquica, nunca antes un Heredero había aparecido en las monedas españolas», como recuerda José María de Francisco Olmos en el artículo «Estudio de la tipología monetaria como documento propagandístico de la evolución política española (1975-2003)».[2] En realidad, como afirman Ana Vico Belmonte y el propio José María de Francisco Olmos, «La presencia del monarca reinante y del heredero no figuraba en la moneda española [léase peninsular] desde época visigoda».[3] En los sellos de correos, el príncipe Felipe había aparecido por primera vez en diciembre de 1977, y el primer billete de 10.000 pesetas emitido por el Banco de España –con orden de emisión de 1985– lo había tenido como protagonista humano del reverso.

La presencia del príncipe –solo o con Juan Carlos– sobre los sellos, los billetes o las monedas no ha constituido, sin embargo, la figuración de un poder compartido con su padre. Si nos remitimos exclusivamente al campo de las acuñaciones monetarias, debemos incidir en el hecho de que la ubicación de los bustos –qué personaje se sobrepone a qué otro– indica la prelación y, además, confirma la desigualdad entre los representados. En la moneda de 200 pesetas –donde el retrato de Juan Carlos tapa una parte del busto de su hijo– el poder lo ostenta, pues, el monarca proclamado en 1975; además la única titulación que aparece sobre la moneda es «JUAN CARLOS I REY DE ESPAÑA», como habitualmente.



2 En el Vol. 15, nº 2 de la *Revista General de Información y Documentación*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, págs. 5-38; cita en la pág. 21.

3 *Introducción a la numismática*. Madrid: Paraninfo, 2016, pág. 151.

Una de las características más destacadas del último sistema monetario privativo español fue la aparición –sobre anversos, reversos o anversos y reversos de las piezas de 5, 10, 25, 50, 100 y 200 pesetas– de elementos patrimoniales, personajes, imagotipos de acontecimientos, etc. vinculados específicamente a alguna de las 16 comunidades autónomas, la comunidad foral y las dos ciudades autónomas en que se divide España como consecuencia de la aprobación de la Constitución de 1978 (las nacionalidades y regiones de «la España de las Autonomías»). A diferencia de todas las otras *autonomías* salvo Cataluña, Andalucía y Galicia, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre nunca acuñó una moneda dedicada a la Comunitat Valenciana. La única pieza ornada con algún motivo relacionado con el País Valenciano fue la que –en 1993– tuvo como protagonista a Joan Lluís Vives.





Los territorios más presentes en los anversos o reversos de las mencionadas piezas *autonómicas* fueron cuatro: Galicia, con 6, Cataluña y Andalucía, con 8 cada una, y Madrid, con 15, en atención fundamentalmente a la existencia del Año Santo (o *Xacobeo*) y del Camino de Santiago, de la celebración en 1992 de los juegos de la XXV Olimpiada en Barcelona y de la Exposición Universal de Sevilla, de la concesión de la capitalidad europea de la cultura a Madrid, también el 1992, y de la radicación en la capital de España de grandes instituciones culturales de referencia. Navarra llegó a estar representada en aquellas monedas con dos anversos y dos reversos, y los otros 14 territorios sólo con un anverso y un reverso.

Nacionalidades y regiones	Pieza dedicada (anverso y reverso)	Motivo en el anverso	Motivo en el reverso	Total
Andalucía		3	5	8
Aragón	x			2
Asturias	x			2
Balears, Islas	x			2
Vasco, País (Euskadi)	x			2
Canarias	x			2
Cantabria	x			2
Castilla y León	x			2
Castilla-La Mancha	x			2
Cataluña		3	5	8
Ceuta	x			2
Extremadura	x			2
Galicia		3	3	6
Madrid	x	3	10	15
Melilla	x			2
Murcia	x			2
Navarra	x	1	1	4
Rioja, La	x			2
Valenciana, Comunidad		1	1	2

Fuente: José María Aledón: *La peseta. La moneda española de 1868 a 2001 y los billetes desde 1783 hasta 2001*. Valencia: autoedición, 2003, págs. 96-111 [encuadernado junto a *El euro. Las monedas de la Unión Europea acuñadas desde 1999 hasta 2003*].

A pesar de que las últimas monedas expresadas en pesetas están fechadas en 2001, existen piezas españolas del sistema del euro donde ya consta como año de emisión 1999. Este es el punto de partida de la última parte del reinado de Juan Carlos I con respecto a las emisiones monetarias. Un recordatorio previo en todo caso: en la página web del Banco Central Europeo (BCE) · Eurosistema se afirma que «A diferencia de los billetes, las monedas en euros siguen siendo competencia de cada país y no del BCE». Eso sí, «Si un país de la zona del euro desea emitir una

moneda con un diseño nuevo [...] debe informar a la Comisión Europea».[4]

Dicho esto, hay que rememorar igualmente que el proyecto de una moneda única europea tardó años en llevarse a término, pero entre finales del siglo pasado y el inicio del actual se convirtió en una realidad tangible:

> El 1 de enero de 1999, el euro pasó a ser la moneda de más de 300 millones de europeos. Durante los tres primeros años fue una moneda que no circulaba y que se utilizó únicamente a efectos contables, por ejemplo, en los pagos electrónicos. El efectivo en euros no entró en circulación hasta el 1 de enero de 2002, fecha en la que reemplazó a los billetes y monedas nacionales [...] a tipos de conversión irrevocables.

La zona del euro –popularmente, la eurozona– no se corresponde con la totalidad de la Unión Europea (UE); en paralelo, el euro (EUR, €) es la moneda de países que no forman parte de la Europa *integrada*.

> Actualmente, los billetes y monedas en euros tienen curso legal en 19 de los 28 Estados miembros de la Unión Europea, incluidos los departamentos de ultramar y los territorios e islas que forman parte de esos Estados o que tienen un estatuto de asociación con ellos. Estos países integran la zona del euro. Los microestados de Andorra, Mónaco, San Marino y Ciudad del Vaticano utilizan también el euro en virtud de un acuerdo formal con la Comunidad Europea. Montenegro y Kosovo también utilizan la moneda única, aunque no existe un acuerdo formal.





Por lo que respecta a las monedas españolas, a excepción de una emisión especial de 2014 sobre la que nos extenderemos después, las piezas –no conmemorativas– de 2 euros y de un euro están reservadas a la figura del jefe de estado en ejercicio. En efecto, junto con la corona de doce estrellas de la UE, estas piezas ostentan solamente la efigie del monarca reinante: entre 1999 y 2014 la de Juan Carlos I –mediante un retrato, poco usual, «de tres cuartos»– y, posteriormente, la de su hijo Felipe VI –ya con el perfil clásico. Pero el busto no se acompaña ni del nombre del rey, ni de ninguna titulación, ni tan siquiera de un posible monograma pequeño con las iniciales del personaje; sólo vemos la fecha, el monograma de la ceca –la «M» coronada de la Real Casa de la Moneda de Madrid– y el topónimo estatal, y este último únicamente en castellano: «ESPAÑA».

El uso de las lenguas españolas distintas del castellano ha sido y es muy excepcional en las emisiones de las cecas, o casas de moneda, localizadas en el Reino de España. Igualmente ha pasado y pasa en cuanto a los sellos de correos, y ninguno de los billetes que se emitieron a nombre del Banco de España incluyeron inscripciones que no fueran en castellano.

De acuerdo con la obra de Fabio *Gigante & Cayón €urocoins*. Monedas y billetes del euro (pág. 25*a*), en el caso de las monedas del sistema euro de España «Los motivos los eligió el Presi-

4 Esta página está disponible en 23 lenguas, entre les cuales el castellano, pero ninguna otra más de las que son reconocidas como oficiales en España.

dente del Gobierno español, José María Aznar».[5]

Volvemos a la ausencia de nombre y de título reales: querer aparecer como una monarquía *cercana* al pueblo –representarse menos enfáticamente, en consonancia con los usos democráticos– puede suponer el uso de ejecutorias osadas. Y, efectivamente, es atrevido el hecho de que en las piezas de 1 y de 2 euros de España con retrato real, Juan Carlos –como después Felipe– sea tan *igual* al resto de la gente que haya devenido anónimo, y que el diseño de la moneda ni siquiera nos permita constatar que es monarca (sólo podemos vislumbrar su carácter de jefe de estado, sin más detalles) (*vid*. pág. anterior). En estas piezas, en el contexto actual de las monarquías *democráticas* y *modernas* de Europa, la más alta magistratura del estado sería mínimamente identificable a primera vista, y ello en atención a que los decisores gubernamentales habrían optado por no usar grandilocuencias o ampulosidades iconográficas ni, tampoco, instrumentos de propaganda del poder antes presentes sobre la moneda. Incluso, la imagen reproducida se habría despojado de recursos básicos de comunicación política que, tradicionalmente, se habían utilizado para mostrar la simple presencia de los reyes (pongamos por caso, el nombre y la titulación del monarca). Decididamente, en estos objetos metálicos que llevamos en el bolsillo el poderoso se presenta –ahora– como una persona *normal*, como un ciudadano *más* con quien se podría tomar un café en el bar de la esquina (solo que, durante el pago, alguna pieza con su efigie saldría de los monederos o carteras).

5.4 Felip VI jefe de estado de una monarquía parlamentaria en la zona del euro

Todas las consideraciones que hemos hecho, en el punto anterior, sobre la manera de tratar la figura del rey de España en las piezas de 1 y de 2 euros son, en todo, aplicables al caso de Felipe VI. Ningún nombre propio, ningún título ni ordinal real, ningún monograma, ninguna otra lengua que no sea el castellano [↙].





Pero como hemos anunciado antes, queremos detenernos en una emisión especial que merece particular atención [↗]. Se trata, en realidad, de una pieza conmemorativa de 2 euros –del año 2014– que está ornada de una imagen irrepetible: el retrato de Felipe VI, es decir, el retrato del nuevo rey, se superpone al del rey que acababa de renunciar al trono, Juan Carlos I (una versión en negativo, prácticamente, del anverso de la pieza de 200 pesetas antes descrita). Ciertamente, las circunstancias de la transmisión del poder entre padre e hijo hubieran sido del todo diferentes de haberse producido sólo unos pocos años atrás: la abdicación había sido forzada por una serie de hechos que –sucedidos o conocidos públicamente en un lapso relativamente corto de tiempo– habían mermado el prestigio de la institución monárquica. La relación de temas que conformaron aquella verdadera espiral hacia la abdicación incluía acusaciones de corrupción sobre miembros de la familia real y la revelación de la existencia de relaciones sentimentales del monarca al margen del matrimonio, así como la acreditación de la antigua posesión de dinero en Suiza. Como es lógico suponer, la moneda de 2 euros a la que nos referimos sólo pone en metal el resultado final de los trasiegos de aquellos años: la llegada de un nuevo monarca efectivo y el mantenimiento como rey *emérito* (apelativo periodístico pero no jurídico) de su padre. Pura normalidad institucional y, de nuevo, sin nombre propio ni ninguna mención de la dignidad real.

Comentar, eso sí, que en la composición elegida para reflejar la transición entre los dos reyes, el rostro de Juan Carlos aparece bastante recortado:

5 Madrid: Jano, 2003.

puede compararse con el tratamiento recibido por el retrato de Sofía en las 500 pesetas e, igualmente, por el espacio ocupado por el entonces Príncipe de Asturias (y de Girona y de Viana, y duque de Montblanc, conde de Cervera y señor de Balaguer) en el anverso de las 200 pesetas de mayor formato.



Estandarte del rey Felipe VI, con color carmesí de fondo –el tradicional de la monarquía hispánica– que dista perceptiblemente del azul utilizado en los estandartes y guiones de su padre, Juan Carlos I. Igualmente se aprecia una gran diferencia entre el escudo de Felipe y el usado por su progenitor: en el emblema real ya no se encuentran la cruz de Borgoña, el yugo y las flechas, justamente aquellos elementos que las autoridades franquistas describieron, en 1971, como «símbolos del Movimiento Nacional». Simbólicamente, toda otra época. Y un detonante para preguntar lo siguiente: si «la cruz de San Andrés (o bastones de Borgoña)» es un «signo heráldico muy vinculado al ejército desde la época de los Austrias», y «el tradicional yugo y flechas» tiene su razón de ser «en el que quiere ser un Homenaje a la unidad de España conseguida por el matrimonio de los Reyes Católicos, según certificó en su día un informe de la Real Academia de la Historia, desvinculando dichos signos de cualquier otra interpretación política», si todo esto es así, ¿por qué el escudo del hijo del rey Juan Carlos aparece *huérfano* de la cruz borgoñona y del yugo y las flechas?

Un último apunte sobre las monedas en el reinado filipino: en algunas de las acuñaciones conmemorativas en metal noble –que a pesar de ser de curso legal no tienen circulación efectiva– ha aparecido el retrato de Felipe VI rodeado de la titulación real; entonces los anversos de estas monedas de oro y de plata han incluido la leyenda «FELIPE VI REY DE ESPAÑA», sin ninguna indicación de las limitaciones constitucionales del poder monárquico y en consonancia con la práctica seguida durante los reinados de Amadeo I, de Alfonso XII antes de la Constitución de 1876, de Alfonso XIII durante la dictadura de Primo de Rivera e, igualmente, de Juan Carlos I a lo largo de todo su periodo como rey efectivo.

5.5 La zona del euro de la Unión Europea

No queremos concluir el periplo por el poder personal o colectivo en las monedas españolas sin mostrar la que constituye –sin duda– una nueva tradición monetaria desde el punto de vista iconográfico, forjada en las instituciones europeas: se localiza en la cara común de las monedas de 1 y de 2 euros y, con otra composición artística, en las de 10, 20 y 50 céntimos de euro.



En la página del Banco Central Europeo describen este diseño como una representación geográfica de Europa, es decir, un mapa del Viejo Continente sin fronteras interiores. Con anterioridad al 1 de enero de 2007, el mapa correspondía a la Unión Europea antes de la ampliación del 1 de mayo de 2004, pero indicando perceptiblemente, o muy perceptiblemente en el caso de las monedas en céntimos, las fronteras entre los estados.[6] Estas iniciales representaciones fragmentadas eran coherentes con el hecho de que,

> The euro was installed as a materially effective mechanism that could simultaneously be designed in a symbollically striking way, in order to further strengthening identification of and with Europeanness. In general, this new identity is not intended to substiture for national identifications, but just to add a new, transnational level, as the E[uropean]U[nion] is not intended as a federation that would replace nation states. [...]
>
> The currency is explicitly treated by the EU itself (for instance in the draft constitution from 2003) in terms of an identifying symbol, and not only (or even primarily) as

6 «Las monedas de Italia (incluidas las de San Marino y Ciudad del Vaticano), Austria y Portugal presentan el diseño más reciente sólo si su año de emisión es el 2008 o posterior» (<https://www.ecb.europa.eu/euro/coins/common/html/index.es.html>).

> practical tool for economic value transfer. Indeed, the euro does signify one of the four fundamental 'free movements' for the EU –goods, services, people and money– but none of the other three has in any similar way been transformed into a key symbol.[7]

A la vista de todo esto, podemos preguntarnos qué lectura puede tener, para los ciudadanos europeos actuales, de 2017, la inclusión de este mapa sin límites internos –y sin Islandia ni Turquía, y con Canarias y Chipre con una ubicación incorrecta –en las emisiones de la moneda única europea. Sabemos que los mapas nos proporcionan abstracciones o figuraciones que ayudan a visualizar –que permiten imaginar en el sentido descrito por Benedict Anderson[8]– las comunidades que habitan la Tierra y son objeto de representación por parte de los cartógrafos. E igualmente sabemos que, cuando un mapa representa de manera más o menos precisa el perfil de una entidad política, entonces esta imagen «constituye una alegoría patriótica» (en palabras de María Carmen Montaner).[9] Pero quizás está pasando que, en estos tiempos de flagrante desunión europea, de fracturas sur-norte y de construcciones transestatales que amenazan con derrumbarse, este diseño –donde Europa flota tan indivisa, tan naturalmente integrada, tan conformada como un *map-as-logo* en términos del mismo Anderson– parece profundamente inconsecuente con la evolución emprendida por la UE desde la crisis del euro (imbricada ésta con la Gran Recesión iniciada en la primera década de este siglo).

En ese sentido es muy paradójico que, en tiempos de desasosiego sobre el mismo porvenir de la Unión Europea y sobre el paradigma ideológico y económico –neoliberal– de sus actuaciones, desde estas monedas que navegan en nuestros bolsillos se afirme que Europa está más unida que nunca (de acuerdo con los deseos de los «padres fundadores»), y que el poder pertenece a todas las personas que habitan entre los límites de este mapa. Francamente, una *contradictio in terminis* entre, de una parte, el discurso reflejado en la moneda –diseñada en tiempo de aparente bonanza económica y consenso político, de integración creíble a pesar del fracaso del proyecto de Constitución Europea– y, del otro lado, lo que a estas alturas se pueda percibir en el mundo real.

Una última pregunta que creemos oportuna al respecto: en el contexto de la encarnizada fluctuación de primas de riesgo sobre los bonos de los países, ¿una moneda única europea sin eurobonos qué clase de moneda única es? La respuesta a la anterior y muchas otras preguntas posibles –de tenor similar– puede empezar por aquí:

> Although the participating member-state governments primarily justified their adoption of the single currency on economic grounds, citing the expected positive returns of greater financial stability, economic efficiency, price transparency, and lower interest rates and transaction costs, the historical record nonetheless suggests that their original pursuit of monetary integration was not especially well-founded in economic theory [....]. Their initial commitment to adopt the euro, moreover, was at least as much politically motivated as it was economically motivated [...]. Regardless of its potential economic risks, adopting the euro was imperative in order to facilitate the larger political project "of building a Europe that was integrated politically as well as economically" [...].

7 Johan Fornäs: «8. Currency», en *Signifying Europe*. Bristol / Chicago: Intellect / University of Chicago Press, 2012, págs. 205-249.

8 *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso, 1983.

9 «Mapes de Catalunya: de la imatge al símbol», *Revista de Catalunya* 137 (febrer). Barcelona: Fundació Revista de Catalunya, 1999, págs. 59-76; cita en la pág. 60.





La cara común de esta pieza conmemorativa alemana (del año 2008) tendría que mostrar el mapa de toda Europa, pero sin embargo –y como consecuencia de un error– la moneda incorpora solamente un mapa de los estados de la Unión Europea y, además, sin los países *del Este*: la cartografía presente en las primeras acuñaciones de 1 y 2 euros, iniciadas en 1999.

La cara nacional de la pieza muestra la iglesia de San Miguel de Hamburgo: en 2008 correspondió a este estado federado la presidencia del *Bundesrat*, la cámara parlamentaria de los *Länder* alemanes. La letra «F» que se observa en el campo de la moneda hace referencia a la ceca concreta de acuñación, Stuttgart, donde se produjo la citada inclusión errónea del mapa.

APÉNDICE 0
***la Semeuse* de Oscar Roty,**
mucho más allá de las monedas





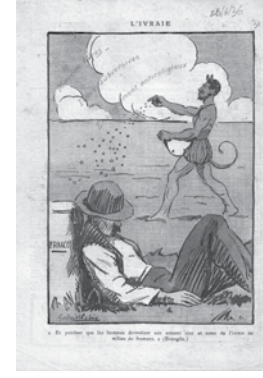






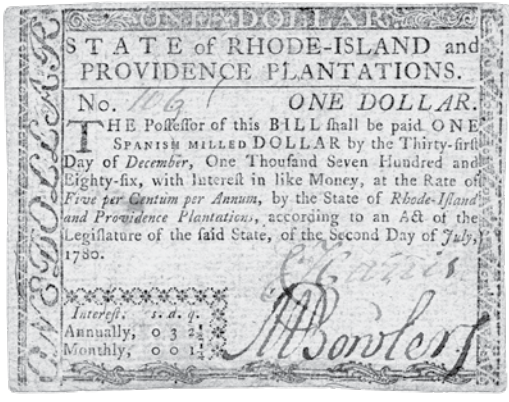






APÉNDICE I
El poder económico de un símbolo del poder real

Las monedas españolas de 8 reales (reales de a ocho o, en inglés, *pieces of eight*) son consideradas la primera moneda verdaderamente universal, global, con circulación a través de la mayor parte del planeta. Hablamos de una especie monetaria que mantuvo la hegemonía internacional en la era de la plata, entre ya avanzado el siglo XVI y los inicios del XIX: por ejemplo, los ocho reales hispánicos permanecieron como moneda de curso legal, y bien presentes, en Estados Unidos hasta 1857 (muchos billetes del banco de ese país utilizaron la imagen de lo que ellos llamaban *Spanish milled dollar*, dólar español acuñado mecánicamente, con el propósito de fortalecer la credibilidad de ese papel moneda).



Anverso del billete de un dólar emitido por el estado de Rhode Island y las Plantaciones de Providence durante los primeros tiempos de la independencia de Estados Unidos. Se lee la referencia al *Spanish milled dollar*. La imagen procede del National Museum of American History (en Nueva York).

Por cuanto respecta específicamente a las monedas de 8 reales que mostraban –desde 1732/1733– los globos o hemisferios flanqueados por columnas y cubiertos por corona (conocidos como de «columnas y mundos» en la documentación histórica, y actualmente en inglés por el apelativo de *Pillar dollar*), su prestigio estuvo fuera de toda duda: a diferencia de alguna de las anteriores emisiones elaboradas a martillo y descuidadamente, que llegaron a sufrir una gran operación de fraude en el Potosí de mediados del siglo XVII, estas acuñaciones mecánicas –a volante– mantuvieron incólume el peso y el contenido en plata pura durante los cuarenta años de producción; además, los nuevos reales de ocho disponían de un «cordoncillo o laurel» que imposibilitaba la operación de limar las piezas o recortar trocitos de los bordes (actividad ésta última, el cercén, delictiva y fácil de hacer cuando la moneda tenía el contorno irregular).

El hecho de que fueran unas monedas más caras de elaborar habría justificado la merma en el peso y en la ley –o porcentaje de metal noble sobre el conjunto de la aleación– de estas acuñaciones respecto a las anteriores (ahora bautizadas generalmente como macuquinas): a raíz de la real cédula del 9 de junio de 1728 (sobre la ley de la plata y la talla o peso de las piezas) y el real decreto del 8 de setiembre del mismo año (en cuanto al tipo monetario), la aparición del *Pillar dollar* supuso una reducción en el peso de los ocho reales desde los 27,468 gramos a los 27,064, y pasaron de ser elaborados en plata de 930,555 milésimas a serlo con una ley de 916,666. Todo esto significaba que el contenido en plata pura había pasado de 25,560 gramos a 24,808, casi tres cuartos de gramo menos.

En 1772 se procedió al fin de la fabricación de los «reales de a ocho de columnas y mundos» y a la consiguiente aparición del tipo dicho de busto (*Portrait dollar* en inglés). La operación se nos aparece imbricada con una pequeña reducción de la ley de las piezas y, en este caso, no encontraremos razones técnicas para la merma: los nuevos tipos –que permitían introducir sistemáticamente el retrato real en las acuñaciones de plata de la monarquía de España (con lo que ello significaba de difusión de la imagen física de quien detentaba el máximo poder del reino) – estaban elaborados con plata de 902,777 milésimas, con lo que las monedas tenían un contenido *en fino*, es decir, en plata pura, de 24,432 gramos (casi 0,4 gramos menos que el tipo de los mundos o hemisferios). En 1786 volvió a repetirse la ejecutoria, hasta las

895,833 milésimas y los 24,244 gramos (casi 0,2 gramos menos). Estos parámetros permanecerían inalterables hasta la finalización de las emisiones, a finales del reinado de Fernando VII.

Para un esquema de la evolución de la ley y algunos pesos de las monedas españolas de plata, véase el Apéndice XII

En conjunto, desde *ca*. 1550 hasta el primer tercio del siglo XIX, esta moneda universal perdió poco más de 1,3 gramos de plata pura por unidad: una reducción que –cuando consideramos los más de doscientos setenta y cinco años transcurridos– define una buena estabilidad en el contenido en metal noble. Esta característica es una condición muy decisiva, aunque no suficiente, para poder ser una moneda comercial internacional de confianza, lo que ocurrió efectivamente en el caso de la pieza de 8 reales. Es cierto, sin embargo, que no hablamos de la estabilidad prácticamente absoluta que había caracterizado al ducado de oro de Venecia, rebautizado *zecchino*, durante más de cinco siglos: entre 1284 y 1797. Ni tampoco podemos comparar a la más internacional de las especies monetarias del mundo hispánico con el sólido –*solidus* en latín, *nomisma* en griego– de romanos y bizantinos, estable en cuanto al contenido en oro puro desde su creación, en el siglo IV, hasta bien entrado el siglo XI (el récord absoluto en esta especie de contienda monetaria).

Igualmente, no podemos establecer una comparación beneficiosa para los 8 reales si tomamos como referencia a los tetradracmas de plata atenienses: estos últimos fueron emitidos con alguna interrupción entre el 512 y el 50 a. de C., o sea durante poco más de cuatro siglos y medio. Y si en origen los especímenes pesaban entre 17 y 17,5 gramos, las últimas emisiones –conocidas ahora como del «estilo nuevo»– oscilarían entre los 16,25 y los 16,95 gramos (en la peor de las distancias, gramo y cuarto de merma en más de cuatrocientos sesenta años).

Así pues, la pérdida de 1,3 gramos en doscientos setenta y cinco años no permite ocupar a los reales de a ocho ninguna de las tres primeras posiciones de un ranking que vendría definido por la larga –multisecular– duración de la acuñación y la nula, o muy corta, merma en contenido de metal noble. Pero sí estaríamos en presencia de un cuarto lugar a lo largo de una historia de más de veintiseis siglos de monedas.



Imagen del reverso de una moneda de 8 reales de Carlos III de Borbón, con la marca de la ceca de la ciudad de México, entonces posesión de España. Sobre la columna de la izquierda se observa la corona imperial, mientras que la columna de la derecha mantiene la corona real del diseño original.

«The major variation in design springs from the replacement of the royal crown a top the left of the two Pillars of Hercules by an imperial crown to betoken the importance of the empire over witch Ferdinand VI ruled. The usage commenced in 1754 by México City [...], was followed by Chile in 1760 and by Lima nine years later [...]. Guatemala, New Granada and Potosí abstained» (Frank F. Gilboy: *The milled columnarios of Central and South America. Spanish American pillar coinage, 1732 to 1772*. Regina, Saskatchewan · Canadá: Prairie Wind Publishing Inc., 1999, págs. 50-51)

APÉNDICE II
El anverso de la moneda de 5 pesetas del Gobierno Provisional (y de las otras acuñaciones con el mismo motivo)

La presencia del topónimo «ESPAÑA» sobre el duro de plata de 1870 (y sobre las otras monedas emitidas por el Gobierno Provisional que hicieron uso), constituye una cuestión bien relevante de la historia política en la península. Debemos apoyar a la línea argumental de José Miguel Santacreu –en *Peseta y política. Historia de la peseta 1868-2001*[1]– cuando ha escrito lo siguiente al respecto:

1 Barcelona: Ariel, 2002, pág. 24.

> Lo más revolucionario con respecto a las leyendas anteriores fue incluir la palabra españa en las monedas de oro y plata. Hasta entonces, ninguna moneda contenía en su leyenda dicha palabra en singular. Siempre aparecía en plural, tanto en latín como en castellano. Los reyes de la Monarquía Hispánica, hasta el final del reinado de Isabel II, acuñaron sobre sus monedas peninsulares las palabras *Rex Hispaniarum* o Reyes de las Españas, lo cual transmitía un mensaje de unión patrimonial de los distintos reinos de España y no la existencia de un Estado Nación. En cambio, la palabra ESPAÑA expresaba el concepto de una nación soberana, única y unificada.

Alrededor de esto conviene, sin embargo, reparar en unas piezas singularísimas en el panorama monetario hispánico, ya mencionadas en la segunda parte de este trabajo: en las 5 pesetas acuñadas en Girona durante el asedio de los franceses, en 1809, donde el anverso proclamaba «FERNANDO · VII REY · DE · ESPAÑA» (con un busto del monarca de apariencia bien clásica, con armadura, manto y peinado romano), y en las piezas del mismo valor y del mismo año que se emitieron durante la defensa de Lleida frente al ejército napoleónico: «FERNANDO. VII · REY. DE · ESPAÑA». Se trata de monedas que –en atención a la modernidad ideológica de la leyenda– parecerían adelantarse a su tiempo desde la perspectiva política, pero no puede olvidarse que una serie de nacionalismos contemporáneos europeos debe su eclosión, en muy buena parte, a la agresión de las tropas de Napoleón. Y el español no es, justamente, la excepción.[2]

Sea como fuere, y sin lugar a dudas, este anverso puesto en circulación por las autoridades del Gobierno Provisional constituye una manifestación magnífica de cómo proceder a la simbolización –sobre las monedas– de un colectivo humano definido como nacional y, en paralelo, de cómo aniquilar las representaciones del poder personal de los gobernantes. Javier de Santiago Fernández –en *La peseta. 130 años de la historia de España*[3]– lo ha puesto muy bien de relieve:

> Quizá lo más significativo desde el punto de vista externo sea la desaparición del retrato en los anversos de las diferentes piezas. Es una medida lógica en un sistema de gobierno que había desalojado del Trono a una dinastía y había puesto fin a una forma de gobierno monárquico. El poder ya no estaba centrado en una persona, no existía una cabeza visible del Estado, pues el presidente de una República o, en este caso, un presidente de gobierno o un regente no reciben el poder de forma indefinida y vitalicia. Por ello, lo que se hace es, en lugar de asumir la representación personal tradicional, grabar una alegoría alusiva al Estado. Se intenta simbolizar en una imagen a la Nación Española, identificación indudable ante la inscripción que acompaña al tipo. Es un motivo de clara inspiración clásica que bebe en las más puras fuentes del Mundo Antiguo.
>
> [...] Todo el conjunto es un trasunto de las nuevas ideas de la Revolución: la nación recupera su soberanía y, con ella, la paz, una vez derrocado el régimen anterior centralizado en la persona de la reina Isabel II.

El motivo presente sobre los anversos de las monedas de 5 pesetas es el segundo diseño monetario que el Gobierno Provisional inyectó en el torrente circulatorio expresado en la nueva unidad monetaria nacional, forjada en tiempos de Isabel II pero finalmente elegida poco después

2 Que la epopeya napoleónica en España pueda ser etiquetada globalmente como modernizadora no puede hacer obviar el carácter satelizador, extractor de recursos y, por tanto, humillante del día a día de la invasión en muchos de los sitios afectados. Lo que no quiere decir, por supuesto, que Fernando VII mereciera las ilusiones colectivas que desató y la sangre que en su nombre se derramó en Valencia y en el resto de territorios españoles de la península.

3 Madrid: Castellum, 2000, págs. 29-30.

de la Revolución Gloriosa: el diseño primigenio era prácticamente idéntico y había aparecido, exclusivamente, sobre la primera moneda de una peseta fechada en 1869. El anverso de esta pieza no incluía la palabra «ESPAÑA» sino solamente la expresión «GOBIERNO PROVISIONAL» (una ejecutoria única que ya hemos glosado antes). Casi tocando el pie derecho de la alegórica matrona se figuraba un conejo.



El conejo había identificado a la península ibérica en tiempos de la dominación de los romanos, y ello porque estos habrían traducido la denominación fenicia dada a las latitudes ibéricas, *HI-SHPHANIM*, como «tierra abundante en conejos». De acuerdo con una hipótesis, el término *spn* no designaría a los conejos sino a los damanes, un animal de aspecto bastante parecido –pero de especie diferente– con el que los navegantes y colonos de Fenicia estarían familiarizados y, en consecuencia, habrían creído contemplar sobre el solar ibérico. De cualquier modo, ya hemos dicho en el apartado correspondiente que la identificación del conejo con la Hispania romana se acredita fehacientemente en algunas monedas de Adriano que hicieron particular referencia a la península, entre las cuales aquellas que aparecen adornadas de la matrona Hispania apoyada en las rocas (con la leyenda «HISPANIA»): en tales piezas el conejo figuraba a los pies de la figura o detrás de la misma, excepción hecha de su ausencia en algunas emisiones de denarios y sestercios.



«Una seconda ipotesi invece più moderna fa supporre che l'etimologia [d'Hispània] derivi del termine *I-SPANYA*, "isola dei forgiatori" di metalli [...]. In questo caso il coniglio sulle monete avrebbe un significato puramente allegorico: come in minatore scava "gallerie" nelle miniere [...] così fa il roditore nel construirsi la propria tana» (Danielle Leoni, 2011).

He aquí lo que decía el informe de la Academia de la Historia sobre la oportunidad de la presencia, o no, del conejo en las monedas a acuñar por el Gobierno Provisional, y ello en el contexto de proponer una composición que tomara como base a las aludidas acuñaciones de Adriano:

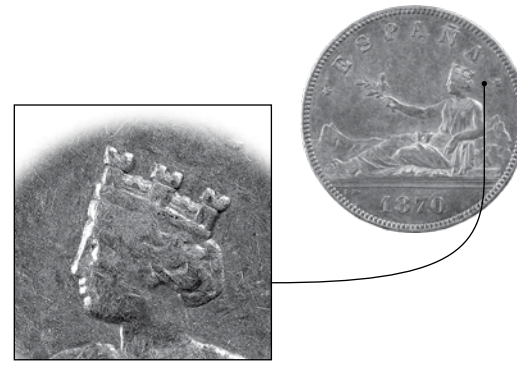
> [...] la preciosa alegoría del reverso de algunas medallas del emperador Adriano. Es la figura de España en esas medallas una matrona ceñida de diadema y recostada en los montes Pirineos; sale de entre los piés el tradicional conejillo y ocupa su diestra mano una rama de oliva. La sanción que los siglos han prestado á la significación de tan armonioso conjunto; la tranquila felicidad que al parecer transpira como emblema de los días de esplendor procurados á su patria por los Césares españoles, y el partido que un artista hábil puede sacar de todo para crear una composición expresiva, han decidido á la Comisión á proponer para la figura de España la matrona recostada en los Pirineos, rodeada del Océano, con los piés en el Estrecho, la rama de oliva en la mano y la diadema en la cabeza, que será el símbolo pedido de la soberanía de la nación. La figurilla del conejo no parece responder á la dignidad del asunto ni poseer en el día carácter especial, y por ello la Comisión opina que debe omitirse.

Tanto la primera peseta de 1869 –con la leyenda «GOBIERNO PROVISIONAL» y el conejo– como las piezas de 5 y 2 pesetas, 1 peseta y 50 y 20 céntimos que –en los cinco casos con la leyenda «ESPAÑA» y sin el conejo– exhibieron la alegoría de la matrona apoyada (con los Pirineos y Gibraltar), tenían su origen directo en la medalla que Luis Marchionni, el grabador de dichas especies monetarias había dedicado al nacimiento del Gobierno Provisional con fecha de 1868. Marchionni nos dejó tres versiones de su obra (bronce, plata y oro), las tres con un diámetro de 37 mm. Este diámetro es el mismo que tendría la entonces inminente moneda de 5 pesetas de plata, e igualmente se trata de la dimensión que venía definiendo a las piezas de 20 reales y 2 escudos de Isabel II, y de cinco unidades de plata de la Unión Monetaria Latina –5 francos franceses, belgas y suizos, 5 liras italianas y 5 dracmas griegas– que servirían de inspiración directa en cuanto al valor, módulo y composición metálica para la más grande de las nuevas monedas españolas de plata. Se debe incidir especialmente en el hecho de que en la medalla encontramos conjuntamente la leyenda «ESPAÑA» y el conejo a los pies de la figura de España, combinación que, según lo que llevamos visto, nunca se dió en las monedas.



También se debe remarcar –lo hemos dicho de paso en la descripción general de las 5 pesetas y los 10 céntimos de 1870– que, en vez de la diadema que aparecía sobre la frente de las versiones romanas de la matrona, la medalla de Marchionni y sus adaptaciones muestran otro objeto sobre la cabeza de la alegoría: una corona mural que, como ya se ha comentado con anterioridad, se escogió coetáneamente como timbre para el nuevo escudo nacional.





La respuesta a la pregunta de por qué una corona mural sobre las armerías españolas la hemos avanzado también, en el texto general, al hablar de la cabeza de la matrona: aquellos eran tiempos de incertidumbre política y no se había promulgado la que sería Constitución de 1869; en consecuencia, el debate entre monarquía y república no se había resuelto aún en las Cortes en favor de la primera. En aras de la neutralidad, la Academia de la Historia concluyó que «Sería lo más oportuno que el artista compusiera su reverso sin timbre de ninguna clase, como sucede en las monedas suizas; pero si esto no es posible, la corona mural, ú otro ornamento ménos significativo, suministrará el complemento que necesita, sin que se prejuzgue ninguna cuestión política».

Esta corona mural elegida *in extremis* pasaría –en las manos expertas de Luis Marchionni– de la cima del escudo a la cabeza de la matrona. Y lo mismo acontecería con sellos de correos emitidos para su uso en la metrópoli y las colonias.

La corona mural de la matrona recuerda una imagen de tanta fuerza y perdurabilidad como la de la *Italia turrita*, la representación de Italia como figura femenina tocada con corona mural, con orígenes en la antigüedad clásica y usada por la monarquía o la república de aquel país –por regímenes liberales, fascistas o democráticos– indistintamente. La Italia *turrita* también era una alegoría difundida socialmente antes de hacerse realidad la unidad italiana, conseguida durante el reinado de Víctor Manuel II: un ejemplo paradigmático de la relevancia pública anterior a 1861 se encuentra en las 5 liras de plata emitidas en

Milán, en 1848, después de *le cinque giornate* y de la consiguiente instauración del Gobierno Provisional de Lombardía.[4]



Volvamos a las latitudes ibéricas para decir que la alegoría de Hispania de factura neoclásica, tocada de torres y almenas se convertiría –también a través de la presencia de este tipo de corona– en tan neutral e inclusiva como se pretendía que lo fuera el escudo: la figura personificaría a todos los miembros de la nación, tanto monárquicos como republicanos, la patria toda en la hora de la refundación que se deseaba después de haberse abolido la dinastía borbónica. En la retórica de la Carta Magna de 1869,

> La Nación española, y en su nombre las Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal [masculino], deseando afianzar la justicia, la libertad y la seguridad, y proveer al bien de cuantos vivan en España, decretan y sancionan la siguiente CONSTITUCIÓN.

Hemos de formular una última pregunta sobre la alegórica matrona que encarnó a España (con o sin conejo), uno de los diseños más emblemáticos de la historia monetaria peninsular y europea: ¿qué fuentes de inspiración extranjeras utilizaron, en la Academia de la Historia, a la hora de apostar por una alegoría femenina de este carácter? Los redactores en ningún momento hicieron mención de la pieza milanesa de 1848; sí que explicaron, con detalle suficiente, que los espejos se encontraban en Gran Bretaña, Suiza y la Francia republicana de 1848:

> No es nueva, ciertamente, la idea de representar en los cuños la imagen de la Nación que los autoriza; muchos años hace que Inglaterra ostenta en sus monedas la imagen sentada de la *Britannia* con escudo al costado, el tridente en una mano, la rama de oliva en la otra [en realidad desaparecida del dibujo después de 1807], y la cabeza galeada ó simplemente ceñida de diadema. También Suiza coloca en sus troqueles más recientes una elegante figura de la *Helvetia*, sentada en los Alpes y extendida la diestra mano sobre sus cumbres, y la Francia del 48, para simbolizar la República, tomó una bellísima cabeza de las medallas sicilianas antiguas [el tipo monetario conocido como Ceres]. Siguiendo en parte este último ejemplo, y buscando al paso la mayor propiedad en la representación pedida, la Comisión ha principiado por examinar las figuras de la *Hispania* que la numismática romana ofrece á nuestra vista.



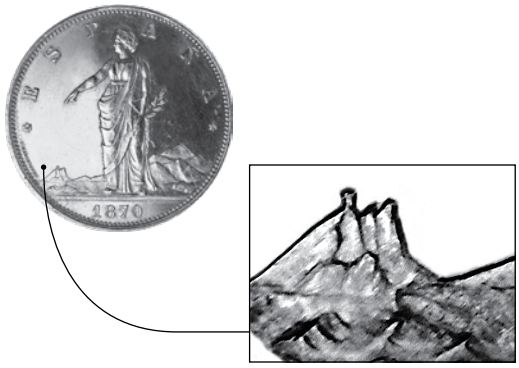
4 En esta moneda la figura aparece rodeada por una inscripción con profunda significación política, de carácter nacionalista y liberal: «ITALIA LIBERA ✶ DIO LO VUOLE», una leyenda que es, en parte, adaptación de un famoso clamor del tiempo de las cruzadas medievales: *Deus lo vult* o *Deus le volt* (en latín vulgar), *Deus hoc vult* o *Deus vult* (en latín clásico), o *Dieu le veut* (en francés).

Evidentemente, la *Helvetia* y la *Britannia* sentadas habrían podido inspirar directamente a Luis Plañiol –y al retocador Luis Marchionni– para conformar la *Hispania* que debería hacerse presente sobre las monedas de bronce (*vid*. dest. pág. ant.).

APÉNDICE III
De las 100 pesetas a los 10 céntimos

A. Las cien pesetas

El primero de los dos diseños *hermanos* de las monedas con la matrona apoyada sirvió de muy poco: solo para llenar el anverso de unas pocas piezas de presentación –nueve o, como mucho, una docena– de una moneda de 100 pesetas de oro. En esta pieza la matrona estaba de pie y no llevaba corona mural en la cabeza, sino una «diadema ceñida a la cabeza» según la directriz emanada desde la dirección del Tesoro. También se cumplía la previsión de que la matrona «cono su mano derecha señalará el Estrecho de Gibraltar» (una composición ésta que acentúa el carácter irredentista, reivindicativo, de la acuñación).



Esta pieza, que nunca se emitiría para la circulación, aparecía firmada por Luis Marchionni y se habría elaborado sobre una propuesta previa y perceptiblemente diferente de José Lozano, ganador –en cuanto a las piezas de oro– del concurso convocado al efecto. Tendremos que concluir que el accidente orográfico fortificado –con una torre alta y otros elementos más pequeños– situado a la izquierda del espectador figuraría ser la roca gibraltareña, si bien en este caso el artista habría escogido una de las vistas posibles desde el Mar de Alborán (en dirección suroeste/noreste), con lo que la parte alta del promontorio es la más alejada en el horizonte.

Por lo que respecta al reverso de las 100 pesetas del Gobierno Provisional,

> [...] muestra el nuevo escudo de España bajo corona monárquica, sobre manto de armiño y rodeado del Toisón de oro, lo que nos dice que esta pieza se diseñó tras la aprobación por parte de las Cortes Constituyentes de que España sería un Reino (por eso los símbolos monárquicos), pero antes de que se votara quien sería el nuevo rey, ya que no aparece ningún símbolo dinástico.[5]





Sello fiscal de recibos y cuentas para Cuba, datado en 1871 y con valor de una peseta y 25 céntimos.

También se acuñaron a nombre de Amadeo I unos pocos ejemplares de 100 pesetas en oro (y de 25), en ningún caso destinados a la circulación.



5 José María de Francisco Olmos: «La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)» en Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid, 2008, págs. 121-192; cita en las págs. 140-141.

B. Los 10 céntimos

Ya se ha dicho que el segundo diseño *hermano* de la matrona apoyada se hizo presente sobre las emisiones de 1, 2, 5 y 10 céntimos fechadas en 1870; no se ha dicho aún que aquellas gigantescas emisiones llegaron a alcanzar una cifra superior a los 743 millones de piezas. Toda una satisfacción para el firmante de las monedas, Marchionni, y nada más alejado del destino sufrido por el diseño con el que Luis Plañiol ganó el apartado de monedas de bronce del concurso de 1869: ser objeto, exclusivamente, de una reducidísima emisión de muestras (cuatro ejemplares, se decía a finales del siglo XX). Ya hemos avanzado en el texto general que, a diferencia de las monedas circulantes debidas a Marchionni, los 10 céntimos de Plañiol cumplían en todo con la disposición de enero de 1869 que había enmarcado los concursos monetarios, y es por eso que este disco artístico representaba sin sombra de duda al Peñón de Gibraltar y, en consecuencia, rezumaba un nacionalismo español bien irredentista: «Para el Bronce: / Anverso: "España", representada por una matrona sentada en los Pirineos y rodeada del Océano y mirando al Estrecho. [...]».



Otra diferencia notoria entre, de una parte, el proyecto de Plañiol y las monedas de plata, y, por otra, las monedas de bronce firmadas por Marchionni, es que en estas últimas la matrona –que aparece sentada mirando al lado contrario de lo previsto– no lleva la rama de olivo en la mano del brazo extendido, sino en los dedos que la figura mantiene al borde de la cadera: como se había especificado por parte de las autoridades, «en la mano derecha, rama de oliva».

APÉNDICE IV
Cabezas coronadas en las monedas

La corona de laurel, la cinta al modo de diadema y la corona real habían estado presentes, en tiempos anteriores al pretendiente Carlos VII, ornamentando bustos reales en las acuñaciones de la monarquía hispánica. Como ya se ha dicho antes, la reina Isabel II, madre del enemigo de Carlos VII, Alfonso XII, había lucido corona de laurel en una parte de sus piezas monetarias, y lo mismo había sucedido antes con respecto a Felipe V (en una corta emisión madrileña de 1709), Carlos III y Carlos IV (sólo en acuñaciones americanas, en ambos casos) y Fernando VII. El pretendiente carlista conocido como Carlos V de Borbón –hermano de Fernando VII– también había aparecido con laureles en la cabeza en la mayoría de sus escasísimas emisiones, realizadas durante la primera guerra de los carlistas contra los partidarios de los otros Borbones.

En todo caso hay que recordar que la tradición en cuestión no era exclusiva, en absoluto, de la monarquía española sino que se había encontrado bien extendida en las monedas de la antigüedad clásica (y más aún en la específicamente romana), en algunos ejemplos medievales, en muchas amonedaciones de la Europa moderna y contemporánea e, incluso, en la América independizada de potencias europeas. En efecto: los laureles de la victoria no tienen patria. Aquí incorporamos imágenes de tres piezas ornadas con retratos laureados, emitidas –de arriba a abajo– por la monarquía española (en México, en tiempos de Carlos IV pero con el busto de Carlos III de Borbón), por Francia (durante el período imperial de Napoleón) y por el Imperio de Áustria (a nombre de Francisco José I) (*vid*. pág. siguiente).

En cuanto a la cinta o diadema, de reconocible influencia helenística, este elemento había adornado algún retrato monetario de Fernando VII –el «busto diademado» sevillano– y de su antagonista José I o José Bonaparte (en la mayor parte de las acuñaciones áureas). Y respecto a la corona real abierta con florones, tan presente en las monedas medievales sobre las cabezas de los monarcas de muchas latitudes europeas, en la península ibérica había resistido mal el paso entre la Edad Media y la Moderna: el uso de este elemento se había refugiado en las emisiones de traza medieval acometidas en diversos territorios de la Corona de Aragón durante los siglos XVI, XVII y XVIII, con el canto del cisne en la Valencia

y en el Aragón del archiduque Carlos de Austria y en la Mallorca de los primeros Borbones.







APÉNDICE V
¿Los céntimos de Carlos VII se acuñaron en el País Vasco?

Tradicionalmente se había hablado de la capital belga, Bruselas, o de París, como lugares de acuñación de las monedas de 5 y 10 céntimos a nombre de Carlos VII, pero en los últimos años ha tomado fuerza la hipótesis de una localización vasca: la villa guipuzcoana de Oñate, *capital* de los carlistas. En apoyo de esta posibilidad existe un anuncio publicado en el núm. 318 de *El Cuartel Real*, portavoz de la causa carlista, el 18 de diciembre de 1875:

> Secretaría de Estado y del Despacho de / Hacienda. / Real órden. / Illmo. Sr.: S.M. el Rey (Q. D. G.) se ha servido acordar se pongan desde luego en circulacion las monedas de bronce de 10 y 5 céntimos de peseta, acuñadas en la Real Casa de Moneda de Oñate. / Lo que de Real órden comunico a V. S. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. / Dios guarde a V. S. I. muchos años.–Real de Durango 15 de Diciembre de 1875.–*El Conde del Pinar*.–Illmo. Sr. Tesorero general de Castilla.

A pesar de la contundencia del escrito nos podríamos, sin embargo, permitir la duda: en medio del contexto de la Tercera Guerra Carlista, tal vez la afirmación de que las monedas se habían fabricado en Guipúzcoa era pura propaganda. El posible objetivo ¿inconfesado? pues, hace creer a los enemigos que el dominio de Carlos VII sobre los territorios vascos era absoluto, al menos tan consolidado como para poder llevar a cabo estas cuidadas emisiones, que exigían una infraestructura técnica notable y estaban prácticamente a la altura de las coetáneas españolas y occidentales.







APÉNDICE VI
Francia 1791: ausencia y presencia de la doble legitimidad

El origen de las dobles fórmulas explícitas de legitimación del poder –divina y constitucional, la segunda derivada del ejercicio de la soberanía nacional (encarnada en el poder legislativo)– se encuentra fuera de las fronteras españolas: concretamente en los inicios de la Revolución Francesa, cuando aquel proceso se encontraba en la fase de dotar al país de una monarquía regulada por una constitución escrita (que sería jurada finalmente por el rey Luis XVI el 14 de septiembre de 1791). En ese momento se evitó la referencia al derecho divino en las nuevas monedas revolucionarias: la titulación real –ubicada alrededor del retrato del anverso– devino «LOUIS XVI ROIS DES FRANÇAIS [o DES FRANÇOIS]».



Pero la Asamblea Nacional Constituyente preservó la mención de la «Gracia de Dios» –matizada mediante la referencia a la ley constitucional– cuando se trató del encabezamiento de las leyes (desde el 10 de octubre de 1789). Se acordó lo mismo en cuanto a la leyenda que ornaría el nuevo sello real, utilizado desde la segunda quincena del mes de febrero de 1790: «LOUIS XVI PAR LA GRACE DE DIEU ET PAR LA LOY CONSTITUTIONNELLE DE L'ETAT ROY DES FRANÇOIS». De cualquier modo las apariencias no deberían oscurecer la realidad y, evidentemente, no engañaron a los protagonistas de los hechos en la Francia revolucionaria:

> Es la doble legitimidad, la tradicional (derecho divino) y la nueva de la soberanía popular, pero no hay que engañarse, los diputados dejaron claro que esta titulación era simplemente un gesto de reconocimiento a la tradición, ya que «No existe en Francia autoridad superior a la de la Ley, el rey reina sólo por ella», lo es sólo después de jurar el Acta constitucional, convirtiéndose así en el primer funcionario del Estado con una asignación (lista civil) de 25 millones anuales de sueldo. Por todo ello se generalizó una fórmula más concisa para titular al monarca «Luis, rey de los franceses».[6]

APÉNDICE VII
Un escudo de España con doble vida: 1875 y 1981

He aquí el blasonamiento que se hace, en la Ley 33/1981, del 5 de octubre, del actual escudo oficial español.[7]

Destaca en el texto la ausencia de vinculación –de atribución expresa de representación– entre los cuarteles heráldicos presentes en el escudo y los correspondientes reinos históricos. De existir, este enlace sería, justamente, la clave



que permitiría entender visualmente como la monarquía de España se creó mediante la unión de reinos diferentes. Así pues, quien lee el articulado de esta ley no puede comprender las razones por las que el escudo de España está compuesto, ni tampoco puede atribuirse cada cuartel a una realidad histórica concreta. Hemos añadido entre corchetes las atribuciones que faltan (ya anunciadas en el texto que acompaña al sello de 1875):

> Artículo primero.
> El escudo de España es cuartelado y entado en punta. En el primer cuartel, de gules o rojo, un castillo de oro, almenado, aclarado de azur o azul y mazonado de sable o negro [Castilla]. En el segundo, de plata, un león rampante, de púrpura, linguado, uñado, armado de gules o rojo y coronado de oro [León]. En el tercero, de oro, cuatro palos, de gules o rojo [las «cuatro barras» de la Corona de Aragón]. En el cuarto, de gules o rojo, una cadena de oro, puesta en cruz, aspa y orla, cargada en el centro de una esmeralda de su color [Navarra]. Entado de plata, una granada al natural, rajada de gules o rojo, tallada y hojada de dos hojas, de sinople o verde [Granada].
>
> Acompañado de dos columnas, de plata, con base y capitel, de oro, sobre ondas de azur o azul y plata, superada de corona imperial, la diestra, y de una corona real, la siniestra, ambas de oro, y rodeando las columnas, una cinta de gules o rojo, cargada de letras de oro, en la diestra «Plus» y en la siniestra «Ultra».
>
> Al timbre, corona real, cerrada, que es un círculo de oro, engastado de piedras preciosas, compuesto de ocho florones de hojas de acanto, visibles cinco, interpoladas de perlas y de cuyas hojas salen sendas diade-

6 José María de Francisco Olmos: *La moneda en la Revolución Francesa. Documento económico y medio de propaganda político*. Madrid: Castellum, 2000, pág. 112.

7 BOE nº. 250, del 19 de Octubre de 1981, pág. 24477*a*.

mas sumadas de perlas, que convergen en un mundo de azur o azul, con el semimeridiano y el ecuador de oro, sumado de cruz de oro. La corona, forrada de gules o rojo.

Artículo segundo.
El Escudo de España, tal como se describe en el artículo anterior, lleva escusón de azur o azul, tres lises de oro, puestas dos y una, la bordura lisa, de gules o rojo, propio de la dinastía reinante [Borbón-Anjou].

Como contraste con la anterior ausencia de alusión a los reinos históricos, acompañamos un extracto del ya mencionado *Informe dado al gobierno provisional sobre el escudo de armas y atributos de la moneda*, emitido por la Academia de la Historia –redactado en concreto, como ya se ha dicho, por Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Cayetano Rosell, Eduardo Saavedra y Salustiano de Olózaga– y fechado en Madrid el 6 de noviembre de 1868. Este informe fue aceptado a la hora de conformar los cuarteles del escudo de España del momento (y, por extensión, de otros posteriores incluyendo el actualmente vigente), y en el texto sí se incluyen las referencias explícitas a los reinos castellano, leonés, aragonés *lato sensu*, navarro y granadino (las mayúsculas son del original):

> El escudo de armas, según esto, tendrá que ser cuartelado en cruz con entado en punta; es decir, que estará dividido en cuatro porciones por dos líneas mutuamente perpendiculares, sacando en la parte inferior un triángulo curvilíneo. El primer cuartel contendrá el castillo de oro en campo rojo de CASTILLA; el segundo el león rojo en campo de plata, con corona, lengua y uñas de oro de LEÓN; el tercero, debajo del castillo, las cuatro barras encarnadas en campo de oro de ARAGÓN; el cuarto, debajo del león, las cadenas de oro en campo rojo de NAVARRA; y en el triángulo la granada natural abierta, con tallo y hojas, en campo de plata, de GRANADA. La acostumbrada repetición de castillos y leones que se ve en nuestros antiguos escudos no debe tener lugar; porque esa duplicación sólo proviene, ó de alianzas consanguíneas, ó de la necesidad de proporcionar el tamaño de los cuarteles al de las figuras.

Siguiendo a Faustino Menéndez Pidal de Navascués, el origen de la decisión de la Academia de la Historia en 1869 hay que buscarlo unos sesenta años antes, cuando lo que había que decidir eran las armerías que debía lucir José Bonaparte:

> Pero sí hubieron de conocer –y muy probablemente tomar como modelo– las que propuso (en segundo lugar) Don Juan Antonio Llorente para José Bonaparte. Estaban descritas en su opúsculo –de obligada lectura para los informantes– titulado *Discurso Heráldico sobre el escudo de armas de España*, impreso en Madrid en 1809, que el autor habría aportado a la Academia al ingresar en ella dos años más tarde. En estas armas hallarían, además, un importante precedente de la utilización de los emblemas totalmente independiente de los reyes legítimos de España. Consistían en un cuartelado de Castilla, León, Aragón y Navarra, entado en punta de las Indias (los hemisferios y las columnas) y cargado de un escudete con el águila napoleónica. José Bonaparte las modificó, por un Real Decreto fechado en Vitoria en 12 de Octubre de 1808, añadiendo a los cuatro cuarteles citados otros dos, uno con la innecesaria granada y ocupó el otro el símbolo del Nuevo Mundo.[8]



8 «Discurso inaugural: detrás del escudo de España», *Emblemata. Revista Aragonesa de Emblemática* (*ERAE*) vol. 18. Zaragoza: Institución Fernando el Católico · Diputación Provincial de Zaragoza, 2012, págs. 21-39; cita en la pág. 33.

De cualquier modo, en el resumen final que la Academia de la Historia incluyó en su *Informe*, el blasonamiento –«traduciendo al idioma técnico cuánto va expuesto»– ya no incluyó las atribuciones históricas:

> Escudo cuartelado en cruz: primero, de gules y un castillo de oro, almenado de tres almenas, y donjonado de tres torres, la del medio mayor; cada una también con tres almenas, el todo de oro, mazonado de sable y adjurado de azur: segundo, de plata y un león de gules, coronado de oro, armado y lampasado de lo mismo: tercero, de oro y cuatro palos de gules: cuarto, de gules y una cadena de oro puesta en orla, en cruz y en sotuer: entado en punta, de plata y una granada al natural mostrando sus granos de gules, sostenida, tallada y hojada de dos hojas de sinople. Acostadas, una á cada lado, las dos columnas de Hércules, de plata, con la basa y el capitel de oro, liadas con una lista de gules, cargada con el Plus ultra de oro [a continuación reproducimos el reverso de la medalla de plata de Luis Marchionni].



Se debe coincidir con Javier de Santiago Fernández cuando afirma, en el ya citado *La peseta. 130 años de la historia de España* (pág. 30), que en la coyuntura histórica de la revolución contra los Borbones y del subsiguiente asentamiento del Gobierno Provisional, lo que el nuevo régimen necesitaba –con referencia al escudo– era que la opinión pública viera las nuevas armerías (fig. B) como la antítesis de un blasón de composición y significación dinástica, la alternativa a lo que se consideraba propio –a la vista de la naturaleza del reinado isabelino– de una monarquía con sentido patrimonialista del país (fig . A y, en el inicio del reinado de Alfonso XII, fig. D). En efecto, desde la perspectiva de aquel nacionalismo español, las nuevas armerías debían simbolizar a España como unidad política y sin ninguna alusión a la persona que gobernara: «La idea era reproducir la imagen de los diversos reinos medievales que sucesivamente se fueron fundiendo hasta formar lo que hoy conocemos como España. Se excluye toda idea de familia y alianza y se pretende expresar la independencia respecto a cualquier poder personal y hereditario». Pero ya en tiempo de Amadeo I el escudo de España se hibridó al poner en el centro las armas de los Saboya (la cruz blanca –de plata– en fondo rojo: fig. C); esta forma de proceder sería retomada en tiempos de Alfonso XII y Alfonso XIII con respecto al escusón borbónico (con las tres flores de lis: fig. E) y, como se ha visto, es la que nutre la composición del actual escudo oficial español (fig. F).

A - B





C - D





E - F





Queremos casi terminar este apéndice con la redacción que Javier de Santiago Fernández –págs. 50-51– ha dedicado a las razones por las que el régimen canovista habría decidido, a finales de 1875, es decir, meses después de restaurar a toda prisa el escudo dinástico borbónico y meses antes de ser aprobada la Constitución de 1876, asumir como armerías propias de España las vigentes en época de Amadeo I con el lógico cambio de escusón y, así, beber en definitiva de la reforma heráldica del Gobierno Provisional (los matices contenidos entre corchetes son nuestros):

> El cambio existente en el escudo del reverso [a partir de la peseta y de las 25 pesetas de 1876 y del duro de 1877] es muy significativo. El que ahora se adopta es el mismo que había creado el Gobierno Provisional en 1868, con el añadido del escusón con las lises de Borbón sobre el todo y la corona identificadora del régimen monárquico rematando el escudo. La moneda combina elementos heredados de la época de Isabel II con otros tomados del Sexenio Revolucionario. Se crea de esta forma un escudo que ha permanecido hasta nuestros días. Su composición es un trasunto de las ideas políticas de Cánovas, plasmadas en la Constitución de 1876. Su proyecto político pretendía aunar tradición y modernidad y de hecho la Constitución tenía dos claros puntos de referencia: el modelo constitucional de 1845, obra de los moderados [o conservadores], y el texto de 1869, el más progresista y enunciador de derechos y libertades del individuo. Esta combinación [diferente según los aspectos] que subyace en la Carta Magna es la misma que preside la nueva ordenación del escudo. Se trataba de difundir la idea de que la Restauración no se trataba de una mera vuelta al pasado, sino de un sistema político que nacía del legitimismo monárquico, pasaba por encima de la inestabilidad del Sexenio Revolucionario, incorporando alguno de sus logros, y miraba al futuro, con la introducción de significativas novedades en su funcionamiento.
>
> Es un cambio que solo existe en las monedas [y no en las acuñadas para las Islas Filipinas entre 1880 y 1885], pues en el resto de objetos en los que suele estar el escudo no se manifestó. Así en las banderas del Ejército y la Marina, como en las de representación diplomática y consular figura el tradicional cuartelado de castillos y leones.

De hecho, en cuanto a los billetes de banco el retraso en la incorporación del escudo de 1875 es notorio: existe un proyecto de 1904 que no llegó a emitirse; en 1905 un billete de 50 pesetas incorporó blasones separados de Castilla, León, la Corona de Aragón y Navarra; en 1906 ya se elaboraron pruebas de papel moneda con el nuevo escudo, y estas finalmente se materializaron en la emisión puesta en circulación durante el año 1907. Si hablamos de sellos destinados al correo ordinario y urgente, el cuarteado con «barras» y cadenas –y granada y flores de lis, etc., claro– se incorporará en 1905, y sobre sellos de correo aéreo en 1926.

La conclusión a este apéndice llega de la mano de un texto posterior en tres décadas y media a los hechos contemplados. La redacción en cuestión glosa las armerías que incluyen «barras» y cadenas, y figura en la primera y segunda ediciones de *El escudo de España*, publicado en Madrid en 1910 y en 1916 (págs. 25 y 30, respectivamente). El autor del opúsculo fue el historiador y arqueólogo sevillano Narciso Sentenach, y su forma de expresarse puede considerarse representativa del *stablishment* nacionalista español del momento, que atisbaba aventuras ultramarinas con que –debemos suponerlo– reverdecer laureles imperiales desaparecidos en 1898. Casi seguramente en Marruecos:

> Tal es, en la actualidad, nuestro escudo, pudiendo decirse, que nunca ha sido más justamente expresivo ni más conforme con la historia y esencia de nuestra nacionalidad; y si por él queremos expresar la sanción

que debe prevalecer de la gran obra de la unidad nacional, dentro de la variedad de las regiones, que así permanezca muchos siglos, engrandecido si acaso tan sólo con aquellos emblemas que simbolicen nuestra futura preponderancia en otras partes del mundo, a la que debemos aspirar por nuestra aplicación y progreso.

APÉNDICE VIII
Dos gorros en uno

A lo largo del texto sobre la moneda de dos pesetas del Gobierno de Euskadi hemos utilizado indistintamente, o casi, las expresiones gorro frigio y gorro de la libertad para referirnos al elemento que cubre el busto femenino del anverso. Este uso nuestro no es excéntrico, sino la apropiación de una práctica que dataría del siglo XVIII y que tendría su razón de ser en la (con)fusión entre dos objetos de la antigüedad grecorromana: por un lado el gorro –con la característica prominencia delantera– atribuido a la región de Frigia, en la antigua Asia Menor, actual Turquía, a menudo pintado con color rojo; y por el otro el *pileus* o gorro sin prominencia que, en Roma, se ponía sobre la cabeza de los esclavos durante la ceremonia de concesión de la libertad.



Justamente la ceremonia romana de conversión en libertos explica que Marco Junio Bruto –el más célebre de los asesinos de Julio César– ordenara incluir un *pileus* en las monedas que emitió durante el año 42 a. de C.: evidentemente lo hizo en alusión a la libertad que Roma habría recobrado, supuestamente, a raíz de la muerte del famoso gobernante acusado de querer todo el poder y convertirse en rey. En el reverso de aquellas monedas políticamente tan significativas aparecían, además, dos armas blancas y la inscripción «EID[IBVS] · MAR[TIIS]», en los idus de marzo, con referencia directa a la fecha del magnicidio. Comunicación política, propaganda, o como se quiera decir.

APÉNDICE IX
El escudo franquista

Las armerías que se conocen popularmente como «el escudo del águila» fueron oficiales, desde inicios de febrero de 1938, en la zona gobernada por los sublevados contra la II República; desde el 1 de abril de 1939, y hasta octubre de 1981, este escudo estuvo vigente en la totalidad del territorio estatal español, si bien a lo largo de este periodo se establecieron versiones canónicas sucesivas, la última de las cuales –con el águila azorada, es decir, con las alas desplegando el vuelo, con dos modalidades en el cuarteado del blasón (completa y simplificada) y con nula referencia a la retórica franquista en el blasonamiento oficial– fue aprobada durante la presidencia de Adolfo Suárez, en enero de 1977.


Constitución Española

Don Juan Carlos I
Rey de España

A todos los que la presente vieren y entendieren

Sabed: que las Cortes han aprobado y el Pueblo español ratificado la siguiente Constitución

Unos recordatorios y aclaraciones que consideramos oportunos: la Constitución española vigente fue promulgada el 6 de diciembre de 1978 y en su articulado no hace ninguna referencia a las armerías estatales. Por eso, y porque la última versión de este escudo permaneció en uso oficial hasta casi tres años después de entrar en vigor la Carta Magna, no tiene ningún sentido tildarlo con eufemismos incorrectos como preconstitucional o anticonstitucional; es suficiente con calificar las armerías de 1938 como lo que son: el escudo franquista –y, con respecto a las últimas versiones, efímeramente juancarlino– de España.

José María de Francisco Olmos expresaba hace unos años en términos similares, en cuanto a los calificativos de preconstitucional o anticonstitucional, en el artículo «Estudio de la tipología monetaria como documento propagandístico de la evolución política española (1975-2003):[9]

9 En vol.15, nº2 de la *Revista General de Información y Documentación*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, págs. 5-38.

> Desde ese momento el nuevo escudo oficial de España [de 1981] sustituirá al de 1938 en todos los soportes, en especial en banderas, sellos y monedas como ahora veremos, pero hay que dejar clara una cosa, el anterior escudo no puede definirse como «anticonstitucional» o como «preconstitucional» simplemente era el oficial de España entre 1938 y 1981 y de hecho el ejemplar original iluminado de la Constitución española que se guarda en el Congreso de los Diputados lleva en su inicio este escudo, por ser el oficial cuando se aprobó dicho texto. Otra cosa es que con posterioridad a la fecha de aprobación del nuevo escudo diversos grupos políticos utilizaran «el viejo» con unas motivaciones políticas e ideológicas claras, enfrentadas a los valores que representa la Constitución y que por tanto quedaran al margen de ella (pág. 19)».

En la exposición de motivos del decreto que dio a conocer la composición heráldica elegida por los franquistas pueden leerse líneas argumentales –y retóricas– como estas, probablemente inspiradas –como mínimo parcialmente– por la persona de Ramón Serrano Súñer, el «cuñadísimo» de Franco:

> Al instaurarse por la gloriosa Revolución Nacional de 1936 un nuevo Estado, radicalmente distinto en sus esencias de aquel al cual ha venido a sustituir, se hace preciso el que este cambio se refleje en los emblemas nacionales. Espontáneamente todos cuantos cooperaron al Movimiento Nacional hicieron gala de usar como distintivo el águila que desde Roma viene siendo símbolo de la idea imperial y que figuró en el blasón de España en las épocas más gloriosas de su historia. El haz de flechas y el yugo de los Reyes Católicos, cuya adopción como distintivo constituye uno de los grandes aciertos de nuestra Falange, debe figurar en las armas oficiales para indicar cuál ha de ser la tónica del nuevo Estado. Finalmente ha de fijarse para representar una Patria que resume todo lo sustancial de la Tradición española, un emblema que sea compendio de nuestra historia y que en su belleza refleja la belleza de la España inmortal.
>
> Ningún conjunto heráldico más bello y más puramente español que el que presidió el reinado de los Reyes Católicos, la consumación de la Reconquista, la fundación de un Estado fuerte e imperial, el predominio en Europa de las armas españolas, la unidad religiosa, el descubrimiento de un nuevo mundo, la iniciación de la inmensa obra misional de España, la incorporación de nuestra cultura al Renacimiento.
>
> [...]
>
> El águila que en él figura no es la del imperio germánico, al cabo exótica en España, sino la del evangelista San Juan, que al cobijar bajo sus alas las armas españolas, simbolizan la adhesión de nuestro Imperio a la verdad católica, defendida tantas veces con sangre de España; en el figuran, además, el haz de flechas y el yugo, entonces como ahora, emblema de unidad y disciplina. La repetición de los motivos heráldicos, innecesaria, contribuye poderosamente al ritmo y a la armonía del conjunto, que se realza con la brillantez de los esmaltes en que predominan los colores de la bandera nacional. Son precisas, no obstante, algunas modificaciones. Han de ser suprimidas las armas de Sicilia, que dejó de ser española desde el tratado de Utrecht, y en su lugar deben figurar las del glorioso reino de Navarra, cuyas cadenas se incorporaron con tanto acierto y justicia al emblema del Estado en 1868. También conviene conservar las columnas con el lema "Plus Ultra", que desde Carlos V viene simbolizando la expansión española de ultramar y el aliento de superación de los navegantes y los conquistadores españoles.

He aquí el blasonamiento que se hacía, en el Decreto del 2 de febrero de 1938, del escudo franquista (como en el caso de las armerías ac-

tualmente vigentes, en el texto legal no se identifican los cuarteles con las adscripciones históricas correspondientes, y es por eso que aquí las añadimos entre corchetes):



Artículo 1º.- El escudo de España se constituye con la heráldica de los Reyes Católicos, sustituyendo las armas de Sicilia por las del antiguo reino de Navarra, con lo cual se integran los blasones de las agrupaciones de Estados medievales, que constituyen la España actual.

Artículo 2º.- El escudo de España se describirá así:

Cuartelado. El primero y el cuarto cuartelados también, y primero y cuarto de gules, con un castillo de oro almenado con tres almenas, con sable y aclarado de azur [Castilla]; segundo y tercero, de plata, con un león rampante de gules coronado de oro, linguado y armado de lo mismo [León]. Segundo y tercero, partido en pal; el primero de oro con cuatro palos de gules [la Corona de Aragón]; el segundo de gules con una cadena de oro, de la cual arrancan ocho segmentos que se reúnen en el centro de la joya, centrada por una esmeralda [Navarra].

Entado en punta, de plata, con una granada de su color, rajada de gules y tallada y hojada con dos hojas de sinople [Granada].

Coronel de ocho florones (visibles cinco).

El todo sobre águila de San Juan pasmada, de sable, nimbada de oro, con el pico y las garras de gules; éstas armadas en oro. A la derecha de la cola del águila, un yugo de gules con sus cintas de lo mismo, y a la izquierda, un haz de flechas de gules, con sus cintas de los mismo. En la divisa, las palabras: «Una», «Grande», «Libre». El todo flanqueado por dos columnas de plata, sobre ondas de azur, surmontadas por corona de oro. En la del lado derecho se enrosca una cinta con la palabra «Plvs»; en la del lado izquierdo, otra con la palabra «Ultra».

Ya se ha dicho al inicio de este apéndice que, cuando en tiempos de Adolfo Suárez se modificó la versión oficial del escudo –en el Decreto 1511/1977 de 21 de enero (BOE 1-VII-1977) «por el que se aprueba el Reglamento de Banderas y estandartes, guiones, insignias y Distintivos»–, no se recurrió a ninguna retórica franquista. De hecho la descripción del yugo y de las flechas en el escudo adquiere un remarcado tratamiento historicista, alejado de cualquier querencia hacia la apropiación falangista de ambos emblemas y, así pues, con referencias directas a las iniciales de Fernando y de Isabel, origen verdadero de lo que en el siglo XV eran dos divisas galantes (el yugo –por la «y» de Isabel– sería asumido por Fernando; las flechas –por la «f» de Fernando– serían asumidas por Isabel):

> A la derecha de la cola del águila, un yugo de gules, en su posición natural, con cinta de lo mismo, formando la inicial de Fernando, y a la izquierda un haz de cinco flechas, de gules, con puntas hacia abajo y cinta de lo mismo, formando la inicial de Isabel. Yugo y flechas convergentes hacia el extremo de la cola del águila.

Se debe recordar, como se ha dicho antes, que juntamente a la versión completa del escudo franquista existieron versiones con el blasón cuartelado abreviado, o simplificado: este escudo «burocrático» permitía la reproducción de las armerías sobre superficies de dimensiones pequeñas o muy pequeñas. A continuación se muestra la evolución gráfica del escudo oficial en España entre 1938-1939 y 1945 (primeros modelos), 1945 y 1977 (segundo modelo) y 1977 y 1981 (terceros modelos, vigentes durante las presidencias de Adolfo Suárez y de Leopoldo Calvo-Sotelo).

Cómo en la práctica totalidad de este trabajo, los dibujos de los siguientes elementos heráldicos son obra de Heralder y otros (miembros del pro-

yecto Wikimedia y Wikipedia-Commons). Heralder puede ser considerado el artífice más destacado de diseños de armerías de España que hay actualmente en internet.[10]

PRIMEROS MODELOS: 1938/1939-1945



SEGUNDO MODELO: 1945-1977



TERCEROS MODELOS: 1977-1981



10 <https://commons.wikimedia.org/wiki/User:Heralder> <https://ca.wikipedia.org/wiki/Escut_d%27Espanya>

APÉNDICE X

El escudo que tardaba en irse

Extracto de la respuesta del portavoz centrista a la iniciativa socialista de cambio del escudo estatal en el Pleno parlamentario de 1980:



Según esta descripción –que no es más que una propuesta–, desaparecerían del escudo actual el águila imperial, el yugo y las flechas, y la leyenda «Una, grande, libre». También cambiaría la forma de la corona. [...] Para responder a la proposición de ley socialista, el Gobierno delegó en el diputado don Joaquín Satrústegui, quien comenzó proclamando también su emoción ante un tema de tal trascendencia, «que da a esta sesión plenaria un carácter histórico». «Vamos a votar –dijo en nombre del grupo centrista– a favor de la proposición socialista.» Recordó que el escudo «que hasta hace poco, era el escudo de España», se creó por un decreto de 2 de febrero de 1938, pasada ya gran parte de la guerra. «Los que nos encontrábamos en el frente nacional estábamos ajenos a esas cuestiones», dijo y añadió que fue un equipo de hombres, dirigido por Ramón Serrano Súñer, «gran amigo mío de siempre» –matizó–, y en el que se encontraba Dionisio Ridruejo, el que creó el escudo. Afirmó que si Dionisio Ridruejo viviera todavía y fuera diputado diría, en esta ocasión, palabras parecidas a las que él iba a decir. Y dijo: «¿Por qué es razonable que se estudie la vuelta al escudo que siempre existió?» Tras recordar que este escudo fue creado en 1868 y que sólo fue modificado en la Corona por la II República, agregó: «Es lógico que el escudo de España de siempre tenga la situación que corresponde a una Monarquía parlamentaria. Votada una Constitución democrática, no puede seguir existiendo, en torno al escudo de siempre, unos aditamen-

tos, que corresponden a un Estado totalitario, donde imperaba la disciplina y que iba hacia el Imperio. Respeto los sentimientos de todos, pero estimo que es objetivo e inteligente aceptar una proposición de ley que estudia, con tranquilidad, cómo va a ser el escudo de España de ahora. No parece lógico que el escudo de España continúe siendo el que, en un momento emocional, decidieron unos cuantos hombres de un solo bando. Un símbolo así no puede ser representativo de una España, que está haciendo, y ha de seguir haciendo, enormes esfuerzos por superar el trauma de la guerra y para lograr vivir en paz, sin más derramamientos de sangre.»

Tras estas palabras del señor Satrústegui se procedió a la votación de la proposición de ley del grupo socialista, que fue aceptada a trámite por 236 votos a favor, siete en contra, dos abstenciones y dos nulos («El Gobierno acepta un posible cambio en el Escudo de España», *ABC*. Madrid, 28-II-1980, pág. 17).

APÉNDICE XI
Los cantos de las monedas también hablan del poder (1833-2001)

He aquí las inscripciones con mensaje político presentes, cuando se tercia, sobre los cantos de las piezas españolas desde el reinado de Fernando VII hasta el de Juan Carlos I. En el caso del Gobierno Provisional también recogemos los lemas políticos del anverso y del reverso de la pieza de 25 milésimas de escudo de 1868. En las leyendas siguientes no hacemos referencia a elementos gráficos distintos a la flor de lis.

FERNANDO VII · MONARQUÍA ABSOLUTA
1833 (moneda «prototipo» de 20 reales):

DIOS ES EL REY DE LOS REYES ✚

ISABEL II · MONARQUÍA NO CONSTITUCIONAL
1834-1836:

DIOS ES EL REY DE LOS REYES ✚

ISABEL II · MONARQUÍA CONSTITUCIONAL
1837-1868:

LEY PATRIA REY ✚✚✚

REVOLUCIÓN GLORIOSA · GOBIERNO PROVISIONAL
1868 (anverso y reverso de las 25 milésimas de escudo):

SOBERANIA NACIONAL

ESPAÑA LIBRE · 29 DE / SETIEMBRE / 1868

GOBIERNO PROVISIONAL
1869-1870:

SOBERANIA NACIONAL

AMADEO I · MONARQUÍA CONSTITUCIONAL
1871:

JUSTICIA Y LIBERTAD

ALFONSO XII · MONARQUÍA NO CONSTITUCIONAL
1875-1876:

JUSTICIA Y LIBERTAD

ALFONSO XII · MONARQUÍA CONSTITUCIONAL
1877-1887: 27 flores de lis en relieve

✚✚✚✚✚✚✚✚✚ ✚✚✚✚✚✚✚✚✚ ✚✚✚✚✚✚✚✚✚

1880-1885 (50 centavos para las islas Filipinas):
ALFONSO XIII · MONARQUÍA CONSTITUCIONAL

LEY PATRIA REY ✚✚✚

1888-1899: 27 flores de lis en relieve

✚✚✚✚✚✚✚✚✚ ✚✚✚✚✚✚✚✚✚ ✚✚✚✚✚✚✚✚✚

FRANCISCO FRANCO · DICTADURA
1958-1975:

UNA GRANDE LIBRE

JUAN CARLOS I · MONARQUÍA DURANTE LA TRANSICIÓN
1976-1978:

UNA GRANDE LIBRE

JUAN CARLOS I · MONARQUÍA PARLAMENTARIA
1979-1982:

UNA GRANDE LIBRE

1982-2001: 22 flores de lis incusas

⚜ ⚜

APÉNDICE XII
La ley y algunos pesos de las monedas de plata españolas desde 1732 a 1899

[Fuente principal: Manuel Vilaplana Persiva: *Historia del real de a ocho*. Murcia: Universidad de Murcia, 1997]

Contenido en plata pura de la pieza de 8 reales entre *ca*. 1550 y 1728 (con la excepción del tipo *maría*): **25,560 g** (peso total: 27,468 g)

1732-1772

- Contenido en plata pura de la pieza de 8 reales: **24,808 g** (peso total: 27,064 g)
- Piezas de 8 y 4 reales (América y península): ley 0.916,666
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio (América): ley 0.916,666 (peso del real 3,38 g)
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio (península): ley 0.833,333 (peso del real 2,98 g)

1772-1786

- Contenido en plata pura de la pieza de 8 reales: **24,432 g** (peso total: 27,064 g)
- Piezas de 8 y 4 reales (América y península): ley 0.902,777
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio (América): ley 0.902,177 (peso del real 3,38 g)
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio (península): ley 0.812,5 (peso del real 2,98 g)

1786-1833

- Contenido en plata pura de la pieza de 8 reales o 20 reales «de vellón»: **24,244 g** (peso total: 27,064 g)
- Piezas de 8 y 4 reales o, en su caso, 20 y 10 reales «de vellón» (América y península): ley 0.895,833
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio (América): ley 0.895,833 (peso del real 3,38 g)
- Piezas de 2 reales, de 1 real y de medio o, en su caso, de 4, 2 y 1 real «de vellón» (península): ley 0.806,3 / (peso del real 2,98 g)

1833-1848

- Contenido en plata pura de la pieza de 20 reales «de vellón»: **24,244 g** (peso total: 27,064 g)
- Piezas de plata de 20 y 10 reales: ley 0.895,833
- Piezas de 4 y 2 reales, y de 1 real: ley 0.806,3 (peso de la media peseta, o 2 reales «de vellón», 2,98 g)

1848

- Contenido en plata pura de la pieza de 20 reales «de vellón»: **23,661 g** (peso total: 26,291 g)
- Piezas de 20 y 10 reales: ley 0.900
- Piezas de 4 y 2 reales, y de 1 real: ley 0.900 (peso de la media peseta, o 2 reales «de vellón», 2,62 g)

1849-1854

- Contenido en plata pura de la pieza de 20 reales «de vellón»: **23,49 g** (peso total: 26,10 g)
- Piezas de 20 y 10 reales: ley 0.900
- Piezas de 4 y 2 reales, y de 1 real: ley 0.900 (peso de la media peseta, o 2 reales «de vellón», 2,61 g)

1854-1864

- Contenido en plata pura de la pieza de 20 reales «de vellón»: **23,367 g** (peso total: 25,964 g)
- Piezas de 20 y 10 reales: ley 0.900
- Piezas de 4 y 2 reales, y de 1 real: ley 0.900 (peso de la media peseta, o 2 reales «de vellón», 2,59 g)

1864-1868

- Contenido en plata pura de la pieza de 2 escudos: **23,36 g** (peso total: 25,96 g)
- Piezas de 2 escudos y 1 escudo: ley 0.900
- Piezas de 40, 20 y 10 céntimos de escudo: ley 0.810 (peso de la media peseta, o 20 cts. de escudo, 2,59 g)

1868-1899

- Contenido en plata pura de la pieza de 5 pesetas o de 1 peso: **22,5 g** (peso total: 25 g)
- Piezas de 5 pesetas, y de 1 peso (para Puerto Rico y las islas Filipinas): ley 0.900
- Piezas de 2 pesetas, 1 peseta y 50 y 20 céntimos: ley 0.835 (peso de la media peseta, o 50 cts., 2,5 g)
- Piezas de 50, 20 y 10 centavos de peso para las islas Filipinas: ley 0.835 (peso de la media peseta, o 10 cts. de peso, 2,5 g)

Translations

POWER AND PROPAGANDA. THE REASONS FOR AN EXHIBITION CYCLE ON GOVERNMENT AND REPRESENTATION.

Rafael Company (MuVIM director)

I

The *Diccionari Normatiu Valencià*, composed by the Acadèmia Valenciana de la Llengua (AVL) gives us the following -translated here- definition of propaganda: "Systematic action exercised on public opinion in order to spread certain ideas or doctrines and get followers, or to make something known with commercial intent", and also establishes a second meaning: "leaflets, posters, video or other materials used to disseminate something and make it known".[1] These entries reflect the amphibious character the term has ended up assuming throughout the years. In fact, according to the second meaning and the end of the first, any broadcasting material may be considered propaganda; on the other hand, if we follow the beginning of the first entry, we would only consider propaganda activity -and of course, propaganda messages and materials- when faced with a systematic communication programme destined to affect citizens' opinions and changing them. Thus, a programme aimed at persuasion: "Persuasive discourse destined to modify the attitudes and behaviour of public opinion", is -translated from Catalan- what the second edition of the *Diccionari de la llengua catalana* from the Institut d'Estudis Catalans (IEC).[2]

If we enquire about the term's etymology, the *Diccionari català-valencià-balear* reminds us that the word comes from "the Latin *propaganda*, "what needs to be spread", taken specifically from the expression [Sacra] Congregatio de propaganda fide, "*Congregation to propagate the faith*".[3] When referring to this institution, in charge of missions and founded in 1622, it is in a context defined by a rivalry among religious denominations, and because of this, we'll notice the term was born with an undoubtable connotation of proselytism.

Centuries have passed, and the proselytist component of *propaganda* mechanisms has reached a point of hypertrophy: in fact, if we were to ask any regular mortal, the term propaganda would be probably linked, mostly and for most, to the systematic action carried out by the great totalitarian regimes of the 20th century, pig-headed on their proselytist purpose to the point of employing deceit and the starkest of manipulations in their instruments of political communication: this, in order to enable pure domination over all addressed, thus eliminating or minimising as much as possible any social repercussion alternative discourse could have.

However, such extremes haven't always been reached in the ruling classes' exercise of persuasive will: often, those in power have issued -and issue- messages that don't involve flagrant lies or perverse intentions, and that only intend to legitimise the ruling power -or the insurgent's intentions- through the display of power, strength, status or convictions, while requesting respect, obedience or devotion. These are moderate intensity attempts at building social consensus through propaganda mechanisms. Actually, very often, the more those in power feel secure in their hegemony, the more they've limited themselves to "showing off", identifying themselves to those addressed, displaying their emblems with the intention -at most- of reinforcing their own prestige and reputation.

We are evidently treading an area full of nuances and gradations, where it's sometimes hard to tell if the ruling class is only showing itself or going beyond its purposes and, if that's the case, to what point and extent. And, as we well know, societies immersed in massive and effective propaganda processes may undergo a process of collective narcotization of sorts, where it's very hard to publicly invalidate the power in place and its supporting propaganda apparatus (be it full of fake information in its discourse or not).

1 <http://www.avl.gva.es/lexicval>
2 <http://dlc.iec.cat>
3 <http://dcvb.iecat.net>

II

Having said this, it's time to consider the opinion of a renowned analyst in these matters such as Peter Burke. In *The fabrication of Louis XIV*, the researcher was very thorough in his evaluation of the two opposing views of scholars on rulers and their images, symbols or portrayals, a *cynical* and an *innocent* one:

> From a comparative point of view, we could say both rival models emphasise certain perceptions at the cost of excluding others. The cynical is certainly reductionist, and refuses considering myth, rite and devotion as responses to a psychological need. It takes for granted too easily that the ruling classes of the past were just as cynical as they are. On the other hand, the opposing model takes for granted too easily that everyone in a given society believed its myths. It's unable to acknowledge specific examples of forgery and manipulation [...] The processes by which images support power are more effective the more they are partially unconscious [...] Thus, both models have their use. One could consider the tension between them to be fruitful.[4]

These reflections may lead us to state that public manifestations of ideologies and rulers' portrayals -their ways of conceiving reality and representing it- are necessarily correlated to likely psychological needs -conscious or not- in those under their rule: they would be susceptible of feeling, interpreting and reply in their minds to the power of signs involved in the "symbolic construction of authority", or, to put it in vulgar terms, in the public "sale" of those ruling.

Furthermore, these perceptible attitudes in the governed may, in certain cases, be found in the midst of the very environments where images of power are produced and issued. Paul Zanker brought this up regarding the first Roman imperial period, in his work *The power of images in the Age of Augustus*: while there are those who see a refined propaganda apparatus behind Augustus' behaviour -regarding the development of the emperor's public image-, the whole process presents itself as a much more complex one, precisely because those in power fell under the influence of the very symbols they were using.[5]

It is also verified that in the epicentre of one of the textbook examples of totalitarianism in the first half of the last century -mussolinian fascism- the authors of its massive propaganda intoxication in Italy would end up being prey to their creation, sincerely devoted to the symbolic abyss they'd just dug.

It bears reminding the reader that we're talking about the great neo-Roman mystification stating that Italians were *I romani della modernità*, reaching its paroxysm in the mid-30's bloody conquest of Ethiopia (with its associated *Proclamazione dell'Imperio*, or figured resurrection of the Roman Empire). Those around Benito Mussolini -considered a new Julius Caesar, and later, practically the second coming of Augustus- would prove to be incorrigible romantics, imbibed with a repairing optimism of sorts in a rhetoric that would rinse the tears of the past and allow them to close their eyes to the uncomfortable truths of the present.[6]

4 Translated from *La fabricación de Luis XIV* (San Sebastián: Nerea, 2003, 2nd ed., pages. 20-21).

5 Translated from *Augusto y el poder de las imágenes* (Madrid: Alianza Editorial, 2002, 1st reprint. [1st ed. in Castilian 1992]).

6 «[...] per quanto il fascismo avesse sempre proclamato che la "politica è l'arte delle cose reali", e che ogni politica poggiava necessariamente su posizioni di forza, pure i suoi discepoli non erano che degli incorreggibili romantici, pronti a figurandosi un mondo di loro comodo, basato su considerazioni indubbiamente propagandistiche e lontanissime dai reali rapporti tra le nazioni. [...] In fondo il fenomeno fascista era nato e si era giustificato su una speciale componente del carattere nazionale, una "fuga dalla realtà" che aveva lontanissime radici, e che si era concretata, come livello di aspirazione, nelle "radiose giornate" dell'Impero, proclamato in Roma all'atto della presa di Addis Abeba. [...] la retorica mussoliniana dell'Impero rappresentava in modo sostanzialmente perfetto la massima soddisfazione che le frustrazioni nazionali maturate negli ultimi cento anni potessero assegnare a se estese» (Franco Bandini: *Tecnica della sconfitta. Storia dei quaranta giorni che precedettero e seguirono l'entrata dell'Italia in guerra*. Florencia: Nuova Editoriale Florence Presse, 2013, págs. 174-175).

III

At this point in the text we ought to keep the reader from being confused: the exhibitions making up MuVIM's cycle "Power and propaganda" don't focus on images forged by rulers in fascist Italy, nor on those that would come to define Louis XIV's long reign over France, or the ones accompanying Augustus' time. But this should disappoint no one: evidently, these three historic moments aren't -at all- the only ones we could analyse -with interesting results- from the perspective of the relationship between rulers and the mechanisms they employ to portray themselves and spread their government's messages: our museum has chosen diverse historic periods and geographical areas that will surely awaken the interest of visitors from both Valencia an elsewhere.

The smallest of our programmed exhibitions, located in MuVIM's Parpalló Hall, carries the title "Cartel cubano 1959-1989. Crónica gráfica de la historia reciente de Cuba" (*Cuban posters 1959-1989. Graphical chronicle of the recent history of Cuba*). It is an iconographic compilation of works by very prominent artists for propaganda use in those 30 years by Fidel Castro and the other leaders of the Cuban revolution, one of the paradigmatic political events of the 20th century's second half. This movement would topple Fulgencio Batista's -extremely tyrannical and corrupt, as well as *handed over* to the USA and mafia interests- military government, and would enjoy a very perceptible consensus at first to, soon after, become the object of taunts from significant sectors in both Cuba and western countries. New authorities in the island ended up embracing the communist ideology, and would align with the Union of Soviet Socialist Republics, USSR: thus, the political and social process experienced in Castro's Cuba became, for many years, the biggest example of revolutionary leftist ideals, both for industrialised societies and developing countries.

Against the backdrop of strong public controversy incited by the current nature and behaviour of the Cuban government, historical castrism -a one-party regime now as it was back in the day- also raises polarised outbursts of passion: from absolute and inflamed *laudatio* to the most belligerent of denounce and condemnation, by way of self-proclaimed *equidistant* stances, which tend to excuse the methods to point out the social achievements in contrast (in the context, as is well known, of *poor* America and the secret harassment and public hostility -the embargo- from the Washington government).

IV

In regard to the bigger exhibition, "The images of power", we're actually dealing with three clearly delimited spaces located in the Alfons Roig Hall: the first, "Kings of Africa. Photographs by Alfred Weidinger", shows portraits of contemporary African monarchs. But these are monarchs with no effective administrative power, harboured by republican nation states maintaining traditional tribal structures, and under their shelter, they show themselves to Weidinger's camera. Such an exotic portrayal of power is surprising to the usual western eye, in its combination of poor architectures, pretend luxuries and, at times, objects of overwhelming and unexpected -seductively strange- relevance, far from royal European canons, or sometimes directly inspired by them.

These images' indisputable beauty is coupled, though, with a slightly unnerving feeling, produced by a more than likely internal contradiction: African kings and their autochthonous symbolic resources are arranged according to the rules of a method of reality building, photography, of distinctly western origin. There is, indeed, an acculturation of sorts in these portrayals of power when, in spite of the panoply of authenticities in front of us, the staging of their protagonists is in great debt to traditional European portrayals of monarchic power and to western photography history, while also being continuist to the way the West has treated those worlds it deemed exotic.

V

The second space in "The images of power" isn't exotic at all to us Valencians: "Portrayals of power" is organised around the pictorial effigies of kings, queens, regents and dictators of the nation-state

known as Spain, and by their side, portraits of some presidents of Valencia's Diputación (local government). A mixture, a dialogue, then, between Power with a capital "P", most often formally monarchic, Madrid-based and conceived in Castile, and peripheral, provincial, non-autonomous power, which was practically the backbone of Spanish state organisation from the days of Fernando VII to pre-autonomous and autonomous institutionalisation (until the late 70's and early 80's of the last century).

Among the succession of portraits showing us rulers and their peripheral correlates, we'd like to point out one depicting the Spanish autocrat better known as "the Chieftain" (*Caudillo*), the work of a creator who'd embodied the best qualities of Valencian design during the Second Republic, Luis Dubón. Dubón left us -on this work commissioned by the Diputación in 1952- an absolutely exceptional, memorable pictorial *vendetta*, especially considering it in the context of a regime such as francoism. It is a very intelligently constructed pictorial piece, currently little known by the greater public and glossed by Michelle Vergniolle Delalle in *Peinture et opposition sous le franquisme. La parole en silence*: "[...] the painter gets to show the public, under the pretence of utmost classical respect, a discreet caricature of the usurping midget".[7] Amador Griñó pointed out, in his collaboration to the catalogue for "The images of power", how Dubón's portrait of Franco was indebted in its composition to the excellent portrait of general Narváez produced by another Valencian, Vicente López (and currently kept in the Valencian capital's Museum of Fine Arts and the Royal Palace in Madrid).

Néstor Morente Martín points out in his doctoral thesis on republican iconography in Valencia[8] that "painter Luis Dubón ended his days without renouncing his style, personality or republicanism", and MuVIM, having already exhibited several of his works in its halls (including the exhibition "Republican modernity in Valencia. Innovations and survivals in figurative art (1928-1942)"), would now like to close the circle with the exhibition of such a caustic work, finished shortly before the artist's passing.

The painting's surprising quality is even more evident when compared to Franco's portrait as painted five years later by José Segrelles, so glorifying and exalting: exhibiting both works together is one of the high points of the "Power and propaganda" exhibition cycle.

VI

One last note on the space dominated by painting; in it, we've located "Ruler portrayals on Spanish coins: from Fernando VII's death to the euro". This is a selection of monetary pieces -classified in twelve chronological scopes- as a complement to the pictorial views of monarchs and dictators and, in a given case, as counterpoint to them: thus, one of the exposed coins displays an offensive political counterstamp (a stamped inscription), used between 1871 and 1873 against king Amadeo I of Savoy by supporters of future Alfonso XII.

As many scholars in numismatics have pointed out, monetary mint has been -for centuries, and still today- a privileged instrument of general political communication and in particular, in spreading the image of -political- power. And while the exhibition intends to offer a minute taste, in this work we intend to reflect more profoundly on what we've come to call *Power in your pocket. Images of rulers in Spanish coins (18th to 21st century)*. This deals very particularly with the formulas through which personal (royal or dictatorial) power has legitimated itself, such as the pretended possession of "the Grace of God" (in Latin, *Dei Gratia*) as single or accompanied source of power for a reign or dictatorship's exercise, as well as the reference to a monarchy's constitutional character -or lack of it-. In the case of republican regimes -and the Provisional Government born in 1868-, we find iconographic embodiments of a power that claims to be collective: from Hispania and

7 Translated from *La palabra en silencio. Pintura y oposición bajo el franquismo* (Valencia: Universitat de València, 2008, pages. 42-43).

8 *El art déco en la imagen alegórica de la II República Española en Valencia: Vicente Alfaro promotor de las artes*. Valencia: Universitat de València, September 2016, page 444.

its Roman origins (with its mural garlands) and the loose-haired matron, the Iberian and Roman horseman on the first francoist mint, etc.

In order to carry out this enhanced view, we counted on José M. De Francisco Olmos' invaluable participation. He's a member of the Department of Historiographic Sciences and techniques at Universidad Complutense de Marid, UCM, and the author of the text introducing the initiative: "Coin, much more than money". We also had Natalia Pérez-Aínsua Méndez's priceless work on stamped paper specimens.

VII

"The evanescence of power today", the last space in "The images of power", has an absolutely original premise, since the photographic material exposed has been hand-picked by the managers of the politics section from hand-picked mass media with an editorial office in Valencia city. These are either digital-only media, or with both paper and digital editions. In alphabetical order: eldiario.es, *El Mundo*, *Las Provincias*, *Levante-EMV* and *Valencia Plaza*. Each of these professionals chose photographic images that are representative of the notion of power, according to them, under the museum's premise that this power be located in the Valencian Country, or else with an incidence -be it direct or indirect- on Valencian society (which, if we think of it, really broadens the available range to choose from). The other orientation given by the direction of MuVIM was chronological: chosen pictures had to be dated after Francisco Franco's death.

Reasons for the final selection of pieces are explained by the journalists themselves in the catalogue, in an unprecedented exercise that we are proud of as a museum.

VIII

The introduction to MuVIM's exhibition cycle "Power and propaganda" is reaching its end. And our farewell starts by stating that our contribution -two exhibitions, four different areas, posters, *artistic* photographs, pictorial portraits (with monetary mint), journalistic photographs- is just one of the many we could have chosen: to the available and immense labyrinth of geographical spaces crossed with historic periods we should add, focusing in the Late modern period, the range of media through which rulers (or at times, insurgents) spread images of their power: coins and bank notes, medals and decorations, architecture and portable art, lampoons and posters, postcards and stickers, postal stamps and prepaid postal goods, seals and stamped paper, vignettes and photographs, TV shows and cinema or theatre fictions, tapestries and silverware, weapons and painted paper, bindings and fabric for dresses, uniform buttons and tabletop or children's games, watches and jewels, wooden furniture, etc. Indeed, we are faced with a greatly fertile thematic range; also, fertile in regard to museum instances. Our museum's bet, then, isn't so risky, despite initial appearances; in a way, we are playing things rather safe.

Valencia, June 29, 2017

COIN, MUCH MORE THAN MONEY

José María de Francisco Olmos



I. FINANCIAL AND POLITICAL USES

Coins as we know them in the Western hemisphere were an invention intended to improve commercial and fiscal transactions, as well as the reliability of public payments and monetary offerings made in sanctuaries: they allowed the offering of a fixed amount of metal -determined by weight and grade, or percentage of noble metal in relation to the total- while also being guaranteed and backed by a government authority. All this made constant "haggling" on the value of pieces of precious metals unnecessary, since it was determined by the legal system and guaranteed by the issuing political power. Given these characteristics, coins could have stayed as metal disks with an inscription showing only their weight and fineness along with the symbol of the issuing authority, which would have allowed them to circulate freely in the markets accepting them, and to still embody the value standard for goods and services.



© Jesús Vico, S.A. (Madrid)



© Jesús Vico, S.A. (Madrid)

Their financial function, though, was immediately accompanied by a political and representative function, as authorities realised that this new format -this new form of money- would become the issuing states' best medium for political propaganda: be it for rulers in the community's political system, for the religious ideology (with iconographic references to gods and heroes), for foundational myths or even national holidays, monuments or the main products of their economies. All these appeared on coins minted by the Greeks and other peoples in the Aegean area from the 7th to the 4th centuries B.C.; let us point out as an example an exceptional piece, the gold or silver creseid. This was minted in Lydia -current day Turkey- by order of the famous Croesus, a king in the 6th century B.C. whose name reached our times as a synonym of wealth. This monarch had to fight the Persian empire ruled by Cyrus II the Great, and the coin we bring seems to remit symbolically to the conflict: it shows a roaring lion, the emblem of Lydia, facing a bull coming from the east, which may represent the Achaemenid Persians.

Several explanations have been offered for such an attractive design formed by the protomes (heads and hind quarters) of two great confronting animals, but if the hypothesis we've developed here is true, we are faced with a clear declaration of

political principles, much clearer to the Lydian king's subjects and their enemies. The great paradox was that -beyond the truthfulness or lack thereof of the anti-Achaemenid interpretation of the motif- creseids were still being minted by the Persians after Croesus' defeat against Cyrus' armies.

II. MONETARY PORTRAIT

Starting in the 4th century B.C., we'll find the portraits of rulers on coins: mints from Alexander the Great's successors in Hellenistic kingdoms would be the model for monetary portraits of Roman emperors, medieval kings and later European monarchs, all united in referring to a protecting or power-granting divinity. We can thus state that ancient Mediterranean civilizations shaped the specific uses that would turn coins into a privileged format for political propaganda throughout the ages: the most widespread at the time. Here is an image of a sestertius issued in the name of Marcus Aurelius, emperor of Rome, as an example.



Later on, kingdoms in the West that were heirs to Rome portrayed the monarch in their coins as ruling by "the Grace of God" (D[ei]. G[ratia]. in Latin). This legitimation formula -in abridged or complete form- remained widespread until the French Revolution, to gradually fade away as liberal revolutions in various countries succeeded. However, even today we can find coins legitimising the monarch by "the Grace of God": these are British pieces, minted in a state with no written constitution that formally maintains a historical traditional system in which the monarch -nowadays Elizabeth II- theoretically holds her traditional political power unhindered (even though the institutional reality is, of course, very different).





Ⅲ. COATS OF ARMS ON COINS

Together with monarch's portraits, which have been on coins -as we've already discussed- since Ancient History, and just as inscriptions referencing the source of power or other matters, western currency has displayed heraldic emblems since the Middle Ages. These are the coats of arms and other elements that have formed and still form a non-verbal language of great predicament in the past. Thus, thanks to heraldry, subjects and foreigners alike have been shown which dynasties were identified with which territories. And it's also thanks to heraldry that symbols were popularised such as fleur-de-lys in France, Austria's fesses, the lion with forked tail of Bohemia, England's Plantagenet leopards, Florence Medici's roundels, quincunxes in Portugal, chains in Navarre, castles and lions in Castile and Leon, the Crown of Aragon's paletts (or "bars"), etc. All these and other monarchies' blazons have displayed royal (or Grand Ducal, or Ducal or Comital) houses' origins, the expanses of land they governed, the ones they aspired to rule and couldn't, or

those they thought their right to, all through images great numbers of people could understand. We can see here Napoleon Bonaparte's coat of arms as king of Italy and its translation to the coins with the highest face value at the time, as well a second version of the II Reich coat of arms, and the corresponding inclusion of the piece of greatest diameter during Wilhelm II's reign (as Kaiser of Germany and king of Prussia).





Imatge de Sodacan





© David Liuzzo

Ⅳ. EASTERN AND SOUTHERN MEDITERRANEAN SHORES

The Byzantine Empire -Eastern Roman Empire- was based on the combination of powers or caesaropapism, the idea by which the emperor was considered a representative for the divinity. This way of exercising power was tangibly displayed on coins; the emperor may appear as designated by God himself (*manus* Dei) and was always portrayed as his representative and servant. The idea of divine designation was, logically, incompatible with any succession law that intended *to compete* with divine wishes; that's why these mints were used by emperors to proclaim and defend their dynastic, familiar succession; sons, daughters, sisters, wives and other family members will be shown as successors in autocratic dignity, and forefathers' images were brought up to prove God-given right to rule as received by the dynasty.



© Tonegawa Collection

In this rushed historical overview, we reach the time of Islam's spreading on the southern and eastern latitudes of the Mediterranean. Empires of Muslim creed showed in their cash the divinity's primacy: after transitional, Byzantine and Sasanian Persian-influenced issues, most mint was exclusively epigraphic, full of religious inscriptions inviting to submit to God and, one may add, to the precepts of Islamic faith. Coins would thus become a means of proselytism, regardless of their displaying rulers' names -those who issued them - later appearing on minted metal. In any event, these -caliphs, emirs- always proclaimed being at the divinity's service: such is the case of famous Abd-ar-Rahman III of Córdoba, one of whose dirhams we reproduce here.

Ⅴ. REVOLUTIONS AND REFORMS

All the symbolisms we've mentioned so far were shaped in far past times, but there is no doubt of the current validity of the identifying and evocative -in short, symbolic- contents in monetary mint: not only it hasn't diminished over contemporary times, but is currently valid for many reasons, since the use or assumption of a money implies -de facto- accepting its political message. In line with this, it would be interesting to note that, during the War of Independence, between 1808 and 1814, Carlos IV's duros -accepted by everyone- were valued higher than coins issued in the name of Fernando VII or

Joseph Napoleon, because using one of the latter meant the carrier was a supporter of one side or the other, and could indeed cost their life, depending on circumstance.

We should also bear in mind that one of the first actions after the1868 Revolution in Spain was changing currency, considering that the mottos and types appearing on it should always display the political system and its values while bearing no reference to the past. That's how the new types of peseta were born, and the same process had happened already and would happen in later revolutions; the Netherlands against Hispanic Hapsburgs in the late 16th century; Cromwell's in England in mid-17th century; the one that lead -with the declaration of Independence on July 4, 1776 as its foundational text- to the birth of the USA; the one in France that symbolically started on July 14, 1789, and its grand proclamation of the "Declaration of the rights of man and citizen" that same year; those in France in 1830 and 1848; Russia's in 1917, which would result in the birth of the Soviet Union, etc. All these revolutions always considered it a priority to modify the symbols and inscriptions on coins, incorporating on them -for example- the bust or figure of an embodiment of liberty or the republic, intending to signal as soon as possible the shift in political system or even the conformation of society's structure (as was the case in the Bolsheviks' raise to power).



Here, we'll reproduce some classical allegories of liberty on two French coins (two *sous* minted by private company Société Monneron Frères, and two *décimes* from the 1st Republic) and another from the USA (a silver half-dollar piece): upon close inspection of the first French piece -displaying the Phrygian cap on a pike-, one can confirm the validity of the French revolutionary calendar at the time, as it was dated on the 4th year of liberty in its exergue or lower side.

The piece on the left shows *Marianne's* bust (a woman with the Phrygian cap). She would become the embodiment of the republic in France and elsewhere; finally, the USA piece on the right shows the word LIBERTY on the lower side of the Phrygian cap.



The intention of using coins to represent transformations in political and social aspects has occurred in Spain much earlier -and later- than 1868: we may recall to that end Felipe V's time and the Succession War, the Liberal Triennium during Fernando VII's reign, the successive stages of the Revolutionary six-year period that reached its end in late 1874, the Bourbon restoration in 1875-1876, Primo de Rivera's dictatorship, the 2nd Republic, Franco's government, or pieces from the Transition or democracy. We'll analyse all these in depth in the second and third part of the work following this introduction.

VI. KONWLEDGE AND OPINION

All we've stated so far confirms the idea -which many share- that money became something far beyond its actual financial value and, undoubtedly, the cash we handle daily is presented to us in our everyday life with this added character. We can thus conclude that monetary issues still transmit both a verbal and non-verbal message, intended for the population to see and assume -to make their own- the values of the ruling regime and, by metonymy, of the country they live in; this makes those little metal disks we keep in our pockets, wallets and purses both true works of art (in some cases) and tiny political treatises (always), whose contents we should be

able to understand if for no other reason, so we can consider -and if need be, voice- our consensus or dissidence with what it intends to transmit. After all, since the iconographic and epigraphic contents of monetary issues have always been decided by the highest instances of a certain government, conscious as said political rulers are and were of the transmitting format's importance, and the consequent massive effectiveness of the message, it's only logical to try and put ourselves -as citizens- in the proper position to understand the statements on minted metal and to make up our own opinion on them.





In this sense, all that's left is to celebrate the appearance of *Power in your pocket. Images of rulers in Spanish coins (18th to 21st century)*, the work these lines precede. Hopefully, the reader will concur it constitutes an educational synthesis within reach of all kinds of audiences, including those with no training in numismatics, on the mechanisms used to legitimate power on Spanish monetary mint in the last -nearly- 300 years.

This document -which we owe to Rafael Company- translates into paper, with a greater chronological arc and thematic broadness, the section on numismatics of the "The images of power" exhibition (within the "Power and propaganda" cycle) of the Valencian Museum of Enlightenment and Modernity, MuVIM, and my collaboration on it should come as no surprise, after having dedicated a good part of my professional life to unravel the messages rulers broadcast on mint in Spain and other latitudes. A task I have had the honour of carrying out accompanied by the invaluable complicity and high standards of Javier de Santiago Fernández and other members of the Department of Historiographical Sciences and Techniques at Universidad Complutense de Madrid.

Let this text, "Coin, much more than money", be a testimony of my support to the development of such educational initiatives as the one about to be carried out by the aforementioned Valencian museum's governing body. And my hope that it will spur future proposals of the same, or similar, kind.

Madrid, May 11, 2017

RAFAEL COMPANY I MATEO

POWER IN YOUR POCKET

Images of rulers in Spanish coins (18th to 21st century)





This coin showed -with great artistic skill- a sugar-coated vision of the historical relationship Native Americans and the settlers of European descent in the territories that are the U.S.A. today; the mystification of that bloody tragedy are also present in the following text, glossing the mint from the biased -one could say imperialist- perspective, of the winning side in this war on the natives: "The Oregon Trail commemorative [half dollar] is certainly outstanding in its draftsmanship and symbolism. The observe of Indian clad in ceremonial bonnet and dignity, standing before a map of the United States with arm outstretched toward the east in the futile posture of primitive defiance, eloquently depicts the age-old conflict between the free nomad and the tinkers and farmers who flowed across the land like a sea of tar, felling the forests and furrowing the plains, rooting more firmly than the oak and pine whose shadow they brush from the hills. On the reverse, a Conestoga wagon rolls irrevocably toward the setting sun, conquering with oxen and wheel, prevailing through numbers" (Clifford Mishler: *Coins. Questions and Answers (An Official Whitman® Guidebook)*. New York: St. Martin's Griffin, 1998, page 97).

Besides the well-known socioeconomic dimension of coins and bank notes, their circulation among the population has turned them into a means of political communication one could define in adjectives of very similar nature: massive, general, omnipresent. Little reflection is needed to see how such epithets point to the nationalisation processes societies went through. Given the existing debate regarding when nations really appeared, we should put the term nationalisation in quotes when dealing with times prior to the Late modern period.[1] However, beyond the logical caution, we can easily build an idea on what we're talking about: that is, the role monetary issues played in forming societies' political dimensions, the public perception of displays of power and thus, of rulers or insurgents' ability -or lack thereof- to build consensus around them. By this, we mean "national" consensus, with or without quotation marks, depending on the case, achieved through methods of diverse nature (from the commonplace *epiphany* or seductive pose to hidden interest and unbridled manipulation).



This may be the most politically meaningful design to appear on coins from the Union of Socialist Soviet Republics, USSR, prior to other, commemorative, issues. This silver ruble dated in 1924 evinces the desire to build a new society under the guide or paternalism, of the strong -muscular- working class, and so, of the communist party acting as its interpreter. The scene is overlooked by the sun casting its powerful rays in the first hours of the day, a typically enlightened, *aufklärer*, image, including factories and the portrayal of a robust peasant surrounded by his crops, with a sickle on his left hand. The character is, *nolens volens*, pushed into class consciousness and brotherhood and -so we're to suppose- to future happiness by the worker with his hand on his shoulder, and both characters show Slavic ethnical traits: when push comes to shove, the USSR is Russia enhanced.

1 "An essential dichotomy persists in social sciences, a translation of the same duality existing in the historical definitions of nation since the early 19th century (the objective or organic-historicist, and the voluntarist): on one hand, *modernist* authors and theories building or making up a nation according to their interests and circumstances, and on the other, primordialist authors and theories, considering nations as ethnically-defined collectives with an objective existence, preceding nationalism, with more or less nuances in their extremes (Smith, 1986). We will opt for a relatively mixed approach, [...]" (Xosé M. Núñez Seixas: *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*. Madrid: Síntesis, 1998, page 11).

In regard to paper money, although the Bank of England incorporated the effigy of Britannia on a medallion in its bills as early as 1697, the fact is that inclusion of -iconographical and epigraphical- symbols of political power on this financial instrument was a slow process. Much slower, surely, than the one undergone by metallic coins appearing in the 7th century B.C. in western Asia Minor and the islands of the eastern Aegean. Another point to notice that shows metal pieces' *advantage* in our subject: widespread use of paper money as a means of payment wasn't a fact until the late 19th century. Be it as it may, we will put bank notes aside for this work and focus on coin issues.[2]

Such issues may be -first- coins with a lesser face value, on base metal or, in ancient times, silver, ordinarily used by people of humble means (even though such issues have also been used on occasion by the other members of society).



Nowadays, and since the mid-19th century, the smallest coin in the USA is valued at one cent. Made of diverse metallic compositions throughout time (although never gold or silver), the cent -commonly named penny- is very present in the lives of less well-off Americans:

2 Here we have a recent, rather synthetic, approach to the origins and uses of the monetary phenomenon (keeping in mind that while coins are money, many other elements have also been used as such beyond coins): "The coin, understood as a disk-shaped piece of metal, appeared around 600 BC in the kingdom of Lydia or one of the Asia Minor Greek cities to allow these city-states to pay and receive payments in cash: to pay their mercenaries and employees as well as to receive taxes. Coins were also used as reserves of goods, easing the stockpiling of wealth and the quantification of offerings in the sanctuaries in Greek cities at a time of intense development in maritime commerce. Coins soon acquired a financial function, too, used as measurement pattern when calculating goods' costs. The appearance of coins also brought the abandonment of barter and other old forms of pre-monetary "money", such as skewers of iron spits used until then in Greece. From then on, coins have worked mostly as a means of exchange facilitating commercial transactions and allowing the acquisition of goods and services" (Antonio Bellido and Fernando Pérez Rodríguez-Aragón: «El poder de la imagen en las monedas romanas», in *Numismática romana en Valladolid. Arqueología, libro y antiguo coleccionismo* [catalogue to the exhibition with the same name, held at the Museo de Valladolid]. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2011, pages13-26; quote on page 13).

the cent, as well as the five-cent piece or nickel, called so because of the metal most commonly used in its minting. In 1907, the year this image's piece was issued, many impoverished looked closely at the face of Liberty adorning the obverse of this bronze cent. It was a female head in feathered headdress in the Native American fashion; a Liberty -as stated near her forehead- only supposedly nativized, as her face does show European rather than Native American ethnical traits. In the country of war against tribes and the establishment of the reservation system, some thought it would only be natural for Liberty to look like a Native American. But only look like one, though...

Hard cash in ancient times was equally gold mint -big or small- and silver pieces of considerable size which fundamentally served the needs of both the rich and the most relevant merchants.



A silver crown dated in 1887, during the much celebrated 50th anniversary of queen Victoria of England's enthroning. This is the biggest and heaviest of British pieces from the time, valued at either 60 pennies, 5 shillings, or a quarter of a sterling pound (which at the time was minted in gold). Thus, it was a coin for the wealthy or sufficiently well-off. Regarding its motif, one of the most spectacular in the history of European cash, it represents the patron saint of England, Saint George, nude in the Greek fashion and slaying the dragon. The design was first minted towards the end of the second decade of the 19th century: the author was Italian Benedetto Pistrucci, very adept at neoclassical aesthetics. It's also logical to consider the dragon to be a veiled allusion to the "abominable" Bonaparte, the enemy British troops had just overcome at the time. A very veiled allusion, of course.



This is one of the most famous British posters during World War 1: "Lend your five shillings to your country and crush the Germans". It was part of a public campaign to raise private funds to face the war effort and remind the public that without money the war couldn't be won. Its author was D.D. Fry, and it was printed on the initiative of the Parliamentary War Savings Committee in London. The hypertrophied 5-shilling coin is dated in the year the poster was created, 1915 (the last crown with the design of Saint George slaying the dragon was minted in 1902), and using this monetary specimen in the satirical scene emphasises for the public that it is a huge and *powerful*

piece. If the antinapoleonic hypothesis about the original design from the early 19th century was true, the use of the same piece in this anti-German context would follow a tradition (though now with a clearly explicit phobia). The image comes from the Library of Congress in Washington D.C.: <http://www.loc.gov/pictures/item/2003675229>

Regarding the existence of a *de facto* double monetary circulation, Elena García Guerra -in the book *Las alteraciones monetarias en Europa durante la Edad Moderna*-[3] states the following: "gold [and, one should add, the biggest silver coins] was exclusive to princes, great merchants or the church: silver was destined to ordinary transactions, while copper, the lowest level, was considered as a "black" coin for the masses and the poor" (p. 24). She goes on:

> The two "coins", that is, the small and the big one, rather than being different elements in a single, organic monetary system, soon became two different ones, each with its own distinct area of circulation, be it geographical, social or business-related. To further enforce the idea, common speak at the time underlined the distinction, calling coins made of alloys or copper alone "small coins", and those of gold or silver "big coins" (pages 24-25).

But regardless of the greater or lesser cross-circulation of monetary specimens among different sectors of society, the fact is that gold pieces, as well a big or small silver and base metal ones were massively produced, and assigned to a single, *de iure*, general circulation mainframe (a single market), and they normally flowed constantly through financial life. Because of all this, messages engraved on mint might be the most widespread of all put in circulation -by the authority, or those who called themselves the authority- in a given social and geographical space. And in qualitative terms, monetary circulation was an efficient means of political communication with a propaganda profile.

We resort once again to Elena García Guerra to delve into these *added* uses of coin:

> Nevertheless, the pride of issuing noble metal pieces in and out of the confines of their state, spreading the rulers' image and emblem, made up in spades for the loss of mint. At a time with no social communication media, going from hand to hand and moving in time and space -as decades-old specimens still circulated along the recently minted new pieces-, coins were the most efficient means for rulers to make themselves known and admired (p. 26).

Naturally, we must consider a determining factor to the success of this propaganda: the ability of these messages' intended recipients to understand or decode them. First, and regarding a strict reading -that of writing engraved on monetary pieces-, this could be accessed by the illiterate just as well as printed material or public inscriptions are: with outside help. And the same could be said of a wider reading (*literacy*) of iconic content (including symbols) and especially of those images that hadn't had the repercussion or reached the popularity of renowned emblems.

We'll use a coin from the French Revolution as an example -made of metal from molten bells and in neoclassical style- where we find a very different iconography to the one appearing in previous French mint from the time of monarchic absolutism, full of royal crowns, fleur-de-lys and, it should be taken into account, Christian religious inscriptions.



A two-sou coin issued in 1792 in the name of who was, in September 1791, the French constitutional king: Louis XVI. The main iconographic motif is a fasces or bunch of rods, forming a cylinder, tied with ribbons and crossed by a pike or spear. This figure showed French rulers' admiration for Roman ancient times, at whose political regime they looked for inspiration and everlasting example. Keep in mind that the fasces-carried by Roman lictores or public Roman

3 Arco Libros, 2000.

officials guarding magistrates -particularly consuls and praetors- had been the physical symbol of power for those ruling near the Tiber after being elected by the "people". Here, the bundle is crowned by another emblem of ancient origins, known as the Phrygian or liberty cap, identified with the pileus, present in the process of freeing slaves in Rome. In the inscription, LA NATION LA LOI LE ROI, the king appears last -which was extremely telling- after the nation (the French nation, only holder of sovereignty) and the law (pointedly, the highest-ranked one, the Constitution, come from the people through its representatives). Nation and law the monarch swore loyalty to on September 14, 1791, on the occasion of his acceptance of the Constitution, and even before. The design's author was Augustin Dupré, friend and *alter ego* in the art of designing coins and medals to Jacques-Louis David, the well-known neoclassical painter. And a last note: while the obverse of this piece shows the king's bust with a Christian date, the lower part of the image reads a date from the first revolutionary calendar, the calendar of Liberty, which started counting from July 14, 1789 (on the day of the Storming of the Bastille, the symbolic start of the French Revolution).

While the socialising role of messages on physical money can't be said to have disappeared, there's no denying the -qualitative and quantitative- incidence of coins in building the image of power has dwindled considerably over time. In any event, this decline is by no means exclusive to the monetary phenomenon, and has occurred in parallel to the one other media have undergone, media that have been fully valid for centuries, but which couldn't keep their former relevance over technological and social changes. In the same vein, we may consider a nuance in the social role of messages appearing on coins from given times in the past: thus, if we were to talk about Ancient times, it is well known that monetisation processes didn't advance at the same speed and depth in all territories; but also that, in the case of perceptibly monetised classical societies such as the Roman, there are also many interesting doubts, such as the true degree of social penetration of the "discourse in images" displayed on mint from the latter days of the republic.

Regardless of the situations we just exposed, there are cases-such as late- 19th century France- in which the leading role of political messages on coins was indisputable, and all this among controversies stoked by newspapers, which actively echoed the social transcendence of the debate. An exponent from that *coin war* in France was la Semeuse, the sower, designed in a modernist style -*art nouveau*- by artist Oscar Roty, appearing on 50 cents, 1 franc and 2 francs silver coins from 1897/1989 and 1920.



In an agricultural scene lit by the fist rays of the sun (in the same way as on Enlightenment engravings), Marianne, embodiment of the French Republic and /or Liberty -portrayed with Hellenistic-reminding attire and wearing the Phrygian cap, or liberty cap- sows the land and, metaphorically impregnates France with the lights of Reason, the *Lumières*: an incredibly beautiful visual synthesis of the republican, laicist and progressive state ideology than came to power toward the end of the 19th century, with the 3rd republic -which had started in the hands of conservatives- already deep in its course. This magnificent design's propaganda character was missed to no one: neither to its devotees, nor to those defending a more traditional view of the French nation, who judged it sternly even on grounds of sexual (im)morality "[...] elle sème le désordre, l'ivraie, la graine de mensonge et d'immoralité".



La Semeuse not only lived on French silver coins for two decades: she also appeared on post stamps (on the upper left corner of the image) and was reproduced on many physical formats, including postcards, which were immensely popular at the time (see other images of *La Semeuse* in appendix 0)

After all we've stated, it is very evident that, on issuing a coin, those in charge not only need to think long and hard about its metallic composition, format and minting technique before releasing it to the public, its face value (since these are supposed to be money that'll enter the circulatory flow), or its aesthetical language; they also need to ponder, heavily, on what messages and symbolic codes need to adorn the mint. And all

this regardless of any consideration on the real -intended or achieved- propaganda effectiveness, given that this is, at the very least, a *signum principis* or *signum rei publicæ*: "[...] Vederi nella loro temática l'affermazione perentoria che le monete sono *signum principis*, come lo gia notato. Se le monete una propaganda fanno, è questa".[4]

Definitively, coins are the homeland to those issuing then. And evidently, they are also the homeland to those who use them.



A year after the start of World War 1, the kingdom of Prussia -the hard core of Germany's Second Reich- issued this coin commemorating the centennial of the Battle of the Nations, or Battle of Leipzig, in 1813: *Völkerschlacht bei Leipzig* in German. This monetary celebration of Napoleonic France's bust against the coalition of Prussia, Austria, Russia, etc. deserved such an expressive design: the eagle, a German totemic animal, was portrayed about to finish off the reptile ready to hit with its poisonous, lethal bite. Anyone looking at the 3-mark silver coin, with no need for a deep knowledge of international politics in the time of imperialism -but a notion of European history- could get the picture that German rulers weren't precisely in love with France. And the attack in Sarajevo would prove them right shortly after.

But we shouldn't put our hopes up: more often than would have been desirable, studying the reasons for using a given type over another -dealing, of course, with motifs and/or inscriptions- hasn't taken centre stage in research on numismatics, even though it would seem normal to consider it a nodal matter. That's why we appropriate the words of renowned specialists in Islamic currency when they said "coins are also historical facts in themselves. That is, not only are they documents carrying explicit data, but objects from a given society, manifesting the ideas and values of that society".[5] That's why incisive words such as these from François de Callataÿ are so on the nose, there being a fight for numismatic research to become deeply intertwined with historical narration: «Il appartient dès lors au spécialiste des monnaies de ne jamais oublier le lien avec l'histoire, sans quoi ses travaux ne seront pas lus, [...]».[6]

Nevertheless, this need to link research in numismatics and historical study has another side to it: the existence of historians' debt to the contributions of numismatics. Or, in the very author's refrained words: "[...] et [il appartient] à l'historien généraliste, c'est à dire le plus souvent un historien des sources littéraires, de prendre la mesure renouvelée des apports de la numismatique".[7] And that's because besides the usual mint, which are always useful in the sense we're dealing with, a particularly well thought out coin may at times gather in its diameter lots of *quality* information: the piece at hand informs, and teaches us on, the ideological climate of a given historical period, to the point of spewing pages upon (figurative) pages of written documents to the peering eye. Such is the case of a coin minted under the rule of someone who -in spite of later pro-socialist leanings- came to power as a far-right nationalist politician, founding a mass political movement baptised as *fascism*.



Fascist Italy's ideology synthesised in this silver 20-lire coin. It was minted in the sixth year since Benito Mussolini's march on Rome and the subsequent acceptance by king Victor Emmanuel III of the blackshirts' dictatorship. One of this piece's -and others from the same period's- characteristics is precisely its indirect reference to the fascist's coming to power: by the date according to the Christian calendar, 1927, to the left of the image we read -in Roman numerals- the mint being from year 6, sixth year of the Fascist Era or calendar that considered its start Mussolini's proclamation as head of government. As José Mª de Francisco points out when he refers to "alternative dating" in totalitarian regimes,

4 Gian Guido Belloni: *La moneta romana. Società, politica cultura*. Roma: Carocci, 2002, p. 123.

5 Miguel Vega Martín, Salvador Peña Martín and Manuel C. Hería García: *El mensaje de las monedas almohades. Numismática, traducción y pensamiento islámico*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pages 224-225.

6 François de Callataÿ: *La monnaie grecque*. París: Ellipses, 2001, page 40.

7 *Ibid*

"In this context of consolidation of the fascist totalitarian regime there was the issuing of a public notice on December 25, 1926, commanding the use of a Roman numeral indicating the year of the "fascist era" along traditional dates in all public and private documents, even in correspondence. Its official start would be on October 29, 1922, the date Mussolini and the fascists ascended to power. The law was enforced from October 29, 1927, at the start of the sixth year of the fascist era (E.F.)».[8]

The piece's author was one of the most celebrated Italian artists engraving medals and coins, Giuseppe Romagnoli, who was able to masterfully combine images from Ancient Rome and a united Italy under the Savoy dynasty. First, to the left of the design, we find a nude, classical lictor, like a Roman doryphoros leaning on a fasces or bundle of rods with an axe of notable archaeological verisimilitude (the ancient bundle -*fascio littorio* in Italian- was embraced by mussolinian fascisti as a "*talking*" symbol). The lictor salutes with his arm held high, in a gesture recalling Ancient Rome, and, ever since the fascists' irruption, also the new Italy: ancient Romans had come back from the grave in Mussolini's (and many others') mind, and they were proposed as the Italians' -who were expected to become *i romani della modernità*- political and vital role models. Facing the lictor we have a sitting, rotund and classical Italy, carrying the torch of liberty that was supposed to reign in the country. The Savoys' white cross on red background appears under the Italic matron's left arm. It had been this dynasty who institutionalised Italy in the Risorgimiento wars of independence and the conquest of Rome from the Pope's hands. It was, then, a dialogue through centuries, as the mussolinian state intended to be: the fusion of eternal, imperial Rome and nationalist, irredentist Italy and its colonialist -and as such, also imperial- vocation. Such fusion came to life in the regime of il Duce, an extremely arrogant dictator who saw himself as the new Julius Caesar and, later on, would pretend to be a reborn Augustus of sorts. All this information from a metallic disk a few centimetres in diameter.



Detail from a *pagella scolastica* or school card-used on school year 1927-1928- showing the Savoys' coat of arms flanked by two fasci littori with axes. The design is very similar to the one that would be declared lesser coat of arms for fascist Italy in April 1929, the most used emblem in Italy from then until Mussolini's fall in 1943.

A penultimate point: on previous pages we haven't spoken of coins with rulers' portraits or coats of arms on them because they will be -very- present in this work. Indeed, most pieces we'll analyse in the two following sections display either the bust of a monarch or a dictator's portrait; and royal or state coats of arms are also protagonists in the compilation of coins we have put together for this occasion. Besides, José María de Francisco Olmos's introduction preceding these lines, "Coin, much more than money" is reference enough about this type of motifs on cash.

We'd like to finish this introduction of sorts with the author whose quote opened these vey pages, the aforementioned José María de Francisco Olmos. He started one of his articles, "Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)",[9] with a series of indisputable -forceful, synthesising- statements on the relationship between currency and power we transcribe here, which we consider to be a fine invitation to keep reading the next few pages:

8 "Los calendarios propios de los regímenes totalitarios en el período de entreguerras. La doble datación en la documentación oficial del "bando nacional" durante la guerra civil española (1936-1939)", *Revista General de Información y Documentación*, 19. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009, pages 265-295; quote on page 273.

9 En Juan Carlos Galende Díaz y Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, pages 177-234.

> Monetary types and inscriptions are always a reflection of the issuing party's conception of power, of the legitimacy they want to transmit to their subjects and other states, the sovereignty they exercise or territories they intend to claim as their own. All of this in a financial document becoming the best representative for the ideals of power.
>
> On a coin, types and inscriptions are related to the figure in power, their (greater or lesser) coat of arms, the places they rule over, their reign's representation, their legitimacy, etc., and in the case of the period we are studying, covering these nearly two centuries of Spanish History, given that by definition types of coins only change because rulers want to inform about a political change (a new sovereign accessing the throne), or one in the currency's parity and exchange rate, so users can tell new pieces from the old ones.
>
> Financial troubles and reforms will be dealt with in other chapters of this conference, while we'll focus on the political intention of monetary types and inscriptions from this period.

In our case, there is no conference to refer to regarding financial troubles and reforms: we'll consider ourselves satisfied if readers wonder about the -political- intentions of those metallic disks in their wallet or purse, or on display in private collections and museums. No coin is innocent indeed; but it's also true that no analyst of coins is (as we've seen regarding the commemorative half-dollar piece on page 38): after all, it's power we talk about here.

PART II

IMAGES OF ROYAL POWER ON SPANISH COINS

From the Ancient Regime to Isabel II's dethroning

If there was one characteristic trait of the Ancien Régime regarding the exercise of royal power, it was that monarchies claimed divine right for themselves. Talking about monarchies in the Modern period -thus including most of the 18th century- means referring to most countries in Europe and, given the existence of vast colonial territories, most of the world under western rule: in fact, until the USA and France's revolutionary outbursts in the late 18th century or Age of Enlightenment, very few territories were ruled by republics: the Republic of the Seven United Provinces, that is, Holland and other areas which achieved independence from the Hispanic Hapsburgs and had it acknowledged between the late 16th century and the first half of the 17th; the Swiss or Helvetic Confederacy; the Most Serene Republic of Venice; Genoa; Corsica's ephemeral experience with Pasquale Paoli; some free cities in the midst of the Holly Roman Empire of the German Nation...

1.1 Divine right monarchies

Focusing on the specific case of Bourbon Spain and its constellation of overseas possessions, it's a well-known fact that the Hispanic empire was ruled by Catholic kings -it was indeed called "the Catholic Monarchy"-, absolute in the exercise of their power. It was stated at this time that the source of this absolute power was the Christians' only god, and as a consequence, the Spanish monarchy saw itself as holding divine right: kings with their court in Madrid were so by "the Grace of God". Like so many other monarchs throughout Europe, on the other hand. In late 18th century France, under the reign of Louis XV, who also claimed to be sanctioned by divine right, a dictionary shed light on what it was like to be proclaimed king *par la grâce de Dieu*:

> PAR LA GRACE DE DIEU, est la formule qui sert de commencement aux Lettres Royaux, pour faire voir que nos Rois ne tiennent leur sceptre & leur pouvoir que de Dieu seul, & qu'ils ne reconnaissent aucun supérieur sur la terre ; en sorte même qu'ils disputent cette qualité à tous autres Princes qui ne sont pas souverains, soit qu'ils relèvent d'eux en fiefs, ou de quel qu'autre Souverain.[1]

The writer left no doubt that kings, and kings alone-the dictionary definition talks about French monarchs, but those conclusions could be easily applied to others-, received the sceptre and power only from the hands of God and so could acknowledge no higher power on Earth (although it should be pointed out that Christ's vicar, the Roman Pope, may have been the exception to some)



Louis XV, king of France (1730), by Hyacinthe Rigaud -Jacint Rigau-Ros I Serra in Catalan- (Versailles Palace). The painter was born in Perpignan -on the eve of the Treaty of the Pyrenees- and is universally famous for a magnificent portrait of Louis XIV kept in Paris, at the Musée du Louvre: the work became a paradigm of baroque pictorial portrayal of monarchic power, and what's more, one of the reference models of court portraits that would be popular in later centuries. While it's true that the portrait of Louis XV reproduced here hasn't acquired the relevance of the aforementioned painting, it is also true that -by using grandiloquent shapes and a very evident technical expertise- it is a perfect example of a French monarch's *grandeur* holding absolute power and allegedly imbued with "the Grace of God". By the way, fleur-de-lys spread around the picture's lit areas are uncountable.

1 Claude-Joseph de Ferrière: *Dictionnaire de droit et de pratique. Nouvelle édition, revue, corrigée & augmentée*, *Tome second*. Paris: Veuve Brunet, 1769, page 283*b*.

It would be logical to assume, given what we've just discussed, that this divine -thus, otherworldly- legitimation of the power of royal people ought to be present not only on the heading of official documents, but also on the coins issued by said monarchies. Including Spain.





This coin [↑] -sanctioned by legal rulings from July and September 1728, but minted in 1732- shows the long royal title of the first Spanish Bourbon on its obverse (or heads). It does so by using up to five abbreviations, among which are the letters "D" and "G"; these are the signs the piece uses to state the legitimation by "the Grace of God", *Dei Gratia* in Latin: "PHILIP[US] · V · D[EI] · G[RATIA] · HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX" or rather, Felipe V, king of the Spains and the Indies by the Grace of God. This inscription appeared on many coins issued in the monarch's name before and after 1728, when it was decided that the royal bust would also appear on gold pieces [↗].

1.2 A much too simplified Bourbon coat of arms

However, unlike many Spanish coins (or coins from elsewhere in the world), 8-reales coins minted since 1732 would feature an inscription alluding the monarch, but no royal portrait, no profile view of the sovereign to accompany it, as had been the case throughout the centuries, from ancient Roman and Greek times, a paradigmatic image of power or, more precisely, of the one holding it. Nevertheless, continuing deeply-rooted traditions in currency from Castile and Leon, the inscription is joined by an element intending to substitute the royal bust: a crowned coat of arms, one of the most famous in history. This is the *reduced*, *abridged*, *simplified*, *small* or *lesser* coat of arms, a heraldic emblem for the Spanish Bourbon dynasty kings, only charged with Castile and Leon's quarterly, the pomegranate -from the kingdom of Granada, pomegranate in Spanish-, and a central escutcheon with three fleur-de-lys. Such a reduced range of emblems refers clearly the symbolic consequences of Felipe's victory in the Succession War (and the subsequent abolition of the fueros in Valencia and Aragon, and Catalonia's Constitutions): cornering the "four paletts" emblem to the few coins issued in or for territory under the crown of Aragon (except for one in times of Fernando VI, as we'll discuss later), as well as the later absence of said blazon in most general issues by the monarchy. *Justo derecho de conquista* (fair right of conquest), Felipe V *dixit*, and Castile and Leon as the peripheries' centre of gravity.



Felipe V (1720), by José Amorós (Museu de l'Almodí, Xàtiva). The Battle of Almansa (1707)-winning king's portrait remains upside down ever since it was put this way -in the early '60's of last century- by then-curator of the Setabense municipal museum, Carles Sarthou. The reasons to such an exceptional behaviour are to be found in the early 18th century: during the Succession War, Xàtiva city had embraced archduke Carlos de Austria-Carlos III de Hapsburg for Valencians, Catalonians, Aragonese, etc.-'s cause, and thus, the capital city of the Costera region strongly opposed Felipe de Anjou's troops. Felipist final victory brought great repression on the city with it, including later arson of the city and changing its name to *Nueva Colonia de San Phelipe*, an almost sarcastic allusion to the king who had ordered such punishment. Xàtiva's remaining inhabitants -who after the arson are known locally by the nickname *socarrats*, or burned- remembered the Bourbon's misdeed, as well as their resent of the first Spanish king to bear the fleur-de-lys on his coat of arms. Turning the portrait upside-down was the expression of a centuries-old feeling among citizens, and also a spectacular symbolic attack on the rhetoric of royal power.

When dealing with the lesser coat of arms, we consider the emblems that would continually appear on Hispanic (including Hispanic-American) monetary issue from Felipe V's reign to the end of Isabel II's. The same emblem, only flanked by pillars of Hercules -a symbol of Spain's Atlantic expansion, and thus, expansion to American territories- would appear on coinage a bit later: in 1772, by command of Carlos III de Bourbon, but then only on Spanish monarchy coins produced in American mints. As a matter of fact, this monetary type would remain valid until the extinction of Spanish power, and thus, until the birth of the new independent countries. Regarding the peninsula, the Liberal Triennium would translate the model with pillars to some silver issues from 1821 to 1823, Isabel II doing the same from 1850 to 1868, the year of her dethroning.

After the Revolutionary six-year period, and after a decree signed by Antonio Cánovas del Castillo in January 1875, the Bourbon lesser coat of arms would regain its legal status in Spain and its possessions in the numismatic field, too: Alfonso XII's silver 5-peseta or duro coins, dated in 1875 and 1876, would bear it in their reverse (or tails), with pillars. However, 1-peseta and 25-peseta coins in 1876 already showed the coat of arms with paletts and chains (it's the presence of these elements that fundamentally differentiates the old Bourbon coat of arms from what is currently the kingdom of Spain's coat of arms) [↗].

On their few monetary issues, carlists would only include Castile and Leon's quarterly coat of arms, with the pomegranate and fleur-de-lys, and no pillars. However, the last appearance of the reduced Bourbon coat of arms on mint would come in the second half of Alfonso XII's reign, from 1880 to 1885, on coins for the Philippines alone: two values with the pillars and two without. In any event, this emblem -which in truth was not the *national* coat of arms of Spain in the 19th-20th century- would be present during Alfonso XII's reign on several formats other than numismatics- It would coexist -at times in confusing terms- on the ground of custom, and at times in such contradictory terms as the nation's coat of arms having elements added to it which evidently belonged to the sovereign's personal emblem (especially, the Golden Fleece and the mantle), also in contexts of use that were to be strictly limited or displaying the *national* coat of arms [↓].





1.3 An allegedly universal monarchy

We've already pointed out at the beginning of this section the nature of power exercised by Spanish monarchs of the house of Bourbon during the Ancien Régime: absolute and based on divine right. But how far did this power reach in terms of territory? We can gather such information from the 1812 Constitution mentioning, in its 10th article, the latitudes Spanish kings ruled over at the time:

> Spanish territory includes, in the Peninsula with its territories and adjacent islands, Aragon, Asturias, Old Castile, New Castile, Catalonia, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, Leon, Molina, Murcia, Navarre, the Basque Provinces, Seville and Valencia, the Balearic and Canary Islands with the other territories in Africa. On northern America, New Spain, with New Galicia and the Yucatán Peninsula, Guatemala, inland provinces of the West, the Island of Cuba, the two Floridas, the Spanish part of Santo Domingo, and the Island of Puerto Rico, with others adjacent to them and to the continent on one sea and the other. In southern America, New Granada, Venezuela, Peru, Chile, the Río de la Plata provinces and all adjacent islands in the Pacific sea and the Atlantic. In Asia, the Philippine islands and those depending on their government.

A really long roster, indeed. But faced with such thorough written record, appropriate to a lawmaker's work, the Spanish monarchy had found, in the early '30s of the 18th century, a way to sum up visually this meticulous list. An image that may have been worth a thousand words. And even more than that, an image of power.



What we see in this coin is, indeed, what we get: the Spanish crown sitting on -ruling as one- two world hemispheres (portrayed as two globes, or rather, *worlds*). Or, without the exaggerated and rhetoric mystifications, the king of Spain holding sovereignty over a considerable portion of the Old and New world, both sitting on a land mass on water: "the two pillars crowned by the plus ultra, bathed by sea waves, and between them two worlds united by the crown ruling them" (edict LXI. 1728/IX/8).

This domination over West and East is reinforced by the Latin inscription "VTRAQUE VNUM" or, on other issues, "VTRA QUE VNUM": one and the other (world) are one, taken form the Latin vulgate, specifically from the Epistle to the Ephesians (2, 14: "[...] qui fecit utraque unum [...]") We're clearly in the presence of a very intelligent allegory (or baroque emblem), made to the greater glory of a personal power -through the ad hominem imbuing of divine grace, that is, being chosen by the Highest, thus having constant celestial support and help- that intended to be universal.

Portrayal of the hemispheres (or of the globes) hadn't been missing on coin from the Spanish Hapsburgs: in 1684 -in Naples-, a *ducato* or silver piastra was minted in the name of Carlos II displaying the spheres on its reverse, a good-sized sceptre and crown in the centre, and an inscription as boastful -or more- as the one on the 8-reales piece: "· VNVS · NON · SVFFICIT ·", on a tefillah (another clear baroque emblem). We would also find the two hemispheres on coins in the name of Felipe V de Bourbon and Fernando VI, although not on such courtly specimens, but on 4-, 2- and 1-maravedí copper pieces, produced in Castilian mints, and as a display of the "castilianising" standardisation in early 18th century, as well as on mints from Zaragoza, Barcelona and Valencia. On the reverse of these coins -issued from 1718 to 1720, and two decades later, from 1739 to 1746-, a crowned lion regardant carries a sword in its right fore paw, and a sceptre on its left, both elements being accompanied by two globes (the hemispheres). The inscription that goes with this motif intending to represent imperial Spain is "VTRUMQ[UE] · VIRT[UTE] · PROTEGO" *(I protect both [worlds] with virtue)*.



Beyond coetaneous or precedent issues, it's true that the 8-reales coins with the hemispheres -globes or worlds- under the crown were minted, with slight changes in their design, in several mints in the American viceroyalties for 40 years, from 1732/1733 to 1772. Thus, their obverse displayed the royal titles of Felipe V, his son Fernando VI, and another of his sons, Carlos III. There are no coins of this type in the name of Felipe V's elder son, Luis I, who died prematurely in 1724, shortly after starting his reign following his father's abdication.



Felipe V's family (1743), by Louis-Michel van Loo (Museo del Prado, Madrid). An excellently finished piece of great baroque magnificence, with some particularly meaningful details from a political perspective: the crown sits on a pillow near Isabel de Farnesio, Felipe's second wife, and not near the king himself. He -sitting and staring at his wife- has future monarch Fernando VI to his left. Future Carlos III -then Carlos VII of Naples and Carlos V of Sicily- is the tall male character standing to the right. As José Luis Sancho stated in "Retratos de familia de los Borbones 1700-1801" (in *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*. Madrid: CSIC, 2008, pages 123-138; quote on page 131), "The whole composition expresses the triumph of her (Isabel de Farnesio's) politics, as she has put two of her sons as sovereigns in Italy, a princess heir in Portugal, a prince in the Church; and she's about to marry two of her daughters to France and Savoy. [...] In fact, save for the yet-to-be-married infantas, they are all geographically arranged West to East, as if in an imaginary journey from Lisbon to Naples by way of Parma. Altogether, the painting offers a perfect image of Felipe and Isabel's dynastic ambitions, well- manifested prolific monarchs, developing [...]".

For a minimal outline of the transcendence of 8-reales pieces from a financial perspective, see appendix I

1.4 Navarrese currency and the first Spanish Bourbons

Navarre held a peculiar place among the Spanish Bourbon monarchy's possessions: having sided with Felipe de Anjou, the winner of the Succession War, allowed it to retain the autonomous government that was denied to the "four paletts" crown (with the exception of the Val d'Aran). Among the defining traits of Navarre in the Modern period, there was the ability of issuing money: this fuero kingdom reached its peak with Felipe VI (IV of Castile, III of the Aragon crown), but in times of Carlos V -II of Castile, II of the Crown of Aragon- Navarrese territory only issued coins with very low face value. According to tradition, and the law, pieces issued in Pamplona could only feature the Navarrese royal title (and not the general Spanish one), and so, the monarch's numeral corresponded to Navarre's own, and not the one used in Castile.

José María de Francisco Olmos summed up the changing circumstances of Navarrese coinage in Bourbon times in his article "Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)".[2] Here are some lines dedicated to the reigns of Felipe VII, Fernando II, Carlos VI and Carlos VII (in Castile, Felipe V, Fernando VI, Carlos III and Carlos IV):

> During Felipe V's reign an important change occurred regarding the typology of Navarrese pieces, as the monarch decided to keep his Castilian numeral and title Hispaniarum Rex, against Navarrese tradition and customs that specified the use of the Navarrese numeral (in which case he would be Felipe VII), as well as the royal title appropriate to the kingdom alone, but we should bear in mind the Navarrese kingdom's special set of problems, where Luis XIV of France was the

2 In Juan Carlos Galende Díaz and Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, pages. 177-234; quote on pages 187-188.

legitimate heir to the House of Foix-Albret and his documents and coins showed him as king of France and Navarre, so Felipe V wanted no "trouble" with his grandfather and only ally.

This novelty was kept during Fernando VI's reign, who intended to return to traditional legality and minted coin with both Castilian and Navarrese numerals (Fernando II), while maintaining the title Hispaniarum Rex.

Only during Carlos III (VI of Navarre) that the traditional title of Rex Navarre was used alone, as well as did Carlos IV (VII of Navarre).[3]



Fernando VI of Spain (s/d), by Louis-Michel van Loo (Spanish Embassy in Buenos Aires, in store in El Prado Museum). This character got to be king of Spain -and Navarre, like Fernando II- because his elder brother -Luis I- died suddenly in 1724, a few months into his reign: Felipe V -father of Luis, Fernando and also future king Carlos III de Bourbon- rolled back his abdication of the same year and named Fernando his successor (as was due, according to his sons' ages). The red mantle shows golden castles and lions, as well as fleur-de-lys, in reference to Spanish royal heraldry at the time.

Caroline coinage shall be treated at a later point. Here, we'll reproduce two pieces: one from Felipe's reign, another from Fernando's. In the first case, we show the smallest piece issued, a cornado or half maravedí, displaying the Castilian numeral, V; for Fernando, we include images of a 1-maravedí with the Navarrese ordinal, II. In both cases, the obverse is filled by the royal name's monogram, and the reverse has the crowned coat of arms with chains.



1.5 A coin for the prince of Catalonia

The defining centralising trend of the new dynasty regarding the crown of Aragon -so evident also regarding money- was unexpectedly broken in the issue of ardites for Catalonia: after two decades with no coins produced in or for the Crown of Aragon, Fernando would appear on said copper ardites as prince of Catalonia by "the Grace of God" (a behaviour with only one precedent: essays produced for Louis XIII of France during the Reapers' War). All the same, ardites for this *princeps Cataloniæ* included the "four paletts" coat of arms as heraldic emblem. José María de Francisco Olmos pointedly tells of this in the aforementioned article "Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)" (pages 223-224):

> Between these Principality-specific mint we should note the ones produced in the time of Fernando VI, due to the scarcity of existing small coins, given that pieces from as early as the 17th century were still in use for commerce. [...] These pieces (dated in 1754 and 1755) show as the main type of the obverse the lesser royal coat of arms (of Castile [and Leon]), and it's only on the reverse that we find an epigraphic and heraldic reference to Catalonia, both of which were problematic. The inscription shows a

3 For years, coins in the name of Felipe V with the royal title from Navarre were thought to exist, but this type of cash (or rendering money) would have never been issued. (Miguel Ibáñez Ártica *et allí*: *La colección de útiles de acuñación del Gobierno de Navarra*. Pamplona: Gobierno de Navarra / Institución Príncipe de Viana, 2003, pages 230-231).



title ["PRINCEPS CATALON(IÆ)"] that had never been used before (save for French issues for Louis XIII produced in Paris during the Reapers' War), since former sovereigns had always used the title of Count of Barcelona, who held the right to mint, and since said right has disappeared with the Nueva Planta, the monarch was free to mint with another title, in this case that of Prince of Catalonia, which may have been used with the express intent of making it clear that these pieces had nothing to do with those minted previously.

We should only add that nowhere in the coin do we see references to the Spanish royal title, and that, in Fernando VI's time, nothing of the like ever happened -as we've already seen-, even in the kingdom of Navarre, where fueros were still in force, unlike the territories of the Crown of Aragon.





José María de Francisco Olmos also spoke with great knowledge about the coat of arms on the pieces' reverse (page 224):

> The heraldry in use also demands our attention, as the decree said that they would feature [a *quarterly cross* with] the coat of arms of Catalonia, but instead, a quarterly coat of arms with five paletts and the cross of Sobrarbe (of only Aragonese tradition) was put on it, which drove the Royal Audience of Catalonia to express its disagreement with the design (August 30, 1755), stating in the document that the coat of arms of Catalonia had four paletts Gules on field Or, not five, as shown on the coin; and that [...] *the cross stamped on the coin was not that on Barcelona's coat of arms (Saint George's), as this was of ordinary figure and equal being pattée, with a pointed lower extreme like that of Sobrarbe*. It was probably this protest that ended the issue of pieces of this type, and those minted in 1756 had a different reverse, this time with Catalonia's traditional coat of arms, the four paletts, filling up the reverse.

It's very likely the Audience of Catalonia mistook the cross of Sobrarbe for that of Íñigo Arista (the first king of Pamplona), traditionally -and mistakenly- considered to be the heraldic sign of old Aragon. An emblem, by the way, Valencians often see in argent on azure on the mantle of the helm in the current coat of arms of the (Valencian) Generalitat. In any event, the episode is hard to believe in the days of Bourbon absolutism: besides finding no mention on Spanish pieces-the quarterly of castles and lions is included as "the coat of arms of Castile and Leon"- we should add the Catalonian complaint and final revision of the design of pieces produced in the Segovian mint.

2. SPANISH BOURBONS FROM THE MONETARY REFORM OF 1772 TO THE WAR AGAINST NAPOLEON

2.1 Legends on the gold reverses

As we've already discussed, 1772 was the last year of issue for 8-reales pieces with their composition -imperialist to the core, but extraordinarily effective in terms of political communication- of the hemispheres, or globes (worlds) under the Spanish crown. From then on, coins with new types were minted in the peninsula and the Americas according to the rulings of two pragmatic sanctions dated on May 5, 1772, regarding copper maravedís, and May 29 for silver and gold mints. Gold pieces -expressed in escudos and with the royal portrait since 1728 [↘]- had already changed their aspect in 1760, when the greater coat of arms of Carlos III de Bourbon first appeared on the reverse, together with a sentence that is paradigmatic of said monarchy's way of understanding and ruling: "IN UTRO[QUE] FELIX AUSPICE DEO", proclaiming the monarch to be under protection of God and happily ruling over both hemispheres [↙].







Carlos III of Spain (ca. 1765), by Anton Raphael Mengs (Museo del Prado, Madrid). A *restrained* court portrait, as befits the classicist leanings of this painter, famous in Europe and born in Bohemia. The work is brilliantly executed and recalls, in some formal aspects, portraits of Felipe IV of Castile -III in the crown of Aragon- by Diego Velázquez. Like on Fernando VI's portrait by Louis-Michel van Loo, the red mantle with ermine lining, folded here in the painting's lower right side, shows golden castles, lions and fleur-de-lys, emblems of the lesser royal Spanish heraldry. Carlos III de Bourbon's reformist impulse was in line with the European trend of enlightened absolutism -or despotism-, although this was not a king with a particular fondness for printed words (this is by no means a peninsular version of Frederik II of Prussia). Despite many of the policies put in motion bearing no fruit, Carlos III's reign projected a positive image in the Castilian collective perception, especially when contrasting it to that of his son, Carlos IV. His work at transforming -in urban development and monumental dimension- the city holding the court awarded him the description of *Madrid's best mayor*. Carlos III de Bourbon has been traditionally associated in the crown of Aragon with his lack of response to the *Memorial de Agravios (Catalogue of grievances)* in 1760; to the generalisation of teaching in Castilian and thus the official banishing of the local language in that field; and finally, for dictating the rule allowing entrance of free commerce with America to the ports of Catalonia (Tortosa and Barcelona), Valencia (Alicante) and the Balearic Islands (Palma de Majorca).

Before such an exultant inscription referencing the two worlds, Bourbons had incorporated two more on gold pieces, both with a religious background:

> Inscriptions on the reverse of these [Felipe V's] pieces have a clear religious meaning, very present in coins from medieval times. The arranged motto says INITIUM SAPIENTIÆ TIMOR DOMINI (fear of God is the beginning of wisdom [psalm 111.10]). It was kept until Fernando VI's reign, when it was substituted for another, extolling the monarchy's virtues: NOMINA MAGNA SEQUOR (I follow great names). The inscription links the king to his predecessors and states his intent of following the steps of the great monarchs who had occupied the throne before him.[1]

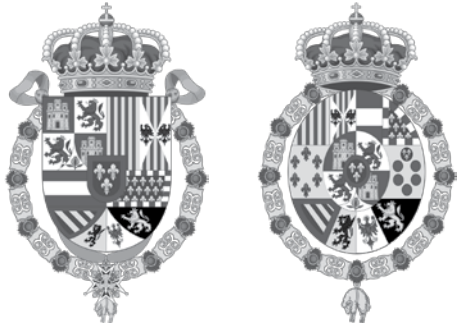


1 Javier de Santiago Fernández: "La imagen del poder en la moneda moderna", in Javier de Santiago Fernández and Mª Teresa Muñoz Serrulla (dirs.): *Moneda, escritura y poder. Comunicación, publicidad y memoria*. Madrid: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Nacional / Grupo de Investigación NUMISDOC, 2016, pages 97-128; quote on page 122.

2.2 The most complete Bourbon coat of arms

We have mentioned the greater coat of arms of Carlos III de Bourbon and seen an example of its presence on the king's money. This Bourbon royal emblem was very long-lived; so much so, it was used on coins until the times of Isabel II and, on the rest of formats, until Alfonso XIII's reign ended. What's more: in 1937, the Civil War having started, a peseta banknote issued by the francoist government in Burgos displayed it.

Carlos III de Bourbon's greater coat of arms constituted a clear mutation of the one used by Felipe V, Luis I, Fernando VI and Carlos himself at the beginning of his reign. Here are the two heraldic coats of arms (the one made in Felipe V's times and the one remade for Carlos III de Bourbon, the latter having more quarters)



At first glance, those with little or no knowledge of heraldry will find both coats of arms practically indecipherable. We'll try to make them more accessible:

Have a look at the upper left side of Felipe V's and the centre of Carlos III's: both show examples of the lesser coat of arms with castles, lions, the pomegranate and fleur-de-lys, but in Felipe's the Bourbon escutcheon isn't in the middle of the quarterly from Castile and Leon;

Let us now move to Felipe's upper right side and Carlos' upper left; here are the four paletts, and beside them, the four paletts with two black eagles: they were the emblem of Sicily (these are the Hohenstaufen eagles, a lineage Frederik I Barbarossa belonged to);

Pay attention to the left and right of Felipe's Bourbon escutcheon and Carlos III's upper right side: we find Austria (stripes of red-white-red, like it is now) and modern Burgundy (semé-de-lys and a *chequered* bordure compony of argent and gules);

We will now look at the lower parts of both coats of arms; they are identical: from left to right, Old Burgundy, Flanders, Tyrol and Brabant).

Finally, all that's left is look at Carlos III's coat of arms, on both sides of the lesser emblem; here are the only two elements not present in Felipe V's times: blue fleur-de-lys on yellow from the Parma Farnese (Carlos' mother's lineage), and red roundels -with a blue one on top, as in the French royal coat of arms- for the Medici (the Duchy of Tuscany)

Evidently, many of the blazons on both coats of arms are "aspirational", indicating no effective rule over the territories they depicted. As Javier de Santiago points out in "Imagen del poder en la moneda moderna" (page 121):

> [...] we should consider that European territories lost in the Treaty of Utrecht are still featured in the lower part of the coat of arms. By keeping the Habsburg coat of arms, Felipe V claimed his legitimate right to Carlos II's inheritance and his refusal of the terms of the Treaty of Utrecht. This goes with his foreign policy starting in 1714, with the common denominator of an effort to modify the diplomatic consequences of the Succession war; this is what has been called revisionist foreign policy.[2]



2 In Javier de Santiago Fernández and Mª Teresa Muñoz Serrulla (dirs.): *Moneda, escritura y poder. Comunicación, publicidad y memoria*. Madrid: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Nacional / Grupo de Investigación NUMISDOC, 2016, pages 97-128.

In any case, our description of the coats of arms has been very far from the traditional way of blazoning and so, how an expert in heraldry would have deconstructed them. We have done it so because, nowadays, these coats of arms are, frankly, arcane matter to most people; they were made back in the day for them to have political interpretations rulers -in the peninsula and abroad- could interpret: thus, the first greater Bourbon coat of arms puts great emphasis on the fleur-de-lys in the very centre; this 1700 incorporation was an excellent way to tell everyone that "there were no Pyrenees", that Felipe V's (and his successor's) Spanish monarchy and French royalty were forever linked.[3]

Regarding Carlos III de Bourbon's coat of arms [↗], it is very meaningful that all emblems are organised around the lesser coat of arms, occupying the centre of the emblem; it's a splendid way of making it perfectly clear symbolically what was politically very clear: that since the Bourbon victory in the Succession War, if not *de facto* earlier than that, monarchy residing in Madrid had a hard core, an essential territory, and this fact rendered absolutely useless the old "tanto monta, monta tanto" (which could be roughly translated as "equal opposites in balance") between Castile and Leon on one side and the crown of Aragon on the other. This primordial egalitarianism was reflected in the heraldic emblem arranged in quarterlies held by the Catholic Kings: Castile and Leon/ Aragon and Sicily/ Aragon and Scilly/ Castile and Leon (with Granada since 1492)[4] [↓].





We find another high point of heraldic *centralism* of the times can be found in the reverse of copper coins, in which a very decorative composition bore no emblem unlike those on the lesser coat of arms: not even the pomegranate was there, as had been the case on other Bourbon mints such as Fernando VI's ardite.



3 We won't focus particularly in the presence of the Order of the Golden Fleece on Spanish coins, nor on the occasional appearance of the French order of the Holy Spirit; José María de Francisco Olmos -in "La Orden del Espíritu Santo en las onzas de Felipe V", *Hidalguía* 46 (267). Madrid: Instituto Salazar y Castro, 1998, pages 169-192- pointed out that "Felipe V put it (the order of the Holy Spirit) on his ounces from the beginning of his reign, together with that of the Golden Fleece, as was proper to the Spanish Monarchy given its link to the House of Burgundy, and the highest honour the king could bestow. At first, the collars of both orders were kept separate, and surrounded by the Monarchy's greater coat of arms, but later on, only the Fleece collar was left, and over the Fleece, only the cross of the Holy Spirit, such model remaining until Carlos III's monetary reform" (pages 170-171).

4 "First, that the title on letters patents, proclamations, money and stamps shall be common to both rulers, king and queen, whether they are present or absent, but that the name of said king shall precede, and the coat of arms of Castile and Leon shall precede that of Sicily and Aragon": section of the Concord of Seville signed, in 1475, for Fernando and Isabel's reign over Castile. The text is transcribed by José María de Francisco Olmos on page 132 of "Europa en las grandes armas de los reyes de España" (*Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 30. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2013, pages 129-156), and right after the transcription, the author reminds us that "this was followed to a T, as can be seen on coins, lead stamps, seals, etc., which were exclusive to the Crown of Castile, but it's surprising that Fernando would accept this heraldic order also in his patrimonial territories, maybe conscious of the greater demographic, financial and military power of Castile, or because he saw himself as the representative and older member of his dynasty and intended to build a single territorial unit. [...]".

2.3 Laureate and laurel-less portraits

Let's leave the heraldic element aside for a moment. One of the novelties introduced to Hispanic issues by 1772's pragmatic sanctions was the transference to silver and copper of a trait already present on gold mint: the systematic presence of the royal bust on the obverse. Here is what was said about the portrait on *vellón* (copper):



> [...] on one side, my royal bust to the left, nude, with the inscription CAROLUS III D. G. HISP. REX, the year of mint, Segovia mint's own emblem where it is to be coined and the number showing each piece's value: that is, eight, four, two or one maravedí respectively.

From then on, very few Spanish coins have lacked the ruler's portrait, an element we formerly described as the "paradigmatic image of power; of those exercising power" (remember: on coins from ancient Greece and Rome). Nevertheless, when talking about the images of power and kings' portrayals, what's most interesting about the legal framework in 1772 is the distinction made -when dealing with silver coins- between American and peninsular mints regarding the royal bust. Here is, for the first time, what was ruled for coins minted in the Iberian peninsula: "[...] it shall bear my nude royal bust, with a Royal mantle of sorts, and around it the following words, CAROLUS III D[EI]. G., and the year underneath, as in other coins".



And here is what he wanted to appear on pieces for the New World: "[...] shall have on the obverse my Royal Bust, dressed in heroic fashion with a chlamys [or ancient military cloak] and laurel [wreath], and around it the inscription CAROL. III. DEI GRATIA under the year it's minted in". Carlos III's directive was later nuanced with the adding of a piece of armour "vambrace or pauldron -normally made in leather».[5]



When Carlos IV got the throne, the transformation obeyed the logical change in ordinal and royal portrait.





José María de Francisco Olmos summed up the typological peninsula vs America dichotomy on page 203 of "Propaganda política en la moneda de los Borbones (1700-1868)": "Notice the difference in typology on peninsular silver of a "civilian" king and a "military" one in the Indies, in the heroic or Roman fashion [...]". And Javier de Santiago -in "Imagen del poder en la moneda moderna", page 125- describes accurately both of the king's attires or representations:

> The king appears on American silver in the Roman fashion, with a laurel wreath, armour and a mantle. Regal exaltation is evident. The king is the key figure of Enlightened Despotism; the sovereign embodies in theory and practice all of the State's power, both being at times hard to tell from one another. [...] On peninsular silver the monarch loses his military character and is depict-

5 Ramón María Serrera: "La introducción de la "moneda de busto" en España e Indias: la real pragmática de 29 de mayo de 1772", *Revista de Estudios Extremeños*, Volume LXXI, N.º III, 2015, pages 1973-1990; quote on page 1988.

ed covered by a mantle. The propaganda exaltation shows him now as a ruling king, a philosopher king protecting enlightened ideas, and as a father figure, ready to help all his subjects. It doesn't seem to be a coincidence for the military and triumphant king to appear on coins aimed at foreign trade, as that's the image other states would receive of him.

Wreathed portraits of monarchs weren't uncommon on coetaneous European money, with either civilian mantles or contemporary military attire; there were even those in vaguely Roman poses. All the same, a given king may appear on the different values of his coins with one attire or the other regardless, or with his bust completely bare. But the rotund distinction depending on the location of mints on either side of the ocean was only possible in Spain or Portugal, and Portugal never did it.



The ghost of a dollar or the banker's surprize (*ca*. 1808) by William Charles. A well-known cartoon of Stephen Girard, a Philadelphia merchant and financier, here under the name "Stephen Graspall, Banker & Shaver". The merchant appears behind a counter -with a slot in it- while staring, blinded, at the appearance of an 8-reales coin in the name of Carlos IV, dated in 1806 and, judging by the text accompanying the drawing, a very scarce monetary specimen in that context: "Surely my eyes do not deceive me -It certainly must be a Dollar!- I declare I have not seen such a thing since I sold the last I had in my Vaults at 18 per Cent Premium -If thou art a real Dollar do drop in my till and let me hear thee Chink- As I have been sued for payment of part of my notes in Specie I must collect some to pay them for quietness sake or the game would be up at once". The business's sign sits behind the counter, where we may read "Paper Wholesale and Retail. NB No foreign Bank notes taken on Deposit except such as are about 5 per cent above par". The image comes from the Library of Congress (in Washington DC): <https://www.loc.gov/item/2002708983>

We'll go back for a moment to Carlos IV's portrait, which we've seen on coins and a trustworthy copy as a caricature: we may compare these numismatic images to Goya's work, as well as that of other painters who shaped our idea of the monarch's appearance.



Carlos IV's family (1800-1801), by Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). We are certainly not looking at the grandiose painting the Spanish kings may have expected (especially considering that Louis-Michel van Loo had, some six decades earlier, achieved the exalting of a monarch). But it seems the royal family was not unhappy with the result. Regardless of this, the work has raised all types of comments: it is said that, upon visiting the Prado Museum, Pierre-Auguste Renoir said, "The king looks like an innkeeper, and the queen like a landlady...or a bit worse, but what diamonds did Goya paint on her!" *E si non è vero, è ben trobato*. Goya stares at us from the shadows.



King Carlos IV of Spain (*ca*. 1789) by José Vergara (Museu de Belles Arts, Valencia). The painter became a conspicuous representative of academicism in the Valencian area, and thus, paintings such as this no longer have the grandiloquence of so many baroque portraits, in spite of the richness of the portrayed fabrics.

2.4 Public and hidden reasons to the change of money

We shouldn't forget, however, that beyond the aspects we have been talking about, currency exists mainly because of its economic dimension, since it's money we're dealing with at the end of the day. And regarding the 1772 rulings,

the intention wasn't just to reflect the changing attire of the portrayed or the presence or lack of laurel wreaths on their heads. In fact, launching *bust* money was also a means to retire defective and (hand) hammered coins, and at least as important as that, to reduce the coins' fineness or percentage of pure metal:

> From an intrinsic point of view, monetary issues during Carlos III's reign were characterised by secret ordinances proclaimed by the monarch, destined to lower the grade of both gold and silver coin. The first such ordinance, on March 18, 1771, [...].[6]

Manuel Vilaplana unravelled the whole process in two pages of a work that is still essential, *Historia del real de a ocho*:[7]

> [...] the main reason to extinguish coins in circulation up to that point was to issue the new ones with the same grade as foreign ones, while maintaining their value; thus, doing what other nations were, which was publishing a higher grade in their ordinances than was really issued; thus, there being no difference, it wouldn't be exported. [...]

Such measure being secret is surprising. The king had every right to lower the fineness in order to adapt the coins' value to that of foreign ones, and even to try to avoid currency leaving the country by diminishing the likely profit. It was then a normal practice which didn't justify such secrecy, which in turn couldn't, as was the case, be kept from the public forever.

On February 25, 1786, almost two years before Carlos III de Bourbon's death, the -secret again- directive on the new loss of fine metal content on gold and silver pieces wouldn't come accompanied by changes in its design: And once Carlos IV was on the throne, no *mischief* in such direction was documented. In any event, Javier de Santiago Fernández -in "Legislación y reforma monetaria en la España borbónica" (page 413)[8]- portrayed Carlos' secrecy quite harshly:

> This explicit statement was but a falsehood intended to hide what can't be named but as State fraud or forgery. Shortly before, on March18, 1771, Carlos III, through his viceroys, had sent a secret document to the superintendents in mints commanding them to lower the fine metal in his coins. The measure constituted a tax imposed on coin mint. The modernisation and technical improvement purposes had as their background an undercover devaluatory policy.
>
> Secrecy was, again, the characteristic trait of the February 25, 1786 ordinance, reducing gold and silver content without altering their weight. It seems like profits derived from both devaluatory measures were destined to fund the costly task of modernising the coin underway, despite the Monarch having promised to foot the operation himself. Thus, it was the users of the currency who actually paid for its technical improvement.

2.5 Coats of arms with and without pillars

Let's now come back to the political dimension to point out that, as was to be expected, 1772 rulings on new coins also dealt with their reverses. And as was the case with obverses, there was also a

6 Mª Teresa Muñoz Serrulla: *La moneda castellana en los reinos de Indias durante la Edad Moderna*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia · UNED, 2015, page 103. On the same page of the work, specifically on notes 95 and 94, we find the transcriptions of Carlos III's pragmatic sanctions we quoted earlier.

7 Murcia: Universidad de Murcia, 1997, pages 174-175.

8 In Juan Carlos Galende Díaz and Javier de Santiago Fernández (dirs.:): *VI Jornadas Científicas sobre Documentación borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2007, pages 403-436.

difference between the peninsula and America in silver coins. In the case of European Spain, "[...] its reverse shall have my coat of arms, just as the one on the Indies' silver coin, but with no pillars [...] and on the reverse's circumference the obverse's inscription shall continue with letters saying HISPANIARUM REX" [↙].





For silver coins minted in the New World, "[...] the reverse shall feature the main coat of arms of my royal emblem, with the Royal Crown on top and two columns on its sides, with a band inscribed PLUS ULTRA, [...] and on the reverse's circumference, the obverse's inscription shall be finished by the letters HISPAN. ET INDIAR. REX"[↗].

Unlike the type with hemispheres or worlds, Hispanic American coins minted according to 1772 ordinances had the inscription cover both obverse and reverse: "CAROLUS · III · DEI · GRATIA / HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX" or "CAROLUS · IIII · DEI · GRATIA / HISPAN[IARUM] · ET IND[IARUM] · REX" (the ordinal at times being written "IV"). Also unlike money with globes, on the stamp introduced by Carlos III with the pillars of Hercules on them, these are not crowned, the tefillah is much more flared, and pillars are more stylised.

2.6 The column emblem

These last details are, however, practically minor. What really mattered is the meaning of the emblem of royal power at a time and in places where -one would suppose- political communication had a very limited number of formats to be expressed in. We would like to close this section with some final considerations on said emblem, and to do so, we'll recover this, written in a recent article:[9]

> The coat of arms with two columns -linked to demigod Hercules' tenth task [that is, stealing Gerion's cattle]- was a distinctive of the Spanish monarchy from the time of Carlos of Ghent's reign, and related particularly to the Hapsburgs, Bourbons and Bonapartes' American possessions (in the case of the Napoleons, it was so since José also proclaimed himself in theory to be king of the Indies). Also, starting in 1868, the pillars, accompanied by the motto "Plus Ultra" -with or without water beneath them, crowned or not- have been part of all versions of the Spanish state coats of arms (what is called the national coat of arms): from the Provisional Government derived from the Glorious Revolution to our days, when Spain claims to be a parliamentary monarchy (with an organisation in autonomous regions and *nationalities*). The pillared emblem, a humanist enterprise suggested by Milanese Luigi Marliano, was in its origin a reference to young Carlos' dynamism, who held so many possessions in the Iberian peninsula and in continental and insular Europe, the beneficiary of overseas conquests and thriving leader of a new dynasty; however, this attractive and classical motif would soon point to the idea of leaving behind the mythical pillars where the world of ancient times ended (the sea by the Strait of Gibraltar), and thus to push the set geographical boundaries westward, challenging the then feared "dark sea". Thus, the "Plus Ultra" motto, "beyond" the pillars, *Plus Oultre* in French (Carlos' mother tongue), would

9 Rafael Company i Mateo: "Nación e imperio en la cartofilatelia del régimen franquista. Mapas, planos y globos terráqueos en los sellos de 'la España una' y sus colonias", in Guillermo Navarro Oltra (ed.): *Autorretratos del Estado (II). El sello postal del franquismo*, 2nd ed. (Cuenca / Santander: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha / Editorial de la Universidad de Cantabria, 2015, pages 148-178; quote on page 163).

point to the reward Christopher Columbus' bravery had brought forth: the appearance of the Indies, the New World or America in Iberian sight.



The pillars of Hercules (1550), by German Heinrich Aldegrever or Aldegraf (Metropolitan Museum of New York; a gift from Felix M. Warburg and his family in 1941). According to the mythical tale, the demigod had built two pillars in the Strait of Gibraltar to commemorate his passing through the area. The engraver's monogram is on the lower left corner and imitates, as much as it can, the one Albrecht Dürer put on his creations. The characteristic letter "A" here -for Aldegrever- covers a "G" (one should suppose it's related to the second part of his surname); in the case of Dürer, the "A" was for his name, and the "D" to his surname.

2.7 Navarrese currency and the last Bourbons before the war against Napoleon

Regarding Navarre, Carlos III de Bourbon reintroduced the privative royal title on coins in 1768, as well as the exclusive use of the corresponding ordinal. Thus, pieces issued in his name in the city of Pamplona displayed, besides chains, Carlos VI's monogram. His successor's only issue received the same treatment, and so, the monogram ought to be interpreted as Carlos VII's own.





Carlos III, hunter (1786-1788) by Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). The monarch reintroduced ancient practices -validated by fuero tradition- in Navarrese currency, such as the exclusive presence of the Navarre royal title and privative ordinal on pieces.

3. JOSÉ BONAPARTE'S RULE (1808-1813) AND THE NAPOLEONIC CATALONIA (1808-1814)

In October 1807, Carlos IV and Manuel Godoy's Spain and Napoleon Bonaparte's France signed a secret treaty known to history as the Treaty of Fontainebleau. Its main objective was dismembering Portugal, a traditional ally of the British, that is, the ally of the great enemy to Napoleon's plans and at the same time, the great enemy of the Hispanic empire. The alliance not only allowed French armies to cross the country on their way to Portugal, but also the settlement of a considerable contingent of Napoleon's soldiers in Spanish territory, which was evidently at the mercy of the French emperor's ambitions.



Portrait of king José I (*ca*. 1809) by Joseph-Bernard Flaugier, or Josep Bernat Flaugier in Catalan (Museu Nacional d'Art de Catalunya, MNAC, Barcelona). José Bonaparte's figure has suffered a practical process of *damnatio memoriæ*, fitting a member of a dynasty threatening the continuity of the royal family that would end up winning the war. Given the existence of numerous tales of infamy around the monarch, who was presented as an alcoholic deserving the nickname "Pepe Botella" (Joe Bottle), and because of this, was the subject of the fiercest of caricatures. The existence nowadays of palace iconography such as this, kept from anti-Napoleonic revenge, is surprising.

3.1 Abdications, enthronings and wars

In such an explosive context, which did include some display of power on the side of French troops, Fernando, the heir to the Spanish throne, got his father to abdicate after the Mutiny of Aranjuez. The revolt in March 1808 had Manuel de Godoy and king Carlos himself as targets, as well as all policies carried by them, by way of queen Maria Luisa. Although Fernando VII did reign, Napoleon's intrigues with his alter ego in Spain, Joachim Murat, the new king's aspirations and those of the dispossessed king's, led to a practically theatrical meeting in Bayonne being called. The end result, in the short term, was that both kings in conflict abdicated and Napoleon was left as trustee of the Spanish crown. Mid-term, it meant José Bonaparte, his brother, would be enthroned as king of Spain.

Against the backdrop of anti-French uprisings during the abdications process (such as the tragic and well-known May 2, 1808 in Madrid), opposition to the new monarch consolidated and quickly got armed, leading to a bloody war of years, including guerrilla warfare. The common purpose of this revolution -as was called at the time- was the return of Fernando VII (called *el Deseado* because of this) who was held or imprisoned in France, to guarantee Spain's independence from Napoleon's rule and imperial interests. Obviously, the Spanish conflict was a part of the wars Napoleon's France waged on several European fronts. We should also bear in mind that in this state of things, there would be those in Spain who thought the Bonaparte dynasty may carry out enlightened reforms -or even reforms beyond the ideas of Enlightenment- the Bourbons had never taken seriously enough, or plainly impeded. These were nicknamed -in no loving terms, of course- *Frenchified*. The existence of supporters of regimes led by members of Napoleon's family -*napoleonids*- wouldn't be, though, a specifically Spanish trait.



Emperor Napoleon at his studio at the Tuileries. (1812) by Jacques-Louis David (National Gallery of Art, Washington DC). By the warrying Napoleon and the arrogant emperor, we find a legislating Napoleon, willing to steal hours from sleep (that's what the almost burnt candle in the painting means), inspiration to one of the legal monuments of the West: the -nonetheless patriarchal- *Code civil des Français*.

Jacques-Louis David had been a jacobine revolutionary (remember the spectacularly Christ- like *Death of Marat*), and was close to paying his being accessory to the Terror with his own life. But the most celebrated of neoclassical painters found a new political and artistic life in the shadow of Napoleon: some of the most imposing icons from Bonaparte's times are owed to David's talent.

3.2 A constitutional reign that didn't seem like one

José's reign had a reference text: the Bayonne Constitution or Bayonne Statute, which his adversaries could see being cared for by Napoleonic guns. On the 4th article of the document -actually a "Given Carta" instead of a Magna Carta, designed to Napoleon's taste and aimed at being the framework for José I's rule over Spain, and the intended successors in the Bonaparte lineage- established that:

> In all edicts, laws and rulings, the titles of the King of the Spains shall be: D. N..., *BY THE GRACE OF GOD AND THE STATE'S CONSTITUTION, KING OF THE SPAINS AND THE INDIES.*

This explicit statement of the monarchy's constitutional character was never translated into coins, which also kept their Latin inscriptions: "IOSEPH[US] · NAPO[OLEON] · DEI · GRATIA / HISPANIARUM ET IND[IARUM] · REX", for example, is what appeared on silver pieces.[1]





In 1772, this title -with its explicit reference to the Indies- was foreseen to appear on silver issue for American mints, but the inscription had already appeared in the peninsula: in the Segovia mint, with Felipe II of Castile on the throne; in Madrid, during Felipe V's reign.[2] Regarding the remaining divine legitimation on coins, José Bonaparte was the only napoleonid to use it.[3]

On José I's gold pieces, the Golden Fleece remained, as well as the inscription first used in times of Carlos III de Bourbon: "IN UTROQ[UE] FELIX AUSPICE DEO". As stated by José Mª de Francisco, "[...] king José's coins are surely the most traditional of all carried out by European Bonapartes, showing none of the traits of new political regimes born from the Revolution".[4]

1 Royal seals on josephine stamped paper -from the specimens kept- carry the title in Castilian: "JOSE NAP[OLEON]. I. P[OR]. L[A]. G[RACIA]. DE DIOS REY DE ESPAÑA Y DE L[AS]. IND[IAS]." (*José Napoleon I king of Spain and the Indies by the Grace of God*) and "JOSE NAP[OLEON]. I. P[OR]. L[A]. G[RACIA]. DE DIOS REY DE L[AS]. ESP[AÑAS]. Y DE L[AS]. IND[IAS]." (*José Napoleon I king of the Spains and the Indies by the Grace of God*).

2 However, in Bourbon America, pieces were minted with no explicit mention of the Indies title: both in the Viceroyalty of Nueva Granada and the Viceroyalty of Peru.

3 *Vid*. Jean de Mey and Bernard Poindessault: *Répertoire des monnaies napoléonides*. Brussels / Paris, 1971, and José Mª de Francisco Olmos: "Las acuñaciones de los Napoleónidas. Imagen de una Nueva Europa (1803-1815)", *Documenta & Instrumenta*, Vol 5. Madrid, 2007, pages 157-192.

4 In "La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra", *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, pages 215-264; quote on page 227.

3.3 A roman bust and a practically territorial coat of arms

Continuity with 1772's previsions would also be broken when dealing with the characteristics of the royal portrait: no mantle, just a bare bust; on silver, the king would appear with his hair in the Roman consular fashion, as Napoleon had in French monetary issue. Copper coins would follow suit, as would one gold piece, while the other two gold pieces would show a bust adorned with a band -that is, a hairband in the Hellenistic tradition-. We also find a rupture when dealing with the coat of arms, and an especially meaningful one from an ideological perspective: not only are gone the fleur-de-lys that Louis XIV had put there on the occasion of his grandson Felipe V's arrival to the throne, but the new coat of arms also shows a degree of egalitarianism in how it presents the castle and lion on the upper side, the Crown of Aragon's four paletts, Navarre's chains, Granada's pomegranate and -representing the Indies- two globes and the pillars of Hercules, all of which will be familiar to the reader by now. A coat of arms showing the Spanish monarchy as an egalitarian conglomerate of territories, with none of the Castilian-Leonese centralisation originated in Almansa on April 25, 1707 and in Barcelona on September 11, 1714. The coat of arms, however, does show Napoleon's unavoidable omnipresence, seen in the eagle at the very centre, in the oval space formerly destined to the Bourbon fleur-de-lys.



3.4 Jupiter's eagle, "egalitarian" Spain and Castile-centric Spain

In fact, we find the jupiterine emblem the emperor chose in 1804 in the middle of José Napoleon's coat of arms: the majestic napoleonic eagle on the escutcheon carries in its claws a depiction of Zeus' or Jupiter's thunder. This may be so as to leave no doubts on the nature and capabilities of imperial power, and, one would suppose, of he who held it by delegation: the Bonaparte destined to rule Spain with the almighty brother's acquiescence.

And so, a coat of arms explains the other's centre. And in a way, José's coat of arms became an early form of later Spanish coats of arms: of those who intended to be inclusive of all territories. On the birth of this emblem, we follow the writing on page 211 of Faustino Menéndez-Pidal de Navascués seminal article "El escudo de España":[5]

> In the assembly of notable Spanish citizens held in Bayonne, France, in July 1808, sir Juan Antonio Llorent, the well-known secretary and Inquisition detractor, read a long speech about the coat of arms José I should take on becoming King of Spain and the Indies. He recommended two models. The preferred one disposed of old heraldic emblems and included the two pillars and two worlds on a field Gules under a chief Azure with a sun, in a manifest attempt at erasing and forgetting the distinction of old kingdoms and regions of Spain between them, and those of the metropolis and overseas territories, whose differences disturbed the present. The second proposal was a quarterly of Castile, Leon, Aragon and Navarre, enté on top by the Indies (the hemispheres and pillars) and with an escutcheon with Napoleon's eagle. These precedents make it even more meaningful that José Bonaparte chose -although slightly modified- Llorente's second proposed model.

In the end, the official emblazoning of the Spanish Bonaparte coat of arms was carried out in the following terms:

5 In Faustino Menéndez-Pidal de Navascués, Hugo O'Donnell and Duque de Estrada and Hugo and Begoña Lolo Herranz: *Símbolos de España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales y Políticos, 2000, pages 15-225.



> The Crown's coat of arms from now on shall be an emblem in six quarters: the first of them shall be that of Castile, the second Leon, the third [the Crown of] Aragon, the fourth, Navarre, the fifth, Granada, and the sixth for the Indies, portrayed as per ancient custom with two globes and two pillars; and in the centre of these quarterlies, the escutcheon with the eagle shall be superimposed, appointing our Imperial and Royal Family.

In contrast to all this, on minor silver pieces -the ones called provincial- kept the traditional Bourbon designs of castles, lions and pomegranate, with the absolutely logical exception of the fleur-de-lys, substituted by the eagle: a lesser Bonaparte coat of arms of sorts, incoherent with the (fundamentally territorial) building method of king José's new coat of arms and their "egalitarian" meaning [↓].





The 8-maravedís coin's reverse [↑] -the only minted piece on copper with José's bust (by the way, without the Indies title, as in 1772) - also remained, save for the escutcheon, as it was in times of Carlos III and Carlos IV: with castles and lions.

3.5 A faceless, nameless power in napoleonic Catalonia

One last *excursus* on José Bonaparte's times: in Barcelona under Napoleonic rule, coins were minted as pesetas (and quartos) -dated 1808 and 1814- adorned with the city's coat of arms (the crosses of St. George and the four paletts) and





the inscription "EN BARCELONA".

These pieces had no reference to the issuing power: neither José Napoleon nor, after the annexation of Catalonia to the French empire in 1812, to Napoleon Bonaparte. Such a strange circumstance has had attempted explanations, one of which ponders the possibility that emperor Napoleon already foresaw, at the time of invasion, the future incorporation of Catalonian territories to France. In this case, bonapartist authorities had decided in 1808 to symbolically brush theoretical sovereign José I aside.[6] Whatever the reason, this was the first currency to have the words "PESETA" (1809) and "PESETAS" (1808) written on it.

In Girona (then officially Gerona), Lleida (then officially Lérida) and Tarragona, reference to pesetas was made in 1809 through abbreviations: "5 P" or "5 PS". During the war against Napoleon, the first coins to show their value in duros came up: in the Girona capital ("UN DURO"), in 1809 but dated 1808, and in Tortosa ("DURO"), in 1810.

6 For more on the aforementioned controversy *vid*. E. Gozo: *La moneda catalana de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Cymys, 1977 (2nd ed.; 1st ed. 1974), pages 34-37 and 68-75; José Mª de Francisco: "La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra", *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, pages 215-264: pages 229-233; and Albert Estrada-Rius: «Les emissions de la Casa de Moneda de Bracelona sota l'ocupació francesa», in Albert Estada-Rius (dir.): *Monedes en lluita. Catalunya a la Europa napoleònica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2008, pages 61-71: p. 63.



Napoleon on the imperial throne (1806), by Jean Auguste Dominique Ingres Musée de l'Armée, Paris). The glory of Roman emperors, Charlemagne and the old kings of France seems to imbue this august figure with a soft light, the -possible- peak of pompousness in the portrayal of personal power in a painting.

A military leader, victorious in the revolutionary wars, and a very popular general among his people because of it; first consul of the French Republic after a coup and, later on, lifelong consul; self-proclaimed emperor of the French Republic -a position he held at the time of the painting- and later on, emperor of the French Empire, Napoleon Bonaparte holds in this portrayal all kinds of court symbols, interlaced in a new syntax: the one at the service of his own, personal glory. It is the indelible victory of the Corsican who arrived in Paris as a young man.

PUBLIC ANNOUNCEMENT RESTABLISHING THE OLD MINT IN BARCELONA CITY TO ISSUE GOLD, SILVER AND COPPER
21-VIII-1808

Among the several measures adopted for the good of these neighbours, at a time in which, manufactures stopped and commerce stagnant, artisanal and factory officers and workers have been left without an occupation and sunk in misery, which has also affected owners and workshop foremen, and landowners are unable to get their rents for several reasons; one has been to restore in the city the mint of provincial coin, thus increasing the country's currency, exhausted after a long deprivation that has been draining its wealth, and to remedy the need of those still keeping their metal jewels, unable to enjoy their product for lack of buyers, or because those willing to buy would do so for such low prices it wouldn't remedy their need, their grief increased after selling them. To carry it out, a council has been appointed that, under the rules established, put in order all that was necessary to verify such a beneficial idea; and having examined what the council stated, it's been decided that, from the current month's twenty-seventh day, the mint shall be open, and because of what's been stated it will be established in this city, so provincial coins in gold, silver and copper shall be minted in it.

The ones minted in gold will be two escudos or four duro doubloons ["20 pesetas" on the coin] and two duros pieces or escudos [never issued], exactly the same in weight, carats and size or magnitude as those recently issued in Madrid ["80 / R ·", on the coin].

Minted in silver there will be pesos duros ["5 PESETAS" on the coin], half duros ["2 ½ PESETAS" on the coin], pesetas and half pesetas, and on these coins the same rule will apply that, in weight, carats and size, they shall be equal to their equivalents lately issued in Madrid ["20 / R ·", "10 / R ·" & "4 / R·" on the coins].

Pieces in copper will be made with a value of four and two quartos, one quarto and one ochavo.

Gold and silver coins will have a reeded rim, and copper ones will not.

The seal or stamp on said coins will be the coat of arms of this city with a slight adornment, which shall be different for each coin type.

The reverse of each coin shall display an expression of its value on its centre, and the trim, the year of mint and its place, which is this city.

All these coins will have free course in this Province [of Catalonia] for the value stated on them, either alone or with others like them, with no difference or preference of ones over others.

And in order to enforce the aforementioned's timely compliance and to be pointedly acknowledged, treated and admitted as true coins in virtue of the expressed providence to issued them in this mint in the already stated circumstances; the matter conferred in the General Council on the twentieth of the current month presided by H.E. His Excellency Sir Captain General, and made of the Royal Accord, Sir Superintendent, Town hall and the Mint Council, it is commanded to publish and fixate this proclamation. Issued in Barcelona on August the twenty-first, 1808. = THE COUNT OF Ezpeleta. = *Approved*. = Don Joseph María Vaca de Guzman, Sub-Deacon on the Royal Audience. = Miguel de Prats y Vilalba, Secretary of the Royal Accord*.

*Josef Salat: *Tratado de las monedas labradas en el Principado de Cataluña con instrumentos justificativos*, Volume I. Barcelona: Antonio Brusi, 1818, pages 40-41 on the "Appendix of documents".

4. FERNANDO VII AND THE DRAMA IN SPAIN AND HISPANIC AMERICA (1808-1833)

4.0 An introduction to the reign's periods

Fernando VII's reign -the king for whom multitudes lost their lives in Spain- was extraordinarily complex in its monetary iconography and the inscriptions on those issues. In the midst of war against Napoleon (and José), unprecedented portrayals of power appeared, as a consequence of exceptional circumstances, at times of the direst of needs, against a backdrop as convulse as this was.



The third of May 1808 (1814), by Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). One of most famous paintings in the history of art, it transcended beyond the specific event it depicts: the dramatic composition has become a paradigm to denounce war and repression. The focus of attention is the central character in a Christ-like pose and white shirt -an allegory of purity-. The work is also shocking in its analysis of the attitudes or positions of different human groups, including the bleeding corpses and the anonymous killing machine formed by Napoleonic soldiers. These are, precisely, the ones by the lamp, by light: a possible reference to the tragic fact that it was revolutionary France -a beacon of liberty to so many in the last days of the Age of Enlightenment- that had ended up taking the shape of such a cruel and insensitive apparatus of repression.

To keep it safe during a francoist blitz, *The third of May 1808* was evacuated from Madrid to Valencia during the Civil War. It suffered an accident in transit, and the imperfections this caused motivated, back then and years later, a series of restorations.

After the war, Fernando's history as king is made up of three historical cycles and thus, by at least three possible ways to manifest the legitimacy and reach of his royal power:

–The first stage was a six-year period of absolutist victory, which lay waste to the work put into the 1812 Constitution, thus cornering the first liberalism;

–The second was defined by a triennium of liberal hope that would die at the hands of a hundred thousand French soldiers. They -sent by Louis XVIII, brother of beheaded Louis XVI- would proclaim themselves to be the Sons of St. Louis and restorers of the absolute monarch;

–The third and last stage, in the decade that was to be named ominous, was the revenge against a demonised liberalism; Granadina Mariana Pineda -the author on the flag of the words liberty, equality and law- was executed, as in Valencia would be Russafa teacher Gaietà Ripoll, a victim to the Valencian dioceses' Junta de Fe (*Faith court*) -the Inquisition's methods by any other name-, who had accused him of heresy to great outrage in Europe.

In the early days of this third act, the king himself would -secretly- condemn to death Valencian Gabriel Ciscar, a notable naval officer, and one of the assistants to the conference in Pairs where the metric system was instituted. And three times a member of the Regency of Spain. One of the French come to restore absolutism would rescue Ciscar in a ship and send him to Gibraltar, were the British would protect him from the monarch's foolishness.



Portrait of Fernando VII with royal mantle (1815), by Francisco de Goya (Museo del Prado, Madrid). The author of this painting would spend the last days of his life exiled in Bordeaux, while Fernando VII exercised as absolute monarch in Spain: a contrast in their biographies that serves as a very good portrait of the ruler also known as the *treacherous king*.

The following are a series of coins, issued by general authorities and those in charge of several Iberian territories, showing these revolutions and involutions around Fernando VII's legitimation confirmed on coined metal. We won't pay too much attention to emergency issues from Catalonia and Majorca, on which the monarch's title was very briefly expressed (probably because of the circumstances at the moment and their associated technical difficulties): these coins only mention the king through an abbreviation of his name and ordinal, not mentioning his title: with the letters "FER/ VII" or "FER" and "VII" written with simple punches (and slight variations). We have also excluded the many royalist issues in America that departed from the official overseas model. We have put special emphasis, on the other hand, on coins minted in Pamplona; we have reproduced a selection that lets us follow the events leading from the Ancien Régime and its fuero local laws to Unitarian isabelline liberalism, by way of the Liberal Triennium (also with Unitarian leanings) and the (*de facto* fuero-inclined) absolutist restoration.

4.1 The war against Napoleon and the absolutist six-year period (1808-1820)

The first fernandine coins we'll examine were issued in Seville and Valencia while both capitals remained under the rule of those loyal to Fernando VII, that is, those opposed to Napoleon and his brother. The *wanted* king is portrayed in these following the 1772 directives regarding peninsular mints: with a "royal mantle of sorts", without a laurel wreath (the Sevillian bust is called *the Seneca* [↓], and the Valencian portrait was the work of engraver Manuel Peleguer Tossar [↘]). Their reverses also follow what was the norm in times of Carlos III and Carlos IV: the lesser coat of arms and the royal title at the end (with no explicit reference to the Indies, unlike José I's coins)









The third coin we'll deal with was produced in the parts of Catalonia unoccupied by the French in 1810 (issued until in 1814). The piece's reverse shows the four paletts coat of arms, crowned, and the Latin inscription "PRINCIP[ATUS] · CATHAL[ONIÆ]·", that is, Principality of Catalonia; unlike Fernando VI's ephemeral issue proclaiming himself Prince of Catalonia, the royal title on this coin is only Spanish, and the Catalonian reference is only territorial, or, as was said at the time, *provincial* [↓].





The coin's obverse displays a quarterly [↖] of castles and lions, the pomegranate and fleur-de-lys, with the inscription, again in Latin, "FERDIN[ANDUS] · VII · HISP[ANIARUM]·REX" (or, less likely, HISP[ANIÆ]·REX), with no mention of "the Grace of God": Fernando VII, king of the Spains (or Spain), with no divinity in there. This inscription is rather surprising in its rupturist character towards a tradition that had been held for centuries.

A year earlier, in 1809, the Gironan and Lleidatan capitals issued 5-peseta pieces during the French siege; they were, then, obsidional mints. But these coins had gone beyond the one we previously observed regarding the modernity of their

political language: in threatened cities, they'd said Spain instead of the Spains, and done so in Castilian and not Latin. The piece from *Gerona* proclaimed "FERNANDO · VII REY · DE · ESPAÑA", featuring a classical-looking bust of the monarch, more Roman than was stated on 1772 ordinances for the Indies, the work of Lluís Desoy, a goldsmith born in Genoa.





In the case of *Lérida*, the inscription only changed in the location of its decorative elements -"FERNANDO . VII · REY . DE · ESPAÑA"-, but the artistic quality of this mint was much worse than the Gironan one.





These coins give credit to the foundational moments of Spanish nationalism (also present in the Catalonia of the time), and are currently extremely rare.[1]





Obverse and reverse of the celebrated propaganda medal, due to engraver Félix Sagau y Dalmau de Galcerán and the initiative of two particulars (Ramón Roblejo Lozano and Ciriaco González Carvajal), commemorating the proclamation of the Constitution in 1812.

The double legitimation of the king's power appearing on the obverse -"[...] POR LA G[RACIA]·DE DIOS Y LA CONST[ITUCION]·DE LA MON[ARQUIA]· [...]" (*by the Grace of God and the Monarchy's Constitution*)- won't appear on Spanish coins, with an equivalent formula, until the Liberal Triennium (on the occasion of the reestablishment of the constitutional text, repealed by Fernando VII on his return to the peninsula). Such absence won't happen on royal emblems on Fernando VII's stamped paper for the year 1813 and, partially, 1814: "FERD[INANDUS]. VII. D[EI]. G[RATIA]. ET CONST[ITUTIONE]. MONARCH[IÆ]. HISP[ANIARUM]. REX".

Here is Marina Cano Cuesta's description of the reverse of this absolute work of neoclassical art in the year 2015 (*Catálogo de medallas españolas*. Madrid: Museo

1 Very recently, Joan-Lluís Marfany wrote the following regarding the founding of Spanish nationalism during the war against Napoleon and the later birth of Catalonian nationalism (translated from Catalan):

"[...] for it was then that a bourgeoisie started to form decisively in Catalonia, and because, closely related to this process, a new feeling of Spanish collective identity rose, not anymore dependant on the relationship of a common monarch, but with the territory itself, in its (at least apparent) timelessness, rising this collectiveness to a subject in history and the source of legitimacy of political power. [...] What needs to be considered is when , how and why a sector of the Catalonian intelligentsia -whose origins and members should be determined- stopped recognising itself in the Spanish identity, or maybe stopped recognising itself fully or sufficiently, how this crisis evolved, and how it spread to all sectors of society. In brief, how Spanish nationalism weakened and cracked, and how Catalonian nationalism started to appear. [...]» (*Nacionalisme espanyol i catalanitat. Cap a una revisió de la Renaixença*. Barcelona: Edicions 62, 2017, page 16 and pages 17-18)".

Nacional del Prado, page 238*b*): "On a Cliff, the allegories of Spain and America, embodied by two Warriors with their attributes, hold hands and the Constitution book, leaning on two earth globes. On the book, the inscription CONSTI / TUCI- / ON / POLITI / CA // DE LA / MONAR- / QUIA / ESPAÑO / LA. A lion lays at the first's feet, two pillars with the motto PLUS ULT by it, and by the second, on the floor, a cornucopia ["loaded with coins"]. On top, a shining star ["a symbol of immortality"] and a ship in the horizon ["as the means of communication between both hemispheres"] In the field, to the left, F· SAGAU· F[ECIT]·" (the writing in quotes come from the 1812 project description of the medal. [*vid*. page 238 of Marina Cano's aforementioned work]. The original text said "emisferios" instead of "hemisferios").

Far more common than these were 12-dineros coins issued by the Catalonia's Mint in the name of king Fernando in 1812 (the Balearic Islands weren't occupied by the French during the war). This piece's choice for this selection is due, fundamentally, to the unprecedented royal title which -divided among obverse and reverse- ended with a direct reference to the Balearic Islands (*Balearium*, that is, "of the Balearic Islands"). This should be a great surprise, given that during the Middle Ages the expression in use when referring to the royal possession of the archipelago was *Maioricarum* (that is, "of the Majorcas"). In any event, the word *Balearium* appears immediately after the abbreviation for *Hispaniarum* (of the Spains), in the way overseas mints did with *Indiarum* (of the Indies): "FERDIN[ANDUS] · VII · DEI · GRATIA / HISP[ANIARUM] · ET BALEARIUM · REX".



In all other aspects, the reverse [↑] is equally suggestive: the coat of arms isn't crowned by a closed (hoop) crown, but by an open one, and also, the blazon recovers the monetary design from the two first decades of the 18th century with a Latin cross pattée -its arms narrower in the centre and widened in their extremes- going over the emblem's field in its lower part and sides, of Medieval origin.[2]

Before moving on to the next coin in our selection -in our journey through Fernando VII's first years- we should point out some silver pieces, with a face value of 4 *vellón* reales or 2 silver reales, with the Barcelona mint mark on them, dated in 1812 with Fernando VII's bust on the obverse ("FERDIN · VII · DEI · GRATIA") and the crowned coat of arms with castles and lions, fleur-de-lys and pomegranate on the reverse. Unlike the obverse, though, the reverse shows a Castilian inscription ("REY DE LAS ESPAÑAS", as it would a decade later, in times of the Liberal Triennium), which was unprecedented and unexplainable. E. Goig analysed these strange coins in *La moneda catalana de la Guerra de la Independencia*,[3] and considered them to be forgeries: "All we've seen seems to confirm surely this is a forged mint" (page. 63).[4]

The seventh of the pieces we'll reproduce here was minted in the Viceroyalty of Peru, following the content of the 1772 pragmatic sanction. Given that no Hispanic territory in America backed Bonaparte's side during the war, coins from the time of the war, as well as those issued after it, were either issued in defence of Fernando VII, or in favour of local insurgent powers, and, in certain cases, of the new countries. These last examples come

2 "This is the first time we have such denomination in Spanish monetary history, given that the kingdom's official title is Majorca, and not the Balearic Islands, and the reverse uses the long Majorca cross typical in Medieval coins from Majorca, used to divide the traditional coat of arms of castles and lions used by the Bourbons. The model for these coins in the name of Fernando VII were the treseta pieces Felipe V and Luis I coined in the early '20s of the 18th century (in the period 1722-1724) for use in the Islands" (José Mª de Francisco Olmos: "La moneda en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Documento político e instrumento de guerra", *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 25, 2008, pages. 215-264; quote on page 236).

3 Barcelona: Cymys, 1977 (2nd ed.; 1st ed. 1974), pages 53 and 59-63.

4 On X. Calicó's catalogue *Numismática española. Catálogo general con precios de todas las monedas españolas acuñadas desde los Reyes Católicos hasta Juan Carlos* -Barcelona: Aureo & Calicó, 2008- it is considered authentic (reproduced in the section dedicated to the Barcelona mint) the 1812 4-reales value with B marking (page 721).

from a process of independence that lasted more than 15 years which -led mostly by creoles, that is, population of Spanish lineage- would turn the old Bourbon possession into a mosaic of sovereign republics that were very often in conflict with each other. This piece, however, was issued by authorities still loyal to king Fernando, on the year of the Cádiz Constitution.



It should be pointed out that, during the Napoleonic occupation of a sizeable part of peninsular territories, issuing coins with the *wanted* king's portrait -and with good art on them- was an incentive and a reason for hope for the supporters of the fernandine side. The author of the mould for the common model, Félix Sagau, thus contributed to "breathe life on the peoples' enthusiasm seeing a public sign of authority from their legitimate monarch".[5]

The monetary reverse reproduced below also belongs to the side that remained loyal to the Spanish monarchy, and also complements the former piece in showing a following of 1772 directives -well documented here- on a reverse minted deep in the 19th century (the obverse no longer showed the vambrace that had adorned Carlos III and Carlos IV's busts on silver coins from the Indies). The piece was minted in Lima, in the viceroyalty of Peru, dated from 1816, once the peninsular war was over, and no one could predict the Battle of Ayacucho (1824), the last great military conflict between the independentist insurgency and troops determined to preserve the Spanish empire.



5 Quoted by Marina Cano Cuesta: *Catálogo de medallas españolas*. Madrid: Museo Nacional del Prado, 2005, page 235.

The Bourbons' disaster in this death field was the writing on the wall announcing the end: Fernando VII's 8-reales coins were minted for the last time in the Indies -specifically, in Potosí- dated in 1825. While we could still consider a part of America as under Spanish rule, this would only include Cuba, Puerto Rico and, for a few short years, the Dominican territory. 1898 marked its requiem, when the USA decided where to start their march towards becoming a global power.



An example of the caste paintings existing in Spanish viceroyalties in America. The anonymous work from the 18th century is found in the Museo Nacional del Virreinato (Tepotzotlán, Mexico). This is evidently not an innocent taxonomy of enlightened sign, harboured by a scientific curiosity of dubious ethics: these paintings had a social role, since differences in appearance derived from one's birth -that is, ethnological, biological, inherited components- were given great importance in societies as unequal as that of Hispanic America at the time. The Spanish empire was ethnically stratified into castes, so as to exercise power over those deemed inferior; also stratified, on the other hand, to guarantee the exercise of privilege by those considered superior. And some other caste left in between.

It would be Spanish citizens born in the viceroyalties, from the top of this supposed ethnic pyramid for the Hispanic New World, who would be the main instigators of the destruction of that empire.

The following coin points out how royal absolutism could be permissive at times, if it wanted to be so. It was minted in a territory were the king was Fernando VII, but there is no expression of this on the given piece; all the same, it was issued because the king of Spain decided not to impede it, but this toponym is nowhere to be found in the coin's inscription.



This "FERDIN[ANDUS] · III · D[EI] · G[RATIA] · NAVARRÆ · REX" (Fernando III king of Navarre by the Grace of God) is Fernando VII, although in Navarre he was Fernando III, this -the ostentation of royal numerals from each territory-being an expression of self-government that had been systematically denied to Aragon, Valencia, the Balearic Islands and the principality of Catalonia (as we mentioned before). The Navarrese, Alavese, Gipuzkoans and Bizkaitars, as well as natives of the Aran Valley had remained loyal to Felipe V during the Succession War, and thus, no Nueva Planta decree was proclaimed to lay the kingdom of Navarra's self-government to waste (no *justo derecho de conquista* was applied, that is). The right to mint coin was one of the most priced external signs of holding power, and the Navarrese -despite some interference from Madrid, grievances and other difficulties- were able to exercise it. Together with the right to keep privative monetary issue, we should note in particular how these coins were also different in their design: their reverse showed Navarre's coat of arms with chains had a cross with eight arms with pomeis (that is, with spheres on their extremes) accolated, and a royal crown over the whole composition. The inscription around it was the same as on Carolingian coins from way back in the 9th century: "CHRISTIANA RELIGIO". No need to translate that. No need, either, to look for the Spanish Bourbon coat of arms, or castles and lions: they are nowhere to be found.



CUADERNO
DE LAS
LEYES Y AGRAVIOS
REPARADOS Á SUPLICACION DE LOS TRES ESTADOS
DEL
REINO DE NAVARRA,
EN SUS CORTES GENERALES, CELEBRADAS EN LA CIUDAD DE
Pamplona los años 1817 y 1818
Y EN SU REAL NOMBRE,
POR EL EXCMO. SEÑOR CONDE DE EZPELETA DE BEIRE,
Capitan General de los Reales Egércitos, Virey y Capitan General del Reino
de Navarra, sus Fronteras y comarcas.
CON ACUERDO
DE LOS DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO DEL MISMO REINO
de Navarra que asistieron con él en dichas Cortes.
De órden de la Ilustrísima Diputación del Reino de Navarra.
PAMPLONA:
IMPRENTA DE LONGAS AÑO 1819.
Con las licencias necesarias.

The title of this 1819 volume is a thorough summary of the characteristics of a fuero regime in the context of the fernandine absolutist system, pointing out the parallelism between the Navarrese case and the disappeared Valencian fuero regime (and in the same vein, that of other countries such as the Crown of Aragon). Indeed, this tells of laws and grievances, that is, *fueros* and *contrafueros*; of the three states of Navarre (military, ecclesiastical and that of universities or *Buenas villas* -certain villages in Navarre deemed "good" because of their loyalty-) equivalent to the three *arms* of the kingdom of Valencia (military, ecclesiastical and royal, the last formed by Valencian towns under direct control of the crown); there are general courts of the kingdom like the ones existing in the times of Valencian fueros; the Navarrese royal title appears with the privative ordinal, and not the Castilian one, just like in Valencia until the early 18th century; there is also mention of the Viceroy's figure, very prominent in Valencia during the 16th and 17th centuries. The book's printing is also stated as being carried out *De órden de la Ilustrísma Diputación del Reino de Navarra (by command of the most Illustrious Council of the Kingdom of Navarre*), an institution that would be the equivalent to the *Diputació del General* or *Generalitat* of the Valencian kingdom. We are, indeed, in the presence of a title summing up a whole legal system: *Cuaderno de las leyes y agravios reparados á suplicacion de los tres Estados del Reino de Navarra, en sus Cortes Generales, celebradas en la ciudad de Pamplona los años 1817 y 1818 por la Magestad Real del Señor Rey don Fernando III de Navarra, y VII de Castilla nuestro Señor. Y en su Real Nombre por el Exmo. Señor Conde de Ezpeleta de Beire, Capitán General de sus Reales Egércitos, Virey y Capitan General del Reino de Navarra, sus fronteras y comarcas* [...] (*Book of laws and grievances repaired by demand of the three States of the Kingdom of Navarre, in its General Courts, held in the city of Pamplona in the years 1817 and 1818 by His Royal Majesty the King Don Fernando III of Navarre, and VII of Castile, our Liege. And in His Royal Name by His Excellency Sir Count of Ezpeleta de Beire, Captain General of His Royal Armies, Viceroy and Captain General of the Kingdom of Navarre, its frontiers and regions* [...])

[Image by kindness of Subastas Appolo (de Pamplona)].

The path before liberals reached power between 1820 and 1823 reaches its end with these humble copper pieces, destined to general issue, which still uphold the basic 1772 directives with

the exception -on one of them- of the use of a laurel wreath on the head, not planned by Carlos III de Bourbon. The royal title appears complete in the obverses, with no mention of the Indies being made: "FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX". Reverses display a motif we have seen on mint in the times of Carlos III himself: two castles, two lions, three fleur-de-lys and a central figure in the shape of a *sui generis* cross, with baroque fleur-de-lys outlines. This last element was defined in a pragmatic sanction from 1772 as "the cross called of Infante Don Pelayo", in a dubious attribution, since the only Pelayo of true renown at the time would have been the Asturian king from the 8th century. As a matter of fact, the legal ruling said nothing of the escutcheon with fleur-de-lys: "the two castles and two lions of my coat of arms". And around them there was a laurel wreath -"surrounded by laurel".









4.2 The Liberal Triennium (1820-1823)

The same humble piece we've just witnessed proclaiming the principles of divine legitimation would be transformed -with the introduction, during the Liberal Triennium, of reference to the 1812 Constitution, valid once again- into a plea of liberalism's ideology. As a consequence of the Court decree from May 1821, the king's portrait shall appear unidealised, human after all (it is in fact popularly known as bighead): "2nd. The obverse of all types of coins will show the Royal bust of M. without laurel [wreath], as was the custom in coin from the Peninsula in former reigns, and also with no attire or object that may alter the original's character". The coins would also state that the rule was founded, in theory, on a double source of legitimacy: the traditional one, in its reference to "the Grace of God" (which makes us consider the approach of those Spanish liberals as moderate), and the legitimacy derived from having sworn the constitutional ruling approved in Cádiz during the war against the French (a text, let it be said, far from the radical contents absolutists would attribute to it). The new inscription was thorough, and despite using abbreviations, there was no room for it on the obverse of maravedí pieces: "FERNANDO 7º POR LA G[RACIA] · DE DIOS Y LA CONST[ITUCION] · / REY DE LAS ESPAÑAS" (*Fernando 7th by the Grace of God and the constitution/ king of the Spains*) (with the royal ordinal in Arabic numerals instead of Roman ones). As a consequence of the final part of the inscription creeping into the coin's reverse, the laurel wreath intended in 1772 was eliminated (the wreath did, thus, disappear): according to said decree, "6th. The copper one shall remain as it is, save for the disappearance of the wreath, indispensable to the positioning of the new inscription".





We should now stop and ponder the reasons for the inscriptions on these coins -as well as all others minted in Spain after 1833- not being in Latin but Castilian. First, we need to point out that while liberals ruled Spain for the first time (1820-1823), most pieces issued in America for Fernando VII held the types of absolutism and with them, divine power as the only source of legitimation and Latin inscriptions. But opposed

to this practice, coins minted with the types of the Liberal Triennium, that is, those mentioning the double legitimation, had their inscriptions in Castilian (in the Philippines, too). There are, however, two exceptions to the norm: a mint from Navarre in 1823 keeping Latin (as we'll see later), and a 2-reales piece from 1822 where the same was done in San Juan del Pasto (in current day Colombia). The latter doesn't include the Indies title -"FERD[I]N[AN]D[US] · 7 · D[EI] · G[RATIA] · ET · CONST[ITUTIONE]· / HISPANIAR[UM] · REX"- and is the only issued in the whole Hispanic America to show the double legitimation appropriate to the Liberal Triennium: this Pasto issue -with a mint mark of a "P"- was traditionally attributed to the Popayan mint (also, "P", and also in current day Colombia).





From 1833 on, the Castilian language was the only one present in Spanish monetary specimens, with the exception of carlist pretender Carlos V: thus, Isabel II, enthroned with the liberals' support and later constitutional monarch, only issued coins with their inscriptions in Castilian. And the tradition has endured to these days with very few surprises, and these always located on pieces with no real circulation; take for contrast the fact that the United Kingdom still uses Latin to express royal titles in all its coins.

The extinction of Latin -the traditional court language in western Europe- in Spanish currency happened, from what can be gathered from everything previously exposed, with the arrival at power of liberalism and Spanish nationalism, which were inseparable at the time, and the option of using Castilian as the national language. This ideology of Castilian as high and common language -its condition as a "discursively constructed political artefact", and, in any event, its choice as the only language in which to proclaim personal or collective authority on Spanish coinage- had its parallel in France: revolutionary France had brushed Latin aside from coins forever, and French nationalism had been rotund in stating -if needed, with a language-killing vehemence towards any language besides French itself- that only the French language would be the "national" one in a country that was intended to be unbreakable.[6]



This engraving was part of a deluxe edition of the 1812 Constitution printed in 1822, with many images, by José María de Santiago, "Chamber Engraver and Royal Etcher of H.M.". The iconographical compendium collected in this work is staggering: Fernando VII honours his title during the Liberal Triennium and states the two sources of legitimation of royal power: God, portrayed by the triangle spewing lightning, and the 1812 Constitution, located on a pillar with the royal coat of arms (crowned and between pillars, but with no fleur-de-lys). Over the king's head, two winged cupids are about to crown him with laurel wreaths and present him with flowers. A naked, winged genie -a flame over his head- witnesses the whole scene, holding

6 The consideration of Castilian as "a discursively constructed political artifact" comes from page 18 in José del Valle's "Language, politics and history: an introductory essay", introduction to a collective work edited by the same author: *A Political History of Spanish. The Making of a Language* (Cambridge: Cambridge University Press, 2013, pages 3-20). There is a Castilian edition: José del Valle: "Lenguaje, política e historia. Ensayo introductorio", in José del Valle (ed.): *Historia política del español. La creación de una lengua*. Madrid: Aluvión, 2016, pages 3-23.

the constitutional text and handing a chalice of sorts to the monarch. The genie also lays his right foot on the head of an exotic warrior laying on the ground, a turban on his head and armed with a sword, near an abandoned sceptre. The king has the throne to his back, and to his sides, a lion (portraying peninsular Spain) with a world globe, and a crocodile (representing the Indies). We find a caduceus (the emblem of trade, linked to god Hermes or Mercury) and a cornucopia at the monarch's feet, both elements a clear allusion to the foreseeable benefit and progress the Constitution would grant to financial life. The lower part also includes a symbolic message of deep meaning: in virtue of the need for symmetry, the author incorporated the design with two castles and two lions from the lesser royal coat of arms (not the fleur-de-lys), the pillars with the "Plus Ultra" motto, and two globes or hemispheres, besides a central still life of emblems of sorts, with a crown, victory laurels, sceptre and the scales of justice. The great surprise to be found is on the pillars and castles: two fasces or lictor bundles, the ancient emblem of authority in classical Rome, now incorporating axes. Lictores bundles were extremely popular during the French Revolution (generally accompanied by Phrygian caps and pikes), but the fact that we see them here with axes would -presumably- point to another source.

Here is another monetary type from the Liberal Triennium -with a *bighead* on its obverse- giving credit of the practically exclusive use of Castilian on issues from these times. Besides, and because these pieces were the result of reminting -reusing- French half-escudo or three pounds silver coins, complementary information had to be added on the reverse, also in Castilian: the expression "RESELLADO" (*restamped*).





The next monetary specimen is the last of those issued for general circulation coined by the Triennium authorities we'll analyse in these pages: the obverse of the piece also displays Fernando VII' bighead, and the reverse fulfils one of the directives of the May 1821 decree: "1st. The coin type shall be uniform in the Peninsula and Overseas in national gold and silver. / 4th. The reverse [...] of Peninsula national silver shall be uniform with the one currently in use Overseas, thus adding the pillars on display in the latter". The national silver the decree refers to are the bigger silver coins: the 20-reales *vellón* coin (equivalent to 8 reales) and the 10-reales *vellón* coin (equivalent to 4 reales).





These were the first minted pieces in the Iberian Peninsula to show the pillars of Hercules accolated to the royal coat of arms, that is, flanking it.

Let us now consider the Navarrese exception to the practically absolute Castilianisation -in regard to language- in constitutionalist monetary issue. The piece was manufactured -with metal extracted from cannons- while Pamplona was under siege of the absolutists, and translated to Latin the inscription -all on the obverse- proposed by the liberal government for general issue: "FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · ET C[ONSTITUTIONE]· HISP[ANIARUM] · REX ". But Latin is, itself, the only trait of traditional Navarrese currency not to be erased by the Liberal Triennium on this coin (so reckless in its manufacture, on the other hand, with an inappropriate metal composition):

–The monarch -while still adorned with traditional laurel wreath- was no longer titled as king of Navarre, but of Spain. The minds behind the 1812 Constitution considered the former title invalid because according to the current constitutional legal framework, Navarre was a *former* kingdom, not a kingdom; the only proper kingdom according to law was -already- Spain, and the Navarrese territory was but a province (although with its privileges);

–Thus, logically, the king no longer held the ordinal corresponding to Navarrese royalty, III, but VII;

–Reference to the (1812) Constitution as source of legitimation was made, instead of the prior single reference to the Grace of God;

–The piece no longer had privative Navarrese face value, but 8-maravedís, according to 1772 ruling; and finally;

–The Navarrese symbology on the reverse, which had stayed until 1820 on Pamplona-issued pieces, was now substituted by the one ruled in 1772 for general circulation (with the laurel, the alleged cross of Infante Pelayo, with castles, lions and fleur-de-lys).





The next-to-last example of currency from the Liberal Triennium we'll present was minted in the province of Barcelona ("PROVINC[IA] · DE BARCELONA") in 1823, and it was the coat of arms of the Barcelonese province -crosses of St. George, paletts, crown and bat (*ratpenat* or *rata pinyada*), and laurel branches- that adorned the issue's reverses.



On these coins, an exceptional case in the whole history of Spanish currency, king Fernando VII's title does without any reference to "the Grace of God", but also to the toponym itself: "FERNAN[DO] · 7º. REY CONSTITUCIONAL". That is all.

We close our selection of coins from the Triennium by referencing a practice partially related to the one we pointed out on the former piece. This is the fragmented incorporation of the royal title: since the reverse on certain coins was filled by a specific motif, and also taking into account that few abbreviations were used on the obverse, there were only references to Fernando 7th by the Grace of God and the Constitution, thus with no mention of his status as king of the Spains. This happened on two occasions; the first, on a coin issued in Palma de Majorca in 1823, 5 silver pesetas. The reverse in this case was occupied by the toponym of the archipelago the island of Majorca is part of, "YSLAS BALEARES", on two lines and surrounded by a laurel wreath. The piece's heads read "FERN[ANDO]· 7º P[OR]· LA G[RACIA]· D[E]· DIOS Y LA CONST[ITUCION]·" (with some variants), and the coat of arms the inscription swirls around is Palma de Majorca's quarterly: the four paletts and the castle on waves with a palm tree on top.







The second piece is politically much more meaningful. It is, indeed, the most prominent of its era, and not precisely because of the obverse's incomplete inscription where power is portrayed. The given coin's great political interest we mentioned is really found on its reverse, showing a heraldic emblem and an inscription. These elements constitute no image of power, which is featured through the engraving of the king's bust and his title, but they make for a document -a proclamation- on metal.



This is an obsidional coin, that is, one minted in an emergency situation -due to lack of cash- produced in the midst of the urban precinct under siege during military operations. In this case, we are referring to the siege of the city of Valencia by the allies of duke of Angouleme's French troops, in the context of the invasion of Spain by the "Hun-

dred Thousand Sons of Saint Louis", an initiative promoted by the Holy Alliance of European absolutist powers. The Liberal Triennium was about to be swept from government, and the Valencian capital's authorities opposed the reactionaries forces; on their way, they left one of the most shocking rhetoric accounts in the world history of money. Not only did they provide a reliable chronicle of the siege (which wasn't extraordinary in this type of issues); the piece's great originality was in the way -a radically modern form of propaganda from political and ideological perspectives- they described the besieging troops: "VAL[ENCIA]. SITIADA POR LOS ENEMIGOS DE LA LIBERTAD" (*Valencia, under siege by the enemies of liberty*). After the victory of the besiegers on their journey through the peninsula, the inscriptions on coins would change to publicly state that king Fernando had all kinds of power. Thus, the references on this Valencian coin would be rendered obsolete, both the one on its reverse as that on its obverse.



Right in the middle of this memorable reverse was the Valencian capital's coat of arms with its historic four red paletts: the *cairó* or square on its vertex, with the four paletts on a yellow (gold) field, crested by the crown and a bat -*ratpenat*, tiny in this case- and flanked by the two "L's". These letters were incorporated to the urban emblem during the Modern period in remembrance and logical vindication of events from Medieval times: Valencia's resistance -a city loyal to Pedro el Ceremonioso, king of the Crown of Aragon- against two sieges from Castilian troops. Valencia, then, a twice-loyal city as the supporters of the Liberal Triennium understood it. In Castilian language, as we can again realise.



Louis Antoine of France received from his uncle, Louis XVI, the title of duke of Angouleme. He was the son of who would be -from 1824 to 1830- the last French king of the Bourbon dynasty, über-reactionary Carlos X, thus making this military France's dauphin for those years. The duke of Angouleme had a very important role to play in Spanish history, commanding the troops sent -by the coalition of absolutist powers- to *free* Fernando VII of his constitutional monarch status. This is how the major beneficiary of the successful French military adventure:

> My august and beloved Cousin the Duke of Angouleme, facing a valiant army, triumphant in all my territories, freed me from the slavery in which I groaned, restoring me to my beloved vassals, loyal and constant.

On Louis Antoine of France's death in 1836, his supporters acknowledged him as king under the moniker of Louis XIX, but it was Louis Philippe de Orléans who ruled in Paris, as consequence of a liberal, bourgeois revolution in July 1830.

4.3 The Ominous Decade (1823-1833)

The restoration of absolutism in 1823 had an immediate effect, as was to be expected, in the formulas of expression of royal power, with the return of the only legitimation of the monarch by "the Grace of God", and also in resuming the use of Latin. There is only one exception to this: the 5-pesetas piece minted in Majorca in 1823 -following the aforementioned coin with the toponym "YSLAS BALEARES"- where the title refers to Fernando as absolute king ("FERN[ANDO]. 7º P[OR]. L[A]. G[RACIA]. D[E]. DIOS REY D[E]. ESPAÑ[A]. E YND[IAS]", with slight variations on certain pieces).





Execution by firing squad of Torrijos and his partners in the beaches of Malaga (1888), by Antoni Gisbert (Museo del Prado, Madrid). The work was requested, during María Cristina de Habsburg, by a liberal administration. The dramatic episode portrayed here took place on December 11, 1831, during the last years of the ominous fernandine decade: general José María de Torrijos' liberal uprising had failed a few days earlier because of treason, and the military leader, together with 48 other insurgents were executed without trial. Fernando VII's absolutism would die killing.

The work is one of the most emblematic examples of the historical genre in Spanish painting. And there's no denying its resonances from *The Third of May 1808* (1814), by Francisco de Goya.

Unlike the piece we've just shown, coins to come would credit the generalised return of Latin to issues during the Ominous Decade. These were copper pieces where the royal title again appeared complete on the obverse -"FERDIN[ANDUS] · VII · D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX"-; the reverse of these 8-maravedís specimens again includes castles, lions and fleur-de-lys in the alleged cross of Infante Don Pelayo surrounded by the laurel wreath. As is evident upon gazing at these obverses, the royal portrait could be kept bare, with no laurel wreaths, in mint after the Liberal Triennium, but between 1823 and the year of the monarch's death, 1833, it was much more usual to find laureate and very idealised portraits on coins, to the monarch's greater glory.



We will now focus on American possessions in the last period of Fernando VII's reign: the last coins minted overseas in the name of the Spanish king carried the traditional types of absolutism, and were dated in 1824 (in Lima and Cuzco), 1825 (in Potosí [↓↘]) and -it seems- 1826 (in El Callao, formally Lima, on a 2-reales piece)



Our section on the Ominous Decade can't be closed without going back to Navarre: how did coinage from the old kingdom change upon the restoration of Fernando as absolute monarch of Spain? Navarre fuero authorities proceeded to mint again according to the typology before the Triennium (with the inscription on the reverse stating "CHRISTIANA RELIGIO") and later created a new type, with the traditional royal title spread between the coin's obverse and reverse, abbreviating only the reference to the Grace of God ("FERDINANDUS III · D[EI] · G[RATIA] · / NAVARRÆ · REX"). The chains coat of arms appeared crowned on the reverse of the last Navarrese coins with privative motifs. (see next page).



A last note: in the very small half-maravedí -square- pieces from 1832, the obverse only showed the complete royal title (in three lines and using five abbreviations), while the reverse was adorned with the crowned coat of arms. Thus, epigraphic *heads* and iconographic *tails*.

Manuel Sanchis Guarner: La ciudad de Valencia. Síntesis de Historia y de Geografía urbana (City of Valencia. Synthesis of urban Geography and History). Valencia: Ajuntament de València / Generalitat Valenciana · Conselleria de Cultura, Educació i Ciència / Consell Valencià de Cultura, 1999, translated to Spanish by Roc Filella, p. 431-434. [1st ed. 1972.]

"The Civil War had already burst in a great part of Spain, where absolutists already controlled wide areas.

As early as 1821, absolutists had already revolted in Orihuela, and the Crevillente mountain range was Jaime Alfonso, a mythical ferocious and generous bandit nicknamed "el Barbut" (the Bearded One), who would become a royalist guerrilla fighter and receiving the title of "general de la Fe", general of the Faith".

The day after Elío's death, Valencian former guerrilla fighter and friar Ascensio Nebot would march into Valencia with troops from the Madrid National Militia, to a triumphant welcome. People put laurel wreaths on their rifles in remembrance of their victory against the Royal Guard on July 7. Nebot came to battle Elche-born Rafael Sempere's factious parties, as well as other guerrilla fighters from the Country, who made themselves at ease in the Maestrazgo mountain ranges since June of 1822.

Highlanders having always been hostile to the liberalism in coast cities and villages, as well as other rural elements in favour of class society and unhappy with the constitutionalists' anticlerical policies, Sempere put together a powerful guerrilla, which he put at the command of the absolutist Regency established in la Seu d'Urgell on August 15 of that same year.

Sempere, who had won over the castle of Sagunto without shooting a single bullet because of traitors in it, set to siege the city of Valencia on March 27, 1823, and got to occupy some of its suburbs. But had to run away on the 29th of that

same month with the arrival of a column of liberal troops from Castellón and Tarragona.

However, on April 8, having acquired lots of artillery, Sempere took Valencia under siege again, bombarding it heavily. Despite the weakness of its walls, the city resisted decidedly, under the efficient command of general Baron of Andilla. Facing financial scarcity, silver taken -mainly from convents- was used to produce obsidional coins in the Mar street Mint, with the inscription "Valencia, under siege by the enemies of Freedom. 1823" surrounding the four pallets of the city's coat of arms; their other side featured Fernando VII's bust. General López Ballesteros' arrival forced Sempere to lift the siege on Valencia on May 1.

In disarray, constitutional Spain had the hostility of the Holy Alliance of European anti-revolutionary monarchies, who had organised again after Napoleon's defeat. Given the decision made in Verona to intervene again Spanish constitutionalists -whose disturbing example had already spread to Naples and Piedmont-, the duke of Angoulême invaded Spain on April 7, 1823, heading the powerful French army, "the 10,000 Sons of St. Louis".

The Spanish regular army was unable to react, as the French were now received as liberators by a population that was either hostile to or disappointed with the liberal experience. On May 23, the duke of Angoulême entered Madrid, a city that preferred the French's orderly occupation to the royalist guerrillas' violence.

General López Ballesteros' Spanish governmental troops, in retreat against the French, received supplies from a practically exhausted Valencia, thanks to councillor Luis Lamarca's management. The batallions of Valencian liberal volunteers in the National Militia, fearing the absolutists' revenge, preferred to join the demoralised column of the regular Army when general López Ballesteros left Valencia on June 11, following the tactic of avoiding all contact with the French.

The reactionary decade

On April 25, during the second siege on Valencia, Sempere, already an absolutist general, constituted a High Governing Council for the Kingdom of Valencia in Burjassot, where his headquarters were. It was formed by military personnel, priests and runaway aristocrats from the city of Valencia.

This council got in contact with the duke of Angoulême, the chief of the French occupation army in Spain. A column of this, under command of the Count of Molitor, having already taken Aragon, entered the Kingdom of Valencia finding no resistance there, and entering its capital on June 13, 1823. While Molitor's French entered the city through the Serrans gate, Sempere's troops did so through the portal Nou or Sant Josep gate; both columns were acclaimed as liberators by those loving public order [...].

Sempere brought with him Burjassot's absolutist Council to Valencia, and it took charge of the city. A new city council was appointed, with brigadier Fernando Pascual as its chief magistrate, as well as courts of Purification and public Safety, who soon took to their mission of exercising utter repression on the population [...].

All in all, the Higher Governing Council was forced to dissolve on July 29, as the absolutist Regency in Madrid sent brigadier Luis María Andriani to exercise authority in Valencia. He was the same brigadier who had defended the castle of Sagunto in 1813 against Suchet. Military command of Valencia and Murcia was given to French general De Saint-Marc Dostel.

The National Militia's Valencian liberals who had left the city with López Ballestero's regular army were distinguished in their defence of Alicante and Cartagena against the French but ended up returning to Valencia captive and defeated in November 1823 to the dismay of neighbours and laments of their relatives. [...]».

Fernando VII passed away in the year 1833, being absolute king and convinced of holding the throne by the Grace of God. Her only daughter at the time was three years old, and became queen under the moniker of Isabel II (and her portrait adorned coins); Fernando's widow and the child's mother, María Cristina de Bourbon, became the regent or "Ruling Queen". But the dead king's brother -Carlos María Isidro, whose supporters knew as Carlos V, and was even more absolutist than Fernando VII - was responsible for an armed insurrection with the intention of gaining power and stopping liberal reforms in their tracks, thus beginning the first carlist war.

In that context, the liberals -supporters of a constitutional monarchy- advocated for Isabel and the regent. Evidently, Carlos María Isidro's ironclad absolutism could never be embraced by the liberal cause, and faced with the quandary, an option was taken that seemed to offer a more favourable field of play (already in the later stages of fernandine reign, a wide amnesty for exiled liberals had been decreed).



Child queen Isabel II of Spain (ca. 1835), by Carlos Luis de Ribera (Museo del Romanticismo, Madrid, in deposit of the Museo del Prado). Isabel II's reign started, at the age of three, between her mother's -at times shameful- interests' rock and the hard place of a man capable of declaring war on his very little niece. A child forced, from a very early age, to being the most decorative piece of the representation of power in Spain.

5.1 The three first years of a child queen and a regent

On the first three years of the new reign, no constitution was passed, nor was the one from 1812 applied. The liberal winds of change did get to the proclamation of a "Consented Magna Carta", the Royal Statute of 1834. In the absence of a valid constitutional text, coins from the initial stage of isabelline power showed her title in the traditional fashion. Thus, on copper, spread between the obverse and the reverse, the inscription read: "ISABEL 2ª POR LA GRACIA DE DIOS / REYNA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS" *(Isabel 2nd by the Grace of God/ queen of the Spains and the Indies)*.





As we've stated before regarding the matter of language, the fact that inscriptions on these pieces are in Castilian and not Latin should be seen as a liberal trait, or one of complicity towards the approach of liberalism: it is no petty fact that, at the end of the Ominous Decade, when the attitude towards a sector of liberals softened, a 20-reales piece was minted with its inscriptions in Castilian: "FERNANDO 7º POR LA G[RACIA] · DE DIOS / REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS" *(Fernando 7th by the Grace of God/ King of Spain and the Indies)*. Finally, this "prototype" coin from 1833 -foreshadowing the inscriptions on obverses and reverses in the first isabelline stage and introduced the Golden Fleece collar in silver peninsular coins- wouldn't be issued for ordinary circulation. In any event, the piece's edge already displayed the motto to appear

on Isabel II's preconstitutional coins: "DIOS ES EL REY DE LOS REYES" *(God is the king of kings)*.



5.2 Isabel II and regent María Cristina under the 1812 Constitution

A series of military revolts rose in the summer of 1836, peaking at what was known as the "Mutiny of sergeants of the Granja", in Segovia; this detachment of the royal guard forced María Cristina de Bourbon to re-establish the validity of the 1812 Constitution.



María Cristina de Bourbon-Two Sicilies (1830) by Vicente López (Museo de Prado). Consort queen of Fernando VII and regent of Spain from 1833 to 1840, she died in exile in 1878, while her grandson Alfonso XII reigned over Spain. An enormously controversial character, she plotted to control ther daughter's reign and was deep into many business ventures, among them slave trade.

Here are two issues minted for the principality of Catalonia in the context of said revolts' success and the early establishment of the liberal regime in the times of the new queen. These copper pieces -the popular *Catalonian calderilla (loose change)*- were minted until 1848; their obverses featured the inscription "ISABEL 2ª REYNA CONST[ITUCIONAL]. DE LAS E[SPAÑAS]." *(Isabel 2nd constitutional queen of the Spains)* [↙] and their reverses showed the four paletts, crowned and surrounded by the inscription "PRINCIP[ADO]. DE CATALUÑA" *(principality of Catalonia)* in Castilian [↓].



On the presence of the traditional Catalonian heraldic emblem and the title of principality of Catalonia on coins from the 19th century, Xavier Sanahuja i Anguera conjectured, in "Les emissions locals d'emergència (1808-1809) i les de la Seca del Principat de Catalunya (1809-1814)" (page 79), that these mints issued between 1810 and 1855 consituted -together with Catalan language, that is, with the maintenance and care in the core of a society of its own language- the only, or one of the few referents of Catalan identity at the time, before the literary *Renaixença (Renaissance)*, and much prior to political Catalanism.[1] But still, and at the very same time, the use on the obverse of these pieces of the Spanish royalty's lesser coat of arms and the presence -from 1836, on both obverse and reverse- of Castilian, would contribute to the settling of a conscience of Spanish national identity, then being built in Catalonia and the whole of Spain under the initial influence of liberalism.

Regarding the -ephemerous: they were only minted in 1836 and 1837- silver pieces, they read: "ISABEL 2ª REYNA CONST[ITUCIONAL]. DE LAS ESP[AÑAS]." *(Isabel 2nd, constitutional queen of the Spains)*. As was the case in times of the Liberal Triennium, ordinals appeared in Arabic numerals instead of Roman ones. (See next page).

1 In Albert Estada-Rius (dir.): *Monedes en lluita. Catalunya a l'Europa napoleónica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2008, pages. 73-81. (translation in pages 175*a*-178*b*, quote on page 178*a*)



The fact that, in the case of silver issue, this piece was metrologically equivalent to those in general circulation but with a privative face value and exclusively Catalan motifs, would have provoked a certain degree of political malaise in the state capital, as well as difficulties to those responsible for the issue: surprisingly, the monarch's title was not accompanied by her portrait, nor by the lesser coat of arms, but by the Catalonian coat of arms with four paletts. Because of all this, and by higher-up choice, no other signs of movement towards *avant la lettre* autonomy would show up in issues from the City of Counts, and pieces from this module in Barcelona would only display designs pleasing to the Madrid-rooted rulers, that is, types considered "general": thus, the coins's face value would not be expressed in pesetas, but in an equivalent form, 4 (*vellón*) reales, and their iconography would never stray from the motifs and inscriptions used on other Spanish mints, which is to say, the well-known royal portrait of the queen on the obverse and the Spanish royal lesser coat of arms -thus, with no four paletts- on the back.[2] All other silver coins from Barcelona would suffer the same fate, as well as metrologically non-privative copper and gold pieces (although on the latter, the second greater Bourbon coat of arms would often be used).



Be it as it may, these *controversial* silver coins bore the word "PESETA" for the second time in history (after Barcelonan issues from Napoleonic times), but a historical notoriety shall accompany this numismatic one: as they were mostly used to pay soldiers defending the cristine or isabelline cause (who were paid a peseta per day), carlists baptised their opponents with the moniker "peseteros", which is where the pejorative character of the term has lasted until today.

It is equally interesting to know that after these copper and silver coins, none of the issues from the -few- Spanish monarchs under a Constitution has stated again that their appropriate title is "constitutional king", plain and simple, with no reference to the Grace of God complementing or adding nuance to the statement.

5.3. Against Isabel II (and liberalism): the First Carlist War (1833-1840)

On the carlist side, the late king's brother would get to mint in Berga, Catalonia, from 1838 to 1840, with inscriptions in Latin ("CAROLUS V D[EI] · G[RATIA] · HISPANIÆ REX" *[Carlos V, king of Spain by the Grace of God]* on the biggest copper piece). Also, for just ten days in 1837, carlist pieces were issued in Segovia, on the occasion of a successful military incursion.





Insurgents modified Fernando VII's portrait on 8-maravedís pieces, adding the pretender's trademark moustache [↖], and the inscription on the reverse: "CAROLUS · V D[EI] · G[RATIA] · HISP[ANIARUM] · REX" *(Carlos V king of the Spains by*

2 Marta Campo, Albert Estrada-Rius and Maria Clua i Mercadal: *Guia numismàtica (Guide of numismatics)*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2004, page 188. In words almost contemporary to the facts, "Few of these pesetas were manufactured, since the need was later felt to make this issue equal to the one on National Coin, so as to avoid minting two classes for a single State: especially having the same size, weight and value. It was perceived as such by people in high places, who considered it strange not to see H.M.'s bust on them. This made the engraving on pesetas change, making it the same as that on the ones from other Spanish Mints, and the same type has been followed with the numbers after it, their only change being the year of issue" (Francisco Paradaltas y Pintó: *Tratado de monedas. Sistema monetario y proyectos para su reforma*. Barcelona: Imprenta de Tomás Gaspar, 1847, page 114).

the Grace of God). The piece's reverse remained anepigraphic, as ruled in 1772.

Glenn S. Murray, in *La historia del Real Ingenio de la Moneda de Segovia y el proyecto para su rehabilitación*,[3] reminds us that the transformation of the royal portrait and the inclusion of the inscription for the pretender were "the fruit of having forced the retired engraver from the factory to work in his own home". The same author closes the gloss on this piece with this:

> On two other occasions, with the troops about to return, and to avoid another carlist issue, workers dismantled the flywheels and took them to Madrid with the stamps. As the superintendent said about the carlists: the *"only incentive they might have to go to Segovia"* was the *"satisfaction and glory they'd find in seeing a coin in the name of their alleged king, as they'd tried to before"*



Carlos María Isidro de Bourbon (s/d), by Vicente López (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid). López's mastery of painting left us this account of one of the most significant characters in Spanish political life in the 19th century: the carlist quarrel would divide the Bourbon dynasty in Spain and would be the point of three wars, the first of which was directed by the portrayed character.

5.4 Isabel II under the constitutions of 1837 and 1845: from the end of María Cristina's regency to her dethroning

Shortly after the revolutionary events of 1836, the proposal to reform the 1812 Constitution brought forth the 1837 Constitution, of a more moderate character. And in 1845, an even more moderate Magna Carta came into force (the 1856 Constitution, more progressive than its predecessor, was approved but never proclaimed).

From 1836 on, general isabelline coins show a change in their inscriptions in order to include references to the constitutional legal system, whether it be the on from 1812, 1837 or 1845: "ISABEL 2ª POR LA G[RACIA] · DE DIOS Y LA CONST[ITUCION] · / REYNA DE LAS ESPAÑAS" *(Isabel 2nd by the Grace of God and the Constitution/ Queen of the Spains)*. With this, coins gave reason of how -under liberal inspiration- the monarch's power's legitimation had changed (a monarch declared of age at 13, in 1843, after three years of regency by general Baldomero Espartero)





On silver 20- and 10-reales coins, from 1837 (and 1840) on, the inscription on the edge was "LEY PATRIA REY" *(Law Country King)*, substituting the former "DIOS ES EL REY DE LOS REYES" *(God is the king of kings)*: the new inscription reminds strongly the one on the reverses of coins for Louis XVI as (constitutional) monarch of the French: "LA NATION LA LOI LE ROI". The motto *Ley Patria Rey* would perpetuate itself in the edges of several isabelline coins until her expulsion from the throne in 1868.

Regarding Navarre, 1837 would be the year of the last issue made in Pamplona, although with no specifical Navarrese trait in it (not even the stay of Latin language). It's an 8-maravedís piece following the model of those produced in the rest of active Spanish mints: with the corresponding identifying sign of the mint and its inscription in Castilian (spread over the obverse and reverse); this was in line with the ruling from October 1836, establishing the uniformisation of monetary types in the whole of Spain.

3 Segovia: Fundación Real Ingenio de la Moneda de Segovia, 2006, page 37.

In the case of pieces from Pamplona in 1837 -manufactured under carlist siege- the technique was not mint but foundry, and the results seem to us to be terribly messy. The final forge of the liberal state condemned Navarrese cash to oblivion, certainly, but it also did so with an ugly, at times almost unreadable, issue with no nuance. About inscriptions on this swan song of the Pamplona mint, we find two types: "ISABEL 2ª POR LA G[RACIA]. DE DIOS Y LA CONST[ITUCION]. / REYNA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS" *(Isabel 2nd by the Grace of God and the Constitution. / queen of Spain and the Indies)* (with the inscription on the reverse that one would find on "preconstitutional" pieces), and "Isabel 2ª por la g[racia]. de Dios Y LA CONST[ITUCION]. / Reyna de las Españas" *(Isabel 2nd by the Grace of God and the Constitution. / Queen of the Spains),* already with the usual reverse then.





Queen Isabel II -not yet a child of seven- points in this scene to the 1837 Constitution, sat on a column where the royal crown, sceptre and collar of the order of the Golden Fleece are. The Lion of Spain guards the constitutional and monarchic altar, while an ape looks at the whole with a gesture of grief. Fame's winged figure sounds her trumpets. This engraving was included in the deluxe edition of the 1837 Constitution edited in Madrid, on the same year, by the National Print. At the foot of the adorned oval was this inscription: "PROMULGADA EN 18 DE JUNIO DE 1837, / SIENDO GOBERNADORA DEL REINO, / EN NOMBRE DE ISABEL II., / su augusta madre / DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON / RESTAURADORA DE LA LIBERTAD ESPAÑOLA." *(Proclaimed on June 18, 1837/ being the ruler of the kingdom/ in the name of Isabel II., / her august mother/ Doña María Cristina de Bourbon/ restorer of Spanish liberty.).*

[We owe this image to the kindness of Susana Bardón (from the firm Delirium Books, in Madrid).]

In relation to the heraldic aspect of isabelline coinage we ought to remember, first and foremost, the stay -throughout most of her reign- of Carlos III de Bourbon's greater coat of arms in gold issues. This is by no means a surprising characteristic, since, with the only exception of the small half-escudo pieces, gold coins for Carlos IV and Fernando VII also displayed the same greater coat of arms.







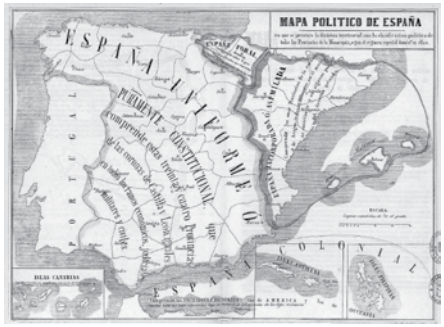


In second place, we should note that the biggest silver coins held lesser coats of arms surrounded by the Golden Fleece until 1850 (according to the "prototype" for Fernando VII's last 20-reales coin), and the same year that the pillars of Hercules would reappear on peninsular issue (after a 27-year interval).





This was the second time this executory would appear in the history of Hispanic currency.



"POLITICAL MAP OF SPAIN showcasing the territorial division and the political classification of all provinces of the Monarchy, according to the special regime ruling them", on the first volume of *Cartografía hispano-científica, o sea, Los mapas españoles, en que se representa á España bajo todas sus diferentes fases*, by Francisco Jorge Torres Villegas (Madrid: Imprenta de D. José María Alonso, 1st ed., and Imprenta de D. Ramón Ballone, 2nd ed.; 1852, 1st ed., and 1857, 2nd ed.). The image is from a specimen of the second edition kept at the Biblioteca Regional de Madrid. Here are the author's comments on various groups of provinces or possessions:

"ESPAÑA UNIFORME Ó PURAMENTE CONSTITUCIONAL (Uniform or purely constitutional spain), including the thirty-four Provinces of the crowns of Castile and Leon equal in all financial, legal, military and civilian aspects.

ESPAÑA FORAI (fuero spain), comprised of these 4 exempt or foral *(as in under fuero regime)* provinces, keeping their special regime different from others.

ESPAÑA INCORPORADA Ó ASIMILADA (incorporated or assimilated spain). Being the eleven Provinces of the crown of Aragon, still different in their way of contributing and some points of private law.

ESPAÑA COLONIAL (colonial spain). Including possessions in AFRICA, AMERICA and OCEANIA, all ruled by special laws under the all-embracing authority of military leaders.

ISLAS CANARIAS (canary islands). The Canary Islands are considered part of the kingdom with all the advantages of peninsular provinces and not as a colony."

In the eves of the fleet revolt -in Cádiz- that started the Glorious Revolution of 1868, Spain had changed its monetary unit for the escudo, but Isabel's issues still said the same things, with the same rhetoric formulas as decades earlier: by the Grace of God and the Constitution (finally, the one from 1845). Shortly after, the monarch's life would be shaken: exile awaited her, as well as the poignant memory of the court and the country, where the struggle between moderate liberals, progressive liberals and carlists had left its print, at times a bloody one, on the existence of millions of people. The queen "of sad fates" would die in Paris.





Queen Isabel II of Spain and her daughter Isabel (1852), by Franz Xaver Winterhalter (Palacio Real de Madrid). In the tradition of baroque or neobaroque portrayal of power, appearances and opulence were all that mattered. But under the velvet, silk and precious stones hid, at times, a marriage of convenience to a hated person who, to make things worse, wasn't sexually attracted to the occupant of the throne. Under the portrayal of royal majesty often laid the little talent for ruling, as well as court camarillas interested -spuriously- in influencing the monarchy's destiny. Beyond the marble columns intended to give credit to the institution's solidity, or hidden

behind the heavy curtains of lively colours and luxurious textures, one could also discover illegitimate children from the conservative, catholic and traditional perspective that, through the workings of the state, would get to rule. All of this, of course, by "the Grace of God" and, at times, the Constitution.

The Glorious Revolution's first monetary issue -probably produced in October 1868- looked more like a tiny commemorative medal than a piece aimed at circulation, despite the presence of its face value (25 thousandths of an escudo). The only image here of this commemorative coin was a view -surrounded by a round garland of laurel, with small circles- of the heraldic emblem of the city of Segovia: a portion of the aqueduct as seen from Azoguejo square and on top, a small human head that may refer to the expression "head of Extremadura", linked to the Castilian capital. The piece's motif, then, would have no revolutionary meaning, but would only tell of its place of manufacture: the Mill Mint of Segovia, the mint that would close shortly after its issue. Inscriptions on the coin were indeed political: on one side, "SOBERANIA NACIONAL" *(National sovereignty)*; on the other, "ESPAÑA LIBRE" *(Free Spain)* and, in an oaken garland and in three lines, "29 DE / SETIEMBRE / 1868" *(September 29, 1868)*, the date of the uprising's victory in Madrid (the day after the Battle of the bridge of Alcolea, which ended in favour of the revolutionary).









Left: photograph of queen Isabel II of Spain in 1860. Likely, the work of Jean Laurent. Right: *Joan Prim i Prats, marquis of Castillejos* (1870), by Luis de Madrazo (Palacio del Senado, Madrid). The following text was taken from the proclamation of the Glorious Revolution, written by Adelardo Pérez de Ayala on the night of September 19, 1868, and signed by the insurgent military, including Prim, who added the final cry:

"Let each of us review their memory, and you will all take your arms./ Fundamental law trod, turned always into a trick rather than a defence of the citizen; suffrage corrupted by the threat of bribery; individual safety no longer dependent on one's right, but on the irresponsible will of any of our authorities; [...] the Administration and Revenue prey to immorality and profiteering [speculation]; learning under tyranny; the press, mute; and this universal silence only broken by the frequent news of new improvised fortunes, new business, new royal orders aimed at evading the Public Treasury; [...] that is the Spain of today. Spaniards, who hates this enough to dare exclaim: "Is this to be forever? / No, it shan't be. Enough scandals. [...] Long live Spain in honour!"

PART III

IMAGES OF PERSONAL AND COLLECTIVE POWER ON SPANISH COINS

From the Revolutionary Six-year period to the euro

0. Double dating on Spanish coins

It should be noted that between the last year of Isabel II's reign, 1868, and 1982, most Spanish coins showed their date of mint, of effective manufacture, in between small six-pointed stars- "✶"- located somewhere on the piece's obverse or reverse, and generally, by the clearly visible year.



The fact that there are six points in the star tells us of the location of the Mint where the minting was carried out is the one in Madrid city (although, on occasions, the Spanish capital's Mill Mint has only figured to formal effects, the issue being in fact commissioned to another mint).

At times, the date in between these stars wouldn't change despite a new year having come, and this should be taken into account on some issues. In any event, and having said all this, there is one question left to answer: in some coins with tiny stars, what do the larger, more visible numbers mean? The answer requires some refinement: at times -at the start of manufacturing- both dates may coincide, and then, the big one may also indicate the date of mint. If not, the year written in more visible numbers would allude to the date that the legal ruling the issue is covered by was published.



Manuel Vilaplana pointed out concerning the double dating on Spanish coins, in *Historia del real de a ocho* (pages 296-297)[1] that "No document has been found to explain this innovation. The intention may have been to make forgery harder. However, we believe the [date's] repetition may suggest the idea of keeping the date on the obverse as indicating that of issue, and varying the one between stars according to the minting date. Facts seem to prove so".

1 Murcia: Universidad de Murcia, 1997.

1. THE REVOLUTIONARY SIX-YEAR PERIOD (1868-1874)

1.1 The Provisional Government and the Executive Power (1868-1870)

We begin our overview of monarchic, dictatorial and collective ("national") power on Spanish coins, from the Revolutionary Six-year period to our times, with a specimen depicting with extraordinary ability -from an artistic perspective, but also from an ideological one- the "imaginary" Spanish national community (including the irredentist drive existing at its core).

When the design of this 5-pesetas coin or silver duro -and the rest of silver values holding the years 1869 and 1870 in large numbers- came to its author, Luis Marchionni, Isabel II's exile was in its first stages, having been dethroned in September 1868. The Provisional Government had announced a competition for the design of Spanish coins, that would be left vacant in the case of silver, but the 1869 Constitution was yet to be created, and thus, no one knew if the future regime was to be monarchic or republican. This would be one of the reasons the female figure on the coin's obverse -Spain- wears a mural crown, an emblem considered to be politically neutral (despite the



authorities' ruling that she should wear a "diadem on her head"). The other reason for the presence of this element would be tradition of portraying it on Spain's head in other artistic representations.

The mural crown had been previously chosen as the crest for the new national coat of arms, and thus appeared on the -exclusively heraldic- reverses of silver mint from the Provisional Government: 1-, 2- and 5-peseta pieces, 50-cent coins and also the 20-cent piece for collectors. The crown made of towers and walls had been validated by a report from the Academy of History produced in 1868, and the same document established -logically so if we consider that Spain was going through a revolutionary time against the Bourbon dynasty- that the national coat of arms would reproduce no personal emblem, and thus would be circumscribed to the fusion of five symbols considered regional: the ones from Castile, Leon, Navarre, Granada and the one for the countries under the Crown of Aragon, the whole composition being surrounded by the pillars of Hercules.



Some months after Marchionni finished these designs for the reverse and obverse, at the moment the coin was put in circulation in 1870, both the rulers and the people knew that the state's highest mandate would be held by a king, but the new monarch would be approved by the Parliament. In any event, never before had a coin been minted in Spain where the absence of the royal portrait would be accompanied by the collective prominence of the citizens. That is: up until then, there hadn't been such a "national" coin in Spain, nor as nationalist. As stated on the decree approving the peseta as new monetary unit, on October 19, 1868,

> [...] there being in Spain no power but the Nation, nor any other source of Authority but the national will, the coin must only offer to the sight the country's figure, and Spain's coat of arms, symbolising our glorious history up until the moment of constituting into a political unit under the Catholic Kings; forever erasing Bourbon fleur-de-lys from this coat of arms, and any other sign or emblem of patrimonial character, or that of any given person.

It should come as no surprise, then, that the coin's edge showed the motto "SOBERANIA NACIONAL" *(National sovereignty)*.

According to the obverse (or heads)'s iconographical content, the piece was popularly known in Valencia as *el duro de la mà al cul (duro of a hand in the bum)*, and in all of Castilian-speaking Spain was also identified with ironical descriptions, such as "el tío sentao" (sitting guy), or the same one, "el duro de la mano en el culo". But the design was far from being at all anecdotal: it followed, in its principles, the directives from the *Informe dado al gobierno provisional sobre el escudo de armas y atributos de la moneda*, written by the History Academy -specifically, by Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Cayetano Rosell, Eduardo Saavedra and Salustiano de Olózaga- and dated in Madrid on November 6, 1868. As we've already seen and seems evident by the presence of the word "ESPAÑA" -a toponym that appeared for the first time by itself, in singular, on a monetary disk-, the female figure is the embodiment of Spain as a whole, portrayed as a matron with an olive branch in her right hand, as an emblem of peace- The motif is inspired in the allegory of Hispania, which appeared on Roman emperor's Hadrian' coins: on aureii which, as their name implies, were made of gold, on silver denarii and bronze sestertii and assēs.



Reverse of a Roman denarius minted between 133 and 138 A.D., in the times of the emperor of Hispanic origin Hadrian. The piece shows an allegory of Spain, the territory formed at the time by two imperial provinces, *Tarraconensis* and *Lusitania*, and a senatorial one, *Bætica*.

As was the case with pieces from the 2nd century, Marchionni's figure is portrayed leaning on rocks we must identify as the Pyrenees; the great novelty from Roman times is that the figure's feet lay on a realistic depiction of the Rock of Gibraltar as seen from the Bay of Algeciras (North/South direction), implying that the most prominent part of the rocks stands on the coin to the viewer's left.

As is well known, recovery of *the Rock* from British hands is and has been nodal in the ideology of Spanish nationalism. And it is from this ideological context that we should interpret the fact that, in January 1869, the authorities of the general direction of the public Treasury asked for the strait area to be depicted on the obverse of silver coins: "Spain", portrayed by a matron leaning back on the Pyrenees, surrounded by ocean, her feet on the Strait of Gibraltar [...]"

According to all this, we'd be facing a synthesis of, on one hand, fidelity to the cultural heritage of the ancient Roman world -also attending to the neoclassical style imbuing the production- and, on the other, an explicit Spanish nationalist vindication, irredentist, contemporary and fully political.



Map of Gibraltar (1799), by Jean Denis Barbier du Bocage (Bibliothèque nationale de France, Paris).

The type of the matron leaning back on the Pyrenees may be the peak of contemporary Spain's contributions to the field of numismatics (and also, a milestone in monetary art in general). In any event, in the years of the regime that followed Isabel II, two other designs for the new peseta system would see the light. We may see them as brothers, and instrumentalised by the will to depict the strait area: on the one hand, the one on the obverse of the gold 100-pesetas coin in 1870, an issue that wasn't finally put in circulation; on the other, its corresponding bronze coin. The matron in this case would be depicted sitting, and this composition would appear on massively manufactured pieces: on issues of 1-, 2-, 5-, and 10-cent coins.



10-cents pieces such as the one in the image -and those that would come after it in Spain in the name of king Alfonso XII, which we'll address later- were known in Valencia as *xavos* or *xavos negres*. In Castilian, they received the nickname of "*fat dog*", given the appearance of a not very conventional depiction of a lion on the reverse of these coins from the Provisional Government -standing on its hind legs with the head turned towards its back-, susceptible of being caricaturised as a dog (or confused with one when the piece got worn by use). This lion was holding a coat of arms of Spain, also rather original: oval and with no crest.



Back to the obverse of this 10-cent piece: unlike the silver 5-pesetas coins and the rest of values in this metal from the Provisional Government, the sitting matron didn't wear a mural crown on her head, but a diadem: only in this respect does the design approximate emperor Hadrian's Roman model.

We should evidently conclude that the figure -wearing very elaborate classical attire, full of creases in the Greek or Roman style- sits on the Pyrenees, but the natural landscape is totally different from the one featured on silver, and doesn't recall the Rock of Gibraltar at all: to the mountains' right we see a sliver of coast and a lighthouse which we may have to interpret as the one located on Cap de Creus, a maritime landmark separating Catalonia from "Northern Catalonia" (Roussillon and part of Sardinia), or the Spanish

and French states; the lighthouse was inaugurated in 1853. It should be known that Lluís Plañiol's -the artist who won the competition announced to this effect, but who ended up seeing his project greatly modified by Luis Marchionni- proposal had the sitting matron looking left, and the chosen perspective let the viewer naturally identify the Rock of Gibraltar (we are always referring to "compressed" images, an absolute summary of Iberian geography)

One final, but no lesser consideration on the piece: the upper side of the obverse's inscription tells us the coin weighs "DIEZ GRAMOS" *(ten grams)*, but neither the issuing state's name (no reference to Spain, then), nor the name of the authority in whose name the mint was done. Inscriptions on the reverse add nothing to the point, either: "CIEN PIEZAS EN KILOG" *(a hundred pieces in a kilogram)* and "DIEZ CÉNTIMOS". This is an unexplainable, absolute anomaly, seemingly without precedent in mints of its ilk in Europe or America: coins, among other things, are useful to introduce rulers and countries to the world, to tell everyone -or at least everyone in the territorial vicinity- of authorities' power and the existence of a human community linked to it, and this has been so for centuries and centuries.

But this wasn't an anomaly only in the context of Spain after the Glorious Revolution in 1868: on the obverse of the first one peseta coin issued by the Provisional Government in 1869, the inscription accompanying Marchionni's leaning matron only states "GOBIERNO PROVISIONAL", begging -screaming for- the question "provisional government of where?". Such inadvisable procedure hadn't been carried out in Italy two decades earlier, in 1848, when -with the *Resorgimiento* in full swing- Lombard authorities supporting the unification stamped on silver and gold coins the inscription "GOVERNO PROVVISORIO DI LOMBARDIA". *Qui habet aures audiendi, audiat*.





5-lire coin issue in the capital of Lombard after the armed uprising known as *le cinque Giornate di Milano*, from March 18 to 22, 1848: victory against the Austrians at this time allowed for the construction of an insurgent government, in favour of unifying Italy and also marked the beginning of the "first Italian war of independence", with the people of Piedmont supporting the Lombards. This episode of the *Risorgimiento* ended on August 5, 1848, when the Hapsburgs recovered control of Milan.

For more information on the obverse with the leaning matron, see appendix II, where references are included to the small rabbit -absent from 5 peseta coins and most other silver pieces from the provisional government- that appeared on the obverse of 1869 pesetas, lacking the toponym for Spain. For complementary information on the obverses of 100-pesetas coins from 1870 and bronze mint from the date, see appendix III

1.2 Amadeo I (1870-1873)

After the Glorious Revolution of 1868, which achieved the dethroning of Isabel II de Bourbon, the new rulers proclaimed the 1869 Constitution. The text stated that Spain was a monarchy, but the first king was to be chosen by the Courts. General Joan Prim was finally the great promoter of Amadeo de Savoy, son of Victor Emmanuel II of Italy, becoming the new constitutional king, but the military leader was murdered before the sovereign arrived in Madrid.



General Prim in the Africa war (1865), by Francesc Sans i Cabot (Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, Barcelona).

Prim's assassination and the adversities plaguing the new reign -political instability, opposition from the financial elites, animosity from nobles and the Catholic Church (the latter due to the annexation of Rome by the kingdom of Italy), lack of popular support, Bourbon and republican unrest, carlist insurrection, the war in Cuba, etc.- would finally lead to Amadeo's abdication and the subsequent proclamation of the First Spanish Republic in 1873.

Despite the constitutional character of the monarchy installed in 1869, this point was never brought up on Amadeo's mints, and neither was his full royal title, "Amadeo I, king of Spain by the Grace of God and National Will", which coincided -in regard to the legitimation formula- with the imperial title Napoleon III of France had employed.[2] These coins would then only read "AMADEO I REY DE ESPAÑA" *(Amadeo I king of Spain)* around the royal portrait on the obverse, a motif returning to coinage after the Provisional Government's parenthesis. The edge of Amadeo's duros read "JUSTICIA Y LIBERTAD" *(Justice and Liberty)*.



These coins, by the way, were the first to bear the title "REY DE ESPAÑA" in singular, in Castilian and without the added "Y DE LAS INDIAS" or "E YND[IAS]." *(and* [the] *Indies)*, ever since the issue of 5-pesetas coins produced in Girona and Lleida in 1809 in the name of Fernando VII, in the context of the war against Napoleon.

José María de Francisco Olmos pointed out -about the title held by Amadeo- how,

> It is surprising for a monarch to maintain the traditional title of King of Spain, and not that of king of the Spanish, which would have been more in line with the [1868 Glorious] Revolution's principles, following the aforementioned model of other democratic monarchies whose monarch had been elected by the people, such as the king of the French, the king of the Belgians, emperor of the French, king of the Hellenics, Czar of the Bulgarians.[3]

The only iconographic motif on the reverse of Amadeo's duros was a heraldic emblem: the Provisional Government's coat of arms as it appeared on 5-pesetas coins, though crested with a royal crown and with the Savoy escutcheon (a white cross on a red background) added in the middle.



1.3 Amadeo I's bourbon enemies

The inscription on the obverse of the following 5-pesetas (or duro) coin, after Amadeo I's ephemeral reign, incorporates a political counter-propaganda and insulting countermark after the term "rey": "AMADEO I REY **MEMO** DE ESPAÑA" *(Amadeo I, DUMB king of Spain)*.



Among the many political enemies Amadeo had, responsibility for this manipulation -done while he was still king, between 1871 and 1873- would fall on the heads of alfonsines, those supporting the enthroning of Alfonso de Bourbon, son of Isabel II and future Alfonso XII. As Javier de Santiago Fernández explains in his absolutely essential book *La peseta. 130 años de la historia de España*,[4] "These type of pieces shows clearly the alfonsines' MO, a group with financial resources that initially worked in the shadows; it was no moot point that their candidate was 14 at

2 José María de Francisco Olmos: "La Monarquía Democrática en España: Amadeo I de Saboya", in José María de Francisco Olmos, María Jesús Cava Mesa and Amadeo-Martín Rey y Cabieses: *Amadeo de Saboya. Homenaje a un rey desconocido*. Madrid: Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 2012, pages 11-236; quote on page 99 and note 81.

3 *Ibid*, page 108 note 84.

4 Madrid: Castellum, 2000, page 41.

the time, and it was in their interest to slowly undermine the [amadeist] regime, inflaming unrest, hoping to have Don Alfonso perfectly ready to take the throne".



"The enthusiasm, inmense; the multitude, undescribable" Cartoon of king Amadeo I by José Luis Pellicer in the satirical magazine *Gil Blas* (August 4th 1872).

The use of political restamps on coins is by no means exceptional, and while those used against Amadeo I were cruelly ironic and disrespectful to the monarch's figure, in most cases -before and after the Savoy's reign- we find messages without this kind of hurtful tone: take as examples "F° / 7" supporting Fernando VII in Spain and against José Bonaparte's presence on the throne, "MAURA / NO", against the Spanish politician of that surname, "OBRERO / NO / VOTES" *(Worker / don't / vote)* or "C. N. T. / OBREROS / NO VOTAR / F. A. I." *(C.N.T. / Workers, don't vote / F.A.I)*, all four in Spain; "SEDAN" on Napoleon III of France's pieces, reminding the military defeat of the same name, "VOTES / FOR / WOMEN" defending female suffrage, or "R[EAL] I[RISH] R[EPUBLICAN] A[RMY]" in British territory; "U[LSTER] V[OLUNTEER] F[ORCE]", on Irish coins, etc.





1.4 The First Spanish Republic and the Cantonal Revolution (1873-1874)

The First Republic -proclaimed after the abdication of Amadeo I- didn't get to issue any specific types: in those two years, coins were still minted with the motifs of Amadeo I, the Provisional Government and even Isabel II.

Although the Academy of History and the Academy of Fine Arts put together a report proposing a new currency for Spain, the republican regime's short life would have kept it from being implemented. The proposal was as follows for the obverse of new coins:

> The other federation, a political one, can't be embodied but by the image of the Nation, who, as her own mistress, occupies the obverse in the place formerly destined for the prince's bust. For the 1868 coin, a depiction was already proposed, in her entire figure, in resting attitude, as corresponding to a time of truce or suspension in the country's political evolution. Several resons force us today to change this type, and among them, the main one is the need for this change in the times to be reflected in a change of allegories. As useless as inventing a new coat of arms would be intending to engrave an image of Spain devoid of all historical or customary precedent, for without an explaining leaflet, surely ono one would understand the artist's thought. An appropriate model can only be found where the first was, in ancient Numismatics, and if from it we took the prosperous and civilised Spain of the times of Hadrian, we can also get from there the Nation, now unified in its natural borders, being the first to rise, outraged and powerful against the insensible tyranny of the last Caesar, and deserving after her triumph to see her memory perpetuated on [denarii] bronze, and on the aurii of Galba, acclaimed as the liberator of the Roman world. The head of Hispania appears on these issues with a youthful appeal, with the successful headdress of their own twisting



hair and a simple laurel wreath, accompanied on one side by two darts and a shield, on the other by two spikes of pomegranate. More rigidly classical examples could be found in the heads of Greek models; none more gracious nor directly allusive to our circumstances.

A proper "national" female allegory did indeed appear on post stamps from the republican regime: a sitting matron accompanied by an oval Spanish coat of arms, an olive branch on her right hand and a tall sceptre on her left, and a laurel wreath on her head forming a diadem (and not a mural crown) [↙].





This figure was a clear modification of the allegory adorning the first seal [↗] of stamped paper from 1844 to 1854.[5]

Besides, on prepaid postal stock known as postal stationery, the republican regime incorporated female busts wearing the Phrygian cap, in its origin a symbol of liberty, converted to republican emblem which the report from the academies had avised against in 1873:



On the other hand, even if this mistake wasn't such, spread by Paris jacobins on accepting the cap of prisoners amnestied in 1790 as their emblem, a Government intending to guide the Republic down the roads of justice, order and progress ought to keep a symbol raising memories of horror and grief from its stamps. A symbol, also, that may enforce some's hope of disorder and absolute loss. Even in its proper and classical form, as a sinister forecast, the freedman cap appears on Brutus' medals between two daggers and the cruel date of the Ides of March under it. And finally, is it Roman liberty the one modern people claim for and defend? Is it the liberty of a generous liege giving his serf the stuff of a citizen, or that of the free man acknowledging his right and obligation on an act of his own free will? Thus, this emblem should be banned, as it is false if we attend to Ancient times, and inconvenient to Modern ones.

Regarding the precautions in the joint pronouncement of the Academy of History and the Academy of Fine Arts on the reverses of monetary mint, here is how the coat of arms intended to adorn them -that is, the Spanish republic's coat of arms- should have looked like:

> What ought to be changed in the reverse is the crest [of the ocat of arms of Castile, Leon, the Crown of Aragon, Navarre and Granada]. The inconvenient pointed out by the Academy of History no longer present, nothing better than the civic crown, which, far from denoting domination or inequality

5 «[...] a sitting lady turning to her left, resting her arm on a half-column and holding a sceptre tucked back with a fleur-de-lys on her left hand, while the right holds a laurel wreath. Her hair is loose on the lower part and tied back on top, separated by a crown with triangular endings. In the background, a lion, of which we only see the head. // Sceptre, laurel, crown and lion are the attributes forming this iconography. The sceptre and crown correspond to some portrayals of the goddess Hera or Juno, [...]»: Natalia Pérez-Aínsua Méndez: *De sellos, heráldica y alegorías: el papel sellado en España*. Seville: Universidad de Sevilla, 2014, page 109.

of any kind, nor bring with its leaves painful memories of bloody battles or desperate assults, represents in a a Transatlantic way the Republic's maintenance and the salvation of the State, frequently depicted in Roman casts with the inscription of cives servatos, which it held in its centre. It may be hard to harmonically fit it in a place where the masses are used to seeing a royal diadem; but the obstacle isn't of such size, and the artist in charge of the work will no doubt surmount it successfully.

On the occasion of the Cantonal Revolution following the proclamation of the democratic federal republic, coins were minted, but these were adorned with no image; neither was any reference made to the federal power the insurgents declared being at the service of, nor did any specific organization take the decision of putting them in circulation: this happened in the city and naval base of Cartagena on the occasion of the one-sided proclamation of the Murciano canton, during the prolonged resistance to the siege by the authorities rooted in Madrid. Besides their face value, those obsidional pieces read "REVOLUCION - CANTONAL", "CARTAGENA SITIADA POR LOS CENTRALISTAS" *(Cartagena under centralist siege)* and "SETIEMBRE - 1873".





Revolution would soon spread across many Spanish territories, including a multitude of Valencian municipalities (which embraced the cantons of Orihuela, Torrevieja, Alicante, Alcoy, Valencia and Castellón), but surely, the most dramatic episode of cantonalism was that of Cartagena, and evidently, this was the best known.[6] In any event, the movement didn't include -despite several interested accusations and what it may seem attending to certain behaviours- real separatist temptations: it intended to organise the nascent republic from the ground up, through the federation of cantons with a territorial reach equal to or inferior to that of provinces.

6 "Under direction of Antoñete Gálvez, Cartageneros [...] decided as a part of their strategy to coin their own coins, and to that effect used the boilermaking workshops in the Artillery Armoury of the Navy Arsenal, and all forgers imprisoned in its penitentiary were amnestied on the condition that they collaborate in the production of dies and the manufacture of the pieces. // This event was chronicled by Benito Pérez Galdós in his *Episodios Nacionales*, specifically in the first pages of the one titled "De Cartagena a Sagunto", where he stated the cantonals having coined duros whose fineness was higher than that of duros from the central Government, praising the perfection of their dies saying that "it had been done by the good kids suffering a sentence in jail for making fake coins, ... and since these authors had been masters before being criminals, they honed their craft in prison, and Freedom enabled them to serve the Republic with diligent honesty", also adding that before the issue of these coins, services were paid with silver bits that were later exchanged by the snazzy and soon accredited Cartagena duros" (José María de Francisco Olmos: "La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)" in Juan Carlos Galende Díaz and Javier de Santiago Fernández (dirs.:): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid, 2008, pages 121-192; quote on pages 147-148 // note 26 on page 148).

2. THE BOURBON RESTORATION, THE 1876 CONSTITUTION AND PRIMO DE RIVERA'S DICTATORSHIP (1874-1931)

2.1 Alfonso XII before the 1876 Constitution

In the final days of December 1874, general Arsenio Martínez Campos lead a military uprising, of conservative orientation, in Sagunto. As a consequence of the success of this coup -one of the many, of all sign, spread across the Spanish 19th century-, the Bourbon dynasty returned to the throne of Spain, and prince Alfonso -son of queen Isabel II, who'd been expelled some years earlier- would become monarch under the name of Alfonso XII. This would be the start of the Bourbon Restoration and the end of the period known as the Six Revolutionary Years, started in 1868 with the Glorious Revolution, the exile of said queen and the establishment of a Provisional Government.



The only title appearing on the obverse of this 5-pesetas silver coin minted in 1875 is "ALFONSO XII REY DE ESPAÑA" *(Alfonso XII king of Spain)*, in the same vein as the inscription on 1871 issue for Amadeo de Savoy, the elected king according to the rulings of the 1869 Constitution. At the time of this alfonsine piece, a constitution for the regime was yet to be proclaimed. The coin's edge kept the motto on Amadeo's duro coins: "JUSTICIA Y LIBERTAD" *(Justice and Liberty)*.

But the absence of a constitution was no obstacle for alfonsines to return the Bourbon coat of arms to official status as soon as they took power in Madrid:

> The political Restoration of Monarchy in the figure of queen Isabel's son had to recover symbols from the past. The importance of signs to spread the new order among the population is manifest in the speed at which decisions are taken about it. Thus, a Royal Decree from January 6, 1875 ruled that "the royal crown and coat of arms of the Spanish monarchy, in its form and all its emblems -including the escutcheon with the fleur-de-lys of the House of Bourbon- up until September 29, 1868, shall be restored from the date of this decree on the flags and standards of Army and Navy, as well as on coins, stamps and official documents, as well as on any other cases previously sanctioned by law of custom. (Javier de Santiago Fernández: *La peseta. 130 años de la historia de España*, page 49).









These last two pieces on this page also show the lesser Bourbon coat of arms the Bourbon restoration wasted no time in bringing back to public life. But we have incorporated them in this compilation because they let us introduce, with reference images, a very important phenomenon in monetary history: forgery, an activity that would threaten -thus spurring it-

the legally instituted financial order.[1] We should first mention the activity of delinquents, whether individuals or in bands or mafias -the kind of forgery most people know-, with the only intention of getting benefit from fooling users, and also monetary and financial authorities. But -following Albert Estrada-Rius's argumentation- we should also consider another type of forgers: those who, throughout history, and holding public power or being its agents in monetary matters, have abused and perverted their position of guarantors of the system and been part in several ways of the illegal and fraudulent manipulation of their own currency or a foreign one.[2]

Public powers forging money under their responsibility only pursue a fraudulent financial benefit; when the forged currency is foreign, political causes may intervene in the matter, both in a context of war and out of it. Be it as it may, the social success of a forged coin hasn't been determined by whether the initiative behind it was private or public, but by the degree of credibility of the imitation when comparing its appearance with that of officially minted pieces -or printed bank notes- covered by all guarantees.

Despite the threat of severe prison stays or death sentences, everything, everywhere has been forged from the beginnings of currency, and so in several countries and historical times, this fraudulent activity has affected even metallic pieces and paper money of very little value and very limited geographical circulation. Contrarily, other criminals preferred higher face values (and, if possible, from more international and/or coveted currencies), which would grant them bigger benefit with less specimens in circulation, and thus a more reduced risk and less investment in terms of time and manufacturing expenses.[3]

When it comes to the Bourbon restoration (with the constitutional reigns of Alfonso XII and Alfonso XIII as corollaries), we have enough historical reference -and enough accessible specimens in numismatics businesses, museums and private collections- telling us of the huge extent of forgery as a phenomenon in those decades: as the price of silver as a metal got to be much lower than the face value on those coins, not only were base metals used in forging these coins, and particularly duros -popularly known as "Alicantinos", such as the calamine 5-pesetas coin reproduced here-, but there were also silver coins put in circulation (such as the other coin photographed here): these last cases were "Sevillian" duros, which -in the end- were exchanged for original coins with no loss of value for their holders.[4]

To close this point, we should mention that both photographs show the edges of pieces being dented: given the huge amount of forgeries -in all types of metals- of 5-pesetas coins, as well as other values, it was common practice to make them bounce on shops' counters, floors or other surfaces, so they'd jingle, the sound making it possible to tell what pieces were silver and which not. The repeated exercise of dropping these duros logically made their rims show many dings, besides those caused by accidental drops. In other cases, we notice the signs of tests done on coins suspect of being forgeries, in order to check their quality: hits with punches or similar instruments, cuts with shears, clippings, shavings, etc. Finally, when a forged coin was put away from circulation it may be altered by monetary authorities, through milling or by incorporating telling signs

1 In this regard, Albert Estrada-Rius's "Introduction" in *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro* is particularly clarifying. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, pages 8-11.

2 In Albert Estrada-Rius: "Els reis falsaris medievals i la fabricació de moneda fraudulenta", page 50, in Albert Estarda-Rius (dir.): *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, pages 50-55.

3 As has been the case in the last few decades, of forgeries of 100-dollar bills from the USA, one of the most widespread ilegal activities worldwide.

4 A recent syhthesis on "duros alicantinos" and "duros sevillanos" is found on pages 96-97 of Julio Torres Lázaro's article "La falsificació de la moneda metàl·lica a l'edat contemporània", in Albert Estarda-Rius (dir.): *La moneda falsa de l'antiguitat a l'euro*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2010, pages 94-101.

proving their condition as evidence of a crime: great incise crosses, countermarks stating their falsehood, holes, adhered papers, etc.

2.2 Against Alfonso XII (and prior regimes): pretender Carlos VII

Carlist wars were uprisings lead by absolutist Bourbon pretenders, opposed, then, to liberalism, in the periods 1833-1840, 1846-1849 and 1872-1876. Given the chance, these self-proclaimed carlist kings would rule over many Spanish territories, including some Valencian regions: on August 20, 1874 Carlos VII got as far as creating the Royal Council of the Kingdom of Valencia (and under this administration issued a privative post stamp).



Half-real post stamp issued on September 1, 1874 in the name of Carlos VII in the Valencian municipality of Vistabella (engraved by Juan Vilás, 25 x 21 mm in size). Note the stylisation of the fleur-de-lys on both sides of the portrait.

Carlist kings' motto was "Dios Patria Rey" *(God Country King)*, an expression evidently not the same as the one found on the edge of "constitutional" coins for Isabel II: "Ley Patria Rey" *(Law Country King)* (moderate).

Carlos VII's political program included defending the fueros in Álava, Biscay, Guipuzkoa and Navarre, and -as we've seen in the institution of a council for Valencian territory, and also the creation of two others for the principality of Catalonia and the kingdom of Aragon (all three in force from 1874 to 1875)- the monarch kept his decentralising intent, respectful of traditional frontiers within the territories of the Crown of Aragon. Besides, the pretender's rhetoric -flattering and paternalistic- intended to repair the effects of the disagreements of Catalonians, Aragonese and Valencians with the Bourbon dynasty in the early 18th century; an example of all this would be this extract from the *Manifiesto a los pueblos de la Corona de Aragón* (*Manifesto to the peoples of the Crown of Aragon*) from July 16, 1872:

« [...] A lover of decentralisation, as I stated in my Letter-Manifesto of June 30, 1869, today I declare to you, publicly and solemnly:

Intrepid Catalonians, Aragonese and Valencians: a century and a half ago, my illustrious grandfather Felipe V thought it his duty to erase your fueros from the book of the Country's Franchises.

What he took from you as King, I as King return to you; for, if you once were hostile to the founder of my dynasty, you are now the bastion of his lawful descendent.

I give you back your fueros, for I am the keeper of all justices, and to do so, years don't go by idly, I shall call you, and together we will adapt them to the demands of our times.

And Spain will know again that the banner that says God, Country and King has legit liberties written on it".



Pretender Carlos VII (mid, bearded but without beret) among officials and troops of the carlist army. This picture may have been taken near Tolosa between 1873 and 1875, during the last carlist conflagration. The photograph's author may be Felix Tournachon (Nadar), and the image was later used on propaganda postcards.

Carlist armed opposition ended up defeated in 1876. Besides post stamps (the previously shown from Valencia and others), Carlos VII's control over a part of the State also left monetary pieces to remember him by.



The image on the coin is very meaningful politically. One of the first things to note in this obverse is that the inscription -completely surrounding the pretender's bearded portrait, "CAR-

LOS VII P[OR]. L[A]. GRACIA DE DIOS REY DE LAS ESPAÑAS" *(Carlos VII by the Grace of God king of the Spains)*- is antithetical to that on previous duros for Amaedo I and Alfonso XII, and this because king Carlos appears legitimated by "the Grace of God", by divine design, like a monarch from the Ancien Régime.

The fleur-de-lys on the lower part states the portrayed's Bourbon lineage, and besides, the country's toponym appears in plural: a Castilian translation of the Latin titles formerly employed by monarchs from the houses of Hapsburg and Bourbon, "HISPANIARUM REX", far from the frugal denomination of the Nation state, "ESPAÑA".

As is easily seen on this carlist coin, unlike the portraits of Amadeo I and Alfonso XII on 5-pesetas coins from 1871 and 1875 (and 1876), respectively, Carlos VII's portrait is crowned: it is certainly not a royal crown, nor a band as a diadem, but he boasts a laurel wreath -a symbol associated to the idea of victory- around his head. The laureate bust had been present on the coins of many rulers from ancient, classic times, and centuries after, also within the Hispanic monarchy: in fact, Alfonso XII's mother -Isabel II- wore a laurel wreath in a non-insignificant number of her monetary pieces.

For more information on the elements employed to crown heads in coins, see appendix IV, and on the existing controversy around the place of manufacture of this piece -and its 5-cent sister-, see appendix V

In a reference work directed by Rafael Feria,[5] emphasis is put on the portrait's high quality, and the possible origin for such formal perfection: "It certainly seems the "style" of the pretender's portrait [...], as well as the coat of arms on the reverse closely resemble those appearing on coins for king Leopold II of the Belgians, evidently minted in the Royal Mint of Brussels".

On the obverse, we find the dynastic Bourbon coat of arms, the quarterly of Castile and Leon, Granada and Bourbon, crowned and with laurel wreath, that is, the well-known lesser coat of arms, here becoming the emblem of the pretender to the throne's intended legitimacy. We also find again the separate fleur-de-lys, and two monograms with the "C" and "7" of his royal title under a royal crown, as well as a daisy, an allusion to Margarita de Bourbon-Parma, Carlos' kind-hearted wife at the time (*"Margarita" is "daisy" in Spanish*). An unexpected gallantry on monetary issues.[6]



2.3 Alfonso XII under the 1876 Constitution

After the proclamation of the Constitution in June 1876 -inspired by Antonio Cánovas del Castillo- Alfonso XII's coins changed the royal title: following a Royal Bidding in August 1876, the pieces' obverse would feature the inscription "ALFONSO XII POR LA G[RACIA]· DE DIOS" *(Alfonso XII by the Grace of God)*, and their reverse (or tails) "REY CONST[ITUCIONA]L. DE ESPAÑA" *(Constitutional King Of Spain)*.





Reference to the "Grace of God" -as a source of legitimation of power- linked alfonsine coins to those from divine right monarchies in all Europe (and from the carlist pretender who issued the piece

5 *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, page 64.

6 "Margaritas" was the nickname for women taking part in the carlist sector of the insurgent side of the Spanish Civil War.

in the point above), but the traditional formula on these pieces minted in Madrid was made compatible with the explicit statement of the regime's constitutional character. Miguel Martorell, in *Historia de la peseta. La España contemporánea a través de su moneda*,[7] accurately synthesises this in the sentence: "[...] inscriptions on coins proclaimed the double nature of the restored monarchy".

As stated in the second part of this work, alfonsine behaviour had similar precedents on Spanish coins: during the Liberal Triennium, and throughout most of Isabel II's reign, mints had shown equivalent formulas -some with a clearer writing, even- to state the double legitimation of power: "FERNANDO 7º POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONSTITUCION / REY DE LAS ESPAÑAS" *(Fernando 7th by the Grace of God and the Constitution/ king of the Spains)* and "ISABEL 2ª POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONSTITUCION / REINA DE LAS ESPAÑAS" *(Isabel 2nd by the Grace of God and the Constitution/ queen of the Spains)*, with the corresponding abbreviations when needed.

In order to understand the political meaning of the presence of double legitimation on alfonsine coins, we can consult a text by Javier de Santiago Fernández extracted from the book *La peseta. 130 años de la historia de España* (page 50):

> The inscription is meaningful regarding the new political order on which the Restoration's building would lean. The King's power comes from God and the [1876] Constitution. Thus, it combines monarchic tradition, the Bourbon heritage that allows him access to the Throne, and the regulation of his power by the legislative text written by Cánovas. The King and the Courts are the two fundamental institutions of the system. The Constitution stated that the sovereignty is shared: the power to write laws is held by the King's Courts, and it is him who commands the formation of government, regardless of parliamentary majorities. It is an inscription intended to exalt the Monarch and shows clearly the essence of his power does not come from parliamentary decision. The Crown is considered as one of the keys of the system, as an "institution of faith", as Canovas himself decribed it. It is the constitutional monarchy Alfonso XII promised in [the] Sandhurst [manifesto].

For more information on the beginnings, in France, of the double legitimacy of royal power, see appendix VI

Some more information about Alfonso XII's coinage. First of all, on the very noticeable changes in portraits, as had been the case with his mother; indeed, the monarch's face would go through a transformation on the obverses of coins as new issues were made: from the first, formed only by a duro coin in 1875 and 1875, showing a very young king (which we've already reproduced in this work), to the first of the last mints, in 1881 (1880 in the case of mints for the Phillipine Islands), where the character appears with dense sideburns, practically joining his moustache (in the fashion of the times, a beard of sorts with the neck and chin shaved).



7 Barcelona: Planeta, 2001, page 92.

Regarding the reverse of the previous piece, the coat of arms should be familiar, perforce, to those living in the territory of the Kingdom of Spain: it was instituted in 1875 and, with some slight differences (particularly the absence of crowns on top of each of the pillars of Hercules, and the water under them), it is basically the same emblem that is currently the State's official coat of arms (established in 1981).





Left: return stamp -for internal use in the Post administration and not usual postage- issued on September 25, 1875. The author of the design on this specimen was Gabino Rodríguez. Right; official version of the current coat of arms of Spain.

A mere glance will let us notice that the strict coat of arms is divided into four main parts, and also has a pointed element in the lower part and an oval in the centre. The four bigger parts contain the following historical emblems:

–On the upper left side, a yellow (gold) castle on red background, the symbol of the kingdom of Castile;

–Also on the top part, but to the right, a purple (between pink and violet) lion over a white (silver) background, the emblem of the kingdom of Leon;

–To the left of the lower part, four red paletts on a yellow (gold) background, originally the monarchs of the Crown of Aragon's *senyal*, and in time, the common blazon for several territories: the kingdom of Aragon, the kingdom of Valencia, the kingdom of Majorca and the County of Barcelona, which ended up becoming the Principality of Catalonia;

–On the lower right, yellow (gold) chains on a red background, with an (obviosluy green) emerald, representing Navarre, or, to be strict, the five *Merindades* (a country subdivision smaller than a province but larger than a municipality, in charge of a Merino, roughly equivalent to a bailiff in English) of the kingdom of Navarre south of the Pyrenees, or Upper Navarre.

Finally, the central elliptic element represents the Bourbon dynasty, rooted in Spain from early 18th century: this emblem's presence on the Spanish royal coat of arms comes from Louis XIV of Farnce, who -as we've already mentioned in a former section- imposed this condition during delliberations leading to Felipe V's enthroning.

The coin only shows three yellow (gold) fleur-de-lys, two on top and one below, over a blue background. But, in truth, this blazon is the one from France: since no French king came to rule Spain, but rather a member of the Gaul royal family -Felipe, duke of Anjou, grandson of Louis XIV-, this duro for Alfonso XII should have had a red bordure surrounding the fleur-de-lys. This -called cadency in heraldry terms- would tell the (oval) escutcheon represented *someone* "of French blood", *issu de France*: specifically, from the branch known as Bourbon-Anjou.





Left: version of the kingdom of Spain's coat of arms as used on coins from 1875 to 1931. Right: completely correct version of the same coat of arms, with the red bordure on the central escutcheon. The current official model of the coat of arms of Spain where we also see the red bordure.

For further considerations on the currently valid coat of arms, see appendix VII

The next-to-last information we'll provide on this point is in regard to the edge of coins: on the big silver pieces minted in the name of Alfonso XII from 1877, the political inscription on the edge -"JUSTICIA Y LIBERTAD" *(Justice and Liberty)* on duro coins from 1875 and 1876- was substituted by 27 fleur-de-lys split in three groups of nine. Evidently, the fact of incorporating the king's dynastic emblem *par excellence* is also a political option. In any event, the rim of 50-cent (of peso) coins minted in Madrid -dated between 1880 and 1885-, but destined for circulation in the Phillipine Islands, a surprise awaits: there are three fleur-de-lys and the motto "LEY PATRIA REY" *(Law Country King)*, exactly the same one that also adorned the edge of Isabel II's issues as constitutional monarch from 1837 to 1868.



But these pieces have another exceptional trait in the context of alfonsine constitutional mints: the presence of the quarterly coat of arms without the Crown of Aragon's paletts or the Navarrese chains. The same as during all of Isabel II's reign -in Spain and the Philippines- and on 5-pesetas coins from 1875 and 1876.



Alfonso XII visiting cholera patients in Aranjuez (1887), by José Bermudo Mateos (Museo de Historia de Madrid). The painting depicts one of the facts about Alfonso XII most appreciated by the population: the king's trip -in 1885 and without Antonio Cánovas del Castillo's consent- to Aranjuez, with the intent of visiting the victims of a very serious cholera epidemic, and putting the facilities of the royal palace in the city at the disposal of the sick.

2.4 Alfonso XIII under the 1876 Constitution

As long as Alfonso XIII didn't swear on the Constitution in 1902, regency of Spain was exercised by his mother, María Cristina de Habsburg, but this fact was not reflected on monetary issues; the obverse of pieces only showed Alfonso XII's posthumous son's portrait, king from the very moment of his birth in 1886.

The child-king's portrait on coins changed as he came of age; this has been recalled with a good deal of quality photographs in the work directed by Rafael Feria *La peseta. Historia de una época* (pages 65-68):[8] he was depicted as a baby with his hair close to his skull (the "pelón" *(bald)* type), as a child with curly hair ("bucles" *(ringlets)* type), or with a pompadour (the type aptly named as "tupé" *(pompadour)*), besides a variant of the last type for issues destined for Puerto Rico and the Philippines, or type "rizos" *(curls)*, and maybe the type on gold 100-pesetas coins from 1897, "on which Alfonso XIII seems to be a bit older" (page 66). His mother's regency over, monetary portraits of Alfonso XIII kept morphing as the king entered adult life; the "cadete" *(cadet)* type (his neck adorned with the uniform of a captain general), the "prusiano" *(Prussian)* type, after his wedding (with the same military collar), and finally, the "adult" portrait used during the primoriverist dictatorship.

The three first coins reproduced beneath (see next page) show the first portrait of Alfonso XIII on coins, the "pelón" type: although the portrayal of child-kings has happened on monetary coinage, it is exceptional for the monarch depicted on pieces to be such a small baby. Regarding the images, we should note that while the one on top is from an authentic coin, of 900 silver thousandths, specimen 1FA is a good forgery in noble metal, and thus a part of the fraudulent copies known as "Sevillano" duros. Piece 1FB is also fraudulent and made of silver: in this case, the forgery is easy to tell, because the coin has a dark reddish streak, telling of an irregular pounding of the metals during the smithing -silver

8 Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002.

and copper, at least- done by forgers. Specimen 2 is a test that wasn't adopted, showing a transitional portrait on the obverse, between "pelón" and "bucles" types (3).

1



1FA



1FB



2



3





Institutional worry and that of the general public was the same: forgery of the main silver piece of the Spanish monetary system -the 5-pesetas duro- had reached huge proportions: a recall of "Sevillano" (produced in many Spanish cities) duro coins was undertaken, starting in 1908, but the deadline to change false coins for legal ones had to be postponed: beyond December 1909, the date considered at first for the operation to start closing down. As Javier de Santiago Fernández points out in *La peseta. 130 años en la historia de España* (page 62), "To ease the task of the Bank's civil servants, a detailed report was produced and spread with all the data necessary to tell false currency from authentic one". The cover of *Nuevo Mundo* magazine for August 1908 proves the -social and financial- importance of this exchange initiative; inside this issue, "El canje de los duros sevillanos" (The exchange of sevillano duro coins) detailed aspects of the operation.

Whether a product of monetary forgery in the late 19th century-early 20th century, or the consequence of government mint, the circulatory torrent was flooded with royal portraits; there was a ruling to that effect in the 1876 Constitution, which Alfonso XIII swore on at the age of 16. Indeed, article 54 from the text established that "It also befits the King: [...] Sixth. To take care of coin mint, which shall feature his bust and number" This ruling followed the one in article 171 of the 1812 Constitution, which already established that "Besides the king's prerogative to proclaim and sanction laws, the following faculties correspond to him as principal ones: /Eleventh. To take care of the manufacturing of coin, on which his bust and number shall appear" But the Cádiz constitution didn't only inspire the one from 1876: the ruling for the name and bust of the monarch to appear on coin also appeared on article 47.7 of the 1837 Constitution, 45.7 of the 1845 Constitution, 52.6 of the unproclaimed 1856 Constitution and, as a last example before the Restoration, on article 73.6 of the 1869 Constitution -the one that would lead Amadeo I de Savoy to the throne.



Alfonso XIII and Doña María Cristina, queen regent (1898), by Luis Álvarez Catalá (Palacio del Senado, Madrid): "Recreates an illusory palace space, lacking none of the characteristic symbols of the Court portrait, the Palace portrait, still owing to the baroque model: throne, heavy curtain-canopy, royal coat of arms, crown, sceptre and architectural elements such as the column and the balustrade. The two royal figures stand up front [...], acutely capturing the shyness of a child overwhelmed by his responsibility, while Doña María Cristina, while still showing the sadness of her situation, protects him with a gesture that is at the same time motherly and regently" (Jesús Gutiérrez Burón, in *El Arte en el Senado*. Madrid, 1999, page 208).

The portrait on this 5-pesetas (or duro) silver coin minted in 1899, corresponds to the "tupé" type. The piece holds the same royal title Alfonso XII used as constitutional monarch, with the





logical change in ordinal: "ALFONSO XIII POR LA G[RACIA]· DE DIOS" *(Alfonso XIII by the Grace of God")* on the obverse and, on the back, "REY CONST[ITUCIONA]L. DE ESPAÑA" *(Constitutional King of Spain)*. The edge had no inscription: only 27 fleur-de-lys, as on Alfonso XII's duros from 1877 and all previous others in the name of Alfonso XIII.

A brief note on the two 1-peso pieces that -with the same metrological characteristics as Alfonso XIII's 5-pesetas cois and the same coat of arms as those- were minted in Madrid for Puerto Rico (dated in 1895) and the Philippine silands (dated in 1897): as the reverse of these coins displays the denominations suitable to their respective territories, the obverse used six abbreviations so the royal title could fit around the monarch's portrait (in the type "rizos", as stated before) "ALFONSO XIII P[OR]. L[A]. G[RACIA]. D[E]. D[IOS]. REY C[ONSTITUCIONAL]. DE ESPAÑA" *(Alfonso XIII by the Grace of God. Constitutional king of Spain)*.

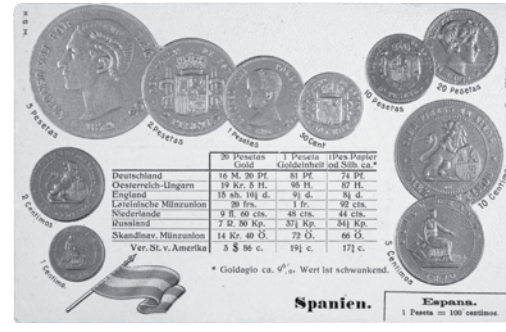


Alfonso XIII's last issues to display the title of constitutional monarch appear dated between 1910 and 1913: coins from later in his reign correspond to the period of general Miguel Primo de Rivera's dictatorship.





We wouldn't want to finish this point without reminding the reader of the existence of embossed postcards which -in the late 19th to early 20th century- collected the currency of several countries with dry stamps covered in gold, silver or bronze ink (according, of course, to the metallic composition of the coins reproduced). Among the states appearing on these cards -edited in several languages-, there was Spain. Here is one of the versions of the card dedicated to the kingdom of Spain, written in German, adorned with an *approximation* of the merchant banner of the time, and showing the equivalence of some of the Spanish monetary values to the specimens of the financial powers of the moment: the German mark; Austria and Hungary's crown; the sterling pound from Great Britain, divided into 20 shillings or 240 pennies; coins from the Latin Monetary Union (the French franc, Italian lira, the Belgian franc, Swiss franc, the drachma from Greece, and by extension, coins from other countries which followed the monetary directives without being members); the Netherlands' florin or gulden, the Russian rouble; coins from the Scandinavian Monetary Union (Denmark's crown, as well as those from Sweden and Norway); and the USA dollar.



These postcards contributed to the diffusion over a great number of places of monetary types from many territories of the planet, so the monarchs' portraits, coats of arms and other motifs gave the users information on who held power in each territory.

2.5 Alfonso XIII during the primoriverist dictatorship and the "Dictablanda" (1923-1931)

General Miguel Primo de Rivera's uprising got the King Alfonso XIII's acquiescence, and as a consequence, a military dictatorship was installed in Spain in September 1923: in spite of initial attempts at finding a rhetorical accommodation to fith the new situation, from then on, the 1876 Constitution stopped being valid in Spanish territory. On this 50-cent silver coin from 1926, the inscription used was "ALFONSO XIII REY DE ESPAÑA" *(Alfonso XIII King of Spain)*, logically with no reference to the monarchy's constitutional character as well as no mention of the intended divine legitimation (like in times of Amadeo I and AlfonsoXII's first period).

This was the last Alfonso XIII portrait to appear on a coin, and it was produced "in a very "veiled" modernist style", according to José María Aledón in *Historia de la Peseta*.[9] The two other pieces minted during the Dictatorship (25-cents from 1925 -with a galleon- and 1927 -with a hammer, flowers and spikes) used no royal bust: after all, if the 1876 Constitution wasn't in force then, and neither was the 54th article of the text the king had sworn upon, ruling the monarch's depiction on monetary disks.[10]







King Alfonso XIII -to the left- and former dictator Miguel Primo de Rivera on March 1930. The general -who was diabetic- had left power on January 30 of the same year, and would die on March 16. Far gone were then the times when, on the proclamation of the 1923 coup, Primo de Rivera would state: "This is a movement of men: whoever doesn't feel masculinity completely characterised may wait in a corner, without disturbance, the good days ahead we are preparing for the Nation. Spaniards: Long live Spain and the King!".

[Photograph donated to Wikipedia Commons by the Deutsches Bundesarchiv, the German federal archive.]

9 Madrid / Valencia: Real Casa de la Moneda · Fábrica Nacional de Moneda y Timbre / Dobler Difusiones, 2002, page 58.

10 In regard to the crowns cresting the coat of arms on the coin's reverse and also on the reverse of the 1925 25-cent piece and the obverse of the same value from 1927, we ought to consider their appearance, then, as a consequence of the creative freedom of artists, showing three fleurons instead of the traditional five, and two diadems were put there instead of the eight corresponding to the royal crown (five visible). Just like in Habsburg times. In no case would there be a cryptic message on the decrease in royal power in the times of the primoriverist dictatorship.

3.1 The Second Republic during the reformist and counter-reformist bienniums

We saw, on the occasion of the 5-pesetas coin for the Provisional Government in 1870, to which extent a monetary piece could constitute a clear and absolute denial of personal power, thus affirming the collective one. The same -but with no apparent nationalist burden (save for the exclusivity of Castilian on inscriptions) and, specifically, with no irredentist connotation- happened when the Second Spanish Republic produced its coins with allegorical figures, most of which were influenced precisely by the matron designs of Luis Marchionni six decades earlier. In doing so, monetary issues from the 1931-1939 period were fully coherent with Europe's republican tradition *par excellence*, that of France: not putting the effigies of rulers on coins and, on the contrary, using a female (most of the time) allegory to embody liberty, the republican regime, and, if it is the case, the national community itself.[1]

The Second Republic was proclaimed in Spain -on April 14, 1931- through a revolutionary process nurtured by a great collective eagerness: in great cities, candidacies intending to bring monarchy down had won the municipal elections held two days earlier, and finally, the tide could be held back no longer. A few months later, elections to Constituent Assembly would be held: with this procedure, the republican form of state settled in Spain together with usual democratic forms, and the Constitution would be proclaimed in December that same year.



Cover of a pen-manuscript specimen of the 1931 republican Constitution. Kept at the Congress in Madrid.

But the ideological and symbolic effervescence of the times wouldn't find a correlate on monetary mint: that republican power issued late and with little variety. As the authors of the Museu Nacional d'Art de Catalunya's *Guía numismàtica*, the Republic's Government was focused on financial and political problems such as capital outflow or the ongoing crisis as a consequence of the crash of international markets in 1929, which would justify the executive not taking serious measures of renewal for metallic coin until the year 1933. The same authors point out that this fact should stand out in its exceptional nature, and so because in the history of Spain (and, one could add, in that of France, Germany, Italy, etc.), one of the very first acts of sovereignty in the establishment of new regimes had been the issue of its own symbols, those that let them proclaim the change in regime iconographically. Despite this, the first republican coins wouldn't start circulating until 1934.[2]

The monetary types finally minted by the central authorities of the Second Republic were six, out of which five were adorned with female allegories (with four different designs). All these coins incorporated the inscription "REPUBLICA ESPAÑOLA" *(Spanish Republic)*, and only two were in circulation before the Civil War.

1 While French republican regimes were in force, this executory was only infringed once: during the Second Republic, when -in 1852- president Louis Napoleón Bonaparte's bust occupied some obverses (this was the time when Napoleon's nephew was about to become emperor Napoleon III of France, successor in imperial position to his most famous relative).

2 Marta Campo, Albert Estrada-Rius and Maria Clua i Mercadal: *Guia numismàtica*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya · MNAC, 2004, pages 206-207.



On the first piece -a 25-cent coin in cupronickel from 1934- a half-length portrait of a matron looking right and holding an olive branch -a symbol of peace, at eye height- in her right hand; the allegory wore her hair loose and curly at the nape, and her facial features (and generally, her body's features) were so marked as to distil a certain androgynous look.



The other piece from these years -designed in times of the reformist biennium but put in circulation during the counter-reformist biennium- was a 1-peseta silver coin, dated in 1933 (although 1934 is stated between the stars), where the matron appeared in full length, looking left, sitting on a practically cubic stone block and also holding an olive branch between the fingers of her right hand. Again, her facial features were treated with a certain harshness, and her physical attributes had a certain influence of Michelangelo. The figure's hairstyle was, more or less, like the one on the 25-cent coin.



This photomontage -titled "III. Siglo XX: Amor financiero" *(III. 20th century; financial love)*, the third in the *Amor en la historia (Love throughout history)* series- was produced by Josep Renau and appeared on issue nº 149 of *Estudios. Revista Ecléctica (Studies. Eclectic magazine)* (Valencia, January 1936). As can be seen in the image, the concept of money isn't embodied -symbolised- by the republic's silver pesetas, or by bank notes, but by silver duro coins put in circulation in the late 19th century, such as those of Amado I and Alfonso XIII (of the types "pelón" and also, "bucles")

3.2 The Second Republic during the Civil War

After the military and civilian uprising against the Frente Popular's government (on July 17 and 18, 1936), and after the partial failure of this coup or revolt, the Second Republic stopped ruling over a good part of the territory and had to face -for three years- the insurgents' military offensive. These were soon commanded by general Francisco Franco, who would have hitlerian Germany and mussolinian Italy as his main political and military allies.

The process -one of the most dramatic and bloody in the Interwar Period, with religious prosecution, extremely tough and often deadly political repression (against both "fifth columnists" and declared enemies), and terrible bombings on the civilian population- entered history as the Spanish Civil War, and its complexity implies having to refer to facts such as the existence of numerous ideological fractures on the republican camp, some of which could even lead to internal armed conflicts. Dissidence within the ranks of francoist Spain was eliminated -quickly and from the top- without a qualm, as happened to falangists opposing the political neutralisation of their fascist party.

In this context of war that led to the siege on the republican executive -and its immediate pilgrimage through the territory- monetary authorities (with Juan Negrín, minister of Revenue, behind) put in circulation other specimens adorned with female allegories, three in total, all of them dated in 1937: we'll start with the copper 50-cent coin, just to state that its obverse took the design from the silver 1-peseta coin. On the other hand, iron 5-cent coins added a very remarkable iconographic novelty: they added the Phrygian [or liberty cap] cap to the depiction of the allegorical bust, with a very French appearance.



The bust with Phrygian cap was also very scarce on post stamps of the Second Republic: we only find a series with this element, from April 1938. On bank notes issued by the central authority we also had to wait for a long time, until 1937, to see two specimens with the same iconography, put in circulation the following year.

Lastly, besides local issue of bills and coins by the Ibi Municipal Council, in the Valencian Country, the female bust wearing a Phrygian cap also appeared on issues from the Basque autonomous government, and in its corresponding section we'll discuss this emblem of liberty, and how and when it became the republic's.



Republic (1931), by Teodoro Andreu (Col·lecció Joan Gavara Prior). The painter avoided in this work any kind of symbolic idealisation when representing the new order of April 1931, and the beauty of a modern woman -Valencian Carmen Viadel Haro, 20 years old at the time- looking at us, frank and without shame, was more than enough; a short-haired girl, wearing plain clothes but also a Phrygian or liberty cap, with the Spanish republican flag (with an embroidered inscription) on her shoulder. We shouldn't miss the rich -and well crafted- traditional Valencian set of jewellery, where the city of Valencia's coat of arms can be seen on the jewel at chest level.

The work remained hidden during francoism, studded backwards in the back of a wardrobe property of the artist's daughter.



Spanish Republic (1932) by Ricardo Boix. One of the most elegant art-deco sculptures, and most representative of progressive artistic trends in the republican period. The work remained hidden in times of francoism inside a wardrobe in a corridor at the artist's home.



In our overview of female allegories on republican coins we should also consider the 1937 brass peseta coin, on which only the head of the matron appeared -also with her hair loose, but with softer features than those on issues from 1934-, looking left.

Delving deeper into the 1937 peseta (with the same weight and diameter as the silver one), the first thing we should point out is that, because of the siege of Madrid by francoist troops, and during the republican government's stay in Valencia city, the mint moved to Valencian territory, too: Castellón and Aspe. This coin specifically -for which there are proofs dated in 1935 and produced in Madrid- was minted in an estate near the city of Castellón de la Plana (known as Factory C), under logically precarious circumstances as befits a conflict of the dimensions and intensity as the one then underway: José María Aledón -in *Historia de la Peseta* (page 62)- wrote that "The trouble around this hurried emergency measure and the precariousness of means, lack of metals, etc., of the Republic's second stage showed on coins, which lost quality and quantity as the war progressed". In the times of the move to Castellón, the city of Valencia -provisional *capital* of the Second Republic- suffered violent bombings from the aviation of fascist Italy, a state supporting Franco, as we already stated.



Mussolinian bombings in 1937, on the Estación del Norte *(North train Station)* in Valencia city, and its adjacent neighbourhood of Russafa.

The image is a fragment of a photograph kept at the Ufficio Storico dell'Aeronautica Militare, Rome.

Despite the technical deficiencies in the 1937 peseta issue ("pesetas de Valencia", as they were known in Castilian), we are in the presence of one of the most popular issues in the history of Spain, stylistically modern in the time of its conception and liable to end with a specific nickname for it: "Rubia" (blonde). Javier de Santiago Fernández explained it in *La peseta. 130 años de la historia de España* (page 78):

> The use of a new alloy gave this coin a very peculiar colouration, with a yellowish hue, which drove to the popular nickname of "rubia", referring to the dame on the obverse, and the Peseta by extension. Curiously, such denomination remained in use in popular language to refer to later pesetas, which didn't feature a woman, but Franco's head, a fact probably motivated by the colour of copper used in its manufacture.

Two last appreciations or considerations on such an emblematic piece and others we've described in the two sections about the Second Republic. The first, that, attending to the reverse of the 1937 1-peseta coin including a branch, a vine leaf and a bunch of grapes, some said it was the "ruin of men": on a single coin, money, a (blond) woman and wine, three elements that were alleged to be able to drive *usual* heterosexual men of the time to the abyss...

The second consideration is that, unlike Luis Marchionni's old matron -who, remember, leaned on the Pyrenees and extended to Gibraltar- and the many republican representations prior and coetaneous to "the blonde", on coins of the Second Republic the heads of matrons weren't covered by mural crowns. This heraldic element had been chosen to crest the coat of arms of Spain in 1868, in times of the Provisional Government, since -as stated before- it was considered a "neutral" element that took no option in the controversy between monarchy and republic.

But in 1873, in the absence of a symbology to appropriately represent the First Republic, that is, given that no officially adopted new state coat of arms was present, the 1868 coat of arms was again put in circulation in Spain.



Despite its aseptic origins, the mural crown would become a republican emblem in most areas of the Iberian Peninsula, to the point that the Provisional Government of the Second Republic established in April 27, 1931, that the centre of the yellow band on the tricolour flag "shall feature the Coat of arms of Spain, adapting to what appears on the reverse of five-pesetas coins minted by the Provisional Government in 1869 and 1870".

As stated by José María de Francisco Olmos in "La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)" (page 168),[3] that was "the first time Spain had a coat of arms unique to the State and all its institutions", in contrast to the proliferation of heraldic designs having populated the institutional landscape since early 1875.

The 1931 reference to an old coin was very original, indeed, in the emblazoning of countries' official coat of arms.[4] By the way, unlike models from the late 19th century, there was no absolute criterion on the lion's crown on the coat of arms: at times, it wore none -as on the reverse of 1-peseta coins from 1934-, and others it did.



3 In Juan Carlos Galende Díaz and Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2008, pages 121-192

4 "[...] a curious 'numismatic' way to tell the State's organisms and the citizens about the new national symbol's characteristics", in Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, page 79).



Metallic plaque in the outside of a school (58,5 x 46,5 cm), dated during the Second Spanish Republic, indicating the holding entity and its character as an educational centre: Ministry of Public Instruction · Graded National School for Girls. In this case, the lion on the coat of arms wears a crown on its head.

[Domènech Soler Collection.]

3.3 Euzkadi's autonomous government

Article 11th of the Constitution of the Second Republic stated that "If one or several contiguous provinces with common historical, cultural and financial characteristics reach an agreement to organise into an autonomous region to form a core of administrative power within the Spanish State, they shall keep their Statute [...]". Under this provision, Catalonia became autonomous in 1932 and the Basque Country saw its statute approved in October 1936, with the Civil War already underway. Although the text attributed no competence regarding coin to the Basque autonomous government, the conflict's circumstances drove it to mint pieces in the name of the Basque executive. The decree to do so was dated in February 23, 1937, and was published on the following March 17 in the *Diario Oficial del País Vasco / Euzkadi'ko Agintaritzaren Egunerokoa (Official Journal of the Basque Country)*:

> Lately, a scarcity of fractionary coin has been noticed in the territory under the Government of Euzkadi, which has produced hindrance in commercial transactions.
>
> In order to avoid them, the Euzkadi Government has prepared the issue of one- and two-pesetas nickel coins [...].

Regarding the appearance of these coins' obverse, the legal ruling stated that they should feature the inscription "GOBIERNO DE EUZKADI" *(Government of Euzkadi)*, as it effectively did. But the result of this issue was very meaningful from an iconographic perspective, owing to the fact that both values showed a female bust covered by the Phrygian or liberty cap.



The motif wasn't -a priori- to be expected, coming from a government which -despite the presence of members of the Frente Popular- had a majority and clear hegemony of Partido Nacionalista Vasco (Basque Nationalist Party) militants, a catholic centre right formation allied to the republican cause, mainly because of the finally delivered promise of an autonomous government. Evidently, the image of this obverse -appropriate as it is to French republican tradition, and in being so, so distant from the icons of Basque nationalism- may have been chosen by the central republican authorities themselves: that was the case at almost the same time with the obverse of the iron 5-cent coin from the same year, 1937, manufactured in the Valencian Country and displaying a bust with a Phrygian or liberty cap (as we saw already on an earlier section). The context of issue of metallic coin in Euskadi was the Republic's minister of Revenue, Juan Negrín, forbidding not much earlier the issue of a Basque kind of paper money formed by the issue of cheques from the Bank of Spain in Bilbao.

It's true those nickel pieces seemed to belong to an independent country in their lack of explicit reference to the Spanish republic or Spain, but it is very noticeable that these one and two-peseta coin mints for the Government of Euskadi didn't use the Basque language in their inscriptions, nor did they use the coat of arms of the autonomous executive on the reverse of these two coins, for example (as had been the case on the obverse of paper money).



Even though the 1st article of the 1936 Statute of Autonomy of the Basque Country stated that "According to the Republic's Constitution and this Statute, Álava, Gipuzkoa, and Biscay constitute an autonomous region within the Spanish State, adopting the name of "Basque Country"", the coat of arms used by the Government of Euzkadi / Euzko Jaurlaritza at the time included not only the emblems of Álava, Gipuzkoa and Biscay, but also the Navarrese chains (on the lower right, on the fourth quarter).

It is now time to ponder on the nodal element of this allegory on Basque coins: the red Phrygian or liberty cap. While it is often considered as a solely republican symbol, this consideration should be more nuanced, as the emblem was, for centuries, used exclusively as a symbol signifying liberty. For example, during the French Revolution it was also very present, long before the proclamation of the republic in September 1792; so much so, that we can see it among the elements of the famous painting on the no less celebrated declaration of rights written by the French National Assembly in August 1789.



The *Declaration of rights of men and citizens* (1789), by Jean-Jacques-François Le Barbier (Musée Carnavalet, Paris).

We can also see an equivalent disposition on the constitutional two sous coin from 1792 -issued in the name of Louis XVI as (constitutional) king of the French- appearing in the first part of this work. But while all this is true, there's no denying that on many depictions, the female head or figure with the liberty cap has been accompanied -both in France and out of it- by the denomination of a territory's republican regime, and this favoured the identification or symbolic fusion of, on one hand, the Phrygian cap and the bust of full figure of Liberty, and on the other, the depiction of the republic as a form of state.

For the reasons for the assimilation between the terms phrygian cap and liberty cap, see appendix VIII

A last note on coins from Euskadi, beyond the symbolisms of the Phrygian cap: as was the case on coins by Luis Marchionni (from 1869 and 1870) and on those issued by the general authorities of the Second Republic, in the case of Basque pieces we find monetary specimens where no depiction of personal power appears, and thus, they opt for a -female- allegory to remit to the collective; the Basque one, in this case.

During the Civil War, the Generalitat de Catalunya -together with the Basque government, the only institution of territorial autonomous government established according to the provisions of the 1931 Constitution- didn't issue metallic coins, but it did issue paper money.

4.1 Franco's dictatorship before the Succession Law of 1947

General Francisco Franco -a military veteran of the African wars, with great experience in the battlefields of Morocco and in the repression of revolutionary focal points (in Asturias, in 1934)- doubted at first whether to support the insurgency that intended to bring down the Frente Popular government. In the end, he not only participated in the July 1936 uprising, but also -general José Sanjurjo having died in an accident- became the rebellion's highest leader in late September and October 1 of that year (general Emilio Mola's later death, which we are to presume was also accidental further contributed to the "Generalissimo"'s personal power). Although the coup seemed at first to respect the republican state form, the insurgency turning to war brought the creation of a new regime with totalitarian intentions, and that would annihilate the Second Republic to the beat of military campaigns: thus was born the Spanish State built around the figure of Franco and his practically absolute power.

One of the formulas employed for the visualisation of this nascent power -inherited from no one- was the incorporation of the dictator's bust on post stamps, as was common for kings who transmitted their dynastic inheritance from generation to generation: the effigy of who would also be known as the "Chieftain" (*Caudillo*) was featured in Spanish postal values following a ruling in late April 1939, just four weeks after the end of the Civil War. Differently, however, Franco's presence on the obverses of coins wouldn't happen until nine years later.



One of the values in the series of postal stamps with the portrait of general Franco on them, issued in 1939.

During this long period, two monetary motifs were put in circulation which -in the absence of the portrait of the highest ruler- have been interpreted as allegories of the Spanish national community as a whole and, given the hierarchical and militarised nature of the regime, as a depiction of a collective power of sorts in the abstract, which evidently could never be exercised through the democratic mechanisms of political participation (nothing to do, then with the intention behind the allegories of the Provisional Government or the Second Republic).

The first design glorifying this *sui generis* shared power of sorts appeared in 1938, with the war in full swing, on the obverse of a 25-cent piece dated in 1937; besides representing everything the sunrise symbolises (the homeland's rebirth), the coin incorporated an unofficial and quite dynamic version of the yoke and set of arrows, the emblem of the regime's single party, the Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista *(Traditionalist Spanish Phalanx of the Committees of the National Syndicalist Offensive) (FET y de las JONS)*. It also incorporated the country's toponym -"ESPAÑA"- and two ideological inscriptions: "VNA · GRANDE · LIBRE" *(One great free)*, the motto of the francoist state, and "II AÑO TRIVNFAL" *(2nd triumphant year)*, a propaganda proclamation which number should increase until the final victory date of April 1, 1939. In contrast with the modernity of this composition, the typography used is in a medieval style (see next page).

The reverse of this coin displayed the laurels of victory and the coat of arms of Spain, used on francoist coins -for 5 and 10 pesetas- dated in Burgos in 1936 which would have no continuity: the quarterly used by the Provisional Government and the First and Second Republic but crested by a medieval-style open royal crown (see next page).



Por las armas. La patria, el pan y la justicia (Through arms. Country, bread and justice) (1937-1939), by Juan Cabanas (Arxiu General i Fotogràfic de la Diputació de València · Posters b65/4)





Minting of this 25-cent coin gave credit of the excellent relationship between Franco and fellow German dictator Adolf Hitler: the manufacturing of these pieces was done in Vienna and Berndorf, in *Ostmark*, the new toponym of former Austria, a territory that shortly before had been integrated into the national socialist 3rd Reich.[1]

The second of these pieces we will deal with in this section is antithetic to the former in many aspects: production was carried out in Spain once the war was over, and the main motif on the obverse wasn't a modern political imagotype, but the resurrection of a practically bimillennial design (its possible remote origins even roughly two centuries earlier than that); the toponym wasn't accompanied by militant mottos. In short, tradition had imposed itself over a partial modernity, and francoism embodied in a way the "eternal Spain". Javier de Santiago Fernández (in *La peseta. 130 años de la historia de España*, page 98) accurately described the issue (in truth, two values: -5 and 10 cents- by ruling of an initial decree from May 1940, dated in 1940 and 1941, 1945 and 1953, and minted from 1941 until 1957 and 1960, respectively):

> These coins' types [...] display on their obverses a cavalryman with a lance riding towards the right, inspired on the type of Hispanic-Roman coins from Osca, as mentioned in the decree from February 11, 1941. This obverse is nothing but an adaptation of the most characteristic type of coins issued on Iberian cities in the first times of Roman domination over the Peninsula, an iconography that the renamed city of Osca (the old Iberian Bolscan) had kept. It is an absolute carbon copy, both in the cavalryman's position and in the plumed helmet covering his head and the apron belt and the cuirass he wears. The name of the State, ESPAÑA, is put in the same position as the inscription in Iberian characters -or already Latin, in the case of Osca- had been in before, which in ancient times identified the toponym of the city issuing the coin.

Thus, a francoist coin written in Castilian that was directly inspired by an Iberian-Roman one written in Latin, which derived from even earlier pieces with their inscriptions in Iberian alphabet. But coins with the Iberian rider may have had their faraway origin in Greek Sicily, specifically Syracuse, where currency was issued -from the 3rd century B.C.- were issued after tyrant (who would die a nonagenarian) Hiero II's victory over the Mamertines.[2]

This is evidently a thought-out ideological choice, taken in the context of the intended second foundation of Spain in the hands of those who'd defeated the forces they considered the embodiment of anti-Spain. On this coin, as well as on its

1 The yoke and set of arrows appeared together, overlapping in the falangist way, on coins from francoism, but always in a heraldic context: beside the great "1" on the 1-peseta coin (from 1944) and the lower part of the 50-cent piece honouring the Spanish navy.

2 On the hypothesis regarding the origins of the coins with the Iberian cavalryman, see: Manuel Gozalbes Fernández de Palencia: "Jinetes sin escudo. Las representaciones ecuestres en la Citerior", *Nvmisma*, nº 250, 2006, pages 295-317 <http://www.tesorillo.com/articulos/mgoz/jinetes.htm>.

smaller sister, the new francoist Spain expressly manifests itself as rooted in ancient history, in the "millennial Hispanic tradition" and "the ancestral roots of the Spanish people", as Santiago interpreted them (page 99). After all, in the historical discourse divulged from Madrid coexisted, with no major trouble, the glorifications of collective suicide in pro-Roman Sagunto and the collective suicide in anti-Roman Numantia: in truth, both philias would have been antagonistic, if not for the intervention of a tendency to resolve ideological matters quickly, but they were reconciled for the benefit of a Spanish nationalism that was very essentialist and primordialist, able to distil that both anti- and pro- romans were equally honourable "Spaniards". This would be the reason in 1941 for the choice of resurrecting a "coin with a rider", but not just any of the kind, but a hybrid of sorts: the reverse of Augustus of Huesca's as coin (minted until 14 A.D.), where the "indigenous" tradition converged with the fruits of Romanisation; an ancestral typology, on one hand, but Latin language on the other. Historical conciliation on a reverse from Augustus; the plural peninsula of old framed and given meaning -unified- by Rome.[3]







A few last details, though not lesser ones, on this thrilling issue appeared between 1940 and 1941: first, the unit on the date appearing on it is written in such a way as to resemble the Roman numeral "I"; second, on the aluminium form, the rider's attire was lightly retouched from the original, in what seemed to be an attempt to add some Roman features to it; lastly, when choosing an armed rider with a lance, they in time dismissed a good deal of coins with non-bellicose riders. But, who among the Spanish rulers at the time didn't want to seem bellicose? None: military and civilian alike, they had won a three-year war, and if Hitler ended up giving Gibraltar to Franco, as well as an empire in Africa, Spain might join a continental war. The failure in the Hendaye interview -in October 1940- wouldn't be, evidently, the last word between the two dictators.[4]



A final word on these first francoist mints: the reverse of these aluminium coins already incorporated the dictatorial regime's privative coat of arms arranged in quarterings, built taking as a base: a) the Catholic Kings' coat of arms, with the eagle of St. John linked to Isabel I of Castile; b) the pillars of Hercules from the coat of arms of Carlos of Ghent, king of the Spains and emperor of the Holy Roman Empire; and c) Navarre's chains blazon, absent from Isabel and Fernando's coat of arms. The new heraldic ensemble was, evidently, coherent with the regime's discourse about the historical past: the

3 Historical invasions in Spain are judged by the creators of opinion under a very different light: depending on where those entering the country come from, and, in the end, their attitude towards Christianism.

4 Spanish monetary authorities' behaviour in the '40s of the last century could be compared to an event from five decades later: in 1991, the Royal Mint of Spain (Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, FNMT, in Madrid) started commercialising their third series of special issues dedicated to Barcelona '92, the games of the 25th Olympiad to be held in the capital of Catalonia in 1992; the reverse of one of the silver pieces with a face value of 2000 pesetas showed an Iberian rider, in fact, but instead of attacking with a lance, he carried a palm in his right hand (following a typology that was very recurring in a good number of mints from the ancient *Hispania Citerior*, including some located in current day Catalonia and Valencian Country). Evidently, if a bellicose rider had been featured in that reverse, the initiative would have been in very little consonance with the peaceful "olympic spirit".

Spain that was to inspire Franco's dictatorship was the one considered to be the most glorious, from the late 15th century and the 16th, that is, the one that was the main actor in events such as: a) the conquest of the emirate of Granada, a military event considered as the final stage of the "Reconquista" *(reconquest)*; b) the "discovery", conquest and Christianisation of America, as well as the great overseas journeys that would follow; and c) the forge of an empire confronted to Protestants (the German Lutheran princes) and Muslims (the Ottomans), both enemies of the Catholic faith. The presence of the new coat of arms with the yoke and set of arrows -elements from the Catholic King's blazon in the sense that it was both monarchs' gallant emblem- allowed for the inclusion of a reference to the Falangist symbol that, precisely, had been formed by the fusion of those two historical emblems.

For the exhibition of motifs from 1938 that *contextualised* the francoist coat of arms, and its blazoning, see appendix IX

4.2 Franco's dictatorship after the Law of Succession of 1947

1946 and 1947 monetary laws ruled that Franco would appear on Spanish coins, and although the first regulation would never be put into effect, the second did: it was dated after the proclamation in July 1947 of the Law of Succession of the Head of State.

This law of succession, considered one of those "fundamental" to francoism, stated that "the position of Head of State corresponds to the Chieftain of Spain and the Crusade, Generalissimo of the army, don Francisco Franco", and this long title -appropriate to the dictatorship's official rhetoric- would be depicted on coins by putting God on them: "FRANCISCO FRANCO CAUDILLO DE ESPAÑA POR LA G[RACIA]. DE DIOS" *(Francisco Franco, Chieftain of Spain by the Grace of God)*, as stated on this 5-peseta piece, or nickel duro, minted shortly after the decision was taken that the "Generalissimo"' s portrait would appear on coins. The bust for this issue was initially designed by a sculptor of such relevance as Valencian Mariano Benlliure, although his proposal suffered a technical adaptation. The resulting portrait remained unchanged until 1966 because, as has been stated with no little degree of irony, "Francisco Franco didn't seem to age".[5]





As was the case with alfonsine royal pieces (and those of carlist pretenders), the reference to the "Grace of God" linked the francoist dictatorship with the Ancien Régime monarchies of divine right. But, unlike pieces from the Bourbon restoration and the equivalent carlist behaviour, in Franco's case the traditionalist formula was the only one used, and would remain so until the regime's last days: consider the 100-pesetas coin, or 20 silver duros, put in circulation with the dictator already elderly, in the times of the Organic Law of the State.





This second monetary portrait of Franco -where one could find a "graphical ascertainment

5 Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, page 70.

of the General's accelerating senectitude"-[6] was made by Juan de Ávalos, famous for the colossal sculptures in the Valle de los Caídos or hir work in the alabaster mausoleum of the Teruel lovers. The coin carried in its edge the motto of the francoist regime with a *desideratum* about Spain: "UNA GRANDE LIBRE" *(One Great Free)* (these words were also present around the neck of the eagle in the official coat of arms).

Javier de Santiago Fernández (in *La peseta. 130 años de la historia de España*, page 103) highlighted that the formula used, "POR LA G[RACIA]. DE DIOS" on Franco coins is "[...] a way to legitimise himself, in the absence of a dynastic tradition or a Constitution. At the same time, this divine imbuing of his power should relate to the Crusade's spirit, its defence of Catholicism and the Catholic hierarchy's explicit support of the Regime". Also (pages 102-103),

> [...] the use of the term "CAUDILLO" (Chieftain) has clear connotations. It has no institutional character, nor is it official; it is Franco who proclaims himself the "Chieftain" of the Spanish people, and so the title acquires a charismatic, absolutely personal character. Its precedents are likely medieval, as this was the time when king-chieftains appeared in the Peninsula who, in the face of the Muslim invasion, got together the reign's forces and become providential leaders, saving the people in a dangerous situation. The parallelism with the time we are studying is clear; by using this title, Franco intended to transmit the idea of being a guide, protector and saviour of the Spanish people, with a clearly paternalist character, against the dangers represented by Marxism.



Photograph of Spanish dictator Francisco Franco in a 1969 issue of Argentinian magazine *Siete días Ilustrados* dedicated to Franco's Spain. The character's physical aspect practically coincides with that depicted by sculptor Juan de Ávalos in 1966, on the occasion of the production of the obverse of the 100-pesetas silver coin (except the double chin was lifted in the coin, and not in the photograph)

As a comparison between, on the one hand, francoist dictatorship and, on the other, the behaviour of the far right European dictators that supported him during the Civil War, remember the portrait of *Führer* Adolf Hitler -head of state of Germany since 1934- appeared in many occasions on German post stamps, but not once on monetary pieces from the country (a space reserved to dead president Paul von Hindenburg, on 2- and 5-Reichsmark coins).

Regarding Benito Mussolini, despite having become dictator of Italy, he was never the head of state (it was king Victor Emmanuel III who held the title): thus, no coins were minted in Italy with Mussolini's bust, although some commemorative stamps were issued with the *Duce*'s figure on them. When, well into World War 2, the Italian Social Republic of Italy was proclaimed with Mussolini as head of state, in this ephemeral puppet-state -in the hands of nazis- stamps didn't depict him (and, besides, no coins were minted at all).

In regard to the use of the francoist coat of arms on regime monetary issues, it should be kept in mind that, before the 1947 Law of Succession, the "eagle" coat of arms was featured on 5- and 10-cent aluminium coins -which we've already seen- and also on a 1-peseta coin (called "peseta de a uno", produced in copper and aluminium, dated in 1944). During the years that coins normally displayed the dictator's effigy, the francoist blazon was also practically omnipresent on currency: the eagle appeared on the copper and aluminium peseta (minted from 1948 to 1975), the 2,50-peseta, also made of copper and aluminium (1954-1971), and the big nickel duro coin (1949-

6 Rafael Feria (dir.): *La peseta. Historia de una época*. Madrid: Expansión (Grupo Recoletos), 2002, page 70.

1952), but also on the small duro coin (or 5-pesetas cupronickel coin, 1958-1975), on the 5-duros coin (or 25-pesetas, also in the same metal, 1958-1975) and the 10-duros coin (or 50-pesetas cupronickel coin, 1958-1975). On these three last cases, the coat of arms on the obverse showed a lesser version -also known as "bureaucratic", without the emblem arranged in quarterings- of the coat of arms, with the emblems of Castile, Leon, the Crown of Aragon, Navarre and Granada only appearing once.



Evidently, the bureaucratic version of the dictatorship's coat of arms picked up the Provisional Government and Second Republic's quarterly, except for the type of crown, the eagle of St. John and the yoke and set of arrows. Castile holds a place of preference, with Leon taking the second place of honour in the heraldic composition, and so on: the Crown of Aragon, Navarre, and Granada in fifth place. About this reverse's aesthetic appearance, there's no doubt that for its time, it's a modern conception, with a magnificent design that deviates from traditionalist canon.

5.2 Juan Carlos I before the 1978 Constitution

In 1969 Franco named Juan Carlos de Bourbon and Bourbon as his successor as head of state, which led to him entering the scene with the title of "Prince of Spain". The succession would be effective upon the dictator's -former "Chieftain"- death, and the prince would become king of Spain in November 1975.

The inscription on coins for the new monarch would show no inscription making a reference to "the Grace of God" (a very meaningful political aspect, given the extensive francoist use of this legitimising formula), and the obverse only read "JUAN CARLOS I REY DE ESPAÑA" *(Juan Carlos I King of Spain)*. This act put the coins in line -*nolens volens*- with what had been the rule during the reigns of Amadeo I, Alfonso XII before the 1876 Constitution and Alfonso XIII after the establishment of Primo de Rivera's dictatorship.



When the designs of the first coins in the name of Juan Carlos were made public, not only did the absence of the reference to "the Grace of God" not go unnoticed, ever so present as it was on francoist pieces: it was also pointed out that, while Franco looked right on coins, the king looked left, and there were those who wanted to see a cryptic political message of some sort in the portrait's change in orientation. But the veracity of this speculation has never been accredited.

In any event, while the inscriptions on the first coins issued for Juan Carlos I already deviated perceptibly from francoist times, this was not the case with some of the reverses we'll show here: the new reign's formal continuity with the former regime had its maximum iconographic expression in monetary form on the reverses of 1- and 100-peseta (or 20 duros) coins. The same continuity was on display on the edges of 25-, 50- and 100-peseta coins, which kept the francoist motto "UNA GRANDE LIBRE" *(One Great Free)* (in the case of 25 and 50-peseta pieces, their edges remained as such until 1982; 100-peseta coins, until 1980, the date of the last issue in this format).



For a compilation of motifs from 1938 that contextualised the francoist coat of arms, and for its emblazoning, see appendix IX

5.2 Juan Carlos I after the 1978 Constitution

The proclamation in December 1978 of the Constitution brought no change in the formulation of inscriptions on coins. The new Magna Carta stated the monarch's title to be "King of Spain", besides establishing that the head of state could also use the other titles corresponding to the Crown.

Here, we reproduce the obverse of a 100-peseta piece minted in 1980 to announce the celebration of the 1982 football world championship. The inscription on the edge is still "UNA GRANDE LIBRE", as we've already seen, and the obverse shows no allusion to the Spanish monarch's power being limited by the Constitution (it only reads "JUAN CARLOS I REY



DE ESPAÑA"). As such, these two inscriptions could mislead us to think they come from his reign's early days, before the 1978 Constitution was proclaimed.

The year after this 100-peseta coin was minted, the francoist state coat of arms ceased to be official, and the one currently in use was approved, but the coin commemorating the '82 world championship would still boast "the eagle", that is, the previous regime's iconographic heritage, and in doing so, the clear traces of the king's reign having been legitimised by the francoist regime, up until the issue with the "82" star.



The bill supporting the state coat of arms being changed -originally prepared by the Socialist Group- entered the Congress of Deputies on November 23, 1979, and was accepted for procedure in February 27, 1980 (with the Centre Group's support), to come to fruition as late as October 1981, more than seven months after the attempted coup in February 23, 1981.

For the centre group's response, in the February 1980 meeting, to the socialist proposal to change the state coat of arms, see appendix X. To access the political inscriptions on coin edges, see appendix XI



The first coins to feature the new coat of arms were the "white" aluminium 1-peseta coin and the 100-peseta coin of 1982: the latter vas very popular and included commemorative reverses without the state coat of arms. The last time Spain's current coat of arms was engraved on 100-peseta coins was in the year 2000.

Besides the political and parliamentary avatars of the state coat of arms, we still find another blazon related to the francoist legitimation of the monarchy established in 1975. In fact, Juan Carlos, as king of Spain, has held a privative coat of arms ever since 1971, which appeared on the reverse of 5- and 50-pesetas coins minted since 1976: this design remained in use until 1989 in the case of 5-peseta or duro coins, and until 1984 on 50-pesetas or 10-duro pieces, to reappear from 1998 to 2000 on the reduced in size and peculiarly-shaped- 50-pesetas coins.





The coat of arms we're dealing with -which has also appeared on post stamps and three Bank of Spain notes- is practically identical to the one Juan Carlos I held as "Prince of Spain, save for the crown: as a prince, the crest had four pearled diadems (3 visible), and as king, it would feature eight (five visible). The projected coat of arms was in preparation from autumn of 1970, and picked up suggestions made to Juan Carlos I by military and historian Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela.[1]

The prince's emblem was described in the BOE (Boletín Oficial del Estado, Official State Gazette) -Decree from April 22, 1971, on BOE from April 26, 1971- as follows:

> "As symbols of the Movimiento Nacional (National Movement), the coat of arms has

1 Faustino Menéndez-Pidal de Navascués: "El escudo de España", Faustino Menéndez-Pidal de Navascués, Hugo O'Donnell y Duque de Estrada and Hugo and Begoña Lolo Herranz: *Simbolos de España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales y Políticos, 2000, page 15-225; quote on page 220.

the red cross of Burgundy accolated, and, to its points' side, the yoke Gules in its proper position with ribbons of the same and the set of five arrows Gules with their tips down and ribbons of the same"



Standard of Juan Carlos de Bourbon and Bourbon as "Prince of Spain".

These "Movimiento Nacional" symbols -the Burgundy cross appropriated by carlists and the yoke and set of arrows appreciated by falangists- have accompanied Juan Carlos I throughout his reign, and haven't disappeared either from the coat of arms, standard or guidon of he who is now king emeritus; however, the blazon's description after the monarch accessed the throne -Decree from January 21, 1977 on BOE from July 1, 1977- refrained from all explicit reference to the "Movement". From then on, these controversial elements appeared -and still do- on Juan Carlos I's coat of arms with no line of argument or official explanation behind them.



Standard for Juan Carlos I as monarch of Spain, with the coat of arms that would appear on 5- and 50-pesetas coins. Regarding the collar around the blazon, the Golden Fleece, it had appeared on no Spanish coin since 1904.

Javier de Santiago Fernández gave the version we'll take as "politically correct" of the reasons for the presence of the cross of Burgundy and the yoke and set of arrows on Juan Carlos I's coat of arms in page 113 of *La peseta. 130 años de la historia de España*:

"As exterior ornaments, the cross of St. Andrew (or Burgundy paletts) was added, this being a heraldic sign often linked to the army since the times of the House of Austria [...], ant the traditional yoke and set of arrows, intended as a homage to the unity of Spain achieved by the marriage of the Catholic Kings, as the Royal Academy of History's report accredited at the time, breaking any link between these signs and any political interpretation".

This is, evidently, a reinterpretation of symbols that -in 1971- everyone knew why they were there, starting with prince Juan Carlos. The aforementioned report, then, attempted to create an argument *pro domo* for the monarchy.

5.3 Juan Carlos I before and after the euro



The piece opening this section was originally minted in 1987 to celebrate the 25th wedding anniversary of the King and Queen of Spain. Acceptance of the module by the users, and monetary authorities' decision to keep the obverse's motif, allowed, against all odds, for an initially commemorative design to remain in use for nearly fifteen years, until the peseta was substituted by the euro. In any event, this composition doesn't emphasise as clearly as may be expected the couple's royal condition: thus, nowhere on the coin can one read "REYES DE ESPAÑA", or any equivalent expression.

All this would be a way to emphasise the characters' s human dimension, as they're simply introduced as "JUAN CARLOS I Y SOFÍA", in an inscription whose only nod to royalty is the ordinal after Juan Carlos' name. This is a relevant design for Spanish numismatics (with some precedents in the history of medals), intending to point out the will of monarchic institutions -a will proclaimed constantly since 1975- to "be close" to citizens; the king and queen portrayed on this mint almost seem to be a *normal* couple, almost like any other couple celebrating their silver wedding.

But how would the user know these pieces are a commemoration of that wedding? The answer lies on the coin's edge, where two interlaced wedding bands appear by two crowns.

The fact that Doña Sofía's head appears in the background, partially covered by Juan Carlos', is emphasising the queen's role as consort monarch -with no constitutionally-provided functions as such, save in the case of regency; expliciting her husband, the king's pre-eminence.

One last aspect to consider: the royal couple's appearance on monetary pieces has been exceptional in Iberian latitudes (unlike on postal stamps). In fact, we'd have to look back as far as gold coins issued in the name of Fernando of Aragon and Isabel of Castile, the Catholic Kings, or of Carlos I and his mother, Juana, where the portraits of each monarch in the couple faced each other, or to 1898, when the busts of king Carlos I and queen Amelia of Portugal were depicted on some commemorative silver coins on the occasion of commemorating the 400th anniversary of Vasco de Gama's overseas trip (he was the navigator who, in 1498, established the route between western Europe and India after passing the Cape of Good Hope). On these two Portuguese pieces, the double portrait also gave pre-eminence to the king -Carlos in this case- to his wife's loss, but these monarchs appeared in "royal" attire, unlike on 500-peseta (or 100-duro) coins, showing Juan Carlos I and Sofia's heads bare.

But the chapter on the exceptionalities of contemporary Spanish numismatics isn't closed by the obverse on this 500-peseta coin. As a matter of fact, the 200-peseta one first minted in 1990 is a true milestone: "[...] the obverse on these pieces is again innovative, in the sense that it shows [...] the king and his heir's busts, in order to reinforce the idea of monarchical continuity. Never before had an heir to the throne appeared on Spanish coins", as José María de Francisco Olmos points out in his article "Estudio de la tipología monetaria como documento propagandístico de la evolución política española (1975-2003)".[2] Indeed, as Ana Vico Belmonte and José María de Francisco Olmos himself point out, "the presence of the reigning monarch and his heir hadn't appeared on (peninsular) Spanish coin since Visigoth times".[3] On postal stamps, prince Felipe appeared for the first time in December 1977, and on the first 1000-peseta bill issued by the Bank of Spain -with a ruling of issue of 1985-, which had him as its human protagonist on its reverse.

The prince's presence -with or without Juan Carlos- on stamps, bills or coins hasn't, though, constituted a depiction of power shared with his father. If we stick exclusively to the field of monetary issues, we should emphasise the fact that the busts' position -which character is front of which- shows preference, while also confirming the inequality between the two. On the 200-peseta coin -where Juan Carlos' portrait overshadows that of his son-, power is held, then, by the monarch proclaimed in 1975; besides, the only title on the coin is "JUAN CARLOS I REY DE ESPAÑA", as usual.



One of the most prominent characteristics of the last privative Spanish monetary system was the appearance -on obverses, reverses, or both of 5-, 10-, 25-, 50-, 100- and 200-peseta pieces- of patrimonial elements, characters, events, imagotypes, etc. specifically linked to the 16 autonomous communities, the fuero community and the two autonomous cities Spain is divided into as a consequence of the proclamation of the 1978 Constitution (nationalities and regions in the "Spain of autonomies"). Unlike all other "autonomies" save for Catalonia, Andalusia and Galicia, the Royal Mint had never minted a coin dedicated to the Valencian Community. The only

2 On Volume 15, nº 2 of the *Revista General de Información y Documentación*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, pages 5-38; quote on page 21.

3 *Introducción a la numismática*. Madrid: Paraninfo, 2016, page 151.

piece adorned with a motif related to the Valencia Country was -in 1993- the one that featured Joan Lluís Vives on it.





The territories most featured on the obverses or reverses of these "autonomic" pieces were four: Galicia, with 6, Catalonia and Andalusia with 8 each, and Madrid with 15, fundamentally attending to the event of the Jubilee (Xacobeo) and the Camino de Santiago (*Pilgrimage of Compostela*), the celebration in 1992 of the 25th Olympic Games in Barcelona and the Universal Exhibition in Seville, Madrid becoming that year's European cultural capital, and the rooting in the capital of Spain of great reference cultural institutions. Navarre got to be represented on these coins with 2 obverses and 2 reverses, and the other 14 territories with just 1 obverse and 1 reverse.

Nationalities and regions	Pieces dedicated (Obverse and reverse)	Motif on Obverse	Motif on reverse	Total
Andalusia		3	5	8
Aragon	x			2
Asturias	x			2
Balearic Islands	x			2
Basque Country / Euskadi	x			2
Canary Islands	x			2
Cantabria	x			2
Castile and Leon	x			2
Castile-La Mancha	x			2
Catalonia		3	5	8
Ceuta	x			2
Extremadura	x			2
Galicia		3	3	6
Madrid	x	3	10	15
Melilla	x			2
Murcia	x			2
Navarre	x	1	1	4
Rioja, La	x			2
Valencian Community		1	1	2

Source: José María Aledón: *La peseta. La moneda española de 1868 a 2001 y los billetes desde 1783 hasta 2001*. Valencia: self-published, 2003, pages 96-111 [bound with *El euro. Las monedas de la Unión Europea acuñadas desde 1999 hasta 2003*].

Despite the last coins expressed in pesetas being dated in 2001, there are Spanish coins for the Euro system with their year of issue stated as 1999. This was the starting point in the latter part of Juan Carlos I's reign in regard to monetary issue. Just in case, a reminder: on the European Central Bank (ECB)'s website, Eurosistema states that "Unlike banknotes, euro coins are still the competence of each country, and not the ECB". However, "if a country in the Euro zone wishes to issue a coin with a new design [...], it must inform the European Commission".[4]

Having said that, we should also bear in minds that the project for a European single currency took years to be put in practice, but in the last days of the last century and early of the current, it became a tangible reality:

> On January 1, 1999, the euro became the currency for more than 300 million Europeans. During the first three years, it was a non-circulating coin, and was only used for accounting purposes, such as electronic payments. Cash in euros didn't start circulating until January 2002, the date it replaced national banknotes and coins [...] at irrevocable exchange rates.

4 Said website is available in 23 languages, Castilian being one of them, but none other of those considered official in Spain.

The Eurozone doesn't correspond to the whole of the European Union (EU); in parallel, the Euro (EUR, €) is the currency for countries outside *integrated* Europe.

> Euro coins and banknotes are currently legal tender for 19 out of the 28 member states of the European Union, including their overseas territories and those on islands that are part of said states or with a statute of association with them. These countries form the zone of the euro. Microstates Andorra, Monaco, San Marino and Vatican City also use the Euro in virtue of a formal agreement with the European Union. Montenegro and Kosovo also use the single currency, even though there is no formal agreement.





On the subject of Spanish coins, with the exception of the 2014 issue we'll focus on later, 2- and 1-euro -non-commemorative- coins are reserved for the figure of the head of state in function. Indeed, together with the 12- star crown of the EU, these pieces only display the reigning monarch's effigy: from 1999 to 2014, that of Juan Carlos I -through a slightly unusual "three quarter" portrait -and later, that of his son, Felipe VI -this in classic profile. This bust, though, isn't accompanied by the king's name, nor any title or even a small monogram with the character's initials; we only see the date, the mint's monogram -the crested "M" of the Madrid Royal Mint- and the state's toponym, displayed only in Castilian: "ESPAÑA".

The use of Spanish languages other than Castilian on coins minted in the Kingdom of Spain's mints are and were very rare. The same has been and is the case for postal stamps, and none of the banknotes issued in the name of the Bank of Spain included inscriptions in a language but Castilian.

According to Fabio Gigante & Cayón's work *€urocoins. Coins y billetes del euro*[5] (page 25*a*), in the case of Spanish coins in the euro system, the motifs were chosen by the Spanish Government President, José María Aznar".

Back to the absence of the royal name and title: intending to appear as a monarchy that's "close" to the people -representing itself less emphatically, according to democratic custom- may suppose the use of daring executories. And it is, indeed, daring that on 1- and 2-euro Spanish pieces with the royal portrait, Juan Carlos -as would Felipe after him- is as equal to the rest of citizens as to become anonymous, and the coins' design to not even imply that he is the monarch (we can only guess that he's the head of State, and no further details). On these pieces, in the current context of "democratic" and "modern" monarchies in Europe, the highest ruling position in government would be minimally identifiable at first sight, and this falls in line with government decision-makers having opted out of iconographic grandiloquence or pomposity, as well as of the instruments of power propaganda formerly present on currency. Even the reproduced image is devoid of the basic resources of political communication traditionally in place to show the mere presence of Kings (such as the monarch's name and title). On these metallic objects we carry in our pockets, the powerful -now- decidedly depict themselves as *normal people*, as plain citizens we could have a coffee with at a corner bar (only that, upon paying for the coffee, their effigy would show up in our wallets or purses).

5 Madrid: Jano, 2003.

5.4 Felipe VI head of state in a parliamentary monarchy of the Eurozone

All the points we've raised in the previous section concerning the treatment of the figure of the king of Spain on 1- and 2-euros coins apply fully in the case of Felipe VI. No name, no royal title or ordinal, no monogram, no language other than Castilian (Spanish) [↓].





But as we announced earlier, we'd like to focus on a special issue deserving special attention. It is, indeed, a commemorative [↑] 2-euro piece from 2014 adorned with a unique image: Felipe VI's portrait -that is, the bust of the new king- over that of the king who's just given up the throne, Juan Carlos I (certainly, a negative version of the obverse of the 200-peseta piece we described earlier). The circumstances of transmission of power from father to son would certainly have been absolutely different just a few years earlier: the abdication had been forced by a series of events that -upon being known by the public or happening in a very short time span- had eroded the monarchic institution's prestige. The list of matters that made up that absolute spiral towards abdication included accusations of corruption on members of the royal family, and the "discovery" of the monarch having had extra-marital sentimental relationships, as well as the verification of him having kept money in Swiss accounts. As was to be expected, the 2-euro coin only put into metal the final result of that year's bustle: the arrival of a new effective monarch and the maintenance as king emeritus (a journalistic, but not legal, term) of his father. Pure institutional run-of-the-mill stuff, and again, with no name or mention of royal dignity.

We should mention, though, that on the composition chosen to reflect the transition between the two kings, Juan Carlos' face is heavily cut out: it could be compared to the treatment his wife Sofia received in the 500-peseta coin, and also to the space occupied by -then- Prince of Asturias (and Girona, and Viana, and duke of Montblanc, count of Cervera and liege of Balaguer) on the obverse of the big format 200-peseta piece.



Standard of Felipe VI as king, with a crimson background -traditional for Hispanic royalty-, perceptibly deviating from the blue used on standards and guidons by his father, Juan Carlos I. A great difference is also noted between both coats of arms: the royal emblem no longer features the cross of Burgundy or the yoke and set of arrows, precisely the elements described by francoist authorities in 1971 as "symbols of the Movimiento Nacional". It is, symbolically, a whole new era. And also, a trigger for us to ask this: if the "cross of Burgundy (or Burgundy paletts) is a "heraldic symbol very linked to the army since the times of the Austrias", and the "traditional yoke and set of arrows" has its *raison d'ètre* "in being a homage to the unity of Spain achieved by the marriage of the Catholic Kings", as noted at the time by the Royal Academy of History's report, "denying any link between said symbols and any political interpretations", if so, how come the coat of arms of Juan Carlos I's son is missing the Burgundian cross and the yoke and set of arrows?

One last note on coins in Felipe's reign: some of the commemorative mints on noble metal -which despite being legal tender have no effective circulation- have displayed Felipe VI's portrait surrounded by the royal title; then, the obverses of these gold and silver coins have included the inscription "FELIPE VI REY DE ESPAÑA", with no mention of the constitutional limits of monarchical power and following the model set by the reigns of Amadeo I, Alfonso XII before the 1876 Constitution, Alfonso XIII during Primo de Rivera's dictatorship, and also Juan Carlos I throughout his time as effective king.

5.5 The European Union's Eurozone

We wouldn't want to finish our overview of personal or collective power on display on Spanish coins without showing what undoubtedly constitutes the new monetary tradition from an



iconographic point of view, forged by European institutions: it is located on the common side of 1- and 2-euro coins and, with a different artistic composition, on 10-, 20- and 50-cents of euro coins.

The European Central Bank's website described this design as a geographical depiction of Europe, that is, a map of the Old Continent with no inside borders. Before January 1, 2007, the map was coherent with the European Union as it stood before the extension in January 1, 2004, though perceptibly (very much so in the case of cents coins) indicating the borders between states.[6] These initial fragmentary depictions were coherent with the fact that,

> The euro was installed as a materially effective mechanism that could simultaneously be designed in a symbolically striking way, in order to further strengthening identification of and with Europeanness. In general, this new identity is not intended to substitute for national identifications, but just to add a new, transnational level, as the E[uropean]U[nion] is not intended as a federation that would replace nation states. [...]
>
> The currency is explicitly treated by the EU itself (for instance in the draft constitution from 2003) in terms of an identifying symbol, and not only (or even primarily) as practical tool for economic value transfer. Indeed, the euro does signify one of the four fundamental 'free movements' for the EU –goods, services, people and money– but none of the other three has in any similar way been transformed into a key symbol.[7]

In sight of all this, we may wonder what European citizens in 2017 should imply by the inclusion of this map with no borders -and neither Iceland nor Turkey, and with the Canary Islands and Cyprus in incorrect positions- on the European single currency. We know maps are abstractions or representations helping us visualise -"imagine" in the sense described by Benedict Anderson-[8] communities inhabiting the planet, and that they're the means for cartographers to represent reality. We also know that when a map depicts in a more or less precise way the profile of a political entity, this images then "becomes a patriotic allegory", in the words of María Carmen Montaner.[9] But what may be happening in these times of flagrant European separation, of North-South fractures and multi-state buildings threatening to collapse, is that this design -with Europe floating in such an undivided, naturally integrated, *map-as-logo* form, to use Anderson's own words- seems deeply inconsequent with the euro crisis (deeply ingrained as it was with the Great Recession of the first decade of this century).

In this sense, it is very paradoxical to think that in times of unrest regarding the European union's very existence in the future and the -neoliberal- ideological and financial paradigm of its behaviour, coins sitting in our pockets sing the never-seen-before unity of Europe (in keeping with the wishes of their "founding fathers"), and that power is in the hands of everyone inhabiting the map's limits. Frankly, a *contradictio in terminis* between the discourse appearing on coins on one hand -designed in times of apparent economic bonanza and political consensus, of believable integration despite the failure of the project for a European Constitution-, and, on the other hand, what may be perceived as the real world of today. There is one last question we consider to be timely about it: in the context of violent fluctuation in

6 "Italian coins (including those from San Marino and Vatican City), Austria and Portugal show the most recent design only if their year of issue is 2008 or later" (<https://www.ecb.europa.eu/euro/coins/common/html/index.es.html>).

7 Johan Fornäs: "8. Currency", in *Signifying Europa*. Bristol / Chicago: Intellect / University of Chicago Press, 2012, pages 205-249.

8 *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.

9 "Mapes de Catalunya: de la imatge al símbol", *Revista de Catalunya* 137 (febrer). Barcelona: Fundació Revista de Catalunya, 1999, pages 59-76; quote on page 60.

risk premiums over countries' bonds, what kind of currency is a single European currency with no Eurobonds? The answer to this and many other likely questions -of similar tone- may start here:

> Although the participating member-state governments primarily justified their adoption of the single currency on economic grounds, citing the expected positive returns of greater financial stability, economic efficiency, price transparency, and lower interest rates and transaction costs, the historical record nonetheless suggests that their original pursuit of monetary integration was not especially well-founded in economic theory [....]. Their initial commitment to adopt the euro, moreover, was at least as much politically motivated as it was economically motivated [...]. Regardless of its potential economic risks, adopting the euro was imperative in order to facilitate the larger political project "of building a Europe that was integrated politically as well as economically" [...].



The common face of this German commemorative piece from 2008 ought to show the map of all Europe, but instead -as a consequence of a mistake- the coin only incorporates a map of the states in the European Union, and that without the eastern countries: the cartography on the first 1- and 2-euro coin mints, started in 1999. This piece's national side shows St. Michael's church in Hamburg: in 2008, this federated state was to house the Bundesrat presidency, the parliamentary chamber for German *Länder*. The letter "F" appearing in the coin's field refers to the mint of production, Stuttgart, where the aforementioned erroneous inclusion of the map happened.

APPENDIX 0
***La Semeuse* by Oscar Roty,**
far beyond coins





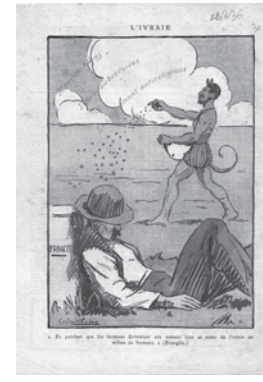






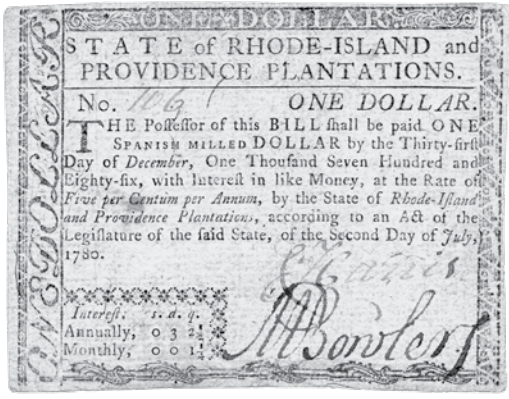






APPENDIX I
The economic power of a symbol of royal power

Spanish 8-reales coins (*reales de a ocho* or pieces of eight in English) are considered the first truly universal, global coin, circulating through most of the planet. This monetary species kept its international hegemony through the Silver age, from the mid-16th to early-19th centuries: for example, Hispanic 8-reales coins remained as -very present- legal tender in the United States until 1857 (many notes from this country's bank used the image of what they called *Spanish milled dollar*, to strengthen the credibility of their paper money).


ONE DOLLAR.

STATE of RHODE-ISLAND and PROVIDENCE PLANTATIONS.

No. 1164 ONE DOLLAR.

THE Poſſeſſor of this BILL ſhall be paid ONE SPANISH MILLED DOLLAR by the Thirty-firſt Day of *December*, One Thouſand Seven Hundred and Eighty-ſix, with Intereſt in like Money, at the Rate of *Five per Centum per Annum*, by the State of *Rhode-Iſland and Providence Plantations*, according to an Act of the Legiſlature of the ſaid State, of the Second Day of *July*, 1780.

Intereſt.	*l. d. q.*
Annually,	0 3 2½
Monthly,	0 0 1¼

Obverse of a one dollar note issued by the state of Rhode Island and the Providence Plantations in the first days of independence of the United States. Note the reference to the *Spanish milled dollar*. The image comes from the National Museum of American History (in New York).

Regarding the 8-reales coins displaying -since 1732/1733- the globes or hemispheres flanked by columns and crested by a crown (known as *columnas y mundos* [pillars and worlds] in historical documentation, and nowadays as Pillar dollar in English), its prestige was beyond any doubt: unlike prior issues carelessly pounded by hammer, which suffered a great fraud operation in mid-17th century Potosí, these mechanical mints -produced in a machine press- kept their weight and silver content untouched during their 40-year period of production: besides, the new 8-reales coins had a ridged rim, making it impossible to file or cut small pieces from them (the latter activity, called severing, was a very easy crime to commit back when the coin had an irregular edge).

The fact that these coins were more expensive to produce would justify the decrease in weight and fineness -or percentage of noble metal in the alloy- of these mints compared to previous ones (now generally called *macuquinas*, [coined by hammer]): following a royal document from June 9, 1728 (on the purity of silver and the size or weight of pieces), and the royal decree from September 8 of the same year (regarding monetary type), the apparition of the Pillar dollar meant a reduction in the weight of 8-reales coins from 27,468 grams to 27,064, and went from being produced in silver of 930,555 thousandths to a grade of 916,666. All this meant their content in pure silver went from 25,560 grams to 24,808, almost ¾ of a gram less.

Production of the "pillars and worlds 8-reales coins" ended in 1772, and the next type to appear was the type called *de busto* (bust, or Portrait dollar at the time). The operation brought with it a small decrease in the fineness of pieces, and in this case, there were no technical reasons for it: the new types -which allowed to introduce the royal portrait of the Spanish monarchs systematically on silver mint (which also meant spreading the physical image of who held the highest rank of power in the kingdom)- were made in 902,777 thousandths silver, so the coins' content in fine metal, that is, pure silver, is 24,432 grams (almost 0,4 grams less than the worlds or hemispheres type). The executory was repeated in 1786, down to 895,833 thousandths and 24,244 grams (almost 0,2 grams less). These parameters would remain unmovable until the end of this issue, at the end of Fernando VII's reign.

For a diagram of the evolution in grade and some Spanish silver coins' weights, see appendix XII

Altogether, from *ca*. 1550 to the first third of the 19th century, this universal coin lost a bit more than 1,3 grams of pure silver per unit: a decrease that -when we consider the 275-plus years passed- defines a good stability in terms of its noble metal content. This characteristic is a very decisive condition, although not enough, to be a trustworthy international trade coin, which was effectively the case of the 8-reales coin. It is true, though, that this wasn't the practically absolute stability that was the calling card of the Venetian gold ducato, renamed *zecchino*, for more than five centuries: from 1284 to 1797. Nor can we compare the most international of monetary species from the Hispanic world to the solidus -*solidus* in Latin, *nomisma* in Greek- of Romans and Byzantines, stable in its pure gold content from its creation in the 4th century to well into the 11th (the absolute record in this monetary competition of sorts).

Neither is the 8-reales coin benefitted when compared to Athenian silver tetradrachmas: these were issued with some interruptions from 512 to 50 B.C.: that is, for a bit longer than four and a half centuries. And while original specimens weighed between 17 and 17,5 grams, the last issues -now known as "new style"- would oscillate between 16,25 and 16,95 grams (at worst, a gram and a quarter decrease in more than 470 years).

Thus, the loss of 1,3 grams in 275 years keep the "reales de a ocho" from any of the "top three" in a ranking that would be defined by the lengthy -over centuries- lasting of an issue, and its little or no decrease in its noble metal content. But we would be considering a fourth place throughout the 26-plus century history of coins.



Image of the reverse of an 8-reales coin in the name of Carlos III de Bourbon, with the mark of the Mexico City mint, then under Spanish rule. Over the left column we see the imperial crown, while the right column holds the original design's royal crown.

«The major variation in design springs from the replacement of the royal crown a top the left of the two Pillars of Hercules by an imperial crown to betoken the importance of the empire over witch Ferdinand VI ruled. The usage commenced in 1754 by México City [...], was followed by Chile in 1760 and by Lima nine years later [...]. Guatemala, New Granada and Potosí abstained» (Frank F. Gilboy: The milled columnarios of Central and South America. Spanish American pillar coinage, 1732 to 1772. Regina, Saskatchewan · Canadá: Prairie Wind Publishing Inc., 1999, págs. 50-51)

APPENDIX II
The obverse of the 5-peseta coin for the Provisional Government (and other issues with the same motif)

The presence of the toponym "ESPAÑA" on the 1870 silver duro (and on other coins issued by the Provisional Government using it), is a very relevant matter in the peninsula's political history. We must support José Miguel Santacreu's line of thinking -in *Peseta y política. Historia de la Peseta 1868-2001*-[1] when he writes the following about it:

> The most revolutionary aspect in comparison to previous issues was including the word ESPAÑA on gold and silver coins. Up to then, no coin had this word in singular. It always appeared in plural, either in Latin and Castilian. The kings of the Hispanic Monarchy, up until the end of Isabel II's reign, minted their peninsular coins with the words *Rex Hispaniarum* or Kings of the Spains, which delivered a message of patrimonial union of the several kingdoms in Spain, and not the existence of a Nation State. The word ESPAÑA, on the other hand, expressed the concept of a single sovereign nation, unified.

On this we should pay attention to some pieces that are extremely unique in the Hispanic monetary landscape, already mentioned in the second part of this work: the 5-peseta coin minted in Girona under French siege in 1809, on which the obverse proclaimed "FERNANDO · VII REY ·

1 Barcelona: Ariel, 2002, page 24.

DE · ESPAÑA" (Fernando VII king of Spain) (with a very classical-looking bust of the monarch, wearing armour, mantle and even his hair in the Roman fashion), and on pieces of the same value and from the same year issued during Lleida's defence against the napoleonic army: "FERNANDO. VII · REY. DE · ESPAÑA". These coins -attending to the ideological modernity of their inscription- seemed to foresee the political future, but we should bear in mind that a series of contemporary European nationalisms owed their emergence, in no small measure, to aggression from Napoleon's troops. And the Spanish case isn't precisely the exception to the rule.[2]

Be it as it may, there is no doubt the obverse put in circulation by the Provisional Government's authorities constitutes a magnificent manifestation of how to approach the symbolization -from coins- of a human collective defined as national, and, in parallel, how to annihilate the depiction of rulers' personal power. Javier de Santiago Fernández -in *La peseta. 130 años de la historia de España*-[3] pointed this out clearly:

> What may be most significant from an external point of view is the portrait disappearing from the obverses of several pieces. It's a logical measure coming from a government that had expelled a dynasty from the throne and put an end to a monarchic form of government. Power was no longer concentrated in a single person, there was no visible head or regent to receive power in a lifelong, indefinite manner. Thus, instead of assuming the traditional personal depiction, an allusive allegory of the State was engraved. The idea was to symbolize the Spanish Nation in an image, an identification that left no doubt of its intent seeing the inscription accompanying the type. It is a motif of obvious classical inspiration, owing to the purest sources of the Ancient World.
>
> [...] The whole is a summary of the new ideas of the Revolution: the nation recovers its sovereignty, and with it, peace, upon toppling the previous regime, centralized in the person of Isabel II.

The motif on the obverses of 5-pesetas coins was the second monetary design introduced into the circulatory torrent by the Provisional Government and expressed in the new national monetary unit, forged in times of Isabel II but finally chosen shortly after the Glorious Revolution: the original design was practically identical and had appeared, exclusively on the first 1-peseta coin dated in 1869. The piece's obverse didn't include the word "ESPAÑA", but only the expression "GOBIERNO PROVISIONAL" (a unique executory we've already glossed before), and a rabbit appeared close to the allegorical matron's right foot.



The rabbit had identified the Iberian Peninsula in times of Roman rule, because Romans translated the Phoenician's name for Iberian territories, *HI-SHPHANIM*, as "land rich in rabbits". According to a hypothesis, the term *spn* would refer to dassies instead of rabbits. Dassies are not unlike rabbits -but from a different species-, and Phoenician navigators and settlers were familiar with them, so they thought they'd found dassies in the Iberian land. In any event, we have already pointed out in the corresponding section

2 The fact that Napoleon's feat in Spain may be globally considered as a modernizing factor can by no means deny its satellizing character, set to extract resources, and thus humiliating in its every day aspect to territories affected by it. This doesn't mean -at all- that Fernando VII deserved to be the focus of collective thrill, nor the blood spilled in his name in Valencia and the rest of the peninsula's territories.

3 Madrid: Castellum, 2000, pages 29-30.

that the identification of Roman Hispania with the rabbit was irrefutably proven on some of Hadrian's coins making a particular reference to the peninsula, some of which are adorned with the matron Hispania leaning on rocks (with the inscription "HISPANIA"): the rabbit on those pieces appeared at the figure's feet or behind her, with the exception of some denarii and sestertii, where it didn't appear.



"Una seconda ipotesi invece più moderna fa supporre che l'etimologia [d'Hispània] derivi del termine *I-SPAN-YA*, "isola dei forgiatori" di metalli [...]. In questo caso il coniglio sulle monete avrebbe un significato puramente allegorico: come in minatore scava 'gallerie' nelle miniere [...] così fa il roditore nel construirsi la propria tana"

"A second, more modern, hypothesis would point out the etymology [of Hispania] to derive from the term I-SPAN-YA, 'island of smiths' [...]. In such case, the rabbit on coins would have a purely allegorical meaning: just as miners dig "galleries" in the mine [...], so the rodent builds its burrow" (Danielle Leoni, 2011).

Here is what the report from the Academy of History stated on the presence or absence of the rabbit on coins to be minted by the Provisional Government, in the context of proposing a composition that took the aforementioned mints by Hadrian as their starting point:

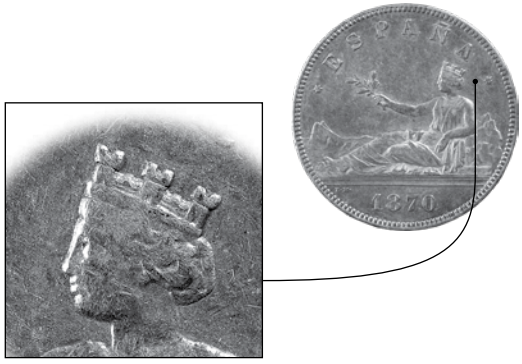
> [...] the gorgeous allegory on the reverse of some of emperor Hadrian's medals. The figure on these medals is a matron wearing a diadem and leaning back on the Pyrenees; between her feet, the traditional rabbit appears and her right hand holds an olive branch. Centuries have sanctioned the meaning of such a harmonious composition; the tranquil happiness seeming to emanate as an emblem of the glory days the nation was awarded by Spanish Caesars, and the great use a skilled artist may make of all this in creating an expressive composition, have driven the Commission to propose as figure of Spain the matron leaning on the Pyrenees, surrounded by the ocean, her feet on the Strait, the olive branch in her hand and the diadem on her head, which shall be the requested symbol for the nation's sovereignty. The rabbit's little figure doesn't seem to be up to the dignity of the matter, nor to have currently any special character, and thus, the Commission thinks should be omitted.

Both the first peseta coin from 1869 -with the inscription "GOBIERNO PROVISIONAL" *(Provisional Government)* and the rabbit -and also 5- and 2- peseta pieces, 1-peseta, 50- and 20-cent coins -which would all have the inscription "ESPAÑA" and no rabbit- boasted the allegory of the leaning matron (with the Pyrenees and Gibraltar), had their direct origin in a medal: the one Luis Marchionni, the engraver of said monetary specimens, had dedicated to the birth of the Provisional Government, dated in 1868. Marchionni left us three versions (bronze, silver and gold) of his work, the three with a diameter of 37 mm. The same diameter that the -then imminent- 5-peseta coin would have, and also the size that had come to define silver 20-reales and 2-escudos, and 5-unit pieces from the Latin Monetary Union -5 French, Belgian and Swiss francs, 5 Italian lires and 5 Greek drachmas-, being direct inspirations on the value, module and metallic composition for the biggest of the new Spanish coins in silver. We should especially point out the fact that on the medal we saw both the inscription "ESPAÑA" and the rabbit at the feet of the depiction of Spain, a combination which, as we've seen already, never occurred on coins.



It should also be noted -as we mentioned in passing in the general description of the 5-peseta and 10-cent coins from 1870- that, instead of the diadem appearing on the forehead of the matron's Roman versions, Marchionni's medal and its adaptations show another object on the allegory's head: a mural crown that, as we've already mentioned, was chosen at the same time to be the crest of the new national coat of arms.





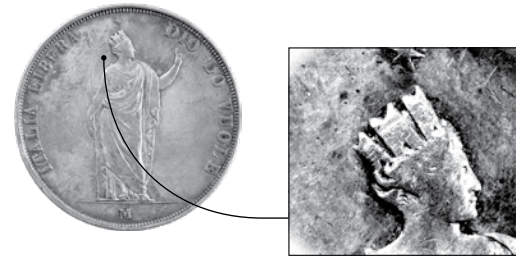
We've already signalled in the general text to why the mural crown was used on the matron's head and the Spanish coat of arms: those were times of political uncertainty, and the 1869 Constitution was yet to be proclaimed; as a consequence, the debate between monarchy and republic hadn't been resolved by the Courts in favour of the former. For the sake of neutrality, the Academy of History concluded that "It would be more appropriate for the artist to compose its reverse with no crest of any kind, as is the case with Swiss coins; but it that's not possible, the mural crown, or another ornament of lesser significance, will provide the needed complement, without it being judged in advance for any political matter".

In Luis Marchionni's expert hands, this mural crown chosen *in extremis* would go from the top of the coat of arms to the matron's head.



The same would happen on stamps such as the one in the image (for Cuba, 20-cent value, 1870), by Eugenio Julià.

The matron's mural crown reminds us of an image of such strength and lasting effect as that of the *Italia turrita*, the depiction of Italy as a female figure with a mural crown on her forehead, with its origins in classical times, and used by the monarchies and republics of the country alike -by liberal, fascist or democratic regimes- indistinctly. This *Italia turrita* was also a socially widespread allegory before a united Italy came to fruition, during Victor Emmanuel II's reign: a paradigmatic example of its public relevance before 1861 is found on the 5-lire coin issued in Milan in 1848, after the *le cinque giornate* and the consequent establishment of the Provisional Government of Lombardy.[4]



Let us return to Iberian territory to state that the neoclassical allegory of Hispania with her headdress of towers and walls would become -also through the presence of this type of crown- such a neutral and inclusive image as the coat of arms was intended to be: the figure would embody all the members of the nation, both monarchic and republican, the whole homeland at the time of refoundation that everyone pined for after

4 The figure on this coin appears surrounded by an inscription of deep political meaning, of a liberal and nationalist character: "ITALIA LIBERA DIO LO VUOLE" (Free Italy, as God wants), an inscription adapted in part from the famous cry in times of the Medieval crusades: *Deus lo vult* or *Deus le volt* (in vulgar Latin), *Deus hoc vult* or *Deus vult* (in classical Latin), or *Dieu le veut* (in French).

the abolition of the Bourbon dynasty. In the 1869 Magna Carta's rhetoric,

> The Spanish Nation, and in its name, the Constituent Assembly chosen by universal [male] suffrage, willing to strengthen justice, liberty and security, and to provide for the well-being of all those living in Spain, proclaim and sanction the following CONSTITUTION.

There is one last question we should consider about the allegorical matron embodying Spain (with or without the rabbit), one of the most emblematic designs in European and peninsular monetary history: what were the Academy of History's foreign sources of inspiration at the time of wagering for a female allegory of this kind? Its writers never mentioned the Milanese piece from 1848; they did explain, though, in sufficient detail, how their mirrors were in Great Britain, Switzerland and 1848's republican France [↗↗↗]:

> The idea of representing the image of the Nation that granted us authority on mint is certainly not a new one; for many years now, England shows on its coins the sitting image of *Britannia* with the coat of arms at her side, the trident in one hand and the olive branch in the other [this latter element actually disappeared from the design after 1807], and her head covered or simply clung by a diadem. Switzerland also puts in its most recent mints the elegant figure of *Helvetia*, sitting on the Alps and stretching her right hand over their peaks, and the France of '48, to symbolise the Republic, took the most beautiful head from ancient Sicilian medals [the monetary type known as Ceres]. Following in part this example, and also in search of a more proper representation as requested, the Commission started by examining the figures of *Hispania* Roman numismatics offer to our sight.



Evidently, sitting *Helvetia* and *Britannia* may have inspired Luis Plañiol directly -as well as retoucher Luis Marchionni- when forming the *Hispania* that was to be present on bronze coins [↖].

APPENDIX III
From 100 pesetas to 10 cents

A. The hundred pesetas

The first of this two *sibling* designs on coins with the leaning matron was of very little use: only to fill the obverse of a few introductory pieces -nine, or at most, a dozen- of a gold 100-pesetas coin. On this piece, the matron was standing and wore no mural crown on her head, but "a diadem clung to her hear", according to the ruling by the Treasury direction. It also fulfilled the provision that the matron "shall point to the Strait of Gibraltar with her right hand" (a composition that accentuates the irredentist, rescindable character of the coin).



This piece, which would never be issued for circulation, appeared signed by Luis Marchionni and was elaborated according to the José Lozano's -the winner of the contest announced for the design of gold coins- previous proposal, which was perceptibly different. We must imply that the fortified orographic accident to the spectator's left -with a tall tower and other smaller elements- was intended to be the Rock of Gibraltar, although in this case, the artist had chosen one of the possible views from the Alborán sea (in southwest/northeast direction), so the tallest part of the promontory was further along the horizon.

In regard to the reverse of the 100-pesetas coin for the Provisional Government,

> [...] it displays the new coat of arms of Spain under a monarchic crown, on an ermine mantle and surrounded by the Golden Fleece, telling us the piece was designed after the decision by the Constituent Assembly that Spain would be a Kingdom (thus the monarchic symbols), but before the vote for who would be the new king was cast, since there is no dynastic symbol.[5]





Revenue stamp of invoices and accounts for Cuba, dated in 1871, with a value of 1 peseta and 25 cents.



A few specimens of gold 100-peseta (and 25-peseta) coins were also minted in the name of Amadeo I, that in no case were destined for circulation.

B. The 10-cents

It's already been said that the second *sibling* design with the leaning matron appeared on 1-, 2-, 5- and 10-cent issues dated in 1870; what we haven't mentioned yet is that these huge issues went beyond 743 million pieces. A great satisfaction for Marchionni, the maker of these coins, and as far as possible from the fate suffered by Luis Plañiol's design, with which he won the 1869 contest for bronze coins: it would be the exclusive object of a very reduced issue of samples (four specimens, it was said in late 20th century).

We already mentioned in the general text that, unlike the circulating coins by Marchionni, Plañiol's 10-cent pieces completely fulfilled the ruling of January 1869 (defining the process for monetary design contests), and that's why this artistic disk depicted with no possible doubt the Rock of Gibraltar, and thus was imbued with irredentist Spanish nationalism: "For Bronze. / Obverse: 'España', depicted as a matron sitting on the Pyrenees and surrounded by the Ocean, looking at the Strait. [...]".



Another notable difference between Plañiol's project and silver coins on one hand, and bronze coins signed by Marchionni on the other, is that on the latter, the matron -appearing sitting on the opposite side of the one stated- carried no olive branch in the hand of the stretched arm, but between the fingers she keeps near her hip: as authorities had specified, "in her right hand, an olive branch".

5 José María de Francisco Olmos: "La peseta: nueva unidad monetaria y medio de propaganda política (1868-1936)" in Juan Carlos Galende Díaz and Javier de Santiago Fernández (dirs.): *VII Jornadas Científicas Sobre Documentación Contemporánea (1868-2008)*. Madrid: Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad Complutense de Madrid, 2008, pages 121-192; quote on pages 140-141.

APPENDIX IV
Crowned heads on coins

The laurel wreath, the band as a diadem and the royal crown had been present prior to the times of pretender Carlos VII, adorning royal busts on mints for the Hispanic monarchy. As we've mentioned earlier, queen Isabel II, the mother of Carlos VII's enemy Alfonso XII, had boasted the laurel wreath in some of her monetary pieces, and the same had been the case before for Felipe V (in a short issue from Madrid in 1709), Carlos III and Carlos IV (though in both cases, only in American coins) and Fernando VII. The carlist pretender known as Carlos V de Bourbon -Fernando VII's brother- had also appeared with laurels on his head in most of his very scarce issues, produced during the first war between carlists and the supporters of the other Bourbons.

However, it bears reminding that the tradition in question was by no means exclusive to Spanish monarchy, but was well spread on coins from classical antiquity (and even more in Roman times), on some medieval examples, on many issues in modern and contemporary Europe and even in the parts of America that were independent from European power. Indeed, the laurels of victory have no homeland. Here are images from three pieces adorned with laureate portraits, issued -from top to bottom- for the Spanish monarchy (in Mexico, in times of Carlos IV but with the bust of Carlos III de Bourbon), France (during Napoleon's imperial period) and the Austrian Empire (in the name of Franz Joseph I) [↗↗↗].

About the band or diadem, of recognisable Hellenistic influence, the element had adorned some monetary portraits of Fernando VII's -"busto diademado sevillano" (*Sevillian bust with a diadem*) from 1809-, and also of his antagonist José I or José Bonaparte (on most of his gold coins). And regarding the open royal crown with fleurons, so common on the heads of monarchs from many European territories on medieval coins, the symbol didn't endure the change from medieval times to the modern age in the Iberian Peninsula: use of this element was relegated to issues of medieval trace produced in several territories of the Crown of Aragon during the 16th, 17th and 18th centuries, with its swan song being produced in Carlos de Austria's Valencia and Aragon and the first Bourbons' Majorca.







APPENDIX V
Were Carlos VII's cents minted in the Basque Country?

The places of mint for Carlos VII's 5- and 10-cent coins were traditionally considered to be Brussels or Paris, but in the last few years, the hypothesis of a Basque location being their origin has gathered steam: Gipuzkoan village Oñate, the carlist *capital*. An announcement published on issue 318 of *El Cuartel Real*, the carlist cause's mouthpiece, from December 18, 1875 supports this possibility:

> Secretary's office of state and office of / revenue. / Royal ruling. / Most illustrious Sir: H.M. the King (May God Guard) has decided to rule for bronze 10 and 5 cents of peseta coins to be put in circulation, minted in the Royal Mill Mint of Oñate. / Which I communicate to Your Most Illustrious Honour for you to ponder and its consequent effects. / May God guard Your Most Illustrious Honour for many years to come. -Real de Durango December 15, 1875.- *Count of Pinar* -Most Illustrious General Treasurer of Castile.

Despite the text's bluntness, we may still be allowed to doubt: in the context of the Third Carlist War, the statement that these coins had been manufactures in Gipuzkoa may be pure propaganda. It's likely objective (never to be confessed?) would be, then, to make Carlos VII's enemies believe that his control over Basque territories was absolute, or at least consolidated enough as to be able to carry out these careful issues, which demanded a notable technical infrastructure and were practically at the same level as their coetaneous Spanish and western counterparts.







APPENDIX VI
France in 1791: absence and presence of double legitimacy

The origin of explicit double formulas to legitimise power -divine and constitutional, the second derived from the exercise of national sovereignty (embodied by the legislative power)- is to be found beyond Spanish borders: specifically, in the beginning of the French Revolution, when that political process was at the stage of providing the country with a monarchy under control of a written Constitution (which king Louis XVI would swear on in September 14, 1791). At this historical moment, all reference to divine right was omitted from the new revolutionary coins: the royal title -located around the portrait on the obverse- became "LOUIS XVI ROIS DES FRANÇAIS [or DES FRANÇOIS]" *(Louis XVI king of the French)*.



But the National Constituent Assembly preserved the mention to the "Grace of God" -nuanced by a reference to constitutional law- when dealing with the heading of laws (from October 10, 1789 on). The same was agreed upon regarding the inscription that was to adorn the new royal seal, used since the second fortnight of the month of February in 1790: "LOUIS XVI PAR LA GRACE DE DIEU ET PAR LA LOY CONSTITUTIONNELLE DE L'ETAT ROY DES FRANÇOIS" *(Louis XVI by the Grace of God and the constitutional law of the state king of the French)*. In any event, appearances shouldn't obscure the truth, and they evidently didn't fool the protagonists of the events in revolutionary France:

> It is a double legitimacy, the traditional one (divine right) and the new, from popular sovereignty, but one shouldn't be fooled, the deputies were very clear in stating that this title was simply an acknowledgement of tradition, given that "No authority higher than the law exists in France, the king only rules through it", and he's only king after having sworn the constitutional Accord, thus becoming the first civil servant of the State with an allowance (civilian list) of 25 annual millions of wage. Because of all this, the most concise formula to refer to the monarch was popularised: "Louis, king of the French".[6]

APPENDIX VII
A Spanish coat of arms with two lives: 1875 y 1981

Here is the emblazoning of the current official Spanish coat of arms, according to Act 33/1981 from October 5.[7]

One thing that stands out in the text is the absence of any link -any expressed attribution of representation- between the heraldic quar-

6 José María de Francisco Olmos: *La moneda en la Revolución Francesa. Documento económico y medio de propaganda político*. Madrid: Castellum, 2000, page 112.

7 BOE nº. 250, 19th October 1981, page 24477*a*.



ters in the coat of arms and their corresponding historical kingdoms. If it was there, this link would be precisely the key to understand visually how the Spanish monarchy was formed by the union of several different kingdoms. Thus, whoever reads the law's articles cannot understand the reasons why the coat of arms of Spain is made up by, nor attribute a specific historical reality to each quarter. We have added in parenthesis the missing attributions (already announced in the text accompanying the 1875 stamp):

> First article.
> Spain's coat of arms is arranged in quarterings and enté. On the first quarter, in Gules or red, a castle Or, crenelated, shewing Azure masoned Sable or black [Castile]. On the second, Argent, a lion rampant in purple, armed and langued Gules or red and crested Or [Leon]. On the third, Or, four paletts Gules or red [the Crown of Aragon's "four bars"]. On the fourth, Gules or red, a cross saltire and orle of chains Or, affixed to an annulet in the fesse-point with an emerald Proper [Navarre]. Enté de Argent, a pomegranate Proper seeded Gules, supported, sculpted and leafed in two leaves Vert or green [Granada].
>
> Accolated by two columns Argent, with base and capital Or, on waves Azure or Azure and Argent, crested by the imperial crown, the dexter, and the royal crown, the sinister, and surrounding the columns, a ribbon Gules or red, with letters of gold, "Plus" in dexter and "Ultra" in sinister.
>
> For a Crest, a closed crown or circlet Or jewelled with eight breeches of bear or oyster plant leaves, five shown, with pearls on points or inserted and above which rise arches decorated with pearls and surmounted by a monde Azure or blue with its equator, its upper half-meridian and a cross Or, the crown capped Gules or red.
>
> Second article.
> As described in the former article, the coat of arms of Spain has an escutcheon Azure or blue, three fleur-de-lys Or, two over one, a plain bordure Gules or red, befitting the ruling dynasty [Bourbon-Anjou].

In contrast to the previous absence of any allusion to historical kingdoms, we include an extract from the aforementioned *Informe dado al gobierno provisional sobre el escudo de armas y atributos de la moneda*, issued by the Academy of History -and, as we already said, written by Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, Cayetano Rosell, Eduardo Saavedra and Salustiano de Olózaga- and dated November 6, 1868. The report was accepted at the time of forming the quarters of the Spanish coat of arms at the time (and, by extension, others after it, including the current one), and this text does include explicit references to the kingdoms of Castile, Leon, Aragon *lato sensu*, Navarre and Granada:

> The coat of arms, according to this, shall be arranged in quarterings and enté; that is, it will be divided in four portions with two perpendicular lines, with a curvilinear triangle in its lower part. The first quarter will have CASTILE'S castle in gold on a red field; the second, LEON'S red lion on a field of silver, with golden crown, tongue and claws; the third, under the castle, ARAGON'S four red bars on a field of gold; the fourth, under the lion, the gold chains on a red field of NAVARRE; in the triangle, a natural pomegranate open, with its stem and leaves, on a field of silver, for GRANADA. There is no place for the usual repetition of castles and lions seen on our coats of arms of old; such doubling only comes from consanguineous alliances, or the need to adapt the proportions of quarters to that of figures.

Following Faustino Menéndez Pidal de Navascués, the origin of the Academy of History's decision in 1869 is to be found sixty years earlier, when the decision to be taken was about José Bonaparte's coat of arms:

> But they must have known -and very probably taken as a model- those proposed (in second instance) by Don Juan Antonio Llorente for José Bonaparte. These were described in an opuscule -of compulsory reading for informants- titled *Discurso Heráldico sobre el escudo de armas de España*, printed in Madrid in 1809, which the author contributed to the Academy upon joining it two years earlier. This coat of arms would also set an important precedent to the use of emblems with absolute independence from who the legitimate kings of Spain were. It included a quarterly of Castile, Leon, Aragon and Navarre, enté with the Indies (the hemispheres and pillars), and carrying the escutcheon with the napoleonic eagle. José Bonaparte modified it through a Royal Decree dated in October 12, 1808 in Vitoria, adding two more quarters to the four mentioned, one for the unnecessary pomegranate and the other for the symbol of the New World.[8]



In any event, the summary the Academy of History included in its report featured the emblazoning -"translating into technical speech all that has been exposed"- with no historical attributions:

> Coat of arms arranged in quarterings in a cross: *first*, Gules and a castle triple-towered, each three times crenelated, the middle one bigger Or, masoned Sable and shewing Azure; *second*, Argent and lion Gules crowned, armed and langued Or; *third*, Or and four paletts Gules; *fourth*, Gules and a cross saltire and orle of chains Or; enté, Argent and a pomegranate Proper seeded Gules, supported, sculpted and leafed in two leaves Vert. Accolated, one at each side, the two Pillars of Hercules Argent, their base and capital Or, surrounded by a ribbon Gules, charged with the *Plus Ultra* Or [we reproduce below the silver medal by Luis Marchionni].



We must agree with Javier de Santiago Fernández on his statement in the already quoted *La peseta. 130 años de la historia de España* (page 30), that in the historical circumstances of the revolution against the Bourbons and the subsequent establishment of the Provisional Government, what the new regime needed -regarding the coat of arms- was for the public opinion to see the new coat of arms (fig. B in the following page) as the antithesis of a blazon with dynastic composition and meaning, the alternative to what the isabelline reign deemed as its own, given its nature -that of a monarchy with a patrimonial sense of the country (fig. A and, in the early days of Alfonso XII's reign, fig. D). Indeed, from the perspective of that Spanish nationalism, the new coat of arms ought to symbolise Spain as a political unit, with no allusion to the person in power: "The idea was to reproduce the image of the diverse medieval kingdoms that had one by one joined the ensemble we now know as Spain. This excludes any idea of family and alliance, intending to express independence from any type of personal, hereditary power". But the coat of arms of Spain had already been hybridised in times of Amadeo I, when the Savoy coat of arms was put in its centre (the white -Argent- cross on a red

8 «Discurso inaugural: detrás del escudo de España», *Emblemata. Revista Aragonesa de Emblemática (ERAE)* vol. 18. Zaragoza: Institución Fernando el Católico · Diputación Provincial de Zaragoza, 2012, pages 21-39; quote on page 33.

background: fig. C); this behaviour would be reproduced in Alfonso XII and Alfonso XIII's times regarding the Bourbon escutcheon (with the three fleur-de-lys: fig. E) and, as we've already seen, is the one nurturing the composition of the current official Spanish coat of arms (fig. F).

A - B





C - D





E - F





Near the end of this appendix, we would like to quote Javier de Santiago Fernández's writing -pages 50-51- focusing on the reasons for Cánovas' regime's reason to decide, in late 1875, months after restoring the Bourbon dynastic coat of arms in a hurry and before the 1876 Constitution being proclaimed, to assume as Spain's the current coat of arms that was valid in times of Amadeo I, with the logical change in the escutcheon, and thus, to imitate the Provisional Government's heraldic reform (the nuances in square brackets are ours):

> The change existing on the coat of arms of the reverse [from the 1- and 25-peseta coins from 1876 and the duro coin from 1877] is very meaningful. The one now adopted is the same created by the Provisional Government in 1868, adding the escutcheon with the Bourbon fleur-de-lys on top and the monarchic regime's identifying crown cresting the coat of arms. The coin combines elements inherited from Isabel II's times with other taken from the Revolutionary six-year period. Thus, a coat of arms that has endured to our days was created. Its composition is a copy of Cánovas' political ideas, put to writing on the 1876 Constitution. His political project was to combine tradition and modernity, and the Constitution did have two points of reference: the constitutional model from 1845, the work of moderates [or conservatives], and the 1869 text, more progressive and stating the individuals' rights and duties. This combination [which differed only in certain aspects] underlying the Magna Carta was the same presiding the new arrangement of the coat of arms. The idea to spread was that the Restoration was not a mere return to past times, but to a political system born from monarchic legitimacy, overlooking the instability of the Revolutionary six-year period while incorporating some of its achievements, and looked forward, with the introduction of important novelties in its functioning.
>
> It is a change that only ever existed on coins [and not on those minted in the Philippine Islands from 1880 to 1885], given that the rest of objects the coat of arms usually appears on showed no mutation. Thus, the Army and Navy's flags, as well as those of diplomatic and consular representatives still featured the traditional quarterly of castles and lions.

As a matter of fact, the delay in the incorporation of the 1875 coat of arms on bills was notorious: there is a 1904 project that was never issued; in 1905 a 50-peseta note included separate blazons for Castile, Leon, the Crown of Aragon and Navarre; in 1906, paper money tests with the new coat of arms were produced, and were finally materialised in an issue put in circulation in 1907. Regarding post stamps for regular and urgent delivery, the quarterly with the paletts and chains -and the pomegranate, fleur-de-lys, etc., of course- was incorporated in 1905, and on stamps for air mail in 1926.

Closing lines for this appendix come from a text written three and a half decades after the facts we've mentioned. The writing in question glosses the coats of arms including the paletts and chains, and appeared on the first and second editions of *El escudo de España*, published in Madrid in 1910 and 1916 (pages 25 and 30, respectively). The opuscule's author was Sevillian historian and archaeologist Narciso Sentenach, and his manner of writing could be considered as representative of the Spanish nationalist *establishment* of the time, foreseeing overseas adventures to -we are to suppose- turn green again the imperial laurels, disappeared in 1898. Almost surely in Morocco:

> That is, nowadays, our coat of arms, and it might be said that it has never been more fairly expressive, nor more agreeable to the history and essence of our nationality; and if by it we intend to express the sanction to prevail in the great work of national unity, in the variety of our regions, let it be so for many centuries to come, magnified if given the case only by the emblems of our future ruling over other parts of the world, to which we must aspire in our effort and progress.

APPENDIX VIII
Two caps in one

Throughout the text on the 2-peseta coin for the Government of Euskadi we used practically interchangeably the expressions Phrygian cap and liberty cap to denote the element covering the female bust on the obverse. This use is not an eccentricity of ours, but the appropriation of a practice dating from the 18th century and that would result from the (con)fusion of two objects from Greek and Roman antiquity: on the one hand, the cap -with its characteristic frontal prominence- attributed to the region of Phrygia, in ancient Asia Minor, in current times Turkey, often painted red; and on the other, the *pileus*, or cap without a prominence, put on slaves' heads in ancient Rome during the ceremony of granting them their liberty.

It is precisely this Roman ceremony of turning freedmen which would explain Marcus Junius Brutus -the most notorious of Julius Caesar's murderers- ruling for the inclusion of the pileus on his coins issued in the year 42 B.C.: he evidently intended to allude to the freedom Rome had allegedly recovered on the death of the famous ruler, accused of wanting all power for himself and intending to become king. The reverse of these coins of great political meaning also featured two cutting weapons and the inscription "EID[IBVS] · MAR[TIIS]", in the ides of March, a direct reference to the date of the assassination. Political communication, propaganda, or any name you may chose.



APPENDIX IX
The francoist coat of arms

The coat of arms known popularly as "the eagle's coat of arms" became official, starting February 1938, in the area ruled by the insurgents against the Second Republic; from April 1, 1939 and until October 1981, this coat of arms was valid in the whole Spanish state's territory, although

throughout this period successive canonical versions were established, the last of which -with the eagle displayed, that is, with its wings spread and taking flight, with two modalities in the quartering of the blazon (complete and simplified), and no reference to the francoist rhetoric on official emblazoning- was approved during Adolfo Suárez's presidency in January 1977.


Constitución Española
Don Juan Carlos I
Rey de España
A todos los que la presente vieren y entendieren
Sabed: que las Cortes han aprobado y el Pueblo español ratificado la siguiente Constitución

Some reminders and clarifications we consider to be opportune: the current Spanish Constitution was proclaimed on December 6, 1978, and none of its articles bear any reference to the state's coat of arms. Because of this, and given that the last version of this coat of arms remained in official use until practically three years after the Magna Carta was in force, there is no sense in calling them the euphemistic epithet of "preconstitutional" or "anticonstitutional": it's enough to call the 1938 coat of arms for what it is: the francoist -and regarding the latter versions, ephemerally juancarline- coat of arms of Spain.

José María de Francisco Olmos spoke in similar terms on the preconstitutional or anticonstitutional descriptions, in his article "Estudio de la tipología monetaria como documento propagandístico de la evolución política española (1975-2003)":[9]

> From this moment, the new [1981] official coat of arms official of Spain shall substitute the one from 1938 on flags, stamps and coins, as we'll see, but one thing should be pointed out: the former coat of arms can't be described as "anticonstitutional" or "preconstitutional". It simply was the official one for Spain from 1938 to 1981, and in fact an original illustrated specimen of the Spanish Constitution kept at the Congress of Deputies carries it in its first pages, given that it was official when the text was approved. It is a whole other point that after the date of proclamation of the new coat of arms several political groups used the "old one" with clear political motivations and ideologies, against the values expressed in the Constitution, which of course put them out of it (page 19)".

In the series of reasons the decree that made public the heraldic composition chosen by the francoist regime, one can read lines of argument -and rhetoric- such as these, probably inspired -at least partially- by Ramón Serrano Súñer, Franco's "cuñadísimo" (great brother in law):

> On the establishment by the glorious National Revolution of 1936 of a new State, radically different in its essences from the one it came to substitute, it is necessary at this time for this change to be reflected on the national emblems. All those who cooperated with the Movimiento Nacional spontaneously chose to boast as their emblem the eagle that has been the symbol of the imperial idea since Roman times, and that appeared on Spain's blazon at the most glorious times of its history. The set of arrows and the yoke of the Catholic Kings, whose adoption as emblem constitutes one of our Falange's wisest moves, must appear on the official coat of arms to point out what is to be the tenor of the new State. Finally, to represent a Country that sums up all that is substantial in Spanish Tradition, an emblem needs to be settled that is a summary of our history and that in its beauty reflects the beauty of Spain immortal.
>
> No heraldic composition more beautiful and more purely Spanish than the one presiding the reign of the Catholic Kings, the cusp of the Reconquista, the foundation of a strong and imperial State, of Spanish

9 *Revista General de Información y Documentación* vol.15, n°2. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2005, pages 5-38.

blazons' predominance over Europe, of religious unity, of the start of Spain's immense missionary work, of the incorporation of our culture to the Renaissance.

[...]

The eagle appearing on it is not that of the German empire, at any rate extravagant in Spain, but that of evangelist Saint John, which on sheltering in its wings the Spanish coat of arms symbolises the support of our Empire to Catholic truth, so often defended with blood from Spain; in it appear, too, the set of arrows and the yoke, then and now emblems of unity and discipline. The repetition of heraldic motifs, unnecessary, contributes powerfully to the whole's rhythm and harmony, highlighted by the brilliance of the tinctures in which the colours of our national flag prevail. However, some modifications are necessary. The coat of arms of Sicily must be suppressed, since it stopped being Spanish after the treaty of Utrecht, and in its place, we must put that of the glorious kingdom of Navarre, whose chains were incorporated with such wisdom and justice to the State's coat of arms in 1868. We must also keep the pillars with the motto "Plus Ultra", which since Carlos V have symbolised Spanish expansion overseas and Spanish navigators and explorers' drive to improve themselves.

Here is the emblazoning of the francoist coat of arms stated in the Decree of February 2, 1938 (as is the case of the currently valid coat of arms, the legal text doesn't identify the quarters' corresponding historical assignments, which we have included in square brackets):



1st Article. - The coat of arms of Spain is formed by the Catholic Kings' heraldry, substituting the emblem of Sicily by that of the old kingdom of Navarre, thus integrating the blazons of the medieval groups of States, constituting Spain today.

2nd Article. - The coat of arms shall be described as follows:

Quarterly. The first and fourth quarters too, and the first and fourth Gules, with a castle Or crenelated with three towers, with Sable and shewing Azure [Castile]; second and third Argent, with a lion rampant Gules crowned, armed and langued Or [Leon]. Second and third, marshalled; the first Or with four paletts Gules [the Crown of Aragon]; the second Gules with a chain Or, with eight segments united at the centre by a jewel, with an emerald in it [Navarre].

Enté Argent, with a pomegranate Proper, seeded gules, supported, sculpted and leafed Vert [Granada].

Circlet with eight breeches (five shown).

All this on an eagle of St. John displayed, with an aura Or, its beak and claws Gules; these armed Or. To the right of the eagle's tail a yoke Gules and its ribbons the same. On the ribbon, the words: "Una", "Grande", "Libre". The whole flanked by two columns Argent, on waves Azure, surmounted by a crown Or. On the right, a ribbon coiled with the word "Plvs"; on the left, another with the word "Ultra".

We've already stated at the beginning of this appendix that in time of Adolfo Suárez, the official version of the coat of arms was modified -in Decree 1511/1977 from January 21 (BOE 1-VII-1977) "by which the Ruling on Banners and standards, guidons, insignia and emblems"- no francoist rhetoric was employed. In fact, the description of the yoke and set of arrows on the coat of arms received a marked historicist treatment, far from any leaning toward the Falangist appropriation of these emblems, and thus, with direct references or those of Fernando and Isabel's, the true origin of what in 15th century were two gallant emblems (the yoke -for Isabel's "y"- to be assumed

by Fernando; the arrows -for Fernando's "f", since "flecha" is Spanish for "arrow"- to be assumed by Isabel):

> To the right of the eagle's tail, a yoke Gules, in its proper position, with a ribbon of the same, forming Fernando's initial, and to the left a set of fiver arrows Gules, their points downward and a ribbon of the same, forming Isabel's initial. Yoke and arrows convergent towards the extreme of the eagle's tail.

It bears reminding, as we stated before, that together with the full version of the francoist coat of arms there were abbreviated or simplified versions of the quarterly coat of arms: this "bureaucratic" emblem allowed for the reproduction of the coat of arms in small or very small sizes. Here we show the graphic evolution of the official coat of arms of Spain in 1938/1939 to 1945 (first models), 1945 to 1977 (second model) and 1977 to 1981 (third models, valid during Adolfo Suárez and Leopoldo Calvo-Sotelo's presidencies).

As on most of this work, the drawings of the following heraldic elements are the work of Heralder and other users of the Wikimedia and Wikipedia-Commons project. Heralder may be considered the most important author of Spanish coat of arms designs existing in the Internet.[10]

FIRST MODELS: 1938/1939-1945



SECOND MODELS: 1945-1977



THIRD MODELS: 1977-1981



10 <https://commons.wikimedia.org/wiki/User:Heralder> <https://ca.wikipedia.org/wiki/Escut_d%27Espanya>

APPENDIX X
The coat of arms that wouldn't go away

Extract of the centrist spokesman's response to the socialist initiative to change the State's coat of arms in the parliamentary Plenary Session in 1980:



According to this description -which is only a proposal-, the imperial eagle, the yoke and set of arrows and the inscription "Una, grande, libre", would be banished from the coat of arms. [...] To respond to the bill proposed by the socialists, the Government appointed Deputy don Joaquín Satrústegui, who started by also stating his emotions toward such a transcendent matter "giving this plenary session a historic character". "We are about to vote -he said in the name of the centrist group- in favour of the socialist proposal." He reminded the parliament that the coat of arms "that until recently was Spain's coat of arms" was created by decree on February 2, 1938, with most of the war over. "Those of us who were in the national front had no idea of these matters", he said, adding that it was a group of men, led by Ramón Serrano Súñer, "a long-time great friend of mine" -he added-, and with Dionisio Ridruejo, who created the coat of arms, in it. He stated that, had Dionisio Ridruejo been alive at the moment, he would probably say the same as he was about to in this occasion. And he said: "Why is it reasonable for us to consider returning to the coat of arms that was already there?" After telling that this coat of arms was created in 1868 and only its crown was modified by the Second Republic, he added: "It's only logical for Spain's traditional coat of arms to have the position it deserves in a parliamentary monarchy. Having voted a democratic Constitution, we can't still keep around it accessories corresponding to a totalitarian regime, where discipline prevailed and the intent was to build an Empire. I respect everyone's feelings, but I consider it is objective and intelligent to accept a proposal of law to study peacefully what Spain's coat of arms should look like from now on. It doesn't seem logical for the Spanish coat of arms to stay the one that, in an emotional moment, a few men of one side of a war chose. Such a symbol can't be representative of a Spain that is making and will continue to make great efforts to overcome the trauma of a war and to try to live in peace, with no more bloodshed." After these words, Mr. Satrústegui proceded to the vote on the socialist group's proposal of law, which was accepted by 236 votes in favour, seven against, two abstentions and two void votes ("El Gobierno acepta un posible cambio en el Escudo de España", *ABC*. Madrid, 28-II-1980, page 17).

APPENDIX XI
Edges of coins also tell of power (1833-2001)

Here are the political inscriptions present, at certain times, on the edges of Spanish pieces from Fernando VII's reign to that of Juan Carlos I. In the case of the Provisional Government, we also reproduce the political mottos on the obverse and reverse of the 25-thousandths piece with the 1868 coat of arms.

FERNANDO VII · ABSOLUTE MONARCHY
1833 (20-reales coin "prototype"): DIOS ES EL REY DE LOS REYES *(GOD IS THE KING OF KINGS)*

DIOS ES EL REY DE LOS REYES ✚

ISABEL II · NON-CONSTITUTIONAL MONARCHY
1834-1836: DIOS ES EL REY DE LOS REYES *(GOD IS THE KING OF KINGS)*

DIOS ES EL REY DE LOS REYES ✚

ISABEL II · CONSTITUTIONAL MONARCHY
1837-1868: three fleur-de-lys in relief and LEY PATRIA REY *(LAW HOMELAND KING)*

LEY PATRIA REY ✣✣✣

GLORIOUS REVOLUTION
PROVISIONAL GOVERNMENT
1868 (obverse and reverse of the 25-thousandths' coat of arms): SOBERANIA NACIONAL *(NATIONAL SOVEREIGNTY)* ESPAÑA LIBRE · 29 DE / SETIEMBRE / 1868 *(FREE SPAIN-SEPTEMBER 29, 1868)*

SOBERANIA NACIONAL

ESPAÑA LIBRE · 29 DE / SETIEMBRE / 1868

PROVISIONAL GOVERNMENT
1869-1870: SOBERANIA NACIONAL *(NATIONAL SOVEREIGNTY)*

SOBERANIA NACIONAL

AMADEO I · CONSTITUTIONAL MONARCHY
1871: JUSTICIA Y LIBERTAD *(JUSTICE AND LIBERTY)*

JUSTICIA Y LIBERTAD

ALFONSO XII · NON-CONSTITUTIONAL MONARCHY
1875-1876: JUSTICIA Y LIBERTAD *(JUSTICE AND LIBERTY)*

JUSTICIA Y LIBERTAD

ALFONSO XII · CONSTITUTIONAL MONARCHY
1877-1887: 27 fleur-de-lys in relief

✣✣✣✣✣✣✣✣✣ ✣✣✣✣✣✣✣✣✣ ✣✣✣✣✣✣✣✣✣

1880-1885 (50-cents coin for the Philippine Islands): three fleur-de-lys in relief and LEY PATRIA REY *(LAW HOMELAND KING)*

LEY PATRIA REY ✣✣✣

ALFONSO XIII · CONSTITUTIONAL MONARCHY
1888-1899: 27 fleur-de-lys in relief

✣✣✣✣✣✣✣✣✣ ✣✣✣✣✣✣✣✣✣ ✣✣✣✣✣✣✣✣✣

FRANCISCO FRANCO · DICTATORSHIP
1958-1975: UNA GRANDE LIBRE *(ONE GREAT FREE)*

UNA GRANDE LIBRE

JUAN CARLOS I · MONARCHY DURING TRANSITION
1976-1978: UNA GRANDE LIBRE *(ONE GREAT FREE)*

UNA GRANDE LIBRE

JUAN CARLOS I · PARLIAMENTARY MONARCHY
1979-1982: UNA GRANDE LIBRE *(ONE GREAT FREE)*

UNA GRANDE LIBRE

1982-2001: 22 incuse fleur-de-lys

✣ ✣

APPENDIX XII
Grade and some weights of spanish silver coins from 1732 to 1899

[Main source: Manuel Vilaplana Persiva: *Historia del real de a ocho*. Murcia: Universidad de Murcia, 1997]

Content in pure silver of the 8-reales piece from *ca*. 1550 to 1728 (with the exception of the *maría* type): **25,560** g (total weight: 27,468 g)

1732-1772

- Content in pure silver of the 8-reales piece: **24,808** g (total weight: 27,064 g)
- 8- and 4-reales pieces (America and the peninsula): grade 0.916,666
- 2-, 1- and half-real pieces (America): grade 0.916,666 (1-real coin weight 3,38 g)
- 2-, 1- and half-real pieces (peninsula): grade 0.833,333 (1-real coin weight 2,98 g)

1772-1786

- Content in pure silver of the 8-reales piece: **24,432** g (total weight: 27,064 g)
- 8- and 4-reales pieces (America and the peninsula): grade 0.902,777
- 2-, 1- and half-real pieces (America): grade 0.902,177 (1-real coin weight 3,38 g)
- 2-, 1- and half-real pieces (peninsula): grade 0.812,5 (1-real coin weight 2,98 g)

1786-1833

- Content in pure silver of the 8-reales or 20 *vellón* reales piece: **24,244** g (total weight: 27,064 g)
- 8- and 4-reales pieces or, in some cases, 20- and 10-reales *vellón* pieces (America and the peninsula): grade 0.895,833
- 2-, 1- and half-real pieces (America): grade 0.895,833 (1-real coin weight 3,38 g)
- 2-, 1- and half-real pieces or, in some cases, 4-, 2- and 1-reales *vellón* pieces (peninsula): grade 0.806,3 / (1-real coin weight 2,98 g)

1833-1848

- Content in pure silver of the 20-reales *vellón* piece: **24,244** g (total weight: 27,064 g)
- 20- and 10-reales silver piece: grade 0.895,833
- 4-, 2- and 1-real pieces: grade 0.806,3 (half-peseta or 2-reales *vellón* piece weight, 2,98 g)

1848

- Content in pure silver of the 20-reales *vellón* piece: **23,661** g (total weight: 26,291 g)
- 20- and 10-reales pieces: grade 0.900
- 4-, 2- and 1-real pieces: grade 0.900 (half-peseta or 2-reales *vellón* piece weight, 2,62 g)

1849-1854

- Content in pure silver of the 20-reales *vellón* piece: **23,49** g (total weight: 26,10 g)
- 20- and 10-reales pieces: grade 0.900
- 4-, 2- and 1-real pieces: grade 0.900 (half-peseta or 2-reales *vellón* piece weight, 2,61 g)

1854-1864

- Content in pure silver of the 20-reales *vellón* piece: **23,367** g (total weight: 25,964 g)
- 20- and 10-reales pieces: grade 0.900
- 4-, 2- and 1-real pieces: grade 0.900 (half-peseta or 2-reales *vellón* piece weight, 2,59 g)

1864-1868

- Content in pure silver of the 2-escudos piece: **23,36** g (total weight: 25,96 g)
- 2- and 1-escudo pieces: grade 0.900
- 40-, 20- and 10-cent of an escudo pieces: grade 0.810 (half-peseta or 20-cents of an escudo piece weight, 2,59 g)

1868-1899

- Content in pure silver of the 5-peseta or 1-peso coin: **22,5** g (total weight: 25 g)
- 5-peseta and 1-peso pieces (for Puerto Rico and the Philippine Islands): grade 0.900
- 2-, 1-peseta pieces and those of 50- and 20-cent: grade 0.835 (half-peseta or 50-cents piece weight, 2,5 g)
- 50-, 20- and 10-cents of a peso for the Philippine Islands: grade 0.835 (half-peseta or 10-cents of a peso piece weight, 2,5 g)